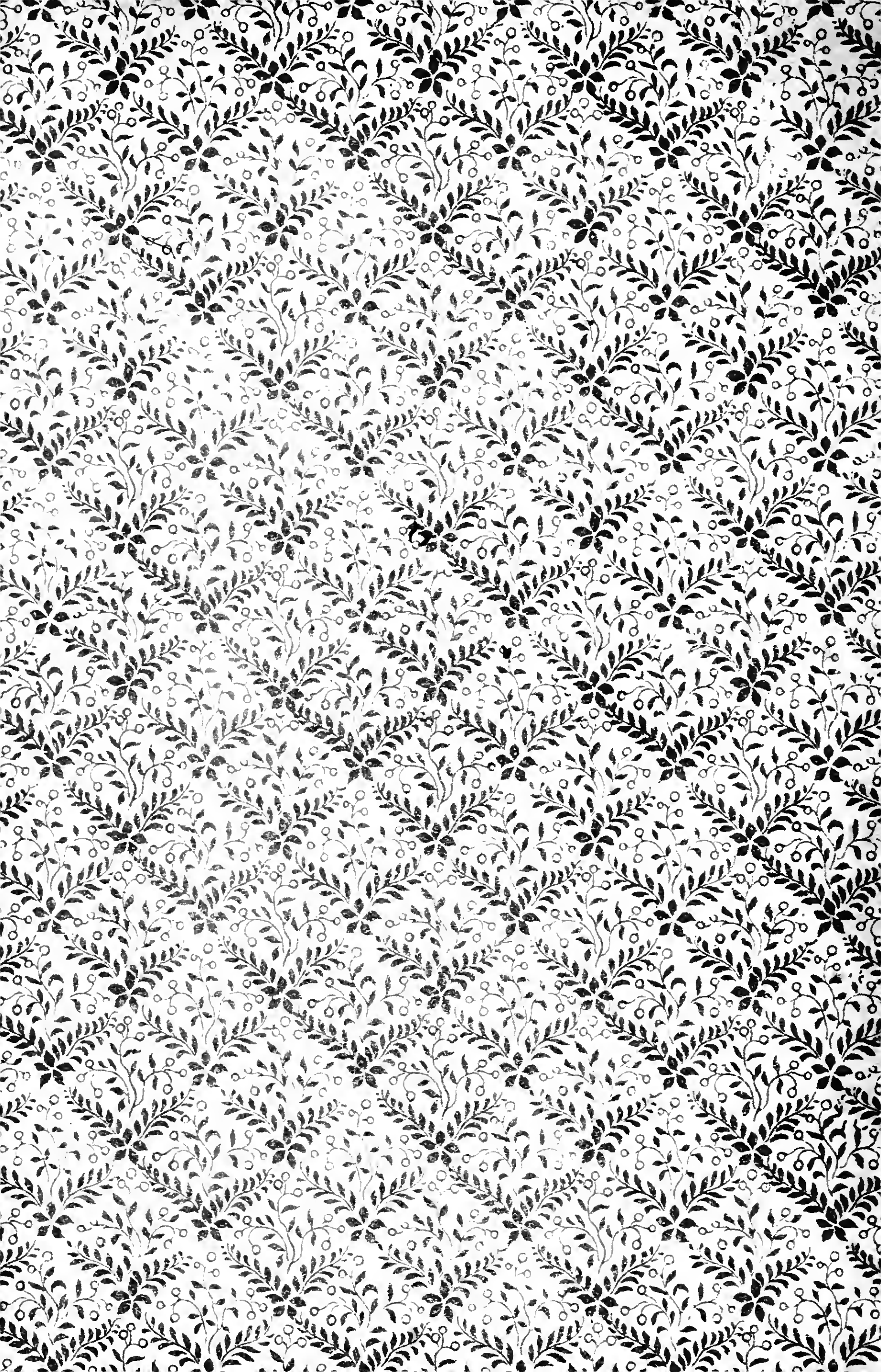


2 tomos

ed/ original

LA NOVIA DEL HEREJE

Ó LA

INQUISICION DE LIMA

POR

VICENTE F. LOPEZ.

TOMO PRIMERO.

BUENOS AIRES

CARLOS CASAVALLE, (EDITOR)

Imprenta y libreria de MAYO, Moreno 241

Plaza Monserrat.

1870.

PREFACIO.

Cada obra tiene su momento en la vida del que la ejecutó, y su lugar preciso en la fecha que la vió nacer; así es que al hacer una segunda edicion de la *Novia del Hereje* hemos creido que mejor era conservarle su total identidad con el texto publicado en el «*Plata Científico y Literario*». Reimprimimos por consiguiente la carta dirijida al Director de aquella Revista, con que el autor, á manera de prólogo, hizo preceder la publicacion de su obra; y al reproducir el texto nos limitaremos á darle la correccion de que tuvo que carecer forzosamente al primer tirado, que se estrajo de las pájinas del periódico referido.

CARTA-PRÓLOGO

Sr. Dr. D. Miguel Navarro Viola.

Montevideo, 7 de Setiembre de 1854.

Mi querido amigo y compañero.

Al deseo que vd. me ha mostrado de que haga preceder de un prólogo crítico la *Novia del Herege*, voy á contestarle con estos renglones que tal vez juzgue vd. buenos para suplir esa falta notada en la obra.

Las tareas áridas y sérias á que tengo que consagrar las horas activas de mis dias, no me dan tiempo para contraerme á revisar esos manuscritos que fueron el fruto espontáneo de aspiraciones literarias que ya tengo abandonadas. En nuestros paises, como vd. sabe, no se puede

vivir de la literatura sino al través del diarismo: forma por la que nunca he tenido vocacion, ya sea por falta de aptitudes para enredarme en la lucha de pasiones y de amor propio, á que él provoca, ya por huir de la necesidad en que habria caido de escribir sobre cosas aprendidas el dia antes, ó ignoradas del todo, como si siempre las hubiese sabido á fondo, supliendo el estudio sincero con la petulancia y el charlatanismo.

Esos manuscritos que envío á vd. son, pues, viejos; hace algunos años que fueron impresos en Chile como folletin de un Diario. Le juro á vd. que si quisiera ahora ponerlos en estado de ser publicados con satisfaccion mia, creeria necesario borrarlos desde el principio y hacerlos de nuevo. Lo único que puedo decirle á vd. de esa obra, es que ha sido escrita con alegría de ánimo y conciencia: y si se la mando á vd. en esa forma, que, con algun tiempo á mi alcance, hubiera podido perfeccionar, es porque le habia prometido á vd. contribuir á su empresa y no podia cumplirle de otro modo mi oferta. En un tiempo en que se esplotan tanto los malos lados de la prensa, séame permitido asegurar á vd. que si la *Novia del Herege* le parece digna de amenizar su ***Revista***, la imprima en el concepto de que yo no creo que pueda tener mas mérito que el empeño con que he procurado dar verdad histórica y local á la narracion, modestia y buen sentido al estilo, y una decencia estríctamente moral á las situaciones. Asi es que lo único de que estoy seguro, es: de que siendo ese un trabajo esencialmente americano en su fondo, y desprovisto en su estilo de toda clase de pretensiones, se escapa por ese lado á las ridículas paródias de las pasiones, de las tendencias, y de los estilos exóti-

cos, que tanto contribuyen á quitarnos el conocimiento y la conciencia de las sociedades de que formamos parte.

La obra va llena de cosas que no habria dejado en ella si me hubiera puesto á retocarla. Pero le repito á vd. que ese habria sido un trabajo para el que no tengo tiempo. Pudiera notarse en ella tal vez una que otra malicia del estilo ó de la situacion, que podria parecer impropia de una pluma grave; pero, como estoy cierto que apesar de ello, esos rasgos son de una decencia intachable, é incapaces de ofender el pudor de la vírgen mas inocente, he preferido dejarlos sin tomarme otra precaucion que la de declararle á vd. que la obra va tal cual fué concebida y ejecutada al calor de las risueñas impresiones de un espíritu, que jóven entónces, creia navegar con la brisa del ingénio un lago adornado de hermosas y amenas perspectivas. Los años y la esperiencia se han encargado de hacer desaparecer la brisa y el agua; y he creido que habria sido un contrasentido querer corregir el canto espontáneo de la ilusion desde el árido banco del desengaño. Reflexiono tambien, que nada hay tan justo como el considerar prescrita á los cuarenta años la responsabilidad de lo que fué escrito á los veinte y cinco; y esto aquieta mis escrúpulos.

La *Novia del Herege* está egecutada en perfecto acuerdo con las tradiciones americanas referentes al tiempo de la escena, que traté de estudiar bien antes de emplearlas como materia de mi trabajo. No por esto crea vd. que me olvido de que la Historia de la literatura no cuenta sino un solo Walter Scott; y yo sé bien ahora que no soy yo quien estoy destinado á repetir á Cooper en la República Argentina. Cuando uno es jóven le son permitidos los

ensueños; cuando uno deja de serlo, es feliz si puede recordarlos sin sonrojarse. Hacer revivir costumbres pasadas, galvanizar por decirlo así, sociedades muertas, es una empresa de alto coturno, para la que uno puede atribuirse fuerzas en las ilusiones de su primera edad; pero que se debe renunciar en la segunda, á no haber lanzado como ensayo un *Waverley*. La *Novia del Herege* es pues el fruto de una ilusion renunciada.

Si fuere leida con gusto, me alegraré por lo que eso pueda influir en el buen éxito de la distinguida empresa en que vd. se ha puesto: no seria estraño eso, porque muchas veces sucede que es leida con gusto una obra desprovista de todo mérito literario; y destinada á ser olvidada dos dias despues.

Yo le doy á vd. mi manuscrito sin otra mira, pues si hubiera pensado publicarlo en el Rio de la Plata por mi propia satisfaccion, lo hubiera hecho reimprimir antes de ahora en las infinitas ocasiones que he tenido de sacarlo del olvido en que le acompañan algunas otras tentativas de su mismo género, de que vd. y otros amigos tienen algun conocimiento.

Entusiasta desde mis primeros años por la lectura de todo aquello que tenia relacion con la historia del Rio de la Plata, se puede decir que por mucho tiempo mi placer favorito ha sido el estudio de cuanto documento relativo á ella he podido haber á la mano; y como las peripécias de regla en nuestra vida me arrojáran á pasar mi juventud en otras Repúblicas de América, he podido aplicar la misma pasion á los mismos objetos y en mayor escala.

Pareciame entonces que una série de novelas desti-

nadas á resucitar el recuerdo de los viejos tiempos, con buen sentido, con erudicion, con paciencia y consagracion séria al trabajo, era una empresa digna de tentar al mas puro patriotismo; porque creia que los pueblos en donde falte el conocimiento claro y la conciencia de sus tradiciones nacionales, son como los hombres desprovistos de hogar y de familia, que consumen su vida en oscuras y tristes aventuras sin que nadie quede ligado á ellos por el respeto, por el amor, ó por la gratitud. Las generaciones se suceden unas á otras abandonadas á las convulsiones y los delirios del individualismo. Esta es quizas la causa de que Walter Scott y Cooper sean únicos en el mundo moderno: es un hecho al menos, que los pueblos para quienes escribieron son los únicos en donde se respetan las tradiciones nacionales como una creencia inviolable.

Iniciar á nuestros pueblos en las antiguas tradiciones, hacer revivir el espíritu de la familia, echar una mirada al pasado desde las fragosidades de la revolucion para concebir la línea de generacion que han llevado los sucesos, y orientarnos en cuanto al fin de nuestra marcha, eran objetos que de cierto tentaban las cándidas ambiciones de mi juventud.

Pero era mas fácil concebir esos objetos que ejecutar la obra que debia producir el resultado. Se habria necesitado para ello grande ingénio y la consagracion de un largo tiempo; y yo por mi parte tuve el buen sentido de reconocer muy pronto que me faltaba lo primero, y que mi primer deber era arrancarme á las amenidades del espíritu para vivir de mi trabajo personal.

La *Novia del Herege* (si yo hubiera podido realizar en

ella mis ideas) habria tenido por objeto poner en accion los elementos morales que constituian la sociedad americana en el tiempo de la colonizacion. Habia escogido á Lima por teatro, porque aquella ciudad era la mas perfecta espresion de todos esos elementos reunidos: era por decirlo así el centro de vida que el gobierno español habia dado á todos los vastos territorios que se estienden desde Panamá hasta el Estrecho de Magallanes, y que están limitados por los dos Oceanos. Allí palpitaban los trozos del imperio de los Incas, y el pié de los triunfadores se hundía todavia sobre sus carnes.

Una gran revolucion, perdida ya en nuestros recuerdos, vino á realizarse despues; fué esta una revolucion inmensa, de cuya vasta importancia solo puede juzgar quien compare las *Leyes de Indias* con las guerras del famoso don Pedro de Zeballos por arrojar á los Portugueses de la Colonia del Sacramento.

Esta nueva peripecia habia echado en mi mente los gérmenes de una nueva Novela, en la que la escena y el interés se habria trasportado al Rio de la Plata, siguiendo al espiritu vital que tambien habia empezado á emigrar de la fastuosa Lima.

¿ Pero que tienen que ver, se me dirá, las *Leyes de Indias* con las novelas y con don Pedro de Zeballos ?..... Mucho mas de lo que es presumible á primera vista, respondo yo.

Por el código mencionado la Aduana esterior de las Provincias del Rio de la Plata estaba en el Tucuman, porque aquella era la via por donde ellos se surtian de mercaderias europeas. Cada año partian de Cadiz dos flotas convoyando una infinidad de buques de comercio en don-

de la Casa de Contratacion de Sevilla mandaba el surtido de los géneros que se necesitaban en América. Toda otra via estaba prohibida.

Una de estas flotas iba á la costa de Méjico y la otra á la costa de la Nueva Granada, dependencias en el principio, del Vireinato del Perú, al que pertenecia tambien todo el Rio de la Plata. De esta última flota fluian todos los géneros que venian á surtir á las provincias que hoy son Argentinas.

Pero cuando la casa de Braganza se puso á la cabeza de la insurreccion del Portugal, apoyada directamente por la Inglaterra, la Francia, y la Holanda, que, sin una alianza formal como las que hoy se hacen, estaban en una especie de guerra normal contra la España, el comercio marítimo de estas naciones encontró una preciosa ocasion para burlar las prohibiciones que la legislacion aduanera de los españoles habia establecido al comercio con la América.

Todo el territorio brasilero colonizado por portugueses, siguió el empuje de separacion dado por la madre patria; y los bosques de la América repitieron el eco del grito de guerra lanzado en las orillas del Tajo. Dirigidos los portugueses por un instinto mercantíl lleno de penetracion atravesaron el territorio, desierto entoces, que hoy forma la República Oriental del Uruguay, y levantaron á diez leguas de la costa española las murallas de la *colonia del Sacramento*. Una vez parapetados allí, pudieron contar con que habian dado el golpe de muerte al comercio de las dos flotas en que tanto se habian afanado los Felipes de las Leyes de Indias.

Los ingleses, los franceses, los holandeses, cuyas fábri-

cas cuya industria y cuya civilizacion se habian alzado á una altura prodigiosa con los mismos elementos arrojados de España por el despotismo y la intolerancia, empezaron á echar centenares de cargamentos en las costas del Brasil desde donde eran trasportados hasta la *Colonia*. Muchas veces las espediciones originarias mismas venian hasta allí, á descargar y tomar sus retornos.

Una vez puestos en esa situacion, el contrabando local se encargaba de hacerlos pasar hasta la otra orilla, desde donde subian hasta Lima misma con una mejora asombrosa en el precio sobre las espediciones del monopolio.

Así empezó á engrandecerse y á tomar vuelo la poblacion y riquezas de Buenos Aires.

La poblacion de Buenos Aires vino á ser, por medio de este cambio radical de las cosas, el centro, el nudo del comercio interior, con el esterior. La codicia de los comerciantes encontró medio de bautizar somo españoles los géneros estrangeros para hacerlos atravesar todo el territorio, desparramando el bienestar y las riquezas por toda la via. En pago de esas espediciones venia tambien el producto de las minas y de la agricultura interior que servia á dar retornos.

Por mas que la España dió leyes, no pudo contener el torrente. Las provincias del Rio de la Plata habian cambiado de frente: lejos de venirles de Lima el soplo de vida, eran ellas quienes lo habian empezado á dar. Tuvo la España la fortuna de encargar entonces el Gobierno del Rio de la Plata, que empezaba á hacerse muy delicado á causa de estas ocurrencias, al célebre don Pedro de Zeballos, oficial de mucho crédito en las guerras

de Italia, y que á mucho valor personal reunia la voluntad y el golpe de vista que hace á los grandes hombres.

En dos dias comprendió él que el único remedio que aquel mal tenia era legitimar francamente los hechos consumados: es decir, abrir el Rio de la Plata al comercio europeo; pero destruyendo antes la *Colonia del Sacramento*, para arrancar á los portugueses el privilegio que esas murallas les daban de hacêr ese comercio por su cuenta. Realizada la obra vendria ese tráfico á hacerse por intermedio de los españoles; y el Gobierno del Rey tendria como hacer positivas sus restricciones. Revolucion inmensa que basta por sí sola para asignar á qué altura estaban las ideas políticas de Zeballos.

La *Colonia* fué arrancada dos veces por él á la corona de Portugal; y restablecida la España en la dominacion esclusiva de las dos orillas del Rio, fué creado Vireinato de Buenos Aires todo el territorio que ha sido despues República Argentina. Desde entonces, el comercio esterior [1] se hizo libremente por el Rio de la Plata produciendo en su tránsito las riquezas de las ciudades de Salta, Córdoba, Tucuman y otras, que eran entonces centro de una civilizacion y de una prosperidad sumamente notables. La ciudad de Buenos Aires, que habia estado muy lejos de fijar al principio la atencion de la madre patria, debió á ese tráfico, solo su acrecimiento y su importancia: hasta que la guerra de la independencia, y la guerra civil despues, le fueron quitando á pedazos los antiguos mercados del interior: que tantísimas ventajas

1. Cuando hablamos de *comercio esterior* hablamos del comercio con España hecho directamente, pues es sabido que estaba prohibido el *comercio libre* con las demas naciones.

le produjeron y que tanto le prometian siempre para el porvenir.

Esta revolucion consumada por un hombre como Zeballos, que supo llenar la imaginacion de los pueblos, por medio de guerras tan nacionales como aquellas, habria sido de cierto un vastísimo campo para la novela histórica. En ella habria podido hacerse servicios eminentes á la nacionalidad argentina reponiendo el espíritu de los pueblos, aturdidos por los escesos y las calamidades de las guerras incesantes, á la via sana de su nacionalidad, y de su único desarrollo posible.

El plan que en mis ilusiones juveniles me habia trazado no pecaba de cierto por estrecho ni por tímido; porque cuando uno sale de la niñez se presume con fuerzas para todo, y no cuenta con los deberes serios de la vida que han de venir cada mañana á golpear sobre sus almohadas. Yo, pues, pretendia entonces consignar en la *Novia del Herege* la lucha que la raza española sostenia en el tiempo de la conquista, contra las novedades que agitaban al mundo cristiano y preparaban los nuevos rasgos de la civilizacion actual: queria localizar esa lucha en el centro de la vida americana para despertar el sentido y el colorido de las primeras tradiciones nacionales, y con esa mira tomé por basa histórica de mi cuento las hazañas y las exploraciones del famoso pirata ingles Francisco Drake, tan célebre bajo el reinado de Isabel.

D. Pedro de Zeballos, y las primeras guerras contra los Portugueses, me inspiraron el plan de otra novela en la que traté de desenvolver el profundo cambio que este grande hombre realizó en el comercio y la política colonial, de que antes he hablado.

Es sabido que el vireinato de Buenos Aires incluia las cuatro intendencias del Alto Perú, hoy Bolivia, en donde habia una raza oprimida que descendia directamente de los pueblos Inca: raza industriosa y civilizada bajo cuyo trabajo habia florecido antes el pais. La opresion que sobre ella impuso la raza española, la redujo á la miseria y al servilismo; y fué tan dura, que produjo al cabo la insurreccion formidable que lleva el nombre de Tupac-Amarú, con lo que acabó para siempre el espíritu indio en nuestro continente. Al frente de los indígenas, los españoles puros y los criollos, animados por el espíritu de raza, habian permanecido unidos; pero cuando el peligro comun desapareció, empezaron á sentirse los gérmenes de la hostilidad entre los dos gajos.

La Inglaterra que habia crecido enormemente en pocos siglos no cesaba de lamentar el resultado de las victorias de Zeballos, y codiciaba el Rio de la Plata como un canal para abrirse por el contrabando los mercados del Interior. Estas miras de su política, combinándose con otras circunstancias, produjeron al fin las grandes tentativas de Berresford y Witelock, contra las que hizo un papel tan novelesco el célebre Liniers, que por sus hábitos y su génio, era á la par que un hombre histórico distinguidísimo, un verdadero héroe de novela. Querer decir todo lo que un trabajo de esta clase hubiera podido revelar en cuanto á la marcha del pais, y en cuanto á la revolucion de Mayo, es inútil; pues no hay quien no sepa como se avivaron y se trabaron los ódios entre *europeos* y *patricios*; entre los *cabildos* y las *autoridades militares*, despues del segundo triunfo de Liniers, ni quien ignore la marcha rapidísima de los

sucesos hasta el *Veinticinco de Mayo de* **1810.** Sobre este fondo yo habia trazado y aun empezado á ejecutar un romance con el título de ***El Conde de Buenos Aires.***

Hecha la revolucion se me ofrecian tres grandes faces. 1ª. El estado interior del pais con respecto á los españoles, que tratado por medio del gran complot conocido por ***Revolucion de Álzaga,*** habria revelado el espíritu y las condiciones morales de la sociedad revolucionaria con las primeras erupciones de sus pasiones políticas; escogí por título de este trabajo el de ***Martin I,*** y permanece en bosquejo.

2ª. La guerra esterior y de propaganda llevada por el general San Martin á Chile, y señalada con los famosos triunfos de *Chacabuco* y *Maipu*, me hicieron concebir un trabajo que vd. ha tenido en sus manos con el título del *Capitan Vargas*, que es el que he dejado mas adelantado entre todos.

3ª. La insurreccion de las masas campesinas contra los gobiernos centrales, al mando de Artigas y de Ramirez que empezó á reducir á ilusion todos los proyectos de organizaciones políticas que se habian imaginado; que con el título de *Guelfos y Gibelinos*, tengo tambien bosquejado apenas.

Usted vé que mi plan era vasto, y por lo mismo difícil de realizar. Ahinco y contraccion no me hubieran faltado, me parece, si hubiera tenido tiempo y quietud de ánimo: dudo sí de que los resortes de mi inteligencia hubieran sido bastante finos, bastante elásticos para prestarse á la ejecucion un tanto apropiada de trabajo tan variado y tan perspicaz.

Por desgracia, no hay medio entre nosotros de sostener

una literatura de este género: empeñarse en llevarla hasta esas alturas seria condenarse al martirio de Sísifo.

A mi modo de ver, una novela puede ser estrictamente histórica sin tener que cercenar ó modificar en un ápice la verdad de los hechos conocidos. Así como de la vida de los hombres no queda mas recuerdo que el de los hechos capitales con que se distinguieron, de la vida de los pueblos no queda otros tampoco que los que dejan las grandes peripecias de su historia. Su vida ordinaria, y por decirlo asi *familiar*, desaparece, porque ella es como el rostro humano que se destruye con la muerte. Pero como la verdad es que al lado de la vida *histórica* ha existido la vida *familiar*, así como todo hombre que ha dejado recuerdos ha tenido un rostro, el novelista hábil puede reproducir con su imaginacion la parte perdida creando libremente la *vida familiar* y sugetándose estrictamente á la vida histórica en las combinaciones que haga de una y otra para reproducir la verdad completa.

Pero, mi amigo, permítame V. que me contenga. Empecé esta carta en un rato de desahogo creyendo que no le escribiria á V. sino unos renglones, y me sorprendo de repente en el tren de un prólogo crítico como el que no queria emprender.

Por lo que hace á los trabajos mas sérios que V. me ha pedido para su Revista, creáme V. que habria deseado complacerle ofreciéndole algunos manuscritos de que yo mismo hago tan poco caso que nunca he tentado publicarlos; pero se opone á mi deseo un fuerte inconveniente. Todo lo que podria dar á V. rola, como V. sabe, sobre cosas argentinas; y aunque son trabajos viejos, pues

hace tiempo que he dejado de mano las tareas estériles de la literatura, parecerian escritos con intenciones actuales, y estoy hastiado de las luchas mezquinas de la pasion. Déjeme V., pues, olvidarlos.

Queda de V. como siempre afectísimo amigo y compañero.

V. F. Lopez.

LA NOVIA DEL HEREJE

Ó LA

INQUISICION DE LIMA.

CAPÍTULO I.

LIMA EN EL AÑO DE 1578.

I.

No bien las carabelas de Colon habian echado en América el inquieto cargamento de bravos aventureros con que habian zarpado de las costas de Andalucía, cuando ya resonó por el mundo la fama de las grandezas y de la opulencia del Imperio de los Incas.

Decíase que montes de plata y rios de oro cruzaban toda la tierra. Las perlas y los brillantes, las esmeraldas y los rubíes esmaltaban todos los templos. El resplandor de los preciosos metales que adornaban los palacios del Inca y de sus grandes, llegaba hasta las playas del mar de las

Antillas, y conturbaba con sus vislumbres la fantasía anhelante de aquellos intrépidos avaros que las pisaban por la primera vez.

Dotados del orgullo que convenia á la nacion mas grande de la época, no habia hazañas que tuvieran por agenas de su temple, ni trabajos que no emprendiéran para saciar la fiebre de las riquezas que enardecía su sangre. Hijos mimados de la fuerza, hermanos de leche del arcabuz y del mosquete, los tenientes de Gonzalo de Córdoba, adiestrados en el asalto y el saqueo de las ciudades de la Italia, ardian por demoler con la cruz de hierro de sus espadas los templos de plata y los ídolos de oro del opulento Imperio que se sentaba allá en las tierras interiores.

El ardor del fanatismo y la codicia eran como el ege de las pasiones indomables y enérgicas que animaban á estos bravos desalmados y guerreros.

II.

La América habia pasado siglos enteros en el seno del Oceano, como la querida inocente y engalanada, que en el suave silencio de los bosques abandona sus encantos á un amante zeloso y prepotente.

Pero la hora del rapto habia sonado. La España y Colon habian triunfado del poderoso guardian; y domando la braveza de sus enojos, le habian arrancado el secreto de sus encantos solitarios. ¡Victoria inmensa cuyo glorioso recuerdo jamás agotarán los siglos!

¿Quién podria mostrarme una fábula opulenta inventada por la fantasía del mas ardiente de los poetas, que rivalice en colores y prodigios con el descubrimiento y la conquista del Perú? Ni el *séptimo cielo* de Mahoma, ni el *Paraiso terrenal* de Milton, hablaron á la imaginacion de mayores profusiones ni de prestigios mas deslumbrantes que los que irradiaba el Templo del Sol y la corte de los Athahualpas en los dias de la conquista.

El monarca que se sentaba bajo el centro mismo de la luz apoyando su cetro en lo empinado de los Andes, [1] parecia concretar en el mundo moderno las magnificencias tradicionales de los antiguos soberanos de Nínive y de Babilonia. Hijo de las razas de Semiramis y de Dario, se rodeaba del lujo de majestad de los viejos imperios de la Asia, para adorar como ellos al sol—orígen de la luz y padre de los resplandores de la tierra.

1. Es sabido que la Corte de los Incas residia en Quito, ciudad situada en el centro de las cordilleras, y bajo la línea misma del Ecuador.

El territorio que gobernaba era inmenso, y las riquezas que él derramaba à sus piés, inagotables. Los pueblos que le obedecian eran infinitos, variados, mansos, industriosos, inteligentes; pero aunque ricos y civilizados, estaban desheredados de aquel rayo de porvenir y de vida eterna con que habian sido bendecidos desde el Gólgota los que habian creido en la palabra de Jesus.

Fugitivos quizá de las huestes de Alejandro, ó ruinas de algun otro trastorno de los que causan estas manos de hierro en el destino de las razas, habian venido á la tierra de su asilo condenados á ser devorados por los Pizarros y los Cortezes, herederos de la obra comenzada por aquel grande demoledor del Mundo Antiguo.

III.

Pocos años bastaron à la España para ver colmada la gloria de sus anhelos. El Nuevo Mundo le habia entregado sus entrañas preñadas de riqueza. Tesoros fabulosos, nunca vistos hasta entonces, atravesaban los mares en mil galeones para nutrir la prepotencia con que ceñia al mundo entre sus secos brazos aquel fanático esqueleto

del Imperio de los Césares, resucitado en España por Cárlos V y Felipe II.

El despotismo régio y la perseverancia con que los discípulos de Torquemada perseguian toda chispa de libertad en las ciencias y en las ideas, acabaron por postrar envilecido á los piés del poder el espíritu de vigorosa aristocrácia con que la nobleza española habia aparecido en la madrugada de la historia moderna. Las clases medias tan dichosamente preparadas para la industria y la politica por sus fueros comunales, habian sido barridas del suelo con su ilustracion y con sus fábricas. Una hermosa y adelantada agricultura cubria el suelo que habia sido de los árabes; pero en aquella vegetacion risueña, los frailes creyeron respirar el olor de la infidelidad y de la heregia, tomaron á escándalo los matices libres que el pensamiento del cristiano puede tomar al frente del progreso y de la civilizacion, y le sostituyeron el desierto, haciendo que la mejor parte de españoles huyese á millones de la patria por el crímen de no pensar como sus opresores querian que se pensase.

De todos los gérmenes de grandeza con que la España habia salido al mundo, no pudieron sobrevivir á esta politica funesta sino sus instintos religiosos y su bravura

militar. Pero el espíritu de las tinieblas y la opresion habian hecho que el sentimiento religioso se convirtiera degradado en un fanatismo ciego y turbulento sin elevacion y sin caridad; y su bravura militar, despojada de los principios morales que hacen del hombre una criatura de amor y de órden, no sirvió en el soldado español de aquellos tiempos sino para despertar los instintos de la destruccion y las pasiones del desórden, que engendran y fomentan las guerras de conquista. Vencer, saquear y oprimir, era el lema de sus banderas. A medida que la España se empobrecía, las poblaciones afluyeron á los campos de batalla y á los conventos, buscando el pan ó la actividad á trueque de la esclavitud y de la guerra civil de que abnegaban. Durante este retroceso de los elementos vitales de la sociedad, fué que sobrevino el suceso extraordinario del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo. Las masas de desvalidos que habian suplantado á los ricos comuneros de la España, y el enjambre de ávidos cortesanos en que se habia convertido la arrogante aristocracia, volvieron todos los ardores de su alma meridional al dominio y la esplotacion de las tierras de oro.

Un ejército de frailes fanáticos y crueles tomó en sus

manos la cruz cristiana, y como si fuera un estandarte de sangre la hizo el símbolo de la guerra y de la conquista.

IV.

La dominacion del Perú habia puesto en las manos de los Reyes de España el poder de dar la fortuna, y de engrandecer con sus gracias á los súbditos de su corona. Un empleo en Indias era una patente de riquezas. El suelo patrio estaba plagado de pretendientes á quienes devoraba la sed de adquirirla: y á cada señal de la mano régia millares de nuevos aventureros se lanzaban, como halcones, con sus espadas á descubrir y conquistar nuevos centros de opulencia.

Impertérritos y tenaces como los antiguos romanos de quienes descendian, los soldados españoles dieron cima en pocos años á la empresa de Colon.

Los primeros desafueros del triunfo fueron seguidos de turbulencias anárquicas y feroces en las que se cortaron las cabezas unos á otros sus caudillos.

Pero serenados al fin estos desórdenes resultantes de

la avaricia y la ambicion por la intervencion administrativa del despotismo real, las cosas tomaron su curso estable y ordinario.

La voluntad régia vino á ser el resorte central de toda aquella máquina; y á cada uno de los movimientos con que la impelia desbordaban los tesoros que ella arrojaba á los pies del Monarca.

Era así como el Rey de España, bajo cuya mirada temblaban todas la naciones del globo, no tenia mucho que cuidarse por los millones de escudos con que sostenia su prepotencia irresistible. La América le daba con que oprimir á la Alemania y á la Francia, palpitantes debajo de sus pies: con que postrar á la Italia; con que arrojar al turco tras las fronteras de su barbarie; con que asolar las costas del pirata berberisco, y hacer de la rica Holanda el arsenal de sus flotas y de sus legiones.

Al mencionar solo de la España se pintaban la envidia y el terror en el rostro de los otros potentados: pocos le hacian frente, y por muy feliz se tenia el que la escusaba; pues tal era la grandeza de la Monarquia española bajo sus dos primeros Reyes de la Casa de Austria.

V.

Habia sinembargo un pueblo que si bien no podia presentar escuadras á las escuadras españolas, ni ejércitos á los ejércitos, echaba encima de los galeones en que sus tesoros cruzaban el Atlántico bandadas de rapaces y astutos gavilanes. Los diestros pajarracos que se desprendian de las costas nebulosas de Inglaterra habian mostrado desde el principio una astucia prodigiosa para clavar sus uñas en los ricos bageles de la España. Era en vano que Felipe II se empeñara en espantar de las costas de sus dominios á los corsarios insolentes de Inglaterra. Ellos cortaban á todas horas algun pedazo de su real manto, para ir á mostrarlo altivos en su nido, como un presagio del dia futuro en que los pueblos ofendidos por tan tiránica supremacia debian pisar sus girones como alfombra de sus piés.

Tal era la situacion de las cosas allá en los años de mil quinientos setenta y tantos, que es la época en que tuvo lugar la conseja que voy á referir.

Las empresas de los corsarios ingleses se habian limitado en su principio á rapiñas hechas en el mar de los galeones que navegaban; pero, como su audacia no habia llegado hasta atacar los establecimientos coloniales, se habia gozado siempre en ellos de una inalterable tranquilidad. Los que vivian en la costas del Pacífico parecian sobre todo á cubierto de toda perturbacion; porque la navegacion del ***Mar del Sud*** y el pasage del ***Cabo de Hornos*** eran empresas que hasta entonces no habia acometido sino uno que otro de los mas célebres navegantes á costa de padecimientos y peligros infinitos.

Empero, algunas veces los malditos hereges de Inglaterra habian puesto en duda el felicísimo reposo que gozaban estos paises despues de las degollaciones en que sucumbieron los primeros caudillos de la conquista.

El mas famoso de todos los establecimientos coloniales que la España tenia en la América del Sud era la Ciudad de Lima: las riquezas territoriales de que estaba rodeada, su hermosísimo clima, y la fama con que se habia inaugurado en la historia de la Conquista por los nombres de los Pizarros y los Almagros, la hicieron en muy poco tiempo la mas rica prenda del cetro español. La mayor parte de las familias que ocupaban en Lima las primeras

líneas de la sociedad estaban cercanamente emparentadas con la primera nobleza española, y habian venido á América premiadas por las hazañas con que sus gefes se habian distinguido en los campos de Italia ó de la Flandes. El tono aristocrático dominaba en aquella nueva ciudad, poblada de opulentos empleados de las Rentas Reales y de pródigos mineros á quienes obedecian como esclavos millares de negros y de indios que hacian parte de su caudal.

Lima era á causa de todo esto un empório de riquezas y de movimiento; y era quizas, despues de Madrid, la única rival de los prestigios y del lujo de Méjico entre las ciudades españolas.

Poco hábiles los soldados españoles en las artes de la construccion y de la decoracion, porque para ellos habia dicho Virgilio como para los Romanos:

"Hœc tibi erunt artes, pacis imponere morem
"Parcere subjectis, et debellare superbos"

levantaban por todas las calles de Lima nuevos edificios de una perspectiva singular y grotezca.

Habia una obra, que entre todas las que se egecutaban en aquel tiempo, era la que traia mas alborotadas á las

gentes de Lima; à saber la construccion de un espléndido puente de solidísimos materiales que echaban sobre el correntoso *Rimac.* Un arco colosal señalaba las entradas de su rampa estensa, y cuatro enormes pilares sostenian su centro. El lugar que habian escogido para la obra no podia ser mejor dotado de bellísimas perspectivas: los Andes y el mar dominaban con su adusta sublimidad, las formas principales de aquel cuadro matizado con las gracias risueñas de los fértiles valles y de los caprichosos picos de la montaña; el bullicio con que las corrientes agitadas del rio embestian los pedrones que tapizan su cauce, levantaba allí una de esas grandes é inesplicables armonías que son como el himno salvage con que la naturaleza canta sus vastas soledades.

Todas estas circunstancias hacian que aquel sitio formara por entonces el paseo predilecto de la elegante sociedad de Lima.

Los galanes currutacos recien llegados de España se distinguian por el paso de corte, garboso y solemne con que andaban. Acostumbrados á lucirse en los paseos y fiestas monacales de Madrid, hacian recibir en América sus maneras como leyes del buen tono; y como todos ellos eran, por lo regular, empleados en las rentas, raro

habria sido que les faltase con que gozar en Lima de una vida cómoda y lujosa.

Uno de estos caballeros, vestido como era de uso en aquel siglo, con pluma sobre el sombrero, capa corta, jubon y calzas, todo de ricos tejidos de las Indias Orientales, venia acercándose á los grupos reunidos á las orillas del *Rimac*, y luciendo con su buen porte, una rica espada de cristiano y una lozana edad. Era mozo que á penas pasaba de treinta años. A poco andar se encontró con un su amigo: reuniéronse cariñosamente, y comenzaron á pasearse. El amigo, que se llamaba Gómez le dijo:

—No pensaba encontrarte hoy de paseo; creia que mañana se haria á la vela el buque, y te suponia muy ocupado en prepararte para el viage.

—Sí; lo estaba en efecto; y aún no he concluido. Pero veia la tarde tan hermosa que no pude resignarme á perderla. Suponia que habria mucha gente......¿ Has visto por ahí á doña Maria?

—Hombre! sí: por aquel otro lado anda con la madre; pero te aconsejo que no te les acerques pues parecen que van rezando un rosario, tan sérias y adustas llevan las caras; y como la vieja es un pozo de devocion!.... Dicen que te casas muy pronto con la muchacha. Ella es

linda pero tiene un defecto que hará feliz al que la pierda.

—Mientes ! le respondió indignado el otro; no sé que placer te procura el calumniar así á esa pobre niña.

—No te enojes, hombre !.....te lo digo porque siendo criolla y siendo limeña seria un milagro que no fuese artera y coqueta. No la ves ? parece una palomita llena de miedo y de inocencia, y sinembargo yo te juro que es viva y ardiente como buena americana. Te confieso, Romea, que no sé lo que vas á hacer de ese mueble cuando vuelvas á la Corte. La madre está empeñada en hacerla devota; pero el diablo me lleve siempre que la hija tenga mucha vocacion para monja.

—Mira, Gomez; dejémonos de bromas. No continúes hablándome de esa manera si quieres conservar mi amistad. Te repito que no me gusta que nadie se meta así en mis cosas.

—¿ Cuantas veces has hablado con Mariquita ?

—Una.

—¿ Y como sabes que te quiere ?

—Como lo sabe un hidalgo de mi clase. Su padre me la dá por esposa, y te juro que yo sé como recibirla. Si fuera cierto lo que tú dices de su natural, no te aflijas que ya sabré yo poner en órden las costumbres y las inclina-

ciones de la muger que llegue á ser mia por la solemne bendicion de nuestra Santa Madre Iglesia. O me voy, ó hablamos de otra cosa!

—Sea! ¿Qué noticias hay de la costa?

—Ningunas: parece que la corte fué engañada. No se verifica el aviso que nos dió; no sé si lo recuerdas, hace algunos meses que se nos dijo de Panamá que aquel famoso aventurero ingles llamado Francisco [1], el feroz herege que atacó ahora seis años las villas de *Nombre de Dios* y de *Venta-Cruz*, situadas al otro lado del Itsmo, preparaba una nueva espedicion sobre estas costas. Nuestro salvador lo habrá hecho perecer, sin duda; librándonos de tan horrible calamidad.

—Dios lo quiera ¿te acuerdas del sermon que con ese motivo predicó nuestro padre Andres? célebre en su género, no es cierto?

—¡Qué bruto es el tal fraile! era un monton de absurdos.

—Sí, pero lo cierto es que produjo el efecto que se esperaba; no hay mujer ni zambo que no esté persuadido de que los buques de Francisco van tripulados de mónstruos idénticos al diablo que está á los pies de *San Miguel*

1. Francisco Drake, célebre marino del tiempo de Isabel de Inglaterra.

en la *Capilla de los desamparados*. Me parece que lo oyera todavia! con qué elocuencia y terrorismo el buen fraile nos pintaba los cuernos, la cola y la piel azufrada de los demonios que tripulaban los navíos del herege!

—Bien me acuerdo! Mil veces estuve tentado de sacar del error á la madre de Mariquita.

—Estoy cierto que madre é hija creen á puño cerrado las barbaridades del predicador. Pero tú que empiezas à ser marido convendrás conmigo en que es bueno que así lo crean para bien de la moral pública. Habrias hecho mal en decirles la menor cosa que las hubiese hecho dudar, pues desde que el lobo de tu futuro suegro no lo hacia, razones tendrá para ello.

—No hay duda.

— ¿Has hablado alguna vez con la muchacha?

—Si no supiera yo que tú has sido su pretendiente por algun tiempo, me admiraria tu teson por hablarme de ella.

—Pues sabe—que te lo preguntaba porque sé, que apenas entras tú á la cuadra la echan para dentro.

—Así al menos lo hacian cada vez que tú hacias tu visita.

—Y lo mismo hacen contigo.

—Nada de estraño tendria, pues asi lo exige el recato y la buena educacion de una niña.

—Y mucho mas siendo hija de un padre que es un tipo de nuestros buenos viejos de Madrid..... tu futuro suegro es hombre raro de veras; y yo no viviria una hora con él: siempre sério y adusto, parece que nada mereciera sus simpatías. No recuerdo haberle visto una mirada afable para su muger ó para su hija. No te enojes; pero sabe que me han contado que te concedió la mano de su hija saliendo de misa, y que te dijo — «Señor Romea: he consultado con mi santo patron si debo acceder al deseo que me ha mostrado vd. de casarse con mi hija, y creo que él y Dios serán propícios á ese enlace.» Agregan que lleno tú de alegría le quisiste decir que tu amor por la muchacha era inmenso; y que él te tapó la boca con una furibunda peluca por haberle hablado de amor en la puerta de la Iglesia.

—Preciso es que se componga de tontos tu sociedad habitual para que pasen el tiempo en semejantes miserias.

—Pues dicen mas; y es — que escondiendo tu la ira que te causára la insolencia del viejo, diste un grande ejemplo de humildad á trueque de ser su interpósito heredero; que le tomaste la mano, y agachándote hasta el

suelo le diste en ella un respetuoso beso.....Yo que te conozco puedo calcular toda la borrasca que contenias en tu alma.....Pero al fin ¿á que hemos venido á América? yo por mi parte, (y lo mismo eres tú) he venido á hacer fortuna para gozarla á mi modo cuando vuelva á España: vivir como ese avaro de don Felipe seria......

D. Antonio Romea se paró sériamente enfadado y dijo:

—¿Por qué lado vas tú, Gomez?.......

—Por el que vayas tú, le contestó Gomez riendo.

—¿Tengo yo la culpa de que hayan salido desairadas tus pretensiones en la casa de don Felipe Perez y Gonzalvo, para que me hagas así el blanco de tu maledicencia?...... Sobre todo, habla como Satanás de cuanto quieras; pero no hables mal en mi presencia de mi gefe, porque eso dañaria mi fortuna y me veria obligado á delatarte. Don Felipe es un hombre irreprochable!

—¿Y quién dice que no lo sea? ¿Crees tú que si no lo tuvieran por tal le habrian encargado de llevar caudales tan cuantiosos? Cuando un hombre llega á tener una inmensa fortuna como la que él tiene, nadie se acuerda de como la adquirió, ni nadie sabe como la aumenta... A otra cosa! — me dicen que el *San Juan de Onton*

(álias el *Cagafuego*) lleva á bordo como diez millones de escudos ! tú debes saberlo ?

—Muy poco menos.

—Cáspita ! ¿y las pipas de ese nectar admiten calador ?. . . si las admitiesen no seria el viage una ruina para tu suegro ni para tí. Yo supongo que el viejo, trat[illegible] su yerno, no seria al lado de las bolsas tan m[illegible] os para los estraños. . . . Se ha de ver apurado para cuidar á bordo de la hija, y de los caudales del Rey!

—Mira, Gomez, que tú te has hecho ya muy notable por la liviandad de tus palabras y de tu conducta!

—Hijo! por mas que hago no puedo conservar la máscara que tú llevas tan bien.

—El dia que menos lo esperes has de tener algun disgusto sério y grave: no será estraño que hayan ido quejas á España; te tienen por libertino. En la casa de doña María no te pueden ver, y me reprochan de cultivar tu relacion; tén cuidado!

Al mismo tiempo en que Romea pronunciaba estas palabras, pasó raspando su brazo un bulto; que á juzgar por ciertas exterioridades, no podia menos de ser un ente humano. El modo con que iba cubierto, mas bien diré—

su trage, era lo mas estraordinario que se podia ver: del rostro que lo llevaba no se veia mas faccion ni sobresalian otras formas, que la cabeza, la esfera posterior del cuerpo y los pies. Era, pues, un bulto metido en un saco angosto, y envuelto de tal modo que [illegible] podia ver en su cara un ojo negro que brillaba con [illegible] energía y la viveza del basilisco. Sus pasos eran [illegible] sus movimientos maliciosos iban dando á enten[illegible] comprendia cuanto veia, y que conocia á cuantas personas encontraba. Era, en fin, una *tapada* de las muchas que ya entonces cruzaban las calles y paseos de Lima.

Aunque no se sabe á punto fijo el orígen de esta costumbre singular, hay cronistas antiguos (el arcediano Barco de Centenera, entre ellos) que dicen—que habiendo sido obligados los indigenas del Perú á abandonar la idolatría, tuvieron que salir de los claustros sus vestales; que resistiendo ellas al principio andar descubiertas, y dejarse ver del *mundo*, adoptaron un cláustro personal que las hiciera tan invisibles detras de él como las altas murallas de sus conventos.

Quizá nace de tan santo orígen el profundo é inviolable respeto con que se ha tratado hasta nuestros dias á una *tapada*.

Sin em[illegible] la costumbre, aunque hija de tan santo orígen, se habia corrompido; el hábito de las vestales, tenia infinidad de aficionadas; pero no las tenian tanto sus virtudes. Desde aquellos tiempos ya tenia en alarma esta costumbre á muchos virtuosos prelados; y, sobre to[illegible]os padres de familia.

Se [illegible], muy sériamente de reunir aquel gran Con[illegible]o, al que el espíritu santo descendió par[illegible] a[illegible]minable el eclipse total de las mugeres. La *saya y manto*, empero, se insurreccionó contra la Iglesia; y puesto que siguió con mas ardor que nunca, es lícito presumir que sus suaves influjos lograron persuadir de su escele[illegible]ia á los venerables prelados, que le habian hecho tanto asco antes de comprenderla.

Como íbamos diciendo, una de estas tapadas pasó raspando con Gomez y con don Romea; y como llevaba aire tan suelto y espiritual, don Gomez, le dijo:

—Adios, perla!

—Sí! le contestó ella: será porque voy dentro la concha; pues en lo demas, no soy de las que se pescan, caballero! Don Gomez, aconséjele V. á su amigo que no salga al mar con *perlas*; porque los hereges son muy hábiles para pescarlas, y las buscan con frenesí.

—Vaya! dijo Romea, poco miedo les tendrias tú, alma mia! al sacarte la costra que llevas no te harian mucho mal ¿no es cierto? te volverian á tu padre (el sol) y nada mas!

—Como no fuera al sol de España me daria la enhorabuena!

—Hácia donde vas, estrella tan nublada?

—¿Le han dado á V. empleo en la Inquisicion? pluguiera á Dios! para que pudiera saber por medio del tormento lo que piensa doña Maria de su casamiento con V. ¡le ama á V. que es horror!

Al decir esto, soltó una espiritual y maliciosa carcajada; y como los dos amigos la habian ido siguiendo mientras la hablaban, ella apresuró el paso, se enredó entre los grupos de gentes que ocupaban las basas del futuro puente, y logró perderse entre la multitud.

Gomez miró con ironía á Romea; pero comprendiendo que el malicioso dicho de la *tapada* lo tenia preocupado y de mal humor, guardó silencio caminando á su lado.

Empezaba ya á hacerse de noche. La ciudad de Lima, sobre todo la plaza, comenzaba á presentar aquella escena animadísima que se repite todas las noches hasta el

presente. La gente que venia del puente podia ver las filas de teas ardiendo que fileteaba los portales; y allí, el alegre y bullicioso hablar de las negras y negros, el chirriar de la grasa hirviendo que preparaban para las frituras, la afluencia de los compradores, y la diversidad de las castas, pues mezcladas andaban el altivo castellano con el cargado y francote catalan; el tosco gallego con el insolente y afeminado zambo, el ardiente negro con el indio humillado. Lima empezaba ya á ser entonces la famosa Babel americana.

Los dos amigos que conocemos, se retiraban callados por en medio de esta escena de alboroto. Lo que iba á hacer el uno, nada nos importa por ahora para que nos tomemos el trabajo de seguirlo; el otro, don Antonio, se fué á recoger; pues muy de madrugada debia salir á embarcarse en el *San Juan de Onton*, navío cargado del oro que mandaban al Rey por via de Panamá.

El encargado de este caudal era don Felipe, padre de doña Maria, quien llevaba tambien consigo á su familia. Don Antonio le acompañaba como empleado en rentas, colocado á su lado por el Virey para que le sirviera de oficial. Le dejaremos, pues, dor-

mir, ó cavilar, hasta mañana, para seguirlo en las aventuras que pasaron por él desde que se embarcó con la familia del adusto y respetable viejo de quien iba á ser yerno.



CAPÍTULO II.

TRÁGICO FIN DE LA HISTORIA DEL REY DON SEBASTIAN Y DE SU CABALLO BLANCO.

La noche en que hemos dejado á nuestros dos conocidos fué seguida de uno de aquellos dias tan comunes en Lima que tienen un no sé qué de suave y melancólico con que hablan al alma el lenguaje interno del sentimiento. El cielo tenia por delante un telon trasparente de nubes tupidas y delgadas que no permitia al ojo del hombre penetrar hasta el centro del espacio, ni agitarse en medio de su vasta sublimidad.

Una luz modesta y amortiguada comenzaba á blanquear todos los objetos, y hacia salir del seno de la oscuridad el panorama natural que rodea á la ciudad, cuando don Antonio Romea, abriendo las rojas colgaduras de damas-

co que cerraban su muelle lecho, saltó de él y comenzó á vestirse á toda prisa. Gritó á su criado; le ordenó cargar las mulas con su equipage, ensillar sus caballos, y tenerlo todo pronto para el momento de marchar á juntarse con la familia de don Felipe Perez y Gonzalvo.

En toda la noche no habia podido pegar sus ojos el jóven español. Ya fueran las agitadas emociones, las cavilosas dudas, los fantásticos proyectos que suscita un viage; ya, la ansiedad que producia en su corazon la circunstancia de ir doña Maria en el mismo buque que él, donde, por consiguiente, no podia menos de tener ocasiones frecuentes de hablarla; ya, otras mil ideas risueñas, ó alarmantes, de las que, aun hoy que se halla tan adelantado el arte de la navegacion, asaltan sin poderlo remediar al hombre que se entrega al mar en medio de un tegido de maderos, el hecho es, que el señor Romea no habia podido pegar sus ojos, como se dice. Un mundo fantástico habia venido á cada instante á llamar sobre sus párpados, obligándolos á una vigilia continuada.

Entre las muchísimas cosas que atravesaban su imaginacion, habia una que sin poderlo él evitar, se mezclaba con todas las otras: al menos, todas las otras venian á terminar con ponérsela por delante; y si nuestros lecto-

res no se han olvidado de la *tapada* del puente, les será fácil adivinar que esta maliciosa criatura era la que con sus preñados dichos tenia en tan completa alarma el ánimo de aquel novio. Él se decía—«¿Cómo supo esa bruja que doña Maria no me quiere, cuando ni yo mismo lo puedo sospechar? ¿tendria acaso esa niña relaciones con esa laya de gente? ¿tendrá confidencias? Oh! imposible! la austeridad y vigilancia de sus padres no le dejarian lugar para ello, aun cuando fuese tan liviana que no concibiera toda la impropiedad y la indecencia de semejantes amistades. No hay mas sino que esa bruja me ha querido alarmar: ha querido, por malignidad, hacerme una herida de donde destilára sangre ¡perversa!»—Concluia en esto de ponerse su capa y espada de viaje. Abrió su puerta; dió sus órdenes al criado, y se puso sobre los lomos de un rocin manso y tranquilo, en cuyos ojos amortiguados se conocia que habia olvidado aun el andar de galope, sostituyéndolo con el tino necesario, para no descuidarse jamás con el equilibrio de las piernas de su amo. Ni mas ni menos que el que lleva un cántaro de agua sobre su cabeza, marchaba aquel caballo con aquel tan poco caballero.

El nóvio, don Antonio Romea, se puso pues en cami-

no de esta suerte, dirigiéndose á la casa de don Felipe Perez y Gonzalvo, su futuro suegro.

En la anchísima puerta de esta casa se hallaban ya dos literas de viaje, enormes y preciosas. Claro es que cuando digo preciosas hablo con referencia al tiempo en que se usaban; porque las modas pasadas son como las viejas, cuya belleza es incomprensible para quien no las conoció en el auje de su juventud. Las literas de que hablamos eran de las que entonces se llamaban en Lima *Balancines*. Eran estos unos muebles que puestos á las puertas de una casa constituian un rótulo de nobleza y de lujo. Nadie podria hoy concebir cuantos esfuerzos de arte habian contribuido á su construccion. Su aspecto era, tomado en globo, un busto de nuestros dos buenos reyes *ab initio* don Cárlos V y don Felipe el segundo: parecia pues todo el carruage un perfil frentudo, sumido en el medio, seco y chupado en los carrillos, que terminaba por una barba atrevida y puntiaguda en direccion á la frente.

La inquisicion no dejaba de tener derecho, si se quiere, para reclamar como propia alguna de las faccioncillas de los tales balancines. Algo tenian al menos del hábito domínico con su parte superior pintada de negro, y

de hermoso blanco con dorados la inferior. Cuatro agujerillos á guisa de ventanas, guarnecidos de fuertes cristales permitian espiar de adentro como desde un confesonario, el mundo de los vivos: bajo cuyas faces eran una *encarnacion* (como diria un romántico de buena fé) del espíritu de virtudes monacales que dominaban en aquella época feliz de paz y benévola quietud.

Los balancines de los ricos estaban forrados por dentro de riquísimo *brocado* de seda estampado con labores finísimas y brillantes representando las batallas del Cid contra los moros; los autos de fé del Santo Torquemada; las degollaciones de hereges del duque de Alba, y mil otras grandes tradiciones de la raza española. Pero la escena que mas preferencia tenia era el Arcangel San Miguel pesando en su balanza el mérito de las ánimas, y haciendo derrumbar entre las llamas del infierno á las que no eran bastante livianas para subir al cielo: repito que por dentro y por fuera eran los dichosos balancines *una espresion de la Sociedad*; y como quien dice *una literatura*. Eran de verse por defuera las pinturas y los bordados, las alegorías y los emblemas, los escudos y las guarniciones! Pero como me seria imposible acabar de describirlos, si hubiera de ocuparme me-

nudamente de todos sus curiosos accidentes, concluiré (eso es lo mejor dirá el lector) por decir que todo el techo estaba fileteado de finas campanillas de plata y oro, lo mismo que lo estaban los arreos de las mulas que los tiraban. Era así como al moverse una de estas andantes orquestas, conturbaba el aire el bullicioso *tintineo*, que era para los oidos del fastuoso dueño la dulce sinfonía del orgullo.

Dos literas, pues, como éstas, eran las que se hallaban á la puerta de la espaciosa casa de don Felipe Perez y Gonzalvo, Superintendente de los *situados* [1] del Perú. Un par de vigorosas mulas estaba atado á cada una; y una docena de peones se ocupaban en acomodar en otras mulas las cargas del equipage, para empezar á andar, cuando se mostró sobre su jaca el garboso don Romea.

Habia junto á las literas dos interesantísimas mugeres, que mostraban en su aire grande satisfaccion y grande alegría. Veíase bien claro que aquellas dos niñas se hallaban en una de esas situaciones de escepcion que á la vez que animan el génio, aflojan la tirantez de los vín-

1. *Situado* se llamaba en el tiempo colonial á la masa de caudales que cada vireinato enviaba á las dos Flotas que cada año conducian á España los retornos americanos.

culos que suelen atar á los miembros inferiores de una familia: el alboroto y la agitacion del acomodo habian producido aquel descuido tan natural en tales circunstancias, y los padres de la casa no habian pensando en vedar la puerta de calle á la señorita doña Maria, hija única de don Felipe, ni á una preciosa y astuta zamba que era la compañera de años y de emociones de la niña. Ellas se habian aprovechado de esta rara ocasion para tomar la puerta por suya, y hacer brincar sus fantasías con sus miradas sobre todo lo que las rodeaba.

Ambas eran espirituales y picantes. Eran limeñas; y en cuanto á gracia y talento, todo está dicho con esto.

Doña Maria era una jóven de diez y siete años. Con verdad puede decirse que su rostro no presentaba ninguno de aquellos rasgos fuertes y pronunciados de la belleza, que le dan el sello de la altivez. Pero no era menos cierto que de el conjunto de su figura traspiraba un ambiente de candor, y de astucia tan indefiniblemente mezclados, un aire de voluptuosidad suave y de viva inteligencia, que hacian de la niña una tierna criatura llena de promesas de amor y de abnegacion. Tenia lo que llamamos en América *un lindo cuerpo*: de su cintura suelta y delgada se desprendian las formas mas redondas y mas

airosas que se pueden imaginar. Su pecho saliente y abovedado sostenia un cuello torneado y esbelto, coronado por la bella cabeza, que, inclinada un tanto al lado izquierdo, completaba el aire extraordinario de gracia modesta que dominaba en su figura encantadora.

Aristóteles ha dicho que las bellezas del rostro humano consisten en las combinaciones de la línea curba. Que esto sea ó no cierto, el hecho es que las facciones de doña Maria eran casi todas ovaladas y bellas.

Su tez no era blanca: era mas bien de un color sombreado pálido. Sus ojos eran negros, grandes y vivos: el brillo de su mirada se hallaba realzado por dos de esas melancólicas y misteriosas sombras que llamamos ojeras, y que tan profunda y tan ardiente ternura dan al ojo de la muger bella. Tenia una nariz muy fina graciosamente ondulada desde su arranque. La boca era pequeña. Sus lábios un poco gruesos y notables; pero como eran cortos y del tinte de la rosa, servian al mayor esplendor de la fisonomía.

Si toda esta figura se coloca sobre dos pies pequeños y recogidos de una rectitud perfecta, habrá concebido el lector una idea aproximada de la figura de muger que llevaba en el mundo doña Maria.

Hemos dicho, que viva, sagaz y alegre como esta, era una jóven zamba que estaba en la puerta parada con ella. Esta jóven criada seguia todos los movimientos de su señorita: le hacia caricias, le daba besos con un cariño delicioso, le tomaba las manos, y la hacia reir con mil dichos graciosos y picantes que brotaban de su ingeniosa imaginacion. Su tez era oscura, pero unida y abrillantada; cobriza, pero finísima y delicada: dos ojos preciosos y penetrantes daban una animacion particular á su semblante: todas las demas facciones eran agudas y afiladas como su carácter; y como tenia habitualmente sobre su semblante una sonrisa astuta y maligna, no podia mirársele á la cara sin notársele al momento las dos filas estrechas y perfectamente iguales, que formaban sus blancos y lindísimos dientes; accidente que daba á esa sonrisa una gracia incomparable. Acababa esta interesante criatura de bajar con un ligero salto del umbral á la vereda, cuando mirando á lo largo de la calle esclamó:

—Guay ! señorita, allá viene el novio de su merced.

—Quién ?. . . . dijo doña Maria sorprendida.

—Don Antonio, señorita; mírelo su merced, viene sobre el caballo dando cabezadas á los dos lados, como las balanzas de la pulpería.

—Entrémonos! dijo la niña agitada.

—No, señorita! veamos lo que nos dice: háblele su merced de *las tapadas* que andan por el puente. No! mejor es que yo le saque la conversacion!

—No! no!.... puede sospechar algo de la pobre Mercedes. Mira que los españoles son desconfiados y sagaces; y si tatita ó mamita llegáran á saber algo meterian á Mercedes de cocinera en un convento de monjas.

—¡Rico *chuspe* [1] comerian las madres!.... dijo la zamba con donaire.

—Entrémonos!

—No, señorita! le respondia la gentil muchacha con una voz insinuante y cariñosa: esperemos á su novio para ver como nos saluda y qué nos dice.

Estaban ambas en esta lucha, cuando don Antonio se acercaba. Obedeciendo á un impulso natural en su caso se apuraba para llegar; pero no podia vencer cierta turbacion que de mas en mas le ganaba quitándole toda seguridad de sí mismo.

Doña Maria habia tomado su aire de costumbre, encogido y un tanto mogigato. Vacilaba entre disparar para

1. Sopa hervida y muy condimentada que forma en el Perú un plato sabroso, suculento, y en estremo popular.

adentro, y quedarse en la puerta arrostrando los cumplimientos y requiebros de su futuro; y la zamba traviesa gozaba infinito con la situacion desabrida de ambos novios.

Las circunstancias del encuentro eran ya tan urgentes que doña Maria tuvo apenas tiempo para decir á su criada:

—Por Dios ! no le hables de la tapada !

Y sin poder resistir mas, se dió vuelta y corrió para adentro. Sonaron en esto las llaves y pasadores de una puerta y apareció, sério y taciturno, don Felipe seguido de su devota costilla.

—Maria ! dijo esta con imperio.

—Señora ! contestó la niña con una voz insinuante é hipocritona.

—¿ Que hacías en la puerta de calle, niña? . . . .

—La esperaba á V., mamita.

—Y Juana ?

—Ahí esta.

—¡ Que se entre al instante !

Don Antonio llegaba al mismo tiempo, y al ver á toda la familia en el patio, se desmontó y se reunió á ella cuando don Felipe empezaba á rezar en coro una ora-

cion, pidiendo á Dios su ayuda para el viage. Concluida la plegaria se santiguaron todos, y subieron á los balancines, remontándose á su jaca nuestro novio.

Iba en el primer balancin don Felipe con su hija; y en el segundo iba su muger con Juana sentada á sus piés.

Como el camino que tenian que hacer era tan corto, no es estraño que nada les sucediese en él digno de referirse: nos contentaremos, pues, con decir que despues de haber andado los dos *balancines* bamboleando sobre las piedras que lo cubren, y de haber hecho sonar á cada barquinazo sus numerosas campanillas, llegaron al Callao, donde ya eran esperados por el capitan del *San Juan* que ardia por hacerse á la vela en el momento. Pocas horas despues estaban ya todos á bordo: levantadas las anclas desplegáronse las velas, y el *San Juan* comenzó á ver correr sobre su izquierda las islas de San Lorenzo, mientras que su proa cortaba las aguas del Pacífico con direccion al noroeste.

Doña Mencia Manrique (que asi se llamaba la digna muger de don Felipe Perez) se mareó al momento, por lo que no pudo practicar aquellas largas y repetidas oraciones con que tanto ocupaba las horas de toda su familia.

Don Antonio no habia logrado en los primeros dias ver realizadas sus halagüeñas esperanzas de conversacion y acomodamiento con su futura esposa; porque don Felipe lo habia tenido siempre sobre los libros de cuentas, trabajando con aquella constancia imperturbable y nímia prolijidad, de uno de aquellos viejos españoles, que, cuando llegaban á sentarse con algun poder sobre una alma jóven, la trataban como una piedra de molino trata á los granos de trigo.

Era así como doña María y su interesante zamba gozaban en el mar de una libertad que hasta entonces no habian conocido; y como no habia que temer la puerta de la calle, ni la ventana, ni los galanteadores, ni las guiñadas, ni las esquelas, ni los recados, esa libertad les era tácitamente permitida por sus mismos guardadores.

Tres dias hacia que andaban así las cosas, y ya empezaba á anunciarse la noche del cuarto dia, cuando ocurrieron los sucesos que vamos á referir.

Aunque no habia oscurecido aún, sin embargo, la luna se mostraba en el oriente perfectamente clara, y con aquel color plateado y puro que la luz del dia desfalleciente imprime sobre su disco. Doña Mencia estaba en cama muy afectada siempre de su cabeza. Don Felipe

y don Antonio trabajaban como de costumbre en sus arreglos de partidas y de cuentas. Doña María y su zamba comenzaban á aburrirse yá, y á sentir aquel monótono desfallecimiento, aquel tranquilo desgano que un viage de mar infunde siempre. Para ellas, habian perdido toda su novedad las ballenas y las gaviotas; y el triángulo espumoso de la proa no fijaba, como al principio, los lindos ojos de aquel par de bellas.

Resignadas al fastidio, contemplaban la inmensa bóveda del cielo, y seguian los pliegues con que el viento se insinuaba en las altas velas del navío: porque este éra el único cuadro sobre que podian fijar su vista.

Habia junto á la entrada de la cámara un banco. Doña María, vestida de blanco, estaba sentada en él: Juana echada á sus pies, reclinaba la cabeza en las muelles rodillas de su amita.

Apareció en estos momentos, con paso liviano y cauteloso, como escapado de la cámara, el caballero don Antonio, novio presunto de doña María. Bastaba mirarle su semblante para conocer que su corazon latia mas á prisa que de costumbre; àlgo de conturbado y de trémulo tenia en todos sus miembros, y no bien fijó sus ojos en la niña, que seguia reclinada sobre un codo con un aban-

dono encantador, cuando se puso encendido como un niño que empieza á sentir los primeros sonrojos que ocasiona la sociedad de las mugeres.

Era indisputable que don Antonio estaba enamorado, que la mudez misma á que habia sugetado su pasion, le habia dado intensidad.

Reventando de desesperacion al ver que los dias pasaban unos tras otro sin que él se hubiese hecho comprender de su bella; indignado de su falta de valor para sobreponerse á su propia timidez, se habia creido un héroe por un momento y habia resuelto subir á declararse á doña María; pero no bien habia puesto el pié en el primer escalon cuando un temblor involuntario se habia apoderado de sus miembros confundiendo todas sus ideas, y le habia quitado el uso fácil de la palabra. Vaciló en su marcha, se dirijió á la borda del buque, y como si se hubiese repuesto con un esfuerzo de voluntad, vino tímido como un perdiguero á sentarse al lado de su ídolo.

Esta se enderezó y compuso los vestidos con toda la maestrísima astucia que una niña de diez y seis años sabe desplegar en las luchas de un amor que no ha avasallado todavia.

Juana se levantó entonces con una finísima sonrisa y

como no habia tenido tiempo de lanzar su epigrama favorito, fué á recostarse en la borda fingiendo una prudencia preñada de ironía.

D. María tomó ventaja de la indecision que dominaba á don Antonio:

—Usted querrá estar solo, le dijo levantándose con gentileza.

Pero don Antonio, que con este ademan se vió amenazado de un golpe mortal para las caras ilusiones con que habia subido, le tomó desesperado la mano (en los tiempos antiguos se enamoraba por las manos como en los tiempos modernos) y le dijo balbuciente:

—Solo! no, señorita! la soledad me mataria! he venido para hablar con usted: no me deje usted solo por Dios!

Las pasiones verdaderas tienen siempre su prestigio momentáneo que las hace irresistibles; y doña Maria se sintió vencida en su misma indiferencia por aquel arranque del sentimiento síncero de su prometido, retiró su mano con pudor y se volvió á sentar afectada y confundida ella tambien.

Si don Antonio hubiese sido uno de aquellos galanes avezados en el arte del querer, este era el momento supremo para decidir la suerte á su favor; el alma de la mujer

á quien amaba estaba como muchas veces suele estar el alma de las demas mujeres, en el estado de la cera pronta á recibir la impresion que el artista quiera darle.

Pero don Antonio no era artista, y su amor inexperimentado no podia luchar contra la indiferencia innata con que el corazon de doña María reflejaba su persona. Habia vuelto á caer en la parálisis del sentimiento puro, y no sabia por donde empezar.

— ¡ Qué hermosa es aquella estrella ! fué lo único que se le ocurrió decir despues de un rato de silencio, señalando al planeta *Venus* que brillaba sobre el horizonte.

Volviéndose Juana hácia él le dijo desde la borda.

—Pero si usted se descuida, señor, vá pronto á entrarse!

Y bastaron estas palabras dichas con mucha malicia para que doña Maria se viese acometida de una risa convulsiva que persistió á pesar de sus esfuerzos por contenerla, y que no era sino una reaccion natural de la sorpresa y de la emocion nueva que por un momento la habia dominado.

—Qué cruel es usted, Mariquita, en reirse así de mi, le dijo don Antonio con humildad.

—Ay, señor! no crea usted, por Dios, que me rio de usted! le dijo la niña con una seriedad forzada, ni yo mismo sé de lo que me rio.

—Se rie usted, porque no me ama! Pero si usted supiera lo que yo siento por usted; si usted supiera que la vida me seria aborrecible si no tuviera la esperanza de que usted me ame cuando conozca todo el ardor de la pasion que me hace su esclavo, estaria usted no risueña sino trémula y perdida como yo estoy.

Doña Maria se quedó callada por unos instantes inclinando su bellísima cabeza sobre el tumente seno; y don Antonio la devoraba tímidamente con sus miradas. Pero ella que veia á Juana por las espaldas sacudirse de risa tambien, le dijo con la misma inclinacion al reir mal sofocada.

—Déjeme usted reir, por Dios! no sé que hacer si no me rio.

—Bien, señorita: ríase usted; pero cuando usted acabe tenga usted la caridad de contestarme una palabra. No me la niegue usted! sea usted buena conmigo que tanto sufro por usted! ¿Ha pensado usted en que estamos destinados á unir nuestros destinos para siempre por medio del amor?

—Señor Romea: mi padre me lo ha dicho; pero le he visto á usted tan pocas veces: tengo tan poca confianza con usted, que debo confesarle que hasta ahora no he querido cavilar en lo que usted me indica. Y la niña se reía á mas reir al ir diciendo estas palabras.

—Pero si usted me amase se sentiria usted atraida hácia mí.

—Ah! eso nó! dijo doña Maria con viveza; y reponiéndose al momento agregó: pero no lo estrañe usted; me habla de cosas que son desconocidas; y volvia á reirse.

—Tengo que retirarme, Mariquita; dijo entonces don Antonio con tristeza, porque su *taíta* de usted me espera; y me voy con el desconsuelo de saber ya de cierto que le soy á usted indiferente. Al decir estas palabras don Antonio se levantó despechado, y bajando la escalera de la cámara dijo con los rasgos convulsivos de la cólera sobre su rostro—¡ Coqueta!— y con el mirar torbo de sus ojos parecia decir «dia vendrá en que cambiarás tu risa por el miedo!»

Cuando doña Maria vió á don Antonio retirarse se sintió aliviada y oprimida al mismo tiempo. Tenia un secreto pesar de haber ofendido, tal vez, á un hombre que

le habia significado tanto amor, tanta bondad y tanta resignacion.

Pero Juana vino en aquel mismo momento y deshecha en carcajadas de risa dejó caer su negra cabeza entre las delicadas faldas de la niña.

Esta sin embargo ya no podia reirse con la misma espontaneidad; algo de serio habia pasado por su alma que la ponia pensativa; y no pudo menos que decir á Juana con cierto tono indefinible de súplica — No rias así, por Dios! este hombre me ha dejado afectada!

—Guay, señorita! le dijo la zamba con admiracion ¿cómo es eso?

—Sí, Juana, te lo confieso; este hombre me ha dejado llena de lástima ó de miedo, no sé lo que es!

—¿Y don Manuelito, señorita; qué diría si la oyese á usted hablar así?

—No lo sé! pero en lo que me acaba de pasar hay algo de grave que ha cambiado mi modo de ver las cosas, y me está pareciendo juego de niños el cariño de don Manuel.

—Tate.... pues, niña, ya veo que el viaje vá á darnos que contar.

—Hace tiempo que lo he dicho: el Padre Andrés me ha estado amonestando en las confesiones que ponga mis

ojos en don Antonio: que Dios y mis padres me lo destinan para señor de mi alma y de mi vida; y tú sabes las durezas de que ha sido víctima mi primo Manuel. Este hombre, Juana, dice que me ama. Dios, mi confesor, mis padres, me mandan ser suya; y sin embargo tu vés la humildad con que me ha hablado. Te juro que no sé lo que me pasa! Yo siento que el cariño con que miraba á Manuel no me dá fuerzas bastantes para resistir á don Antonio; y ademas, acabo de comprender que no le tengo repugnancia, dijo doña Maria con resolucion.

—Pues, señorita: eso y empezarlo á amar es todo una misma cosa! dijo Juana despechada.

Las dos bellas se quedaron absorvidas en un profundo silencio despues de estas palabras.

Juana fué quien al fin lo rompió, diciendo como para tener pretesto de conversar.

—Sabe, señorita, que seria chasco que nos encontrásemos con los herejes?..... Si, como dicen, son hijos del diablo y tienen su propia figura, no se les ha de ocultar que este barco lleva muchísima plata. ¿Y si vienen, quién nos defiende?..... ¡Madre mia del Cármen!..... Si trajésemos un padre, ya seria otra cosa; porque él los conjuraria. Pero aqui venimos desampa-

radas; y por lo que he visto este capitan y esta gente no han de estar muy bien con Dios.

—No digas eso, Juana!

—Como no lo he de decir?..... A mi me parece que nuestro capitan y sus marineros son tan hereges y judios como los mismos hereges. ¿No oyó su merced las maldiciones que echaba ese bruto el otro dia, cuando el marinero que estaba sobre aquel palo no podia recoger pronto la vela? Yo no habia oido jamás una boca mas mala; si lo hubiera oido el amo ó la señora no nos hubieran dejado subir mas á tomar el aire.

—Esta gente siempre es torpe, Juana; y si así son los cristianos ¿como serán los hereges? yo me moriria si tuviese que verlos! ¿De qué andarán vestidos, eh? Que cosa tan horrible serán; y dicen que no hablan; que son como los animales, que solo entre ellos se entienden, y que se comen á la gente.

—Y sus buques, señorita, serán como este?

—No, muger! como han de ser! como te figuras que los buques de cristianos hayan de ser como los de los hereges?

—Y quién es el Rey de los hereges, niña?

—Quien sabe! el otro dia le oí decir á tatita que era una

muger muy enemiga de nuestro rey: una judia que anda como los hombres montada á caballo, y en la guerra; que mata á muchos de sus súbditos y que ha degollado á una reina preciosa y buenísima, porque era cristiana. Pero no sé como se llama.

—Se llama Isabel (dijo alguno por detrás de ellas con una voz tosca y un acento conocidamente portugues) y es *fiera* como el diablo!

Las dos muchachas miraron hácia atrás sobresaltadas, y se encontraron con un marinero que manejaba el timon, y que al decir las palabras que quedan escritas, tenia clavados sus ojos en las velas como si esto fuera lo único que lo preocupara.

—¿Y usted la conoce? le preguntó Juana con desembarazo.

—No! pero la conoce un hermano mio, marinero como yo, que estuvo prisionero mucho tiempo en Inglaterra.

—¿Y usted ha visto hereges? le preguntó Maria.

—De cerca, nó! porque las veces que los hemos encontrado en el golfo de Vizcaya les hemos menudeado tanta bala que han perdido el coraje de acercársenos. Pero, aunque no los haya visto, puedo jurar por Cristo que todo

lo que ustedes estaban diciendo es fábula. Los hereges son hombres como yo, señoritas! los hay hermosos como un roble, y sus mugeres son lindas como las estrellas. No por ser hijas del diablo (lo cual es cierto) dejan ellas de ser madres de bravos marinos y galanes caballeros. Esas cosas que allá en tierra cuentan los frailes son pamplinas buenas para ellos y para embaucar la gente que no sabe lo que es mar. ¡Si digéramos los Moros! eso ya seriá otra cosa! estos sí que son retratos del diablo en lo negro y en lo feo!

—Yo he visto muchos moros, dijo Juana.

—¿Quién?..... tú?

—Sí, señor!..... pintados.

—Ah! eso sí: no estarias aquí, ni tendrias tan rosada la boca si los hubieses visto de carne y hueso.

—¿Son muy malos? preguntó doña María.

—Arre!..... Como el diablo!

—¿Y cómo estuvo usted con ellos?

—Vea usted! Yo fuí con el famoso Rey don Sebastian á pelearlos en su mismísima tierra para reducirlos á nuestra Santa Fé. Les dimos una gran batalla. Les matamos gentes á millones. Pero el diablo los resucitaba á aquellos malditos en cuerpo y alma y les daba lanza y caballo

para que volviesen á pelear. Todititos los santos del cielo, y todititos los diablos del infierno anduvieron en aquel dia á cual hacia mas milagros para los suyos. Pero, como nosotros éramos cristianos, no nos resucitaban para que ganásemos el cielo; mientras que á ellos el diablo principal les cerraba las puertas del infierno, de modo que no tenian mas remedio que volverse á la batalla quisieran que no quisieran. Allí nos estuvimos pues dándonos hacha y tiza y agrupados á nuestro Rey, que era un jóven de lo mas guapo y gallardo que se puede ver. ¡Era de verlo correr de un lado á otro descabezando moros y chorreando sangre impura! Tanto pelear nos iba acabando poco á poco; y no quedábamos ya sino unos cuantos vivos, cuando nuestro Rey desde lo alto de su caballo blanco como la nieve, nos dijo —*¡Viva la fé! ¡á ellos!* y se metió en medio de los enjambres de moros. Todos íbamos á morir: nuestro Rey el primero! cuando se vió, señoritas, el mas grande de los milagros que haya hecho nuestra Santísima Madre la Vírgen de Mercedes. Don Sebastian llegaba ya á las filas de los moros, cuando se abre en esto el cielo y vemos bajar un ángel dorado con alas de fuego, que alzándose al Rey con su caballo, se los llevó por el aire dejándonos á todos medio muertos de

espanto. Los moros se quedaron mirando, y nosotros tambien, hasta que el ángel, don Sebastian y su caballo se perdieron de vista entre las nubes. Viéndonos solos y sin Rey, nos entregamos: y como yo era marinero, dígeles á los moros que tomaba partido con ellos; y me echaron á un corsario. Una noche estábamos á la capa espiando un navío delante de Cádiz; yo estaba junto al timon; me bajé quedito por la borda, y á nado llegué á la costa. Me conchavé despues en un barco que salia para América, y como sufrí tanto al pasar por el Cabo no he querido ya volverme, y ....

En esto estaba el portugués, cuando de arriba del palo mayor salió un grito agudo diciendo:—

—Una vela!

—Por Cristo! dijo el del timon ¿qué será esto?

—Serán los hereges, señor? preguntaron á un tiempo y espantadas doña Maria y Juana.

Pero aún no habian acabado cuando apareció subiendo á brincos el capitan del navio, y empinándose sobre el techo de la cámara gritó:

—¿Qué rumbo?

—A nosotros! contestó inmediatamente el del palo.

Mandó entónces el capitan soltar los rizos de todas las

velas, y reparando en las dos niñas que estaban aterradas junto á él les mandó irse para abajo inmediatamente con un tono grosero é imperioso.

El marinero del palo volvió á gritar:

—Otra vela, con el mismo rumbo!

—¿Que arboladura? preguntó el capitan.

—No distingo todavía!

El capitan dió una patada sobre la cubierta: mandó cambiar el rumbo para tomar el viento *á un largo*; y comenzó á pasearse cabizbajo á lo largo de su buque.

Antes de seguir narrando las consecuencias de este encuentro, es menester que volvamos á Lima. Habian ocurrrido allá, despues de nuestra partida, grandes alborotos, que nos esplicarán probablemente el duro trance en que iban á verse nuestros caros navegantes.

CAPÍTULO III.

¡ HA SALIDO !..... GOD DAMN ! ! !

Como era de esperarse, la salida del *San Juan de Orton* no se habia mirado en Lima como un suceso digno de atencion. Pero dias hacia que ya nuestro buque corria el mar, cuando se celebraba en la fastuosa catedral de Lima una gran misa con *te-deum* en festividad del natalicio de don Fancisco de Toledo, segundo Virey del Perú, à la sazon reinante. El concurso que atestaba la plaza y el templo era escogido é inmenso.

Oyese de repente un terrible alboroto de gritos desesperados y alarmantes en la plaza. El tumulto se hacia por momentos mas grueso y aterrante; y entre las voces que el estruendo de la multitud dejaba percibir, se dejaban de cuando en cuando oir estas palabras — *¡ Un chasqui !*

—*A requipa!* —*¡Los Herejes!*—*Francisco!* y se veia un agitado peloton de hombres blancos y negros, y niños que empujándose en masa unos á otros rodaban por la plaza hácia la casa ó palacio del Virey.

El bullicio era tal, que la gente del templo cayó en la mas frenética ajitacion. Los altares fueron atropellados; las señoras y los hombres se revolvieron con una gran masa de plebeyos que habia invadido el templo; y pocas fueron las que no se vieron holladas y destrozados sus vestidos en aquella escena de pánico universal. Fué preciso cerrar las puertas de la Iglesia, dejando dentro de ella un gran concurso de familias tanto mas lleno de espanto y de terror, cuanto que todos ignoraban allí completamente lo que ocasionaba aquel inmenso bullicio.

Las mugeres lloraban y se acogian á los altares. Los hombres permanecian indecisos. Los mas intrépidos querian salir á saber lo que sucedia mientras que los menos valientes se reunian en la sacristía y los patios de la iglesia al rededor de veinte ó mas sacerdotes que se preguntaban unos á otros *¿que habia?* sin poderse responder. El peligro, aunque ignorado, parecia ser grande.

La gente de la plaza se habia parado ya en las puertas del palacio del Virey esperando alguna noticia segura y

auténtica. De repente salió á toda prisa del palacio un hombre montado á caballo, y atropellando á la multitud la hizo abrirse como dos olas que se chocan y que al separarse muestran el fondo del abismo: tras de éste salió otro, y otro; gritando todos *¡ los hereges están en la costa ! vienen sobre nosotros !*

Poco despues salió del palacio un fraile franciscano: llevaba como una cera el semblante, pálido y desencajado; los ojos parecian sumidos en el centro del cráneo; tenia la boca contraida y seca. Todos le dieron paso con respeto, y así que se vió en la plaza se soltó á correr hácia la catedral. Una gran parte de la gente, parada en la puerta del palacio, lo siguió tambien corriendo tras de él sin saber por qué ni para qué. Mas él luego que llegó á una puerta chica que daba á un patio del edificio, la abrió, entró y la volvió á cerrar.

Al presentarse á la sacristía, los demas sacerdotes gritaron: *¡El confesor del Virey! ¡El Padre Andres!* y todos se agolparon sobre él para preguntarle la causa de aquel horrible alboroto; pero él nada podia responderles sino palabras cortadas, por que la falta de alientos le impedia hablar—*¡ Los hereges ! ¡ de Arequipa ! ¡ sobre el Callao!* Drake !. . . . y nada mas.

Poco á poco se fué serenando, y pudo al fin referirles en sustancia que Drake con tres buques de guerra habia entrado en Arequipa, saqueado los buquecillos que estaban en el puerto y habia salido inmediatamente, con direccion al Callao; y que segun todos creian, marcharia de sorpresa sobre Lima para saquearla. Tan asustados se pusieron todos con semejante noticia, incluso el Señor Virey, que nadie creyó imposible la realizacion de semejante empresa, y querian todos huir á las sierras abandonando la ciudad.

Sabido el caso de toda la poblacion subió de punto el terror y el conflicto. Por todas partes se veian carruages, mulas, caballos, y gentes con atados de ropa que se salian al campo. Todo estaba en el mayor desórden; y con el ruido que hacia la multitud, era de oirse, para mayor espanto, el frenético tocar de las campanas y el redoble de los tambores que se rajaban para reunir gente de armas al rededor del señor Virey.

Los negros esclavos, al verse sueltos por el terror de sus amos, cruzaban las calles por pandillas; y con una bárbara algazara de alegría invocaban á Francisco y sus

hereges como á salvadores, amenazando turbar el órden de un modo espantable.[1]

Alguno de los que por allí andaban gritó que los buques ingleses se verian desde el Puente. Fué este grito como una chispa eléctrica que tocó y puso en movimiento á todos los cuerpos. Todos desaparecieron de la plaza, y se agolparon al lugar donde hoy se vé el magnífico puente del Rimac.

No habia entre aquella multitud quien no creyese distinguir las sombras de los ingleses en el fondo del horizonte: uno señalaba allí, otro aqui; aquel mas lejos, este

1. Para que no se me tenga por exagerado en esta verídica descripcion que he hecho del espanto que causó en las costas del Perú y en Lima, la espedicion de Drake, copiaré lo que el buen Arcediano Centenera escribia pocos años despues, y como quien dice á la vista de los sucesos. Lo tomo del canto XXII.

«Las costas y tierra toda estremecia,
Las nuevas por los aires retumbaban.
. . . .
A Lima se despacha mensagero
Por tierra de Arequipa; mas allega
El Ingles al Callao de primero.
Sin combate de mar y sin refriega:
El puerto reconoce placentero,
Y á las naves y barcos bien se pega;
A vista se nos pone y hace fieros,
Y en tierra algunos buscan agugeros.
. . . .
El de Toledo (a) á priesa hace gente;
Tocábanse las cajas y campanas.

(a) *Don Francisco de Toledo, segundo Virey del Perú.*

mas cerca; y el hecho era que nadie veia cosa alguna sino los vapores de su propio espanto y ansiedad.

El Virey, con todos sus empleados corrian á caballo la ciudad, mostrando grande ahinco por reunir gente, dar órdenes y mandar chasques por todo el pais. Pero, al mismo tiempo, los sacerdotes reunidos en la sacristía de la Catedral, habian resuelto una medida de defensa mas acertada, alcanzando del Reverendo Padre Andres que predicara un sermon al pueblo reunido en el puente á fin de infundirle el valor y el odio necesario para resistir y escarmentar á los hereges. Entretanto, nadie se habia

Y con temor y miedo el mas valiente
Vereis cargar de hierro y partesanas.
El súbdito temor tan de repente
Causaba andar las gentes como insanas.
....
....
La turbacion y espanto yo decilla:
Aunque quiera hacer un largo canto,
No podré: cabalgaba uno sin silla,
El otro aunque con silla con espanto.
....
Los negros la ocasion consideraron
Y acuerdan entre sí un ardid famoso
....
Pensando que Francisco allí viniera
Y en libertad á todos les pusiera.
....
Y fué concierto hecho de morenos
Que al blanco tienen tantos desamores
Cuanto son diferentes los colores.

acordado del Callao; nadie se atrevía á ir allá; y habia quien creia que ya estaba en poder de los hereges.

El Padre Andres, gefe de la Inquisicion de Lima, haciéndose seguir de cuatro hombres que cargaban una enorme y altísima mesa, se dirigió al puente: llegó, la hizo poner en el centro del concurso, y subió á ella. Todo quedó en el mas solemne silencio, ni mas ni menos que cuando Eneas en presencia de la corte de Dido y de su hueste de troyanos, empezó su «*infandum, Regina, jubes renovare dolorem.*» La magestuosa y solemne figura del fraile, dominaba en aquel momento de terror el ánimo de todos sus agentes.

Su palabra fué digna de la situacion; y cuando despues de haber pasado los frios preliminares de toda arenga, entró con furia y con violencia en las cuestiones del momento; cuando despertó todas las preocupaciones populares para hacerlas servir á su intento; su figura respiraba un no sé qué de inspirado y de sublime que conmovió profundamente á su auditorio. No quedó uno que no alcanzara á ver aun mas allá del horizonte; que no distinguiera en el centro del mar los buques ingleses, y dentro de ellos bailando la sabática ronda mil espíritus del infierno, dirigidos por el mas horrible y facineroso de todos ellos, el feo y

atroz Francisco Drake, sacudiendo con su enorme y peluda cola los rojos costados de su buque.

Acababa el Padre Andres su violenta arenga, cuando se avistaron en el horizonte tres puntos perfectamente blancos. Un grito universal se alzó! -*¡Los hereges!* El padre se quedó frio, su rostro empalideció de nuevo, y como no tenia ya que hacer sobre su mesa, se bajó y desapareció entre el concurso general. Quizás se dijo para su coleto lo que un célebre ministro moderno al empezar una grande revolucion — « Concluida la obra de la inteligencia, no me queda ya papel y lo mejor es alejarse.» — El hecho es que al grito de *¡ los hereges!* que arrojó la multitud, el padre miró, vió y huyó.

Efectivamente Drake con sus tres buques estaba sobre el Callao.

Habia sabido en Arequipa por noticias tomadas de los indios y de los negros, que en el Callao estaba ya cargado y pronto para salir el *San Juan de Orton* y se habia dirigido á toda prisa para sorprenderlo en el puerto y hacer sin estorbo la rica presa de las barras con que este buque iba lleno.

Mientras que la gente lo veia desde Lima, él caia sobre el Callao y abordando todos los buques que allí habia los

saqueaba y los quemaba. Como la costa y la poblacion del Callao habia quedado desierta, Drake hacia en el puerto lo que queria. Furioso de que el ***San Juan*** hubiese escapado de su ataque, y creyendo que lo hubiesen engañado en el aviso que le habian dado, resolvió bajar á tierra para saquear y destruir la poblacion. Esta era su empresa favorita; por que el odio á la España era su pasion dominante.

Verdad es, que tenia grandes motivos para ello: habia sido una de las muchas víctimas que habia hecho en Inglaterra la influencia española en el poco tiempo en que la Reina Maria Tudor estuvo casada con don Felipe de España. No olvidaba jamás Drake las ofensas que habia recibido como protestante, ni las humillaciones que habia impuesto á su raza el orgullo de un príncipe estrangero y déspota que jamás se saciaba de poder y de persecusion. En una bella biografia [1] de este célebre marino, que tengo á la mano, leo que en el tiempo de la persecucion de Maria, el padre de Drake tuvo que huir de Inglaterra con su familia. Vuelto á la patria el hijo en el tiempo de Isabel; hizo una espedicion de comercio para una de las colonias españolas, donde acusado de contrabando le

1. Southey—Naval History.

fueron descomisados sus bienes quedando en la mas completa miseria. Lleno de rabia y de despecho volvió á su isla, y consultó á un célebre teólogo de entonces si estaba autorizado para piratear sobre los españoles vista la injusticia que le habian hecho. El teólogo le contestó que *con toda seguridad de conciencia podia hacerlo, atacando* y *saqueando los buques y las costas, cuantas veces pudiere y lo quisiere.* Drake obtuvo entonces de Isabel una patente de corso para entregarse á la pasion favorita que habia nutrido desde su niñez; y sin mas poder que el de su inmenso odio enrostró al Potentado mas fuerte de su siglo, al que hacia temblar toda la Europa.

Este era el hombre que acababa de entrar en el puerto del Callao.

No encontrando en él al *San Juan de Orton*, se disponia á bajar á tierra, cuando vió venir hácia sus buques una especie de lancha angosta y pequeña, manejada por un hombre. La mandó reconocer con uno de los oficiales que traia á su bordo y que habiendo estado en España en tiempo de María Tudor, hablaba bien en idioma castellano, como lo hablaban entonces todos los hombres

de buena educacion. El lanchon ingles se acercó á la embarcacioncilla y vió sobre ella un negro jóven, y despierto al parecer.

—¿Adonde ibas? preguntó el jóven ingles al negro.

—A buscar á su merced.

—Quien eres?

—Un esclavo, señor: mi amo acaba de huir del puerto, y yo me escondí para tomar partido á bordo de los buques ingleses; hace dos dias, señor, que salió un navio que llevaba mucha plata, vaya su merced á alcanzarlo: va con poca gente y no es ligero.

— ¿ Un navio ? dices. ¿ Como se llamaba ?

—No sé como se llamaba; pero, como mi amo es empleado en el puerto, yo estuve cargándolo tambien, y ví que llevaba mucha plata: hace dos dia que salió.

—Ven acá, dijo el jóven ingles, pasa á mi bote. Mandó á los marineros que virasen, se dirijió á toda prisa hácia el buque que montaba Drake, y subiendo á él, le dijo—Almirante! el buque está en la mar! ha salido cargado de oro: he aquí un hombre que lo ha visto.

Drake que no habia perdido la esperanza de encontrar

almacenadas en tierra las barras de oro y de plata que tanto habia saboreado, al oir que el buque habia partido, sin poderse saber su rumbo ni su destino, lleno de rabia esclamó:

¡ Ha salido !... God damn !!!

CAPÍTULO IV.

PELIGROS QUE EN AQUEL SIGLO CORRIAN LOS QUE SALIAN AL MAR CON ORO Y PERLAS.

Un momento de refleccion bastó para serenar al marino ingles del arrebato que le arrancara aquella habitual esclamacion, que le hemos de volver á oir antes de que se acabe este libro, en un momento de satisfaccion y de venganza.

Una vez calmado, supo del negro todo lo que este pudo decirle; y se volvió al mar al momento con la esperanza de tomar al *San Juan* sobre el rumbo del noroeste. Su alejamiento dió á los limeños un gozo incomparable. Al distinguir perdiéndose en el horizonte las blancas velas de sus tres buques, como si fuesen las alas de tres gavio-

tas, ellos calcularon bien que todos los peligros iban ahora á acumularse sobre el *San Juan;* pero esto les libraba de un riesgo y agitacion á que no se habian preparado; y á trueque de la calma que se les dejaba para hacer aprestos de guerra y fabricar corage, daban por menor daño la pérdida del tesoro del Rey.

Drake corria en verdad sobre su presa. Sus buques eran veleros, y se hallaban tan bien tripulados como manejados; despachó uno de sus bergantines á cruzar sobre las costas de Chile en prevencion de que el *San Juan* hubiera tomado este rumbo; mientras él con el otro bergantin y la goleta se dirigió á los mares del Istmo y costas occidentales de Méjico, desde donde habia resuelto volver cargado de riquezas por entre los mares de la Chin ay de la India: navegacion admirable para aquellos tiempos que solo un génio como él era,pudolle var á cabo con un éxito completo.[1]

1. « Tambien diré de aquel duro flagelo
« Que Dios al mundo dió por su pecado,
« El Drake que cubrió con crudo duelo
« Al un polo y al otro en sumo grado.

« No es justo al enemigo que tenemos
« Celarle sus hazañas y sus hechos
....
« Y así justo será que por olvido
« No deje yo á Francisco y su grande hecho;
« Pues que en aquestos tiempos ha venido

En la tarde del dia siguiente á su salida del Callao, mientras que nosotros teníamos nuestra atencion en el *San Juan*, con la bella doña Maria y su zamba, oyendo al marinero portugués, estaba ya el audaz corsario á punto de tocar la realidad de sus doradas esperanzas.

Al primer anuncio de las velas que aparecian, el capitan del *San Juan* mandó subir toda la tripulacion; hizo revisar sus doce cañones (pues el *San Juan* los tenia, y por eso le llamaban tambien el *cagafuego*); mandó cerrar las escotillas, y dejar libre y espedita toda la cubierta sin olvidarse de ordenar á sus pasageros que apagasen todas las luces y se mantuviesen inmóviles en la cámara.

Precaucion fué la de las luces que para nada le sirviera ya, porque el diablo del herege lo habia olfateado, y le seguia el rastro con la seguridad tenaz de una ave de rapiña. Sin embargo el marino español y su gente esta-

« Al Perú de su tierra muy derecho.
. . . .
« Aqueste ingles y noble caballero
« Al arte de la mar era inclinado;
« Mas era que piloto y marinero:
« Por que era caballero y buen soldado,
« Astuto era, sagaz y muy artero,
« Discreto, cortesano y bien criado,
« Magnànimo, valiente y anim so,
« Afable, y amigable y generoso.

(*Barco de Centenera, canto XXII.*)

ban dispuestos á todo; y mas por orgullo y dignidad, que por guardar el dinero del Rey, estaban decididos á batirse hasta el último trance en caso que fueran enemigos los buques que se habian avistado.

Entretanto, habia anochecido completamente, mas como habia luna, no podiamos decir que hubiese oscurecido. La claridad no era tanta tampoco que permitiera ver los buques que por la tarde habian aparecido en el horizonte. Corrieron, pues, algunas horas de ansiedad para la tripulacion y pasageros del *San Juan*, durante las cuales todos hablaban bajo y guardaban sus puestos con aquella resignacion y respetuoso silencio á que se acostumbran tambien los hombres de mar.

No se oia mas ruido en el buque que el que hacían los largos pasos con que el capitan, tomadas sus manos por detrás y metida la barba en el pecho, se paseaba á lo largo de la borda de babor. De vez en cuando se paraba y miraba las velas con inquietud, echando una feroz maldicion cada vez que no las veia muy tirantes. Otras veces se arrimaba á la borda y se fijaba en el agua; y entonces, viendo la sombra del bergantin huir como si fuera el cuerpo aéreo de una fantasma sobre la movible y alucinante superficie de las aguas, se volvia satisfecho. Den-

tro de la cámara estaban reunidos todos los miembros de la familia de don Felipe Perez y Gonzalvo, y don Antonio con ellos; todos estaban llenos de pavor haciendo congeturas en voz baja, y asombrándose del oscuro abismo á cuyo borde se hallaban. Doña Mencia queria rezar, pero en vez de rezar lloraba. Maria estaba espantada; la zamba miraba á sus amos, y acostumbrada á depositar en su autoridad el cuidado de dirigirla, esperaba que de la adusta frente de don Felipe, ó de los caprichosos pliegues que rajaban la cara de doña Mencia saliera algun recurso repentino.

Reinaba, pues, un silencio sepulcral á bordo del *San Juan* que no era perturbado sino por los trancos del capitan y por los golpes con que de vez en cuando venian las olas á estrellarse contra los costados del buque, haciendo crugir sus maderos.

De repente salió una voz de la cofa mas alta del palo mayor, y con aquel acento lánguido y lúgubre que la voz del hombre toma en las soledades del mar, dijo:

—Dos velas á babor!

Este grito difundió la inquietud por todo el buque.

Todos hundieron sus ávidas miradas en el vasto hori-

zonte, y se pusieron á escuchar anhelantes y sobresaltados.

—¿Proa á nosotros? preguntó el capitan.

—Una corre al parecer sobre nuestro baupres, y la otra sobre nuestra popa.

—¿De qué fuerza parecen ser?

—El que rompe nuestro bauprés es una goleta que riza el agua como el viento; se le vé apenas la borda; todo su casco parece una raya sobre el mar; y el que viene sobre la popa es un bergantin como el nuestro.

—Ea, muchachos! dijo el capitan; manos á la obra! preparad los cañones; cargadlos bien y teneos listos!

A poco rato se mostraron ya los buques que causaban esta alarma. Los reflejos de la luna daban sobre sus velas, y hacian que se les viese como si fueran dos blancas garzas que volaran rozando las olas del mar. Todos los marineros del *San Juan* tenian fijos en ellos sus ojos viéndoles correr sobre su buque con un aire de insolencia y de arrojo que los helaba.

El uno, que sin duda era mas chico que el *San Juan*, corria como una flecha á situarse por la proa del buque español; mientras que el otro, menos cargado de velas, y algo mas grande, maniobraba de modo á situarse sobre

su popa. El capitan del *San Juan* que era algo avisado, comprendió las intenciones de los que él suponia sus enemigos, y luego que los dos buques se separaron, varió el rumbo hácia el oeste y se alejó del mas grande para acercarse de improviso al otro, tomándolo solo por algunos instantes.

Los tres buques se veian ya perfectamente, y podian examinarse sin obstáculos, en todo su casco y su tamaño.

Un fogonazo repentino y el estruendo que hizo un cañon disparado á bordo del bergantin enemigo, intimó al *San Juan* la órden de detenerse. Este no la obedeció, por cierto, y siguió navegando con firmeza en su nueva direccion para aproximarse á su menor enemigo. La goleta se mostraba tambien decidida á no evitarle, y corria con intrepidez sobre el buque español; de modo que en un momento se halló el uno sobre el otro. El capitan del *San Juan* mandó descargar una de sus baterías.

Tronaron los seis cañones, á la vez pero el buquecillo destinado á recibir esta terrible granizada maniobró tan felizmente que todas las balas del *San Juan* pasaron al mar acertando á entrar tan solo una ú otra que rompió cuerdas y maltrató algunas velas.

Los dos buques estaban ya tan cerca que los españoles oyeron distintamente el grito de *¡viva la Inglaterra!* con que sus adversarios respondieron á la descarga; y antes que pudieran de nuevo cargar sus cañones, ya el buquecillo ingles atravesaba por la proa, y disparaba cuatro cañonazos que hicieron pedazos todo el bauprés y dejaron flotando los foques. Sobre esta descarga, siguió desde los palos una nueva granizada de tiros de mosquetería que hicieron un notable daño matando é hiriendo muchos marineros.

Una desgracia tan completa desconcertó un momento á los españoles. Todo se revolvió, hubo voces, gritos y gran confusion, sin que nadie reparase que el enemigo maniobraba para presentar el otro costado y arrojar por él una nueva granizada. Pocos momentos tardó en realizarlo, pues la goleta era ágil como un pájaro, y se conocia que el marino que la manejaba á par de esperimentado era sagaz y pronto para aprovechar de sus ventajas.

Asi que hubo hecho su nueva descarga tomó el largo hácia el Leste dirijiéndose hácia su compañero.

El *San Juan* estaba casi totalmente inutilizado; mas no era esta la peor de sus desgracias, sino que el valien-

te capitan habia desaparecido. Todos le buscaban, y nadie le encontraba. Uno de sus subalternos se acercó á la cámara gritando con despecho para pedirle órdenes urjentes; pero entonces, el marinero portugués que ya conocemos, y que estaba en el timon como antes, le dijo con calma, y señalando al mar con la boca:—

—Allá fué á dar!

—¿Cómo es eso? cayó al mar?

—Se lo llevó una bala partiéndolo por medio.

—Jesus! dijo el subalterno, y se quedó recostado sobre la meseta de la cámara como si estuviera abismado en el dolor y desesperacion que le causara la humillacion de su bandera y la pérdida de un amigo á quien hacia mucho tiempo que acompañaba.

Despues de un rato alzó la cabeza, tomó la vocina y dijo:

—«Atencion! El capitan ha muerto, como un bravo « español que era: ahora mando yo; y os juro que no hay « mas que vencer ó seguir el ejemplo que él nos ha de- « jado.»

«¡Ea! ánimo, muchachos! ¡viva España! ¡viva « la Fé!»

La goleta inglesa seguia alejándose ignorando todo el

estrago que habia hecho en su enemigo y reputándose quizá débil para el abordaje, se retiraba á una distancia satisfecha de haber aprovechado tan bien su tiempo y sus maniobras. Su mira manifiesta era esperar al otro buque, ó bien esperar el dia para medir bien las fuerzas de su adversario, y saber á punto fijo el estado en que se hallaba.

El nuevo gefe del buque español sabia bien que no tardaria mucho en caer en manos de los ingleses. Toda la tripulacion lo comprendia como él, y así es que fué muy poco el entusiasmo que infundieron sus altivas palabras.

Cerca ya de la madrugada que iba á poner fin á esta noche tan funesta para la gente del pobre buque español, se levantó hácia el Leste, y á corta distancia, un banco de niebla que envolvió y ocultó á los dos buques ingleses. Cuando amaneció, y cuando todos tendian su vista con ansiedad por el horizonte para descubrir el terrible enemigo en cuyas garras creian iban á caer, solo pudieron ver una faja de vapores blanquiscos interpuestos entre el azul del cielo y el verde oscuro del mar. Así estuvieron un corto rato, hasta que el marinero portugues con su ordinaria calma y tranquila resignacion dijo

apuntando con el dedo á mas altura que la neblina.

—Ahí vienen yá!

—¿Dónde? dijo el nuevo capitan.

—Por sobre el banco de neblina se ven dos altos y gallardos palos que nos muestran el frente de sus hinchadas velas.

Efectivamente: por sobre la neblina aparecian los palos y las bergas de un precioso bergantin. A poco rato la espesa nube que cubria el Océano se entreabrió como el leve tul que se raja; y se pudo distinguir perfectamente el gallardo porte de toda la embarcacion. Venia navegando á su lado la certera y ájil goleta que habia causado tan grande estrago dentro del *San Juan*. Ambos buques abrieron un poco las paralelas en que navegaban. El bergantin rompia el agua como una bala, y al pasar á estribor del *San Juan* despidió una andanada de seis cañonazos. El español le contestó con otros seis, no muy mal recomendados que digamos; y que un poco antes hubieran quizá servido para cambiar de suerte. Pero ya era tarde! habia perdido el palo mayor con el timon, y flotando al acaso, se hallaba á la merced de dos enemigos provistos todavia de todas sus ventajas.

La confusion y espanto que la proximidad y la des-

carga del bergantin causaron á bordo del *San Juan de Orton* impidieron que fuesen percibidos los maliciosos movimientos de la goleta. Pero no bien se serenaron los ánimos cuando se le vió, con sus ganchos de abordage, prendida como una araña al costado del *San Juan*, vomitando sobre el puente algunas decenas de intrépidos hereges en cuyos nerbudos brazos relucian las hachas y pistolas del combate.

Tocando ya por el otro costado, egecutaba el bergantin la misma operacion.

El gozo del corsario ingles en aquel momento puede deducirse de estos versos del buen Arcediano Centenera.

"*San Juan de Orton*, navio muy nombrado.
"Con la plata del Rey habia salido;
"En breve el Luterano le ha alcanzado,
"Y como de improviso le ha cogido.
....
....
"Aquesta fuè la presa mas famosa
"Y robo que jamás hizo un corsario:
"Que es cosa de decir muy mostruosa
"El número de plata; y temerario
"Negocio nunca visto ni leido,
"Que á un corsario jamás ha sucedido.

Los marinos del *San Juan* se habian recostado sobre la popa con su nuevo capitan á la cabeza; y así que la

horda del herege puso el pié sobre su cubierta le arrojaron una descarga de arcabuzazos.

Los invasores recularon como por un súbito instinto de miedo, dejando entre los dos campos los yertos cadáveres de tres de los suyos.

CAPITULO V.

EL AMOR NO ESTÁ TAN LEJOS DEL TERROR Y DEL ÓDIO COMO ALGUNOS SE LO FIGURAN.

En este momento de miedo instintivo que suspendió por un instante aquella escena de matanza, saltó de la goleta inglesa, y se abrió pasó por entre el peloton de hereges que ya pisaba el puente del *San Juan* un jóven sumamente hermoso y bizarro. Armado de una espada gruesa y corta, que brillaba en sus manos, como si fuera de fuego: «¡ Ay del cobarde (dijo con el acento de la ira) que retroceda de un paso ante los enemigos de la Inglaterra !» y con un arrojo lleno de fiereza salvó el espácio que lo separaba de los españoles esgrimiendo su arma con una agilidad inimitable.

Restablecíase así este combate atroz de la desesperacion por una parte y de la embriaguez del triunfo por la otra, cuando los marinos del otro buque ingles se descolgaban tambien como panteras sobre el puente del *San Juan*. Al verlos, las facciones de nuestro jóven revelaron una ansiedad inesplicable; y su disgusto se hizo aun mas patente por el gesto de despecho que no pudo contener, cuando vió parado en lo alto de la borda, para saltar como los otros, á un hombre en cuyas miradas y en cuyo empaque estaba impreso el sello del mando.

El rostro de este hombre, tostado por el sol y por las intempéries del mar, parecia tener el temple del bronce. Sus ojos penetrantes, negros y rasgados lanzaban por entre sus ricas cejas una mirada animada todavia por los rayos de una juventud vigorosa. Una cabellera negra y flotante, como la crin de un potro de la pampa, caia desparramada por sus dos hombros poniendo en relieve la frente espaciosa en cuyas líneas fugitivas se leian los signos de una audacia soberana.

Nuestro jóven, como hemos dicho, lanzó á este personaje una mirada de despecho, y con una voz de trueno gritó: «¡Cése el combate! ¡Abajo las armas!» El tono de autoridad con que fué dado este grito debió ser

irresistible, pues todos se quedaron inmóviles, como movidos por un resorte. Volviéndose entonces al personaje de la borda (que aun no habia bajado, pues todo esto fué la obra de un instante que mis palabras alargan) le dijo con altivez:

—¡Almirante: no bajeis! La presa se me ha rendido yá!

—El enemigo os resiste todavia, Lord Henderson!

—Pues bien! milord, le contestó el jóven con arrogante ironía, si quereis vencer á mis rendidos, bajad!

Francisco Drake (pues él era el interlocutor de nuestro jóven) se dió vuelta hácia su buque con una sonrisa llena de indulgencia paternal; é iba ya á bajarse, cuando el comandante español le dijo acercándosele con entereza. «Esperad, señor inglés! una sola palabra!» y le disparó un pistoletazo á quema-ropa que hizo saltar de la cabeza erguida de Drake la gorra de terciopelo negro con tres plumas rojas que la cubria.

El español se dió vuelta entonces incitando á sus soldados al combate; pero aquel momento de reposo habia helado el ardor de los combatientes. Ninguno queria resistir mas, porque era ya inútil; lo cual, visto por el

bravo comandante, agarró su espada y partiéndola con las rodillas, la arrojó al mar.

El Almirante ingles se habia conservado impasible sobre la borda: miró de arriba á abajo á su agresor, y le dijo con calma:

—Eres bravo, Papista!

—Pero tú eres afortunado, Judio![1]

Cien cuchillos se alzaron á un tiempo para sacrificar al español: pero Drake les gritó con un gesto imponente:

—Deteneos! Cuidado con hacer mal á ese hombre! Henderson! vos me respondeis de él.

—Con mi vida, Almirante, respondió el jóven.

Drake saltó entonces á su buque; y lo mandó desprender del casco del *San Juan*.

Henderson era un jóven rubio que apenas contaba veinte y tres años. Su brillante cabellera caia á la moda de aquel tiempo en tostados rizos sobre sus hombros. Una tez limpia y rosada daba á sus miradas juveniles una espresion particular de viveza y de petulancia amable. Sus cejas eran como dos líneas rectas sobre sus ojos que venian á borrarse en el delicado arranque de la nariz; y

1. *Judio* es la palabra con que el vulgo calificaba entonces á los protestantes.

de su boca, pulida como una obra de arte, y airosamente entreabierta, salia franco y fácil el resuello de su noble corazon.

Aquella era la primera accion de guerra en que se encontraba cubierto con los colores de su patria. Algo indómito todavía para la disciplina militar, se habia irritado con la sola idea de que Drake, dueño ya de una reputacion colosal, tomase parte en la rendicion del *San Juan*, y sofocase con la gloria de su mombradía, la que Lord Henderson creia haber ganado en aquella jornada. Durante el combate el jóven Lord no se habia ocupado de otra cosa que de rivalizar con el buque de su gefe para ser el primero en decidir y terminar la victoria.

Drake, que comprendia bien el carácter del jóven Lord, lo mimaba con gusto; y estaba muy lejos de tomar á mal un ardor que le prometia un poderoso auxiliar para los fines ulteriores de su ambicion marítima; porque Henderson era hijo de un Par de Inglaterra de grande influencia en los consejos de Isabel. Justo es tambien que digamos que independientemente de sus motivos de egoismo, Drake queria á Henderson como á un hijo: él lo habia formado; él lo habia lanzado al mar; él era en fin quien habia enardecido su imaginacion hablándole

bravo comandante, agarró su espada y partiéndola con las rodillas, la arrojó al mar.

El Almirante ingles se habia conservado impasible sobre la borda: miró de arriba á abajo á su agresor, y le dijo con calma:

—Eres bravo, Papista !

—Pero tú eres afortunado, Judio ! [1]

Cien cuchillos se alzaron á un tiempo para sacrificar al español: pero Drake les gritó con un gesto imponente:

—Deteneos ! Cuidado con hacer mal á ese hombre ! Henderson ! vos me respondeis de él.

—Con mi vida, Almirante, respondió el jóven.

Drake saltó entonces á su buque; y lo mandó desprender del casco del *San Juan.*

Henderson era un jóven rubio que apenas contaba veinte y tres años. Su brillante cabellera caia á la moda de aquel tiempo en tostados rizos sobre sus hombros. Una tez limpia y rosada daba á sus miradas juveniles una espresion particular de viveza y de petulancia amable. Sus cejas eran como dos líneas rectas sobre sus ojos que venian á borrarse en el delicado arranque de la nariz; y

1. *Judio* es la palabra con que el vulgo calificaba entonces á los protestantes.

de su boca, pulida como una obra de arte, y airosamente entreabierta, salia franco y fácil el resuello de su noble corazon.

Aquella era la primera accion de guerra en que se encontraba cubierto con los colores de su patria. Algo indómito todavía para la disciplina militar, se habia irritado con la sola idea de que Drake, dueño ya de una reputacion colosal, tomase parte en la rendicion del *San Juan*, y sofocase con la gloria de su mombradía, la que Lord Henderson creia haber ganado en aquella jornada. Durante el combate el jóven Lord no se habia ocupado de otra cosa que de rivalizar con el buque de su gefe para ser el primero en decidir y terminar la victoria.

Drake, que comprendia bien el carácter del jóven Lord, lo mimaba con gusto; y estaba muy lejos de tomar á mal un ardor que le prometia un poderoso auxiliar para los fines ulteriores de su ambicion marítima; porque Henderson era hijo de un Par de Inglaterra de grande influencia en los consejos de Isabel. Justo es tambien que digamos que independientemente de sus motivos de egoismo, Drake queria á Henderson como á un hijo: él lo habia formado; él lo habia lanzado al mar; él era en fin quien habia enardecido su imaginacion hablándole

de las sublimidades del Oceano, y de lo fantástico y de lo grande de las aventuras de que es teatro.

Una rica gorra de terciopelo carmesí, de la que volaban hácia atrás tres grandes plumas rojas, brillaba sobre la cabeza juvenil de Henderson. Una blusa del mismo género, corta y airosa cubria con elegancia aquel su cuerpo ágil y esbelto como el tallo de un álamo: tenia ceñida la cintura con un cinturon de cuero de ciervo, guarnecido de oro, en cuyo broche lucian dos perlas de gran precio. Pendia de su cuello una gruesa cadena de oro, á la que estaba colgado un puñal italiano ricamente cincelado; y por fin finísimos encages de Bruxelas adornaban su garganta, que era tan blanca y tan pulida como la de una doncella.

Así que Drake separó su buque, Henderson se volvió al capitan español, (que permanecia fiero y sombrío sobre la cubierta) y le dijo con perfecta urbanidad:

—Tened la bondad, señor, de pasar á bordo del bergantin en esa lancha que echan al mar; y que Dios os la depare buena! Suttonhall! dijo llamando á un subalterno que se le acercó corriendo, distribuid las guardias; asegurad el buque en todas partes, y haced desprender despues la goleta, porque voy á la cámara á revisar los

asientos para pasar á dar cuenta de todo al Almirante; y sin envainar la espada bajó las escaleras de la cámara donde toda la familia de don Felipe Perez y Gonzalvo estaba en la mayor consternacion.

Al sentir sus pasos el hielo de la muerte corrió por las venas de todos ellos. Ya creia doña María que se hallaba entre las garras de algun mónstruo feroz y coludo, como los que habia visto tallados en los altares de Lima; y por un movimiento instintivo se cubrió el rostro con las manos.

Su madre estaba hincada esperando al vencedor para pedirle gracia para su hija: sus entrañas de madre hablaban solas en aquel cruel momento.

Don Felipe, adusto y emperrado, ni se dignó siquiera levantar sus ojos del suelo donde los tenía clavados cuando el jóven inglés se presentó á la puerta de la cámara.

Se quedó éste un poco sorprendido al encontrarse con toda aquella gente donde solo creia encontrar libros de asientos: pero reponiéndose al instante al reparar en las señoras, se alzó la gorra con gallardía y dijo en buen español con un tono sumamente insinuante:

—Salud, señores ! y alzando del suelo á doña Mencia Manrique, agregó:—¡ Os juro que nada teneis que

temer, señora! soy un caballero que conoce sus deberes.

La perfecta melodía de estos sonidos, y sobre todo el débil con que el sexo femenino se abandona á los impulsos de la curiosidad, hicieron que doña María levantase su purísimo y lindo rostro para mirar al ente estraño que así hablaba; y al verlo no pudo contener el ¡ ay ! de admiracion que le arrancára la belleza del jóven que tenia por delante.

Aquello le parecía un sueño; y sus miradas inespertas y candorosas revelaban de mas en mas el predominio que estaban egerciendo sobre su ánimo la hermosura y la gentileza de aquel hombre.—Oh! Dios mio! este es cristiano como nosotros! se decia. Juana estaba estupefacta, y tampoco podia comprender aquella estraña mistificacion en que parecian envueltas.

Hacia ocho meses que Henderson, arrancado á las dulces pasiones de la corte de Inglaterra, no veia en la especie humana sino el rostro de sus toscos marineros. Doña María era una bellísima criatura, como lo saben nuestros lectores: ¿será pues de estrañar que el jóven ingles diese toda su voraz atencion á aquel lindísimo rostro que se levantaba de entre las manos, tímido y llo-

roso, como la aurora de entre los vapores de la noche?

Henderson no podia dejar de mirarla; y á medida que mas la miraba, mejor comprendia todo el efecto que su persona estaba produciendo sobre el corazon de aquella niña. Cortesano y audáz por hábito y por naturaleza, estaba él mismo sucumbiendo, sin saberlo, á la satisfaccion halagüeña de estar gustando: raro es el hombre que no es verazmente grato á la muger que se impresiona de sus buenas dotes.

Hay algo de indefinido en la pasion del amor que irradia como la luz ó se insinúa como la electricidad en un solo momento. Sucede muchas veces que dos personas que se han visto durante mucho tiempo con la mas pacífica indiferencia, se sienten en un instante imprevisto repentinamente atacados de un amor ardiente. Otras veces nace la pasion con la primera mírada; y nace esclusiva y violenta haciendo comprender que todos los otros vínculos que hasta entonces habian ocupado el alma, eran hilos de seda comparados con los anillos de duro hierro de la nueva cadena.

Que el amor nace siempre de improviso y repentino, es, me parece, una verdad que está fuera de cuestion para los observadores sinceros de la naturaleza humana.

Verdad es tambien que en el corazon de la muger que ama existe, como un grano dorado de salud, el bellísimo gérmen del pudor, que, reteniéndola en la conciencia misma de su pasion, la sustrae á la confesion íntima del poder que la somete, para preparar el desenlace del drama psicológico por medio de una escala progresiva de confidencias y de concesiones.

Si tal es el amor real sobre que reposan los mas caros intereses de la sociedad humana, no seria justo calificar como licencia de novelista el carácter espontáneo y repentino con que se produjo el gérmen de esa pasion entre el elegante Henderson y la bella doña Maria.

Sea sorpresa, ó la novedad de la situacion; sea el mérito personal que brillaba en aquellas dos figuras tan vivaces y tan simpáticas, ó el contraste de las supersticiones con las realidades; sea el prestigio que el vencedor tiene siempre para la cautiva, y la cautiva para el vencedor; sea en fin el destino que ninguna razon hay para desterrar de la novela, puesto que nadie lo puede desterrar del mundo; el hecho es que ambos jóvenes se sintieron definitivamente atraidos por una mútua y dulce impresion. Una mútua y dulce esperanza vino á real-

zar en el uno el precio de su victoria, y á sostituir en la otra el terror de la cautividad.

Apenas pudo reponerse Henderson de la sorpresa que le causara la vista de su bellísima prisionera, cuando tomó delicadamente con sus manos á la madre, que continuaba sollozando á sus pies, y la aquietó con tal urbanidad que la pobre vieja se santiguaba á cada momento para arrojar de su alma los instintos de la gratitud y del respeto, que estaban á punto de producirse en ella en favor de aquel herege, de aquel renegado. Ella miraba en los encantos mismos de su figura una celada de Satanás. Sabia que el diablo tenia un poder ilimitado sobre las formas terrenales, y no dudaba que toda aquella belleza de rostro y de talla no era mas que la máscara traidora del cornudo y coludo negro; escapado en aquel momento de las plantas de San Miguel.

—*Santo bendito!* repetía la vieja á cada instante; *cruz! cruz! cruz!* decia atrevesando sus dos primeros dedos de la mano derecha; y miraba de hito en hito á Henderson esperanzada de verlo reventar y exhalarse en fétidos vapores al favor de esta santa evocacion: *tentaciones del infierno!* repetia; y no podia negarse á sí misma que Satanás

era en aquel instante un jóven precioso y de una esquisita urbanidad.

Para terminar aquella situacion transitoria el jóven ingles dijo á don Felipe y á don Antonio.

—Señores, me placeria saber si alguno de ustedes tiene á bordo de este navio algun cargo oficial.

Don Antonio Romea miró á su principal, y como este continuase impasible y engestado, llevaba sus ojos del viejo español al marino ingles y de éste al viejo, sin atreverse á responder una palabra.

—Ustedes comprenderán, volvió á decir Henderson, que tengo sérios deberes que desempeñar con respecto á este buque y su carga. Supongo que ustedes no eran mas que pasajeros en este navio; ¿no es así? agregó con una inflexion de voz benévola y marcada que denotaba la intencion de que los prisioneros se prevaliesen de este efugio.

—No, señor! contestó secamente don Felipe: los dos somos leales servidores y empleados de nuestro Amo el Rey de España y de las Indias, Rey de Sicilia y de Jerusalem, Gran Duque de Milan, Conde de Flandes, protector nato de la Fé Católica y perseguidor de la Heregía: heredero legítimo de la corona de Inglaterra....

—Lo siento, señor! dijo el jóven Lord afectando indi-

ferencia; tened entonces la bondad de subir para poneros con los demas prisioneros.

La muger y la hija de don Felipe alarmadas con las palabras imprudentes que le habian oido, creyeron percibir en los conceptos del oficial ingles una amenaza que les pareció tanto mas terrible cuanto que era mas vaga, y ambas se echaron á los pies del herege llorando.

—¿Qué le vais á hacer, señor oficial? decia la niña: tened piedad por él! es un anciano; es mi padre! dejadlo con nosotros!

—Señorita! ¿qué pensais que pueda hacerle yo?.... No temais nada. ¿Es vuestro padre?

—Oh, si, señor! dijo doña María bañando al jóven con una mirada anjelical.

—Pues os juro que está aquí tan seguro como yo mismo; nada mas necesito sino que os tranquiliceis; y me permitais sacar de aquí todos los libros y papeles del buque, porque mi gefe ha de tener ya por incomprensible mi demora en instruirlo de lo que se ha capturado. Sentaos, señoras: permitidme concluir para dejaros solas y dueñas de esta cámara; y al levantar Henderson con sus manos á doña Maria palpitaba de emocion y de ternura.

—Señor oficial! dijo entonces don Felipe: los libros y

los papeles que buscais son mi propiedad. Con ellos debo yo responder ante mi Rey de los caudales en que mereci su exelsa confianza; y antes me quitareis la vida que recibir uno solo de mis manos, consagrando el insigne salteo que habeis hecho

Era la primera vez que hombre alguno dirijia á Henderson palabras de este género con tono semejante. Altivo y fiero por carácter y por nacimiento, y en una edad en la que nada somete los ardores del enojo; no bien se vió provocado con aquella altanería, cuando olvidando las hipocresías de su urbanidad dió un terrible golpe con su guante de hierro sobre la mesa de la cámara; y con el gesto de la ira dijo:

—Voto al Papa! que si así me hablais, anciano!....

—Calla, salteador! calla, blasfemo! dijo con fúria no menos profunda el viejo airado: vendrá una hora en que comprendereis, renegado, la justicia del cielo, y tendreis el galardon de las impiedades de que sois presa.

Es imposible concebir una sorpresa, un aturdimiento igual, al que se pintó en la mirada y en el gesto de Henderson cuando se sintió herido por tan crudas injurias. Era un anciano indefenso el que lo provocaba, y el jóven ingles se quedó aterrado cuando se vió ya casi sobre él

con su puño de hierro levantado sobre aquella cabeza cubierta de canas.

El alarido que al ver esa accion lanzaron las tres mugeres; las invocaciones religiosas y el llanto de doña Maria, petrificaron al jóven lord en aquella terrible actitud; pero volviendo todo confuso [al uso de su razon, bajó lentamente su brazo, y dijo con un marcado remordimiento:

—Casi me habeis obligado á degradarme, anciano imprudente, con esas vanas provocaciones!.... y ese jóven (dijo apretando con rábia los carrillos y señalando á nuestro nóvio;) ¿por qué no es él el que me ha provocado, ya que es vuestro dependiente?

Don Antonio Romea habia estado encogido y cabizbajo desde el principio de esta escena, y no respondió ni alzando la cabeza siquiera.

—Señoras! dijo Henderson despues de una pausa dirigiéndose con calma á doña Maria y á su madre: estoy educado bajo el principio del santo respeto que se debe á vuestro sexo, y no tengo rubor en confesaros que me retiro vencido por vuestra presencia. Dios haga que el almirante, á quien voy á dar cuenta de todo, no encuentre digna de un severo castigo la terquedad de vuestro

padre; creed, señoras, que es á vosotras á quienes ofrezco este sacrificio de mi orgullo.

Henderson subió á la cubierta con el semblante descompuesto, y gritó desde el alcázar de popa:

—Suttonhall! Suttonhall!

El subalterno estaba al momento con su sombrero entre las manos delante del comandante.

—Poned dos centinelas en la cámara; bajad vos mismo á colocarlos, con la órden de que si alguno de los hombres que están en ella abriera algun cajon ó se moviera del lugar en que se sienta, lo aprisionen y conduzcan á la bodega. Mi lancha para ir al bergantin.

—La teneis pronta, señor, con seis remeros.

—Vijilad bien en el navío! mirad que los españoles son gente muy capaz de incendiarlo!

—Perded cuidado, señor, que los conozco!

CAPITULO VI.

EL LOBO VIEJO.

El aire pensativo y caviloso con que Henderson atravesó la cubierta del navío no disminuía en lo mínimo la marcial elegancia de su paso. Con la rapidez propia de su edad se descolgó desde la borda hasta su lancha, y vino á echarse en la popa como un leon que descansa, á lo largo de un hermosísimo cuero de tigre africano ribeteado y forrado de terciopelo punzó que le servia allí de tapiz: apoyó su costado derecho en un rico almohadon de terciopelo blanco bordado lujosamente con hilo de oro, y se echó su gorra sobre los ojos para disminuir la impresion que la luz del dia, reflejada por el mar, hacia sobre ellos.

El mar estaba quieto, y rizado apenas por la brisa tibia y excitante de los trópicos. Los navios ingleses, que poco antes habian parecido animados de las feroces pasiones que arrastran al hombre á la guerra y al esterminio, flotaban ahora muellemente y como adormecidas por el ténue balanceo de las olas.

La lancha de Henderson se desprendió del *San Juan*, y al primer impulso que le dieron los marineros dejando caer uniformemente sus remos sobre el mar, se deslizó como un delfin sobre la superficie de las aguas, acercándose al «*Pelícano*,» precioso y velero bergantin montado por sir Francisco Drake.

Al silbido agudo de un pito marino que resonó á bordo del almirante, se vieron acorrer presurosos á la borda varios marineros, que tiraron á la lancha la punta de un cable por el cual quedó sugeta á la escalera de subida. Henderson se incorporó, y conteniendo la vaina de su espada con una mano, subió á largos trancos, apoyado en la otra, las dificiles gradas de la escala y atravesó la cubierta por entre bravos marineros que le hacian el respetuoso saludo de los militares.

Drake lo esperaba ya en la cámara: habia sobre la mesa dos bandejas: en una lucia un hermoso jarron de fá-

brica oriental, lleno de agua, al lado de una botella de cristal rebosando de un clarísimo y puro brandy; y en la otra varios vasos abrillantados con unas cuantas botellas de cerveza.

—Linda jornada, Henderson! le dijo el célebre Drake á nuestro jóven así que le vió aparecer: ya veis como yo no os engañaba cuando os decia que esta vida de aventuras contra el *bucéfalo del ante-cristo* [1] era de lo mas ameno y lucrativo que un buen cristiano podia emprender. ¿Estais satisfecho?.... Un marino que empieza como vos habeis empezado, es un hombre de porvenir! Vamos, poned mas gotas de brandy en vuestro vaso; y tomando él mismo la botella, llenó dos copas, dió una á Henderson y levantando la otra mas alto que la cabeza dijo: *Proteja Dios á la Reina!* y despues de tocarla con la del jóven, las empinaron ambos sobre sus lábios. Bien: sentaos ahora y hablemos: supongo que habreis visto ya el total de la partida?

—No, milord!

—¿Qué diablos teneis, Henderson? estais con un gesto que cualquiera creeria que los españoles os habian

1. Los protestantes llamaban entonces al Rey de España *la Bestia del Antecristo*, *El caballo del Papa*. Véase à D' Aubigne, Hist. de la Reforma.

aboyado el costado de vuestra garza. Decidme, hombre, dijo Drake levantándose con una visible alarma ¿nos habremos equivocado? no era ese el buque en que iba el *situado?*

—Es ese mismo, milord: su bodega está llena de sacos de oro, pero no puedo ocultar á vuestra gracia que vengo preocupado, por lo que me acaba de suceder con un prisionero. Permitidme, milord, que os anuncie que con los caudales del Rey de España hemos tomado la familia de uno de sus empleados.

—Sí; ya lo sabia.

—Lo sabiais, milord? dijo Henderson con un asombro profundo.

—Es decir: sabia que esa familia debía haberse embarcado en este navío y que forma parte de ella una bellísima muchacha de diez y ocho años.

—Ah! dijo Henderson con el mismo aturdimiento; ¿teneis entonces inteligencias en tierra?

—¿Y qué, no me bastaba para saber eso el negro que levantamos del Callao?

—Es verdad! dijo Henderson pensativo;.... pues el padre de esa señorita (agregó) tiene el alma de un mastin, y me acaba de pasar con él una cosa séria.

—Creí que me ibas á referir algun conflicto con su nóvio.

—Con su novio, milord!...... ¿qué decís?...... ¿Es acaso su novio un mozo que acompaña al padre?

—Si se llama (dijo Drake hojeando un libro de apuntes,) don Antonio Romea, es sin disputa el marido que su padre le destina.

—Y todo eso (dijo Henderson con una mirada llena de sagacidad) lo sabeis tambien por el negro que alzamos del Callao?

—Seria acaso estraño, Roberto?

—Seria casual al menos.

—¿Pero no os parece que habria en eso mas probabilidad que en las inteligencias de tierra que me suponeis?

—A deciros la verdad, tengo de vos, milord, tal idea, que lo mas audaz y lo menos probable es lo que en todos los casos me parece lo mas cierto.

Drake soltó una airosa carcajada, y le dijo:—cuando avanceis mas en el camino que habeis emprendido, os iniciaré en toda la diplomacia que puede contener la càmara de un buque: en esta atmósfera que os parece tan limitada caben los interesas del mundo.... Mas, no nos

distraigamos: ¿qué es lo que os ha pasado con don Felipe?

—¿Quién es don Felipe, milord?

—Pero ¿cómo quién es don Felipe? pues no me acabais de decir que os ha pasado con él una cosa séria?

—Ah!.... ¿el anciano se llama don Felipe?.... yo no lo sabia.

—Pues ya lo sabeis ahora.

—¿Y su hija, milord, como se llama?.... Veo que nada ignorais de lo que yo os hubiera debido noticiar primero.

—Ah! ¿su hija, eh?.... se llama doña Maria, y si quereis nombrarla *à lo limeño* debeis decirle Mariquita.

—¡Me teneis sorprendido, Milord!

—Me direis al fin lo que os ha hecho don Felipe? dijo Drake á Roberto Henderson con una mirada preñada de malicia.

El jóven le narró entonces lo sucedido y el riesgo en que se habia visto de romper el cráneo al anciano sobérbio. Cuando Drake lo hubo oido le dijo con buen humor:

—No sabeis todavia el modo de hacer cuanto querais con un viejo español. Me parece que habreis hablado

mucho y hecho demasiados cumplimientos: los Españoles tienen un horror instintivo á todo lo que es agasajos; les gusta que el enemigo ó amigo sea franco y de una pieza, que caiga pronto al terreno positivo de todas las situaciones, y vos habeis empezado probablemente por indignar á don Felipe dirigiendo cumplimientos y tiernas miradas sobre su hija. Ya vereis como me porto yo: vamos allá; es preciso trasbordar pronto la carga de ese *cagafuego ó cagaoro* (dijo Drake riéndose á carcajadas) para incendiarle y seguir nuestro crucero. Vais á ver con qué facilidad me traigo á don Felipe: vos no sabiais lo que yo sé, es avaro como un Onytre. Cuando yo me lo traiga aquí, haced que el resto de la familia se trasborde á vuestro buque porque aquí me trastornarian el órden de mis trabajos, ademas de que pronto los echaremos á tierra.

—Cómo!.... no pensais llevarlos á Inglaterra.

—¡Dios me libre, Roberto!.... y para qué?.... Nos basta con los zurrones, hijo mio!

Henderson se quedó callado y pensativo.

Drake volvió á llenar de brandy las dos copas; y convidando á Henderson con una de ellas:

—Bebed! le dijo: os habeis portado como un bravo!

doscientas mil libras por lo menos os ván á tocar de la presa. ¿Creeis que me importan un bledo los registros de ese viejo maniáco?.... No, Henderson! aquí tengo (dijo Drake golpeando sobre su cartera) un resúmen exacto de todo.

—¿Os lo dió el negro tambien?....

—No, Roberto! me lo dió mi ingenio y mi política. Ahora verán los que nos trataban de locos aventureros en nuestra patria, todo lo que puede hacerse con voluntad y pertinacia. Vendrá un dia en que os revelaré el misterio, y vereis con cuántos trabajos y con cuántas medidas me preparo estos golpes de fortuna. Vos sois mi hijo, Henderson: y sereis el heredero de mi obra: os he visto en la accion, y os digo que nadie os igualará como marino; ya vereis el ruido con que voy á volver vuestro noble nombre á la corte de nuestra soberana!.... ¡Bebamos á vuestra gloria!

Un rayo de orgullo atravesó la fisonomía del jóven lord al oir estas palabras, y golpeando su copa sobre la de su gefe, bebió.

—Vamos, Roberto, á ordenar el trasbordo; dijo Drake levantándose y poniéndose su gorra.

—Vamos, milord.

Y ambos salieron de la cámara.

Al costado derecho del *Pelícano* flotaba una hermosa lancha, á la que Drake bajó mientras que Henderson iba á tomar su asiento en la que lo habia traido.

Cuando Drake subió al navío capturado, arrugó de un modo formidable las cejas, puso torba y feroz la mirada, y ordenó que se emprendiese el trasbordo con todas las lanchas y los botes de los tres buques.

Dejando á Henderson encargado de la inspeccion inmediata del trabajo, bajó á la cámara y entró sin saludar á nadie.

—Señor Perez! dijo encarando con imperio á don Felipe, (que lo miró sorprendido al oirse llamar por su nombre) el caudal que veniais custodiando se trasborda en este momento á mi buque.

—Desde que lo haceis á fuer de salteador, yo no lo puedo impedir.

—Pero como os voy á echar á tierra en la primera costa en que toquemos, es necesario que veais lo que os tomo para que os pueda documentar en regla.

Estas palabras produjeron una revolucion súbita en la cara del anciano, que dijo con un visible interés:

—¿Lo decis formalmente?

—¿Y porqué no?....pudiera tocar mañana á algun navio de vuestro amo, la fortuna de apresar alguno de los buques del rico Drake; y yo soy amigo de ofrecer *revancha* á mis enemigos; entonces presentarias vuestra letra, y....

—Id en hora mala! y jugad con el diablo, si os place!

—Desconfiais del poder de vuestro amo, para esterminar á un pobre pirata como yo?

Don Felipe que habia vuelto á tomar su gesto torbo, no respondió.

—Mirad, anciano! le dijo Drake—reflexiono ahora que es muy probable que todo el caudal que llevaba este buque no fuese de solo tu rey: quizá habia alguna parte vuestra y de vuestros amigos los comerciantes de Lima: esto es natural al menos: y os voy á documentar por el doble de lo vuestro, y por lo que fuere de vuestros amigos. Supongo que con un documento de mi puño y letra os bastará para que se os indemnice de lo que habeis sufrido en servicio de vuestro amo.

La fisonomia de don Felipe cambiaba de mas en mas. La duda, el contento y la esperanza se disputaban el hogar de sus miradas.

—Ya vereis qué eertificados os doy! añadió Drake; y

fingiendo al momento una resolucion repentina hizo ademan de subirse á la cubierta.

—Esperad! le dijo con anhelo don Felipe.

Pero Drake se habia subido ya; y no pudiendo contener el anciano su inquietud, lo siguió tambien dejando á su familia, con la esperanza de que Drake adelantase algo mas la benigna generosidad de que parecia animado.

Drake estaba ya al lado de Henderson cuando don Felipe le alcanzó.

—Decidme (le dijo este tomándole del brazo) ya que robais tanto á mi rey, ¿porqué me robais á mi tambien?

—¿Yo os robo? le dijo Drake mirándolo de arriba á bajo.

—Si me quitais mi dinero, me robais!

—¿Es acaso vuestro lo que sacais al mar con la bandera de mi enemigo, del que me robó inícuamente sin riesgo ni razon? Podeis contar como vuestro lo que quitamos de vuestro rey á riesgo de nuestra vida, y con el derecho que nos dá la ley de las represalias? Por qué no os proteje él mejor de lo que veis?

Henderson habia escuchado con interés pero en silencio hasta entonces; tomando empero parte en la discusion, dijo dirigiéndose á su gefe:

—Milord! ¿tratais de algun dinero perteneciente á este anciano?

—Él al menos se empeña, como veis, en salvar lo que dice que le pertenece, le respondió Drake.

—Pues, milord! (dijo Henderson levantando con nobleza su cabeza) haced que ese dinero caiga en la parte de botin que á mí me toque, y devolvedlo porque yo renuncio á él!

—Roberto!

—Si obrando así, estoy en mi derecho, dejadme hacer á mi antojo.

Drake calló, y volviéndose á don Felipe le dijo:

—Ya veis, anciano, que para todo esto tenemos que arreglar nuestras cuentas.

—Fácil es hacerlo pronto por los libros: todo está asentado en regla; os los voy á mostrar, dijo don Felipe con rapidez.

—No tengo tiempo. Venid conmigo si quereis.... ¿os espero? le dijo Drake haciendo ademan de bajar á su lancha.

Don Felipe no se hizo repetir dos veces la indicacion; bajó presuroso á la Cámara, recogió todos sus libros, y salió cubriéndose la cabeza, cuando Drake tomaba asien-

to ya á la popa de su lancha; la que así que bajó aquel, se separó del casco del *San Juan* en direccion al *Pelícano.*

El pirata inglés no era, en cuanto á bienes terrenales, de la misma escuela que el caballero é inesperto Henderson. No era pues liviana la tarea que el viejo español habia emprendido al consentir en debatir con él sus cuentas y las del comercio de Lima. Drake, ademas, tenia un interés positivo en llevarse á su bordo á don Felipe; porque este hombre era depositario por su empleo de una gran parte de las operaciones comerciales y fiscales del Perú, de lo que el inglés pensaba aprovecharse sonsacándole diestramente los datos de que necesitaba para combinar sus futuras correrías.

De todos modos, nosotros vamos á retirar nuestra atencion del *Pelícano.* Un debate sobre cuentas es de suyo demasiado anti-novelesco en este siglo, para que podamos pensar en que sus detalles interesen á alguno de nuestros lectores. En la novela, como en la historia, el interés dramático de los sucesos es naturalmente viagero y emigrante; y doña Maria acaba de ser trasbordada con el resto de su familia á la agilísima goleta que manda Henderson, blanco por ahora de todo nuestro drama.

Cuando concluyó el trasbordo de los zurrones de onzas de oro y de pesos fuertes que constituian el cargamento del *San Juan*, era ya de noche. Un viento récio que aumentaba por instantes, iba sucediendo á la bonanza que habia reinado por dos dias en aquellos parages, cuando el buque de Drake hizo la señal de ponerse á la vela con rumbo al Golfo Darieno y costas del Istmo.

El casco del *San Juan* habia sido incendiado por los marineros de la última lancha que se habia separado de su costado; y en muy pocos instantes el fuego habia crecido á términos que parecian subir hasta el cielo las voraces llamaradas que vomitaba el sombrío esqueleto del navio.

El rumor colérico con que empezaban á agitarse las aguas del Oceano parecia venir como un rugido sordo desde todos los horizontes alumbrados por el reflejo sanguinolento del incendio.

Arrebatados entretanto por la fuerza del viento los buques del herege, como dos blancas gaviotas, se alejaban del trofeo ardiente de su victoria: silenciosos y resueltos, como las aves de la noche, se les veia correr sobre las aguas cual si llevasen la intencion de hundirse en las tinieblas impenetrables del horizonte.

Drake se paseaba solitario y pensativo por el alcázar de su buque: su cabeza parecia inclinada por la grandeza de los proyectos que meditaba: se habia propuesto volver á Inglaterra por los mares de la China y de la India.

Sin mas testigo de la audacia de sus miras que las tinieblas de la noche, brillábanle los ojos y se grababa en su semblante la intensa concentracion de las potencias que denota los grandes momentos de la actividad del alma: el mundo entero parecia concretado bajo la mirada del célebre marino mientras que los golpes del viento hacian ondular las plumas de su gorra y flamear sus largos cabellos.

El interes que inspiran los grandes hombres y las grandes empresas es un patrimonio de todos; y bajo ese punto de vista, que debe ser un dogma para el escritor de conciencia, seria un atentado de parte del novelista adulterar el contenido de esa preciosa herencia de la humanidad. Por lo que á mí hace puedo jurar á mis lectores que he seguido paso á paso la historia de los acontecimientos que forma el fondo de mi trabajo. No es una invencion mia, nó, el órden de los sucesos que se ha leido: y ese mismo Henderson cuya gentil fi-

gura está destinada á concentrar todo el interes novelesco de este escrito, se halla muy lejos de ser una mera ficcion de mi fantasía.[1]

1 Hablando de la empresa de Drake dice uno de los muchos biògrafos en la *Penny Cyclopedia.* "Entre la gente que se embarcó con Drake "*/gentlemen and sailors/* habia varios jóvenes de las mas nobles familias "de Inglaterra, que lo acompañaron movidos, no solo por la esperanza "de botin, sino para instruirse en el arte de la navegacion,. Hicieron "un inmenso botin atacando y saqueando las costas de Chile y del Perú "y apresando entre muchos otros el célebre galeon llamado: "El Caga-"fuego", ricamante cargado con caudales.' Henderson era uno de estos jóvenes, como despues se verá.

CAPÍTULO VII.

DESDE LOS TIEMPOS DE HOMERO Y DE VIRGILIO ES COSTUMBRE ENTRE LOS POETAS SERVIRSE DE LAS ESTRELLAS Y DE LAS TORMENTAS PARA ENREDAR LOS PLEITOS DE AMOR.

Doña Mencia, la buena muger de don Felipe Perez y Gonzalvo, estaba en una cruel alarma al verse separada de su marido. La imaginacion le inspiraba los mas ridículos temores; y no sabiendo como tener á raya su duelo, se abandonaba á los lamentos con tal estremo que traia no poco conturbado al pobre Henderson. Era en valde que el jóven no cesase de hacerle las mas solemnes protestas de quietud: le aseguraba con su vida que don Felipe estaba perfectamente bueno y tranquilo en el *Pelícano*, pero nada conseguia porque doña Mencia lloraba á su marido como muerto: su hija creia en las pa-

labras de Henderson; mas como veia tan afligida á su madre, lloraba tambien sin consuelo.

El estado del mar no permitia echar bote al agua. Habia ademas cierta prisa intencional en la marcha del almirante; y las ocurrencias futuras van á justificar, segun creo, la sagacidad que él probaba al conducirse así.

Henderson pasó en una grande mortificacion la primera noche de este crucero; así es que al dia siguiente decidió ponerse al habla con el *Pelícano* para que doña Mencia viese á su marido y pudiese asi resignarse á esta separacion accidental.

Como Henderson estaba ya profundamente picado de su jóven prisionera, nada deseaba menos que la ocasion de separarse de ella. Las auras del mar son como las de los campos, y avivan de una manera extraordinaria las impresiones del amor. El jóven inglés no podia resignarse á la idea de volver á verse solo dentro de su buque despues de haberlo tenido alumbrado por el bellísimo rostro de la limeña. Seguro de que el mar no permitia trasbordos, y resuelto á mantenerse á diestras distancias en lo sucesivo para detentar su adquisicion, creyó que lo mejor era aprovechar del momento

para tranquilizar á las damas: y con esa mira mandó hacer señales, que luego fueron comprendidas de su gefe.

El *Pelícano* manejó su marcha en consecuencia, para que la *Isabel* pudiese pasar á diez varas de su popa.

Doña Mencia y su hija vieron pues á don Felipe parado en el alcázar del *Pelícano* con un semblante tranquilo y libre de toda preocupacion. Drake, á quien el cielo habia adornado de una galanteria esquisita, puso afablemente una de sus manos sobre el hombro del viejo, y saludando con la otra á las señoras, les gritó con una voz sólida y vigorosa,

—Ya somos buenos amigos!

El viejo español inclinó la cabeza en señal de asentimiento, pero era clara la soberbia reserva en que dejaba sus verdaderas simpatías por el nuevo amigo.

Los dos buques entretanto, pasada esta breve cercanía, apartaban ya su marcha, y alzados ó hundidos alternativamente por las continuas olas del mar, volvian á tomar sus respectivas líneas como dos ballenas que hacen silenciosas su camino.

Un momento bastó para que la reaccion se produjera

en el alma candorosa de la buena vieja. Apesar del mareo que la aquejaba, el gozo de haber visto contento y libre á su marido se sobrepuso á todo, y hasta sintió apetito de comer, por primera vez despues que se habia embarcado. Henderson tuvo para con ella tantas y tan delicadas atenciones, que la buena señora (que al fin era muger é inclinada como lo son todas á la fé y á la benevolencia) empezó á dejarse ganar de cierta especie de afecto por aquel ingles tan caballero.

Don Felipe tenia en efecto grandes motivos para estar satisfecho de Drake. No solo el herege lo habia documentado en regla por toda la partida de barras que le habia tomado, sino que le habia asegurado el reembolso de las que á él le correspondian. Le habia hecho tambien la oferta formal de ponerlo en tierra en la primera ocasion, ó de trasbordarlo cuando menos al primer buque español que apresasen, dándole un salvo conducto que pudiera servirle de garantia en caso de un nuevo encuentro con la Escuna que cruzaba separada del almirante. Don Felipe no se habia hecho repetir dos veces estas ofertas, y tenia ya en su cartera todos los documentos relativos á su realizacion.

Drake le habia dicho que si la ocasion del trasbordo

era oportuna le entregaria los metales que le debian ser devueltos para que los llevase consigo. Pero el viejo era demasiado astuto para aceptar sin maduro exámen semejante liberalidad; si la aceptaba, observó, quedaria un tanto comprometido con su rey y sus comitentes, pues era de inspirar dudas, y tal vez era mas que peligroso, regresar con lo suyo salvado, y lo ageno perdido. Convinieron pues, en que Drake pondria reservadamente en Cádiz esos fondos sobre la casa genovesa Domingo Jordan Oneto y Compañia,[1] que como se verá mas adelante jugaba un rol extraordinario en los negocios de América.

Don Felipe pensaba que con toda libertad de conciencia podia entrar en esta intriga cuyo único objeto era recibir lo restituido; pero no podia al mismo tiempo arrojar de su espíritu las vagas tribulaciones que se le venian de que si era descubierto el negocio, fuese desnaturalizado por la calumnia, y le trajese malas consecuencias. Preocupado y temeroso con estas dudas, las consultaba á cada instantante con Drake, estableciéndose así una verdadera confidencia entre ambos. Drake lo dejaba libre

1. Esta casa cuya razon social existe hoy en Cádiz, cuenta con 300 años de vida mercantil.

en el alma candorosa de la buena vieja. Apesar del mareo que la aquejaba, el gozo de haber visto contento y libre á su marido se sobrepuso á todo, y hasta sintió apetito de comer, por primera vez despues que se habia embarcado. Henderson tuvo para con ella tantas y tan delicadas atenciones, que la buena señora (que al fin era muger é inclinada como lo son todas á la fé y á la benevolencia) empezó á dejarse ganar de cierta especie de afecto por aquel ingles tan caballero.

Don Felipe tenia en efecto grandes motivos para estar satisfecho de Drake. No solo el herege lo habia documentado en regla por toda la partida de barras que le habia tomado, sino que le habia asegurado el reembolso de las que á él le correspondian. Le habia hecho tambien la oferta formal de ponerlo en tierra en la primera ocasion, ó de trasbordarlo cuando menos al primer buque español que apresasen, dándole un salvo conducto que pudiera servirle de garantia en caso de un nuevo encuentro con la Escuna que cruzaba separada del almirante. Don Felipe no se habia hecho repetir dos veces estas ofertas, y tenia ya en su cartera todos los documentos relativos á su realizacion.

Drake le habia dicho que si la ocasion del trasbordo

era oportuna le entregaria los metales que le debian ser devueltos para que los llevase consigo. Pero el viejo era demasiado astuto para aceptar sin maduro exámen semejante liberalidad; si la aceptaba, observó, quedaria un tanto comprometido con su rey y sus comitentes, pues era de inspirar dudas, y tal vez era mas que peligroso, regresar con lo suyo salvado, y lo ageno perdido. Convinieron pues, en que Drake pondria reservadamente en Cádiz esos fondos sobre la casa genovesa Domingo Jordan Oneto y Compañia,[1] que como se verá mas adelante jugaba un rol extraordinario en los negocios de América.

Don Felipe pensaba que con toda libertad de conciencia podia entrar en esta intriga cuyo único objeto era recibir lo restituido; pero no podia al mismo tiempo arrojar de su espíritu las vagas tribulaciones que se le venian de que si era descubierto el negocio, fuese desnaturalizado por la calumnia, y le trajese malas consecuencias. Preocupado y temeroso con estas dudas, las consultaba á cada instantante con Drake, estableciéndose así una verdadera confidencia entre ambos. Drake lo dejaba libre

1. Esta casa cuya razon social existe hoy en Cádiz, cuenta con 300 años de vida mercantil.

siempre para que eligiera lo que le pareciese mejor asegurándole que podia contar con la lealtad de sus amigos de Cádiz. Don Felipe se ratificaba con esto en el arreglo, pero volvia á cavilar sobre las consecuencias, y volvia á necesitar, para tranquilizarse, del consejo y de las palabras aquietantes de Drake; por cuya causa estaba mas satisfecho de ir con él, que lejos de él.

Tres á cuatro dias pasaron sin que hubiese habido variacion visible en el órden de cosas que hemos pintado dentro de cada uno de los dos buques ingleses.

Mas no habia sido lo mismo para el corazon de doña María. Desde los primeros instantes de su conocimiento con Henderson, habia notado ella la pertinacia de las miradas con que este la perseguia. Esas miradas venian sobre ella con una fuerza inesplicable: la herian, la penetraban, la hacian enrojecer como si tocasen ardientes la delicada niña de sus ojos. En el principio ella las habia esquivado bajando tímida y modestamente sus bellísimos párpados; pero aguijoneada por la curiosidad, movida por una emocion interna mas fuerte que su voluntad, habia cedido á cada instante al deseo de sondar aquel misterio, y habia encontrado siempre el ojo estático y fascinante del ingles, clavado sobre sus pupilas

vacilantes. Era asi como habian concluido por mirarse uno y otro á cada instante.

Era suma la turbacion que este drama mudo causaba en doña María. No podia ella negarse que estaba dominada é inquieta; mil cavilaciones vagas y singulares la asaltaban sin cesar, y las horas mismas del sueño habian venido á ceder su imperio á las agitaciones de aquella persecucion tan tenaz y tan tierna al mismo tiempo. Sin que lo hubiese podido remediar habia venido á establecerse entre ella y Henderson una especie de inteligencia acordada por el lenguage supremo de los ojos.

Juana se habia apercibido muy pronto con su sagacidad ordinaria, de esta nueva situacion de su señorita; y espiaba con anhelo un momento en que la madre durmiera para promover conversacion sobre el asunto. No tardó en tenerla, y acercándose al camarote en que doña Maria cavilaba, le dió un beso en las mejillas, y le dijo á media voz:

—Con que tenemos grandes cosas?

—Grandes cosas? Cuales?

—Le parece que soy tonta?

—Bien sé que no lo eres, Juana.

—Y por qué me lo quiere usted negar entonces?

—Y qué te quiero yo negar, muger?

—Bien lo sabe usted!.... ¡No está enamorado de usted el inglesito?

—¿Te ha parecido asi deveras? preguntó doña Maria con interes.

—¡Vaya si me ha parecido!.... y tenga usted cuidado, porque don Antonio lo ha notado mejor que yó.

—Qué me importa á mí de don Antonio!

—¿Como?....eso quiere decir mucho! á decirle la verdad: me ha parecido que usted estaba tan enamorada de don Roberto, como don Roberto de usted, y de veras que los dos son un par de ángeles, agregó la zamba dando un nuevo beso á su señorita.

—Calla, muger! me dejas fria hablando así; respondió la niña un tanto confundida.

—Mire eso! ¿y qué tiene?

—Tiene mucho, Juana. ¿Te parece que el señor Henderson se habia de poner á quererme á mí?

—Y qué mas puede querer?...... muy honrado se hallaría en eso; apuesto á que en su vida ha visto una niña mas linda que su merced; le decia la zamba pasándole la mano sobre el cabello.

—No delires, Juana!....¡Me pacece que tiene mas orgullo!........

—Qué!....cuando el pobre está allí todo el dia como un tonto por mirarla á usted un momento!

—Querrá divertirse, hija. Ya ves que aquí no es estraño que se fije en mí desde que no tiene otras en quienes fijarse.

—Usted misma no lo crée así; y estoy cierta que gusta usted de él; se le conoce á usted por encima de la ropa: ya le he dicho á usted que no soy tonta: déjese usted de gazmoñerias conmigo, ¡ingrata!

—Mira, Juana, no te lo quiero negar. Estoy pensativa y muy inquieta con ese teson que el señor Henderson tiene para buscar mis ojos. Hace dias que no duermo, porque tengo dentro de mi alma un vacio, una cosa inesplicable. ¡Tiene una figura tan bella! unos modales tan delicados!.... Deveras, hija, no sé lo que me pasa! y estoy en una cruel ansiedad sin que sepa por qué ni lo que quiero.

—Pero todo eso no es mas que amor, niña!

—No seas mala, Juana!.... en vez de consolarme me matas: dijo la niña con tristeza.

—Y por qué, señorita?.... ya verá usted cuando él

se esplique. Estoy tan cierta de que está loco por usted como de que estoy aquí.

Doña Maria se quedó en silencio, y como cavilosa: despues de un rato, dijo:

—Suponte que sea cierto ¿qué harias tú?

—Pues es buena la pregunta!.... Eso se lo debe preguntar usted á este corazon; respondió la zamba poniendo su palma de la mano en el pecho de la niña.—¡Vamos, corazon! dijo con donaire, ¿gustas de que te quiera? sí ó nó?.... Dice que sí, señorita.

—Déjame, loca!.... te juro que cuando pienso en esto con calma me lleno de tristeza. Es imposible que me quiera! Querrá divertirse ó pasar el tiempo.

—Es cierto que pensándolo bien (dijo Juana reflexionando) no puede ser de otro modo. Pero á su merced, ¿qué le importa eso?.... Es sabido que él, al fin, se ha de ir á su tierra y nosotros á Lima; pero mientras tanto, habrá tenido usted á sus órdenes un Lord de Inglaterra; y despues habrá siempre tiempo para casarse con don Antonio.

—Eso nó, Juana! dijo con viveza doña Maria; mas bien me haria monja!

—Y por qué? No hace mucho que usted me decia

que don Antonio no le inspiraba á usted repugnancia.

—Pero ahora me la inspira invencible! y no me casaré nunca con él; te lo juro.

—No tiene usted necesidad de jurarlo. Bien sé que usted es hija de su padre cuando quiere.

—No me hables mas de eso, Juana!

—Sí, hablemos del señor Henderson.

—Mira, que eres porfiada!.... solo en tu aprension puede caber ese interes, que segun tú, tiene él por mí.

—No, niña.... no es aprension, está enamorado de su merced.

—Y qué harias tú en mi caso?

—Si yo fuese su merced (dijo Juana con un candor lleno de lealtad) no podria menos que amar á ese hermoso caballero!.... Es tan lindo y tan gallardo!

Doña María le apretó la mano con una sonrisa celestial, y pareció absorta en una profunda cavilacion; despues de un rato, dijo:

—¡Juana! si te dijera que no lo queria, mi corazon me diria que mentia; pero mis lábios se niegan al mismo tiempo á asegurarte que lo quiero.

—Pues es curioso! Ahi tiene usted un enredo que no comprendo.

—Y sin embargo, es la verdad.

—¿Y por qué no dice usted lo que el corazon le dicta?

—Porque no puedo; no puedo, ni sé si me dice la verdad.

—Qué! el corazon nunca miente.

—Te engañas! á mí ya me ha mentido varias veces....

—Picarona! Don Manuelito ¿eh?

—No me pongas triste, Juana!...... Mira, si el Henderson me quisiera....por lo que hace á mí no puedo negarte que no he conocido un hombre que me guste mas.

—Se le conoce á usted á leguas.

Estaban á esta altura de su conferencia, cuando saliendo un tanto doña Mencia del letargo que la postraba, pidió un vaso de agua. Juana se la alcanzó con presteza; y luego que la buena señora hubo bebido dijo con un profundo desfallecimiento:

—Qué horrible es esto! tengo unas ánsias de muerte.

—Ah, mamita, por Dios! le dijo la hija con un veraz y tierno interés. ¿Por qué no sube usted un poco al aire? Haga usted un esfuerzo! dicen que la cama debilita, y que el aire libre es lo mejor para restablecerse. Yo tambien me siento muy mal aquí, tan encerrada!

Juana, que estaba de pié delante del camarote de doña Mencia, le hizo una picaresca guiñada á la señorita al oirle esta indicacion. Pero doña María se puso séria como si se hubiese ofendido con esta interpretacion escéptica, de sus sinceras palabras.

—Es imposible, hija! dijo doña Mencia; no puedo moverme. Cada vez es mas fuerte el movimiento.... Vamos de mal en peor!

—Voy á ver, mamita, si pueden sacarla á usted un poco en un sillon.... Un poco de aire la vá á sanar.

Y la niña, ligera como una cierva salió al piso de la cámara y subió á la cubierta.

Henderson se paseaba en este momento sobre su buque con el aplomo de un marino. Doña Maria que al salir prendida por la escalera de la cámara lo vió, le dijo con viveza:

—Señor Henderson! Señor Henderson! mi mamita....

Pero sin poder calcular bien las oscilaciones de la nave, habia soltado su apoyo al salir, y un balance fuerte vino á hacerle perder todo su equilibrio. Henderson, que la habia visto llamándolo, venía lleno de gozo á recibirla; pero al verla en riesgo de caer tuvo tiempo apenas para

dar dos brincos y tomarla por la cintura entre sus brazos, en el momento mismo en que la bella niña, arrojada por el movimiento que causaban las olas del mar, iba á golpearse horriblemente sobre la borda del buque.

Algo de muy tierno y espresivo debió tener el apoyo que ella encontró entre los brazos del jóven inglés, pues se puso encendida como una grana: quiso esquivarse con presteza, pero viendo que no podia sostenerse; retrocedió apoyada siempre en el hombro de Henderson hasta el banco de popa donde se sentó confundida.

Un aire singular de satisfaccion y contento iluminaba en aquel momento el semblante del marino; y con una sonrisa llena de gracia, dijo al dejar sentada en el banco á doña María.

—Pensaba hace un momento en usted, señorita, sin creer que el cielo habia de colmar tan pronto mis esperanzas.

—No comprendo, señor Henderson, lo que usted quiere decirme.... Le agradeceria á usted infinito que me dejase retirarme.

—Sé muy bien, Mariquita, que tienen que ser muy breves estos instantes de dicha suprema para mí......
Pero permítame usted que los aproveche por lo mismo.

Mi corazon se rasgaria si me viese condenado por mas tiempo á amar á usted en silencio.

—Ah, señor! .... yo quiero bajarme al lado de mi mamita; (dijo doña Maria agitada por una viva emocion) ....No puedo dar oido á esas palabras! Hizo la niña ademan de levantarse; pero el movimiento del buque le impidió realizarlo.

—Sin embargo (dijo Henderson tomando un aire lleno de lealtad) le juro á usted por Dios, que amo á usted con toda la pureza de mi alma, y que mi vida seria un desierto si estuviese condenado á verla correr sin usted......

Doña Maria se quedó callada.

—Nada me responde usted? le dijo Henderson.

—Si usted supiera lo que sufro! le respondió la niña con una mirada angelical, me libraría usted de este martirio.

—Señorita! lo sé: no puede prolongarse por mas tiempo este momento celestial. Pero no puedo consentir en perderlo sin jurarle á usted un amor eterno! Y al decírselo puso los lábios sobre la mano de la jóven.

—Es usted un atrevido! le dijo esta con enfado; al mismo tiempo que la lindísima lágrima del pudor empezaba á pender de sus párpados.

—Nó! soy franco, soy sincero: obedezco á los impulsos de mi alma como los siento; y le juro á usted que por nada en este mundo cambiaria la verdad de la pasion con que amo á usted: ella es mi bien y mi porvenir. Crea usted lo que quiera; pero esté usted cierta de que ha de venir un dia en que ha de reconocer usted que cuando yo juro algo por mi honor, lo cumplo: por mi honor le juro á usted ahora que amo á usted con toda la lealtad de un corazon que no ha mentido nunca. Mire usted, ahí está el abismo, señalando al mar: sobre que paso mi vida. ¡Bien, pues! á dos pasos de la muerte, y en la flor de la edad, le juro á usted que no miento: que la amo á usted con delirio....¿Quiere usted, retirarse, señorita? agregó Henderson tomando una actitud tranquila y triste.

—Temo que mamita estrañe mi ausencia....Tenga usted la bondad de ayudarme hasta la escala.

—Tome usted mi brazo, Mariquita: al lado de él hay un corazon que latirá siempre por usted: hay impresiones que jamás se pierden, y las que usted me deja serán eternas!

Llegaban con esto á la escalera; y haciendo Henderson un leve esfuerzo para contener la prisa que la

niña ponia en descender, le dijo con una mirada de profunda ternura:

—Las que usted me deja serán eternas!....No lo olvidará usted?

Doña María con los ojos en el suelo tendia á separarse para bajar, pero Henderson sin retenerla la retenia y le repetia: ¿No lo olvidará usted?

La niña medio confusa le dijo entre dientes: nó!

—Bien pues! mire usted esa estrella que empieza á brillar á la caida de la tarde: vea usted los nubarrones que pasan sobre ella arrastrados por el viento de la borrasca, un momento despues queda limpia y brillante como antes: es el planeta *Venus*; es la estrella de los amantes: que jamás la vuelva usted á mirar sin que sea para usted un testigo de mi amor. Mil accidentes pueden alejarme de usted; pero piense usted siempre que en cualquier parte del mundo en que me halle; he de buscar en el horizonte esa estrella para unir sobre su luz mis miradas á las miradas de usted! y Henderson le soltó la mano que hasta entonces habia estrechado con ternura.

Doña María bajó con rapidez. Como su madre estaba en un ansiosísimo letargo, no pudo reparar que la hija traia encendida la cara y los ojos tan brillantes como

si estuvieran para caer lágrimas de ellos. Juana bien lo notó; pero siguió séria y callada delante del camarote de la señora.

Un rato despues apareció en la cámara el *stewart* de Henderson diciendo que su señor pedia permiso á la señora para verla. Le fué acordado. Cuando el jóven Lord entró, doña María se habia recogido á su camarote y habia corrido las cortinas porque se sentia incapaz de sostener la presencia de su pretendiente.

Henderson se acercó al camarote de la madre con una esquisita urbanidad.

—Señora mia, le dijo, tenga usted la bondad de ceder á mis súplicas: lo que yo quiero dar á usted no es remedio; es una bebida simple, de un gusto escelente, y que estoy cierto dará á usted una mejoria muy notable.

—Yo lo haria, señor; pero....me parece imposible que pueda tomar nada....estoy muerta....

—Señora: bastaria que usted quisiera, tengo esperiencia de la eficacia del remedio que ofrezco á usted. Lo voy á preparar:—despues que usted lo tome se vá usted á encontrar tan mejor que ha de decir que es brujería de herejes; agregó el jóven riendo con amabilidad.

La señora correspondió con una leve sonrisa.

Henderson sacó entonces dos frasquitos, y de uno de ellos llenó la mitad de una copa.

—Tome usted la copa, señora; téngala usted pronta para beber, porque luego que yo agregue un poco de este otro frasquito, vá á levantarse como espuma, y es el momento de que usted beba con presteza: ¿lo hará usted?

—Sí, señor: respondió la señora.

En efecto: luego que Henderson agregó el líquido que tenia en la mano al agua cristalina que se veia en la copa que tenia la señora, bullió esta como si hirviera; y doña Mencia la bebió.

—Estoy tranquilo! ahora vá usted á mejorarse.

Un momento despues convenia la señora en que las ánsias del estómago habian desaparecido; y como Henderson le hubiera dicho que podia repetir por dos ó tres veces la bebida, lo habia hecho reponiéndose de mas en mas.

—Siento, la dijo Henderson, que el viento haya arreciado, y que sea de noche; porque á no ser eso, le rogaria á usted que diese algunos pasos al aire para completar su mejoría.

Despues de haberle hablado sobre otras cosas con el

mismo tono de urbanidad y respeto, de haberle dicho que era de esperar que pronto pudiesen bajar á tierra, segun lo habia oido al almirante, y de haberla consolado sobre las contrariedades de la situacion á que las forzaba la suerte, el jóven inglés se retiró protestándole á la señora una constante amistad; y diciéndole que le hacia recordar á su madre, una santa y digna muger que habia dejado ya de existir.

Estas astucias inocentes del buen trato, habian captado á Henderson los simpáticos sentimientos de la señora. No cesaba ella de lamentarse de que aquel cumplido caballero fuera un hereje, y rogaba fervorosamente á Dios que lo convirtiera al buen camino antes de llamarlo á su excelsa presencia.

Don Antonio venia una vez por dia á la cámara de las señoras. Oia, veia y callaba, con una impasibilidad ejemplar.

CAPÍTULO VIII.

IR POR LANA Y SALIR TRASQUILADO.

No bien se recobraron los limeños del pánico en que los habia echado la rápida aparicion de Drake, cuando volviendo en sí sintieron la vergüenza de haberse dejado insultar así por un aventurero que apenas tenia tres buquecillos pequeños, siendo ellos dueños de una poblacion rica y numerosa. Don Francisco de Toledo, el primero, animado del altivo temple de los Duques de Osuna, y uno de los grandes mas distinguidos de España, se creia deshonrado con lo que habia sucedido, y hubiera dado cien vidas por castigar al maldito hereje que habia venido á echar dudas sobre su sangre fria y su poder.

Hallábase á la sazon en Lima don Pedro Sarmiento de

Gamboa, que era uno de los marinos mas distinguidos y mas célebres del siglo.[1] Animado de un ardoroso corage dedicó todos sus empeños á conseguir que se pertrechasen tres buques de los que Drake con su prisa de correr sobre el *San Juan*, habia dejado sin tocar en el puerto.

Sarmiento aseguraba que con ellos se lanzaria sobre el pirata y lo traeria vivo ó muerto á espiar su audacia en la plaza mayor de Lima.

Dotado de todas las exterioridades del ingenio; locuaz y entusiasta por temperamento, animado por aquel vigor indefinible que sostiene las resoluciones y las palabras de los hombres de génio y de saber, Sarmiento habia agrupado á su alrededor en aquellos momentos de agitacion, en que todos anhelaban la venganza, el ánimo y el apoyo de cuantos personages habia en Lima capaces de egercer algun influjo en los negocios. Cada uno habia puesto en sus manos todos los recursos de que habia podido disponer; el virey el primero: así es que, tres dias despues del de la sorpresa realizada por

1. "*An eminent Spanish officer*"—dice su rival Lord Raleigh, que lo conoció personalmente, en sus *Memorias* publicadas por Tyller Edimburgh Cabinet Library N. ° XI.

Drake, don Pedro Sarmiento salia del puerto del Callao haciendo flotar el pendon de España en tres hermosos bergantines pertrechados á la ligera, pero atestados de bravos soldados que juraban todos, como su jefe, no volver sin el pirata.

Una multitud inmensa de gentes que habia acudido de todas partes á la ribera, saludaba la partida de Sarmiento con grandes y bulliciosas demostraciones de entusiasmo y de confianza.

Estaban ya próximas á desaparecer en el horizonte las blancas velas del vengador del orgullo castellano, cuando por el lado de tierra se sintió un gran bullicio de clarines y atambores, que cambió el espectáculo para la multitud de curiosos que de todas partes seguia afluyendo al puerto del Callao, que contaba entonces con solo unas pocas chozas de poblacion:—era el altivo Virrey de Lima, que venia á acamparse en el puerto á la cabeza del numeroso ejército que habia reunido.

Dificil seria decir el objeto sensato de semejante demostracion contra los tres buquecillos del herege que de cierto no habian de volver á dar batalla. Pero, sea de esto lo que fuere, el hecho es que la satisfaccion pública y el orgullo nacional habian subido de punto al ver los

poderosos recursos del Vireynato para impedir la repeticion de insolencias como la de Drake.

Mas de dos mil hombres de á caballo, y como mil de infanteria bajaban ahora al puerto y se acampaban en sus inmediaciones á las órdenes del de Osuna. [1]

Pintoresco en sumo grado era aquel campamento; pero no amenazaba tanto á Drake como los quinientos soldados que bajo las órdenes de Sarmiento volaban sobre él decididos á abordarlo á toda costa pues que no habian tenido tiempo de pensar en preparar sus buques á un combate menos espuesto.

No pasaron muchas horas sin que el campamento del Virey tomase todos los accidentes de la sociedad de Lima. Los balancines y las literas se cruzaban en él visitando á los opulentos empleados y rentistas del dia antes, convertidos ahora en coroneles y edecanes. Tendidas por el campo las comparsas, luego que cesó el ruido de los clarines, se entregaban á la fiesta y al regocijo. Un enjambre de zambos y mestizos de todos colores, desembarazados y tunantes, recorria por todo aquello vendiendo comestibles y amasijos de todas clases con una griteria y alboroto particular.

1. Lopez Vaz: Colection de Haklugt. vol III p. 792.

Los grupos de oficiales y gentes nobles saboreaban en unas partes los sabrosos manjares al lado de las bellas que los visitaban; y en otras la vihuela garbosamente rasgueada sobre sus cuerdas al mismo tiempo que tamboreaban sobre su caja, lanzaba los exitantes y animadísimos aires de la *zambaclueca*. Voces bellísimas se le unian cantando los conceptos maliciosos y las provocativas interjecciones que forman la parte de la voz en este baile inimitable; mientras que la ardiente *chiquilla* á quien el verso en sus cadencias interpela sin cesar, envuelta con donaire en las suaves y picantes ondulaciones de su pañuelo blanco, seguia delante de su galan y compañero el compás de aquella música incitativa, y se entregaba á todas aquellas vueltas intencionales y blandos ademanes que son inherentes á la coquetería de este baile, africano por su orígen, pero que ha sido idealizado y pulido en Lima con tal arte que no puede comprenderse ni imitarse en otra parte.

Cada pareja de bailarines tenia una rueda de espectadores que con la voz y las palmas seguian el tamboreo de la vihuela, animando así con un bullicio acompasado el desarrollo de las gracias de la pareja.

Cuando vino la noche, mil fogatas se alzaron por to-

do el campo: la alegría, el baile y el bullicio cobraron á su luz mayor animacion; y los sonidos cadenciosos de la *Zambaclueca*, parecian salir de todo el campo, lanzados con la vislumbre de los fogones, al cielo diáfano de aquella tierra en donde el viento no bate jamás las llamas para quitarles su apacible irradiacion; en donde las pasiones humanas viven al aire y á la luz porque no tienen que buscar en las profundidades del alma un asilo contra las intempéries del clima.

Como sucede siempre en todos los grandes concursos y grandes fiestas, habia en la que describimos algunas personas que envueltas al parecer en el torbellino general, seguian en reserva la esplotacion de intereses ó pasiones meramente individuales.

Entre las muchas *tapadas* que andaban mezcladas en el bullicio nos fijaremos nosotros en una que recorria solícita todos los grupos que se divertian buscando desde la sombra algo, cuya falta parecia traerla muy cuidadosa. Con el ojo ardiente cuya mirada salia por la estrecha abertura de su manto, examinaba con avidez todos los grupos formados al rededor de los fogones y todas las personas con quienes se cruzaba en la obscuridad. Soportaba los requiebros y los dichos sin respon-

derlos, luchando en gracia, (contra el hábito de las tapadas) y parecia estar preocupada del solo anhelo de encontrar lo que buscaba.

Habíase plantado en el centro de aquel campamento, que mas bien parecia una romería, una tienda espaciosa para don Francisco de Toledo, que ademas de dos fogones que habia á su frente, estaba iluminada por dentro con una hermosa araña de plata colgada de los maderos que sostenian el pavimento. Los personajes y familias mas remarcables de la ciudad de Lima habian venido en sus mas ricos carruages á hacer la corte al poderoso Virey. Entre muchos que seria inútil nombrar se hallaba tambien el venerable Alfonso Mogrovejo, Arzobispo de Lima, que era en verdad un santo varon nutrido del verdadero génio del cristianismo, y grande por sus virtudes y su saber. El Virey lo tenia sentado á su lado y toda la compañía oia las palabras del viejo prelado con una veneracion profunda.

Como era natural, una gran reunion de curiosos se apiñaba alli sin mas objeto que mirar aquella sociedad de personages; y nuestra tapada se acababa de arrimar al grupo de mirones, cuando con la perspicacia que parecia serle natural vió venir hácia ella, para entrar á la

tienda del Virey, un fraile franciscano de mirada ceñuda y ademan severo. Como si este encuentro la alarmara hizo un ademan (imperceptible casi) para esquivarse; pero, aunque varió de idea al momento, no pudo dejar de cerrar aun mas la abertura de su manto como en precaucion de ser conocida; y luego que el fraile pasó, ella lo siguió con una mirada llena de interes. Este seguia hácia la puerta del Virey con la intencion de entrar. Pero al llegar reparó en el Arzobispo, y con un gesto involuntario que denotaba sumo enfado, se dió vuelta para atrás y se alejó.

La tapada se alejó tambien; y seguia examinando con su vista cuanto alcanzaba á distinguir. De repente se paró y clavó su ojo centellante en un hombre, del pueblo al parecer, que montado con neglijencia en una mula marchaba tranquilamente por el campo. Luego que lo examinó bien á la distancia, se acercó presurosa á él (siempre con la misma atencion) y como si dudase todavia que fuese el que buscaba, le dijo:

—¿ Mateo ?

El hombre se paró, miró con atencion y dijo:

—¿ Quien canta ?

—Yo! respondió nuestra tapada acercándose con confianza.

—¿Sabeis quien soy? le preguntó el interlocutor con pillería.

—Bájate que ando loca por tí.

—¿Sabeis quien soy? repitió el desconocido con el mismo tono.

—Sí, hombre! Bájate te digo!

—Cuando yo compro sandías, las aprieto ó las calo antes de recibirlas, ¿quereis?

—Mateo! no estoy yo para bromas, dijo la tapada mostrándose.

—Mercedes!

—Bien pues! andaba loca por tí. ¿Estamos perdidos, no es verdad?

—¿Cómo? habrá habido aquí alguna cosa?

—¿De dónde vienes, que me lo preguntas?

—De Arequipa.

—Ah! dijo con satisfaccion Mercedes: bájate y cuéntame lo que sepas.

—Nó: sube tú en ancas mas bien;. . . .volvámosnos á Lima; y en el camino hablaremos.

La tapada montó en efecto; y luego que se pusieron en marcha, le dijo su compañero:

—¿Por qué dices que estamos perdidos?

—Porque van á tomar al hereje; y seremos descubiertos.

—Patrañas! ¿Te figuras que con éste ejército van á tomar barcos? Con este ejército nó; pero el General Sarmiento se ha hecho á la vela con una escuadra que lleva mil hombres para tomarlo.

—Deveras?

—Oh!

—Cáspita: eso es distinto!....Pues el platero genoves de Arequipa no teme nada; y espera recibir noticias de un momento á otro para entregarme mas dinero.

—Será porque no sabe la salida del General.

—Por cierto que no la sabia y estaba muy contento.

—Pues yo estoy desesperada. Nos hemos metido en un enredo del demonio, Mateo! y al fin....

—No vayas tan ligero! dijo Mateo pensativo; el herege no es hombre de dejarse agarrar así no mas. Y despues de eso: aunque lo agarren, dicen que es un caballero ¿y qué sacaria con delatarnos á nosotros pobres diablos?

—Mira, Mateo: veo que puedes tener razon. Pero estoy inquieta; vamos á ver á don Bautista el boticario porque él debe saber á punto fijo lo que haya.

—Pues no vamos entonces á Lima porque acabo de ver á don Bautista con el padre Andres.

—¿Don Bautista el Boticario?

—El mismo! y por mas señas le dí las buenas noches: traigo aquí para él una carta del platero genovés, en que le dá órden de darnos cincuenta onzas, pero aun no se la he podido entregar.

—Cincuenta onzas!....si se me pasa el susto que he tenido, tendré que convenir en que no estamos mal pagados.

—Cincuenta! sin contar diez que aquí traigo, y que el genovés me entregó en Arequipa. Con que ya vés!

—Magnífico! traelas! y la tapada recogió el dinero.

—Sabe algo el genovés de la familia, y de Mariquita?

—Te lo diré despues, le respondió Mateo.

—¿Por qué?

—Cuando estemos solos en nuestro cuarto.

—Me parece que no hay razon para tener escrúpulos en recibir este dinero: viéndolo bien no es el hereje quien nos lo dá, sinó dos católicos sin tacha como el Bo-

ticario y el Platero; y si en esto hay pecado allá se la hayan ¿no te parece? El Boticario se confiesa cada semana con el padre Andres.

—Y ademas de eso ¿como nos prueban?....En todo caso nosotros no tendremos mas culpa que contar al Boticario lo que averiguamos; y no nos han de quemar por eso.

—Espera, dijo el hombre al pasar por un fogon: voy á ver si está aquí todavia don Bautista; y bajándose de la mula se acercó á las personas que conversaban. Cuando la luz dió sobre su rostro nuestros lectores hubieran podido ver que este hombre era un Zambo de figura bastante airosa, de color cobrizo, y en cuyas miradas se podia conocer la sagacidad estraordinaria de su carácter. Los Zambos formaban entonces en Lima una clase dotada de las prendas mas relevantes del ingénio natural. Casi todos eran vivos, audaces, y dueños de una esquisita maestría para abrirse camino y prosperar. Eran introducidos é impávidos para tratar con sus superiores, y tenian muy formado yá el hábito de hacerse recibir y de imponerse en las casas principales.

Mateo se acercó con confianza á las personas que conversaban con el boticario don Bautista y les dijo:

—Caballeros! Caballeros! mi Zamba acaba de llegar de Pizco, con una carguita del mejor aguardiente de la tierra y ¿quién quiere? ¿quién quiere? dijo pasando entre todos sin esperar una respuesta.

Los caballeros á quienes se dirijia lo miraron y lo dejaron hacer con indiferencia. El Zambo se retiró á una distancia, y esperó.

En efecto, un momento despues don Bautista se separaba de sus amigos y salia á lo oscuro suponiendo que el Zambo lo esperaba.

El boticario era un hombre como de cincuenta años de edad, muy enjuto y encorbado. Su cuello era flaco y solícito como el de un perro cimarron y hambriento. Tenia una nariz muy larga, y llena de gruesas protuberancias como una mazorca de maiz *con hijos.* Sus ojos eran chicos y redondos, apagados é inquietos; y como si se movieran dentro de un bosque lanzaban de cuando en cuando por entre las cejas negras y pobladas en que estaban hundidos, miradas vagas, rápidas y fugaces que parecian centellas.

Los lábios, delgados y largos en demasía, estaban como comprimidos uno contra otro por una sonrisa forzada; eran descoloridos como la tez, por cuyas fibras cual-

quiera diria que corria una tintura de ocle en vez de sangre. En sus chupados carrillos se veian los pasados destrozos de la viruela, y un entorchado de lívidas artérias ocupaba su centro: dos orejas enormes doblaban sus pabellones bajo las alas de su sombrero. De sus hombros angostos se desprendian dos brazos de estraordinaria largura con dos manos cuyos dedos parecian alambres, ó las articulaciones de un esqueleto terminados por uñas huesosas y puntiagudas como las del gato.

Nadie sabia á punto fijo el lugar en que don Bautista habia nacido. Pero como era un habilísimo farmacéutico pasaba en Lima por dueño de todos los misterios de la naturaleza que dan ó restablecen la salud, y habia llegado á tener en aquel pueblo candoroso una posicion sin rival que ponia á su disposicion toda la intimidad de las familias. Él sabia dar herederos al que los deseaba; sabia perpetuar la juventud en el rostro del viejo; sabia hacer desaparecer del semblante del jóven las señales traidoras de la disipacion, con mil otras cosas y curaciones que lo hacian una verdadera potencia en aquella sociedad. Era admirable la devocion y la pureza de sus costumbres; y el curso de este libro revelará un dia lo que habia de grande y de digno en esta

figura que quizás haya parecido demasiado ruin y despreciable.

Cuando el Boticario don Bautista se acercó á Mateo miró con cuidado todo en rededor como para asegurarse de que estaban solos, y viendo á la tapada sobre su mula, dijo:

—Es Mercedes?

—Sí, señor, le respondió la zamba.

Volviéndose entonces al zambo le preguntó con interés:

—¿Cuándo has llegado?

—En este instante.

—¿Y sabia algo ya el amigo?

—Nada todavia: me ha encargado que diga á su merced que pierda todo cuidado: que la primer noticia que tenga se la comunicará, y me ha dado un papel blanco asegurándome que su merced, al verlo, me dará cincuenta onzas de oro.

—Traelo! dijo, tomándolo del zambo, y verémos.

—Pero aquí me he encontrado á Mercedes medio muerta de miedo, y con malas noticias, segun dice.

—¿Por qué, Mercedes? dijo el boticario con cautela, mirando á la tapada.

—La salida del general Sarmiento á traer al Hereje me hace temer que nos descubran.

—Lesa!.... qué! no hay más que ir y traer?

—Llevan tanta gente, señor!

—Aunque llevaran el doble! no es eso tan fácil como te lo figuras. Sabe ademas que con el entusiasmo se han olvidado de llevar víveres, y que no tardarán en volverse.[1]

—¿Se han olvidado?.... dijo la tapada con un interés lleno de satisfaccion.

—Tal es la cosa, hija! le respondió el boticario riéndose con gusto y con reserva.

—Entonces nada hay que temer! ¿no es cierto?

—Nada!.... Pero ese miedo de que me hablais me dá mucho que pensar, Mercedes!.... Nunca tengas miedo, y recuerda siempre lo que voy á decirte: El miedo es el padre de todas las infamias del hombre: sin miedo, el hombre no seria bajo, ni bárbaro, ni cruel: sin miedo no habria tiranos, ni maldades, ni corrupcion sobre la tierra.... ¿De qué podeis tener miedo, vos, loca muger? Pensais que vuestro secreto y vuestra fortuna

1. El autor anónimo de *Drake's Circumnavigation:* Edimb. 1827, pág. 67, dice—«The Spaniards in their confidence of an easy victory had neglected to take provisions on board.»

se hallan en manos de gente vil?.... ¿Qué ganaria yo con llevaros á la hoguera del martirio si fuese descubierto? ¿Pensais que quiero asociar mi destino al de vosotros? Nó, mil veces nó!!! Lo que yo hago lo hago porque quiero vengar la causa de mi pais; porque al ver humillado el suelo en que nací bajo las alabardas de sus verdugos, he jurudo consagrar mi vida á su venganza con los medios que encuentre! Y sabed una vez por todas: que entre vosotros, (que os vendeis al oro que pongo en vuestras manos) y yó, hay un abismo que no será borrado por la mortaja de un mismo destino final. Los cómplices de mis odios y yo tenemos el alma demasiado alta, pobre muger, para acordarnos de tí y de vuestro zambo con otro objeto que el de pagaros vuestros buenos servicios.... Andad á Lima, y dentro de una hora os pagaré el dinero que os debo, para que lo goceis en paz, buena pareja de tunantes! El que corre peligro aquí soy yo á causa de vosotros, y no vosotros á causa nuestra! Marchad, porque no quiero ir con vosotros.

Don Bautista se puso á caminar á pié hasta una ramada donde tenia su mula.

Los dos zambos (porque Mercedes lo era como Mateo,) tomaron tambien el camino de Lima.

—¿Has entendido? le preguntó Mateo á su compañera.

—Cualquiera diria que este viejo es loco! le respondió ella. ¡Que me condene si he comprendido una palabra! Sin embargo, me parece que ha dicho bien claro que no seremos jamás descubiertos por él!

—Bien claro lo ha dicho; y que no tengamos miedo, sobre todo.

—¿Qué tienes aqui, Mateo, que me vá incomodando tanto?

—Un frasco de *pizco.*

—Venga un trago!.... ¡que fino es! dijo la zamba despues de haber multiplicado por cinco el trago que habia pedido.

—Caramba que has tomado! yo lo queria vender; pues por fino me lo dió el genovés de Arequipa.

—Todavia hay tiempo: con la cuarta parte de lo que vale esto tenemos *chicha* para un mes. Mira! yo te lo voy á vender! vamos hácia la tienda del virey.

Preciso es que se sepa que la *saya y manto* era en el Perú durante aquel tiempo una garantía de la libertad de la palabra mucho mas eficaz que lo que es hoy la libertad de imprenta en el mundo moderno. Contra la

palabra de la tapada no habia enojos ni violencias, ni juicios, ni tribunales, y del Virey abajo todos estaban sujetos á las franquicias acordadas á este incógnito de la muger. En las fiestas, en las audiencias, y en todos los actos públicos, por fin, las tapadas rodeaban el asiento de los Vireyes, de los jueces, y demas personages principales, tomaban los respaldos de sus sillones, y les arrojaban al rostro sus dichos, sus reproches, sus burlas ó sus alabanzas con una plena libertad. ¡Estraordinaria condicion de un pueblo que parecería una fábula (aun acreditada como se halla por los mas graves cronistas) si no hubiese durado hasta nuestros dias.

Cuando Mercedes y Mateo estuvieron cerca de la tienda del Virey, se desmontó aquella de la mula, y tomando el frasco de *pizco*, se dirijió á la tienda. Hallábase el Virey tomando con sus amigos una cena nutritiva. Fuè en vano que el centinela hiciese intenicon de estorbar el paso á la tapada; ella le hizo uno graciosa pirueta y se entró con desembarazo, como muchas otras que ya la habian precedido en aquella noche misma.

—Pizco! pizco! Exmo. señor!........ es recien traido de la costa por mi zambo: vale cuatro reales! cuatro reales!.....Probadlo, señores! les dijo alar-

gándoles el frasco sin descubrir la mano que tenia debajo del manto.

—Es tuyo, que lo vendes? le dijo un oficial deteniéndole la mano.

—Mio y rico, señor! respondió ella sin retirar la mano. No me la apriete usted tanto, caballero! agregó.

—Echad! le dijeron algunos de los circunstantes poniéndole los vasos.

—Poco á poco! se me acabaria en pruebas, contra mi costumbre; dijo ella con malicia.

—Gomez, dijo el virey al jóven de este nombre que conocemos, convertido á la sazon en edecan, pagad á esa chuchumeca para que se retire; si no lo haceis pronto nos fastidiará con su *pizco* hasta mañana!

—Cuidado, Exmo. señor! que tengo algo que deciros! Algunas veces os he tenido en mis audiencias *buscando gracias!* Mirad que me conoceis por haberos servido siempre de lo bueno.......

—Salid picotera! (dijo el virey con zonga) ya ibais á mentir?

—Apostemos á que os digo cuando?......Pero no os asusteis, señor; solo quiero preguntaros si estais comiendo por representacion como gobernais á Lima represen-

tando á nuestro Rey? Está salvado entonces nuestro general Sarmiento que está ahora sin poder comer por sí!......

—No hay cosas en que no se metan estas brujas! dijo el virey con enfado y á media voz..... Preguntadlo al señor Arzobispo que es teólogo consumado; agregó alzando el tono con ironía.

—Señor Virey! dijo el Arzobispo con mansedumbre: por lamentable que sea la inadvertencia que esta muger os echa en cara, debeis consolaros con la seguridad de que los fieles servidores de Su Magestad van protejidos por el que de siete panes hizo comida para cuatro mil hombres. Muger (dijo interpelando á la tapada) ignorais que quien habla con liviandad de lo que es en daño de su rey y de su fé incurre en traicion y sacrilegio?....

La tapada se quedó aterrada y se salió aprisa olvidando sobre la mesa el frasco de *pizco*.

El centinela que la vió salir desatinada le dijo con burla al paso:

—Adios, *tocalla!*

—Mire usted que me llamo *Bárbara*, le respondió ella.

—Y yo *cordero!* le replicó él. Era un aldaluz; y como habia hablado fuerte al lado mismo de la puerta, el diálo-

go habia sido oido y festejado por los de adentro con grandes carjadas de risa.

—Llamadla! llamadla! le decian al centinela, para pagarle su *frasco!*

—Tocalla! tocalla! repetia el centinela: venga usted que han dado de valde su frasco! .... su frasco!

Pero la tapada no mostró la menor intencion de volver; y cuando se reunió á Mateo montó callada en ancas y le dijo *¡vamos!* Por mas que el zambo le preguntaba el precio que habia sacado por el frasco de aguardiente, ella no quiso responderle, y le dijo que la dejara en paz.

Ambos entraron en Lima un momento despues; y se bajaron á la puerta de un cuarto á la calle. Mercedes sacó de su bolsillo una llave y lo abrió. Enormes atados de ropas blancas ocupaban todas las sillas, la cama y los rincones; y una gran mesa, tendida como para planchar, tomaba todo el centro de la pieza en la que quedaba apenas lugar para dos ó tres braseros abultados atestados de planchas. Mercedes era una planchadora: personaje típico é importante de la ciudad de Lima, á quien su familiaridad con todas las casas pudientes y con los solterones currutacos, ponia en el centro de todas las intrigas de la tierna pasion.

Mercedes aseguró la puerta por dentro y como el zambo se habia sentado en la cama, ella fué y se puso á su lado.

—Díme ahora lo que te ha dicho el genovés, de la familia de don Felipe y de doña Mariquita.

—Me ha asegurado que nada les harán de malo, y que ya verás como vuelven contentos del herege; porque el herege es un gran caballero, que nada les quitará, y que los pondrá en tierra sanos y salvos con el mayor cuidado.

—Dios lo quiera! .... no podria nunca conformarme con haber sabido el peligro que corrian, y no habérselos advertido.

—Bastante hiciste! y el boticario se enfadó muy mucho por tus imprudencias.

—Tambien dices bien! si ese imbécil de don Antonio hubiera tenido dos dedos de frente los habria hecho desistir del viage.... Pero el viejo se habia encaprichado! y no habia remedio.... Ya es tiempo de que vas á casa de don Bautista á recoger nuestro dinero; porque es necesario que lo enterremos antes de que venga el dia con lo demas.

—Me voy entonces!.... En efecto, el zambo salió y

poco rato despues golpeaba suavemente á la puerta de la botica de don Bautista. Era esta botica un cuartito chiquito, cuyas paredes estaban ocultas por los armarios donde tenia sus medicinas en pequeños y viejos cajoncitos marcados con cifras y letras cabalísticas al parecer. La tienda estaba seguida de una cuadra larga en donde habia una gran mesa y muchos estantes, llenos la una y los otros de tarros de yerbas frecas unas y secas otras, y de semillas, de frascos con líquidos, todos mezclados con instrumentos, vasos y balanzas de mil formas y lámparas de todos tamaños.

Don Bautista introdujo á Mateo por la tienda y haciéndole atravesar el elaboratorio que hemos descripto, lo llevó á otro cuarto que se seguia donde tenia su cama el farmaceuta en medio de un embrollo de huesos de animales ó de gente, de piedras, de papeles con polvos de mil colores, envuelto todo en telarañas y tierra como si hubiese estado allí desde el principio del mundo.

—Me habia olvidado, dijo el Boticario encendiendo una lámpara de vidrio que parecia un soplete, de leer el papelito que me entregaste; pero traje ya el dinero que te ofrecí. Aqui lo tienes: espera ! leeré antes de contártelo.

Tomando entonces un platillo cuadrado del color de

la esmeralda y al parecer de cristal, lo puso sobre un pié de bronce en que estaba montada una maquinilla como para tenerlo en perfecto equilibrio horizontal; y luego que se convenció de que estaba así, estendió el papel echándole un liquido de color de naranja que al caer exhaló un olor fuerte y nauseabundo. Tomó unas pinzas, sacó el papel despues de un rato, bien mojado, lo estendió en un plato de metal, y lo puso así al calor de la lámpara hasta que quedó seco. Levantándolo entonces, Mateo pudo ver que estaba lleno de gruesos garabatos del color del ladrillo, y quedó asombrado del mágico poder de aquellos dos hombres que así se comunicaban.

Don Bautista leyó con atencion.

—No me habias dicho que ya te habia dado diez onzas.

—Pero esas onzas no fueron á cuenta de las cincuenta; dijo el zambo vindicándose.

—Ya lo sé! pero es bueno decírmelo todo; porque, como tú lo ves, lo que no me digas lo he de descubrir yo. Me dice tambien que Mercedes ha vuelto con las majaderías de tener temores por la suerte de don Felipe y su familia. Dile á Mercedes que se guarde de andar hablando de esto porque ella misma puede descubrirse

cuando menos lo piense, y que una vez por todas esté segura de que don Felipe estará pronto de vuelta, y sin quejas.

—Muy bien, señor!

—Bueno! toma tu dinero, (dijo poniéndole al zambo en las manos un cartucho de onzas,) y vete!

CAPITULO IX.

" Os lo juro por el Cielo!
" Amor é guerras de mar
" Non se pueden hermanar
" Sin traer habito de duelo."
(LOPE DE VEGA.)

—Que salga al fin de vuestros lábios la dulcísima palabra! le decía Henderson á doña Maria, mientras que la *Isabel* impelida por un fresco viento del sudoeste volaba sobre la rizada superficie del Pacífico haciendo bullir las aguas que rompia con su proa.

Un sol hermoso y despejado empezaba á entibiar la atmósfera vivificante de la mañana; y dando sobre las velas hinchadas de la nave llenaba de vida aquel estrecho mundo lanzado sobre los abismos por la industriosa osadia del hombre.

—Mirad que nuestros instantes son contados, agregaba Henderson: de un momento á otro voy á veros arrebatar de mi lado; y ese rostro que estoy mirando con el delirio del amor, esta mano que tan de mala gana me abandonais, van á convertirse en un recuerdo.... ¡Ah! en un recuerdo, querida mia!..... ¿sabeis lo que es un recuerdo de amor verdadero? Es la presencia y la fuga elternativa de una idea: es el martirio del ver y del no ver mezclados; es la esperanza combatida por la decepcion; es la sombra de la realidad diseñada y borrada á cada instante por el tormento de la duda!....

....

........Este es, Maria mia, el amargo dolor que me amenaza, y que no puede tardar en llegar.... Llegará; y vereis que tendré que resignarme á veros partir refrenado por la obediencia que debo al gefe que así lo ha dispuesto.... La primera oleada que separe el esquife en que salgias de aqui pondrá entre nosotros el abismo de lo infinito........ ¿Y nada me decis, Maria?.... preguntaba el fino amante con una mirada llena de blandura.

Doña María con su cabeza inclinada, parecia profundamente conmovida; tenia sus ojos clavados en el suelo

y el ténue temblor que recorria todo su cuerpo se traicionaba en una de sus manos que Henderson estrechaba con amor entre las suyas. Permanecia empero en una profunda mudez.

—Cuando vos salgais de este buquecillo en que estais prisionera ¿qué consuelo me dejais, si me negais la palabra de fé que puede abrir mi alma á la esperanza?.... Iré á tocar los lugares en que os sentabais; iré á besar la huella de vuestros piés: evocaré los prodijios de la fantasía para hacer revivir en mi espíritu vuestra imájen y tenerla perenne á mi lado. Pero vos habreis huido, y caeré sin cesar en el mismo delirio y en el mismo tormento!...... ¿No podré decirme al menós «sí, yo la « he oido; me ha jurado que me ama: me ha prometido « que esperará los esfuerzos de mi voluntad y de mi co« raje para volver á encontrarla; y ella, mi María, que « es un ánjel, no faltará á la fé dada que es la virtud del « cielo.» Hé aquí lo que quiero decirme cuando os ausenteis: os habré oido; podré recordar algo de real con que ocupar el tiempo hasta que vuelva á encontraros; por que, he de volver; ¡oh! sí, he de volver, ó he de morir, Maria!..... ¿Y nada me decis todavia?

—Y qué puedo deciros, por Dios! dijo al fin la niña

con una profunda y modestísima ternura.... ¿Sé yó acaso si me decís la verdad?

—Si os digo la verdad!....¡Os juro que os la digo!....Pluguiera al cielo que el corazon tuviese un lenguage para este momento que os hiciera comprenderme!....Os juro que os amo.... ¿Cómo os lo diré para que me creais? Inspiradme, Dios eterno!....Os amo! Veis? Os amaré mientras viva! y esto es todo lo que atino á deciros con este lábio que Dios ha dado al hombre tan estéril, tan tibio para espresar las grandes pasiones del alma....¡Esperad! dijo, sacándose un anillo de oro enteramente liso que llevaba en la mano, y poniéndolo á doña Maria: este anillo es un recuerdo de mi madre, que era una santa muger, que está en el cielo. Sea él, sea ella, que me oye en este instante, el testimonio de la verdad con que os digo, que os amo, y que volveré á encontraros sin ahorrar esfuerzos ni sacrificios....¿Me creis ahora, mi Maria? decidmelo por fin ¿me creis?

—Si! contestó doña Maria con timidez y con recato.

—¿Me amareis?

—Sí!

—Tendreis constancia y valor para esperar mi vuelta y mis esfuerzos?

—Sí !

—Pero pensad que vais á volver á Lima. Vais á oirnos calumniar por todas partes: todos á vuestro alrededor nos van á maldecir: vais á veros rodeada otra vez por los halagos de la atmósfera en que os habeis criado; y con todo eso no me olvidareis, María ?....

—Nunca mientras viva ! ....

—Dios os bendiga !....amadme mientras vivais como lo decis; despues de la muerte hay tambien una vida de amor y de union para los que se han amado con virtud y con pureza.

Reparó en esto doña María la cabeza de don Antonio saliendo por una de las entradas de la cubierta y observándola con un ojo ávido y estático. Doña María no pudo menos que dar un ¡ ay ! acompañado de un ademan de terror.

— ¿Qué ? ....preguntó Henderson con inquietud.

Doña Maria, siempre inquieta le dijo: este anillo no tengo donde tenerlo....me lo hallarían, y tendria mucho que sufrir; es preciso que os lo devuelva, Henderson !

—No: guardadlo ! espero que él os dé fé y fortaleza hasta que pueda yo venir en vuestro apoyo.

—Creedme que la tendré sin él.

—No importa: guardadlo! . . . Es preciso que el espíritu de mi madre, que para mí es el espíritu de la virtud, vele sobre nuestros juramentos!

—¡Bien! os lo tomo¡ pero no puedo permanecer aquí mas tiempo: no me detengais: me voy.

Y la jóven, llena de inquietud, sustrajo sus manos á las de Henderson, para bajarse á la cámara donde estaba su madre.

Doña Mencia dormia: Juana estaba haciendo una pequeña costura al lado del camarote que ocupaba su señora.

Doña Maria entró, y como se sentára inquieta y cabilosa contra una de las paredes de la cámara, Juana dejó su costura y acercándosele, le dijo con picardia:

—Esto ya pasa de *castaño oscuro*, señorita! dos conversaciones por dia! . . . .y van cinco dias de repeticion! agregó mostrándole los cinco dedos de la mano.

—Ah, Juana! ¡si supieras! le dijo la niña con impresion séria! Todo está consumado! . . . . ¡me he comprometido!

—Deveras? dijo Juana con asombro, y ambas se quedaron pensativas.

El silencio duró hasta que doña María dijo:

—No sé qué hacer de esta sortija que me ha obligado á tomarle: ¿ cómo la oculto para que no me la descubran?

—Pensemos.... ¡ Ya estoy ! ....No hay mas que ponerla en el santuario (y siguió Juana hablando con voz tan baja que no pudo oirsele lo que decía).... ¡ Hubiera sido mejor no ir tan adelante ! agregó.

— ¿ Qué quieres ? Lo amo tanto, que no he podido resistir á la pendiente que me arrastraba!....y no te cuento lo peor por no aterrarte !

—Qué cosa, niña ? preguntó Juana con ansiedad.

—No ! prefiero que no lo sepas porque con solo repetirlo me lleno de pavor.

—Dios mio ! ¿ qué ha hecho usted, niña ?

—Nada mas que lo que sabes ! ....te lo juro !

—Y entonces ? ....diga usted por Dios, que no puedo respirar !

—Don Antonio....me parece....que me ha descubierto !

La conversacion fué aquí interrumpida por la voz clara de Henderson, que, con el tono imperioso del gefe, decia sobre cubierta.

—Suttonhall!....atencion! hay señales en la almiranta!

El subalterno acudió con presteza; sacó un libro grande y estropeado de una especie de alacenilla hecha en la meseta de la cámara, y tomando tambien un anteojo de larga vista se puso á observar.

En efecto: como á cuatro millas de la *Isabel* brillaban bajo los rayos del sol de la mañana, las blancas velas del *Pelícano* que se avanzaba hácia la costa del Nordeste con la impávida gallardía del ave de quien habia tomado el nombre: hacía un momento que una série perpendicular de banderas flameaba en su palo mayor.

Suttonhall tomó nota de los números á que ellas correspondian en su libro y despues que los descifró dijo:

—Comandante: el almirante nos dá órden de reunirnos, y anuncia que tiene una vela por la proa.

El golpe con que estas palabras cayeron sobre el corazon de Henderson paralizó por un instante sus latidos; y la palidez repentina que cubrió su rostro fué inmediatamente sucedida por el ardor de las mejillas y por latidos tumultuosos y violentos que le trabaron la respiracion. Permaneció un momento indeciso sin poder fijar sus ideas; pero reponiéndose con voluntad, dijo sucesivamente:

—Largad la mayor !. . . . soltad los juanetes !. . . . izad

la cangrega! ....La barra al viento! Y la vivacidad con que el jóven comandante dió estas órdenes, produjo sobre la tripulacion un efecto completo.

Cuando las velas indicadas fueron sucesivamente cayendo de sus vergas y se tendieron al viento, la goleta apretó con mas fuerza y mas ruido sobre las aguas del mar.

El *Pelícano* bajó al instante sus señales, é izó sus juanetes poniéndose en la disposicion elegante del buque que dá la caza. Un cuarto de hora habia pasado apenas desde que la *Isabel* volaba á toda vela, cuando ya pudo verse desde su cofa una nave que navegaba hácia el norte. Los buques del hereje eran demasiado veleros para que no ganasen á cada minuto un rápido camino sobre la nave que perseguian; y muy pronto la tuvieron cerca. Brilló entonces en el costado del *Pelícano* una luz viva y repentina como la del rayo: una esfera de humo blanco como la espuma rodó sobre la superficie del mar, abriéndose al instante en círculos concéntricos, y los ecos del espácio repitieron el solemne estampido del cañon.

Pasaron unos segundos sin que se notase el efecto de este lenguage inventado por la audacia del hombre. Pero la precipitacion con que el barco perseguido se cu-

brió de trapo, echando hasta sus alas y arrastraderas reveló bien claro que queria probar la fuerza de sus talones antes de resignarse al riesgo desconocido que le amagaba.

Al verlo tentar así la fuga, el ***Pelícano*** y la ***Isabel*** echaron sus alas á la vez como si hubiesen obedecido á la misma voz; y unos minutos despues los cañones del ***Pelícano*** repetian á menor distancia la misma órden, acompañándola con una misiva de hierro que fué brincando sobre la superficie del mar á pasar muy cerca del fugitivo.

Por lo que hace á esta vez, parece que el cañon del mas fuerte habló con su persuacion ordinaria; pues la nave perseguida aflojó á un tiempo todas las cuerdas de sus vergas; sus velas comenzaron á ondear contra los palos, y la presteza de su movimiento fué apocándose gradualmente hasta morir. Como en aquel tiempo ningun barco que no fuera español navegaba aquellos mares, era evidente que Drake habia hecho una nueva presa, y que don Felipe habia ya encontrado la nave en que debia regresar con su familia á la tierra española.

El ***Pelícano*** y la ***Isabel*** vinieron á detener su marcha como á cien varas del galeon español: dos lanchas llenas

de gente se desprendieron del primero y abordaron la presa que era en efecto un inofensivo galeon de trasportes.

Desde que Henderson concluyó con los deberes oficiales que le habian retenido sobre cubierta hizo saber á las señoras que deseaba hablarlas.

Bajó á la cámara en consecuencia, y con un tono moderado que ocultaba apenas la tristeza de su alma dijo dirigiéndose á doña Mencia, que segun las órdenes que el Almirante le tenia trasmitidas debian prepararse las señoras para ser trasbordadas al galeon, que acababan de encontrar, en el cual seguirian su viaje hasta alguno de los puertos de la costa, bajo un salvo conducto que les daria el mismo Drake.

—Yo espero, señora, agregó Henderson con un tinte perfecto de sinceridad y de sentimiento, que cuando os halleis entre los vuestros querreis recordar siempre que cualesquiera que sean los odios y las preocupaciones que dividan nuestras dos razas, habeis encontrado entre nosotros las virtudes simpáticas con que deben tratarse los cristianos; porque lo somos, señora, por mas que nos llameis herejes y *grasa de hogueras.*

—¡Ojalá que el cielo, para bien vuestro, os diera relijion, señor Henderson!

—Os juro que la tengo, señora! respondió este.

—Ah! sí: pero es la del diablo, dijo doña Mencia entredientes.

Su hija, mientras tanto, permanecia cabizbaja y pensativa al lado de la madre: y ni siquiera se le vió levantar sus hermosos y húmedos ojos, del suelo en que los tenia fijos, cuando Henderson se despidió diciéndoles que tenian prontos los botes para trasbordarse.

Henderson ordenó con sequedad que dijeran á don Antonio que se aprontara tambien, y se puso á pasearse silencioso y resignado por delante de la Cámara, mientras que los marinos sacaban el equipaje de las señoras y lo llevaban á las lanchas. Doña Mencia subió poco despues apoyada de su hija y en Juana, prontas ya para partir. Henderson se acercó á ellas urbanamente, y tomando á la señora la condujo hasta la escala desde donde la hizo bajar al bote, con sus marineros, y con el mayor cuidado. Volviéndose entonces á la niña, para hacerla descender tambien, le tomó la mano y estrechándosela con ardor y disimulo le dijo á media voz: ¿Jurais serme fiel?

—Os lo juro! le dijo ella del mismo modo.

—Juradmelo, por lo que mas querrais en la tierra!

—Por vos! le dijo ella con una voz firme. Henderson se quedó trémulo y Juana vino entonces á interponerse entre el jóven y don Antonio, con una prisa calculada como para evitar que se apercibiese de este diálogo rápido y solemne de los dos amantes. Cuando Henderson vió desde la barca que doña Maria y Juana estaban ya en el bote, se separó sin reparar en don Antonio, que al pié de la escalera esperaba humildemente que le dieran lugar para pasar. Henderson fué casi corriendo á la otra borda y bajó á brincos á su lancha, en la que seis marineros comenzaron á remar hasta ponerla paralela con la otra; ambas llegaron juntas al costado del Galeon y Henderson se dedicó á desempeñar en la subida los mismos deberes de urbanidad que habia desempeñado en la bajada:

—*Vuestro* para siempre!

—Sí: *vuestra* para siempre! le respondió ella; y estas fueron las únicas palabras que los dos esposos pudieron cambiarse, en momentos de ausentarse sin esperanzas.

Cuando Henderson subió halló á doña María y á su madre abrazadas ya de don Felipe. Las dos lloraban; pero el llanto de la niña parecia el desahogo violento de un dolor profundo mas bien que el resultado de una

emocion. El viejo las sostenia contra su pecho con aquel rostro firme y severo que es propio de un hombre de ánimo entero y de voluntad de hierro.

Drake estaba allí tambien; pero tenia todos sus sentidos en las hermosísimas barras de oro y plata que el capitan español le estaba entregando.

Uno de los marineros ingleses que estaba registrando el buque, vino en esto trayendo en sus manos un magnífico Crucifico que habia encontrado.[1]

La cruz en que estaba elevada la imágen de nuestro Salvador tenia como una vara de largo, y una y otra eran de purísimo oro trabajadas con un arte esquisito: grandes esmeraldas, mezcladas con perlas y otras piedras no menos preciosas, estaban engarzadas en sus partes mas visibles; y las de los tres clavos eran tres brillantes de una hermosura sin igual.

Al ver esta imájen en manos de los ingleses, don Felipe y su mujer cayeron de rodillas y se cubrieron el rostro: Doña María se arrodilló como ellos pero dirijió al mismo tiempo una mirada á Henderson que parecia una súplica suprema. Drake tomó el crucifijo, lo

1 From one of which was taken silver and 300 pounds of gold, besides á golden crucifix with goodly great emerauds set in it (Drake *Circumnavigation:* Edimb. 1837.)

examinó con seriedad, y lo puso sobre la meseta de la cámara al lado de dos jarrones de plata maciza con sobre-puestos de oro finamente cincelados que habian pertenecido al piloto del Galeon. Henderson se acercó al almirante y le dijo en voz baja:

—Milord: entre vuestros grandes méritos, no es el menos grande el temor sincero de Dios que poneis en vuestras obras. La cruz del Salvador es para nosotros un dogma como para los papistas; y no obstante que, miramos como una abominacion el degradar ese santo dogma á la imágen material que puede hacerse de él con un pedazo de vil madera.....¿no seria un grande acto de justicia escluir de nuestros ódios lo que forma la base de nuestras dos creencias?

—Ya lo habia pensado así, Henderson.

—¿Devolvereis por consecuencia ese símbolo del misterio de nuestra redencion?

—Sí, Roberto!

—Sois un grande hombre, Milord; pues no os olvidais nunca del Juez supremo de nuestros espíritus allá en lo alto! y Henderson se retiró satisfecho.

Concluido el registro de la presa, Drake hizo pasar á sus lanchas todas las riquezas que habia tomado dejan-

do siempre sobre la cámara el crucifijo, y los dos jarrones; y cuando sus marinos hubieron bajado, no quedando á bordo si no él y Henderson, tomó el crucifijo, y poniéndoselo entre las manos á doña Maria le dijo:

—Os encomiendo á vos, señorita, el cuidado de restituirlo á su templo.

La jóven miró confusa y sorprendida á su padre, sin atreverse á retener aquella prenda; pero don Felipe tomó el crucifijo, le besó con una suma reverencia y haciéndolo pasar de su muger á su hija, todos hicieron lo mismo. Drake se habia vuelto entrétanto hacia el capitan del Galeon, y le decia:

—¿No me dijisteis que estos jarrones pertenecian á vuestro piloto?

—Sí, señor!

—Llamadlo.

—Camarada! dijo Drake al piloto cuando se acercó: poseis dos hermosas alhajas. ¿Cuanto os ha costado cada una?

—Quinientos duros! respondió el piloto con enojo: era un catalan de traza airada y duro ceño.

—Pues quiero llevarme una para mi uso: tomad el dinero que os ha costado; os dejo la otra; dijo el inglés

contando y entregando al catalan una cantidad de onzas de oro.

El español tomó el dinero, y acercándose resueltamente á la borda, lo arrojó sobre los remeros del bote de Drake, *como si desdeñara* (dice el cronista) *deber algo al favor de los ingleses.* [1]

Los marineros se pusieron á recojer con avidez, creyendo que fuera alguna dádiva por la estraordinaria blandura con que habian procedido por la primera vez; Drake se sonrió con menosprecio é hizo llevar uno de los jarrones á su bote.

—Aun me falta hacer algo en vuestro favor: dijo Drake al capitan del Galeon, con una calma perfecta. Es muy probable que encontreis al capitan Winter con uno de los buques de mi escuadra, y quiero daros una carta que le presentareis para que os deje libre en vuestro camino; traedme con que escribirla: y cuando fué servido, se inclinó en la mesita de la Cámara y escribió la carta siguiente, digna de trascribirse, por ser característica del hombre y de la época: [2]

1. Drake, Circumnavigation.

2. Testualmente tomada y traducida de la *Narracion del piloto Nuño da Silva*, testigo ocular de los sucesos (Hackluyt's Collection, Vol. 3. pág. 748.)

«Maese Winter: si cumpliese á Dios Señor nuestro poneros en el camino desta Nao que lleva por nome—*El grand Capitan del Sud*, ruegoos que os trabajeis en pró de su Mayoral é de las otras gentes muchas que van dentro en ella, por cuanto soy tenudo de guardarles la promision que de dello les tengo fecho con palabras de presente. Otrosi os digo: que si oviesses menester de basteceros con alguna de las cosas que van dentro en la nao fagais paga della, en tomándola, con el precio del duplo á cuenta mia, é que porende roguéis á vuestros homes, tomando mi nome, que non fagan á su bordo daño ni malfetria: é assi este guisado pleito como otro cualquiera que sea que en denante oviessemos fecho entramos, os lo pecharé, con la avenencia de Dios, en tornando á Inglaterra amos los dos, maguer que finco en la dubda de que esta mi carta venga á vuestras manos. Soy en vuestro amor uno mismo, de la misma guisa que en denante, é pido la grand merced de Dios é del Salvador del Mundo, que nos haya en su gracia é nos adelante porque á él solo fagamos toda honra, é todo amor: é toda gloria. Al enviaros mis palabras desta guisa fablo en la misma razon con Mr. Thomas, é Mr. Charles, é Mr. Caube, é Mr. Anthonie, é demas amigos buenos, pidiendo pa-

ra ellos é nosotros la merced del que non ha comienzo, ni fin, ni ha en sí mensidad, é es poderoso sobre todas las cosas, é envió su fijo, nuestro Señor Jesu-Cristo, que por salvar el linaje de los homes recibió muerte é pasion. Finco porende en la esperanza de que su bondad quiera desviar nuestros peligros, y de que si os acaesciera encontraros en mal trance, cualquiera que el sea, no desespereis de la grande merced de Dios, que es infinita, porque ella os salve é nos torne los unos á los otros en el puerto de nuestros votos. Enderezémosle con un corazon humilde toda gloria, é toda honra, é toda prez siempre por siempre: amen.

«Vuestro ansioso capitan que tantas inquietudes padesce á causa vuestra: *Francisco Drake.*»

Drake dobló el papel y lo entregó al capitan del Galeon. Henderson mientras tanto no podia separar sus ojos de doña Maria. Comprendiendo no obstante de cuanto interes era para la pobre niña que en aquellos momentos él supiese guardar la mas estricta prudencia estaba resuelto á no hablarle una palabra mas, y se paseaba solitario á la distancia.

Sintióse derrepente un sonido estraño y tan confuso en medio de los roncos resongos de la mar, que fué ape-

nas para todos como una percepcion dudosa. Bastó sin-embargo para que Drake concentrase en él todos sus sentidos.

¿Era el eco del cañon, ó el lejano ruido de la tormenta?

CAPITULO X.

ESTE DESENLACE, COMO MUCHOS OTROS, SOLO SIRVIÓ PARA COMPLICAR MAS LOS SUCESOS DE LA VIDA.

Drake era un guerrero que vivia siempre desconfiando del peligro, y precaviéndose de que algun riesgo superior á sus fuerzas y á sus medios viniese á sorprenderlo. Velaba inquieto siempre, combinando los cálculos de su astucia, y solo en las ocasiones indispensables desplegaba los tesoros de audacia y de bravura con que la naturaleza lo habia dotado prodigiosamente.

Preocupado con el sonido que habia creido percibir en las lejanías del horizonte, se apresuró á bajar á sus lanchas.

—Ahora, camaradas, podeis seguir viaje: dijo á los españoles con un tono jovial....No os olvideis de la ca-

ridad con que Drake trata á sus enemigos. ¡ Feliz viage, pues!

Los españoles no le respondieron.

—Tengo que hablar con vos, Henderson: venid á mi lancha, dijo al bajar, con voz baja.

El jóven lo siguió, y mientras que se sentaban ambos en la popa, el piloto del galeon se acercaba á la borda y diciéndoles *eso habeis olvidado!* les arrojó el jarron de plata que Drake le habia restituido.[1] El jarron vino á dar con fuerza sobre el hombro del almirante, cayendo despues al piso del bote.

Henderson pegó un brinco lleno de furia....

— ¡ Insolente ! dijo al mismo tiempo que tirando de la espada se agarraba de una cuerda para saltar al Galeon.

Drake habia lanzado tambien una mirada de fuego en el primer instante. Pero reponiéndose luego, contuvo á su amigo:

—Algo es preciso perdonarle! dijo con templanza: remad, hijos! dijo á los marineros; y la lancha se separó al instante del Galeon. Él entonces tomó el jarron arrojado, y examinándolo con suma prolijidad, no cesaba de decir: *bellísimo! bellísimo!*

1. Drake circumnav. p. 69.

—Vamos, Henderson! agregó poniendo á un lado el jarron: *en la guerra como en la guerra*.... ¡Vida nueva, amigo mio!....Ya lo vereis! os voy á llevar por los mares de la China y de la India; y os prometo que la primer sultana que apresemos....

—No os chanceis, milord! le dijo Henderson interrumpiéndole: doña Maria es un ángel puro como el primer resplandor con que se anuncia la madrugada, y os juro que no la olvidaré por todas las sultanas presentes ó futuras....

—Bah!....si supierais cuantas cosas aprende el hombre á olvidar, no diriais eso!

—Os juro que á ella no la olvidaré!

—Veo que aun os dura el viento de los juramentos, dijo Drake con un tono amable de burla; pero no obstante esos juramentos, la olvidareis para llenar los altos deberes que os imponen la patria y vuestro nombre. Ademas de que contra las pasiones imposibles el hombre debe un remedio eficaz á la infinita bondad de su creador; y ese remedio es el OLVIDO. Soy un poco mas viejo que vos y os aconsejo que os cureis con él.

—No, milord!....Aun no me conoceis....contra lo

que parece imposible á los demas yo sé tambien osarlo todo como vos!

—Os engañais: yo os juro que jamás he puesto en riesge un solo cabello de mi cabeza por muger alguna!.... Mirad, pues, si....

—Decis bien, milord! le dijo Henderson interrumpiéndole: al honrarme comparándome á vos, me habia olvidado de que teneis el corazon del águila, mientras que yo no soy sino un hombre que he sucumbido á las pasiones que menospreciais.

—No soy tan ageno á esas pasiones, sin embargo, que no comprenda lo natural que es para el corazon humano, como para un navio, seguir por algun tiempo el impulso de sus velas aun despues de haberlas recogido..... Ois? dijo Drake con interes y señalando hácia el Oeste......otro cañonazo!

—En efecto: respondió Henderson, parece un cañonazo!

—Oh! lo es: no lo dudeis. Los españoles han salido necesarimente del Callao á perseguirnos.

—A perseguirnos! dijo Henderson con indignacion......Pluguiera al cielo que fuese cierto!.... Tengo

hoy el alma con tal temple que os juro no serán ellos los que me perseguirán.

—Vos, Henderson hareis lo que yo os mande: le dijo Drake con tono de voz firme y pausada, y yo os digo que si Dios no me obliga á otra cosa, estoy resuelto á dejarme perseguir.

—Y por qué, milord? le preguntó Henderson mostrando el disgusto que le causaba esta resolucion.

—Porque traen sus naves colmadas de gente; porque si viniesen con una mas que nosotros no podriamos evitar que nos abordaran, y aunque triunfáramos, qué ibamos á ganar de real ?. . . . ¿Hacer matar esa brava y virtuosa tripulacion que nos acompaña, por el placer de ver las llamaradas de un barco mas, incendiado ? . . . . No, Henderson: es preciso que el valor sea reflecsivo para que sea útil, y que sea útil para que sea glorioso.

—Tendreis razon, milord; pero jamás me persuadireis de eso. Aun no siendo Drake, me creeré humillado el dia en que tenga de huir delante del pendon de España.

—Bah !. . . . .La vanagloria no es la gloria, jóven ! La gloria se gana haciendo, apesar del pendon de España, lo que nosotros hemos hecho. Hemos atravesado desde

Inglaterra hasta las tinieblas del mar del Sur: hemos asolado en toda su estension las costas que en uno y otro mar tiene el enemigo: hemos sorprendido y mutilado sus puertos, despojando los templos de sus ídolos, como en Valparaiso, en Guatalco y en tantas otras partes: hemos apresado, hemos saqueado y hemos incendiado los galeones en que navegaban sus riquezas; hemos difundido el terror de nuestro nombre por toda la tierra que pisa el español: y todo eso lo hemos hecho apesar del pendon de España, abriendo la primer huella de un camino en el que hombre ninguno ha puesto su planta todavia!..... Cuando volvamos á Inglaterra colmados de riquezas, de descubrimientos y de renombre, ¿ creis que el lustre de estos hechos lleva riesgo de empañarse por haber dado la espalda á un combate estéril?.... La primer bala que arrastráramos por orgullo ó por soberbia (contra el mandato de Dios que nos impone ser humildes) podria hacer fracasar esta tentativa de mi génio, en la que cifro mi honra y la gloria de Inglaterra!....¿Me comprendeis?....Es preciso que me obedezcais ciegamente, y que renuncieis por esta vez al ardor de vuestro corage.

—Milord: obedeceré ciegamente á vuestros mandatos.

Pero, jamás huiré con gusto delante del pendon de España.

—No importa!.... otro cañonazo!....si: no tengo duda, es la culebrina de bronce del *Pasha* la que habla. Oh! yo oigo desde muy lejos la voz afligida de mis hijos!... Esos cañonazos aislados son señales que nos hace el *Pasha* para que sepamos que lo persiguen. El *Pasha* como vos sabeis debia venir á reunírsenos en este golfo: los españoles han salido del Callao y lo persiguen: lo tengo aquí (dijo Drake señalándose la frente) como si lo viera!.... ¡Gracias á tí, Dios mio! dijo alzándose su gorra. Es visible el favor de vuestro brazo, pues habeis querido ponernos en su camino para dar ayuda y socorro á nuestro hermano, tu fiel servidor como nosotros!...Oidme bien, Henderson! Si para desembarazar al *Pasha* tuviésemos que batirnos por un instante, no os dejeis enredar en la accion; procurad estar siempre al viento para tomar el largo y retiraros: estad atento á mis señales mas que á las maniobras del enemigo; y dejadme hacer. Os repito que mi intencion es evitar todo combate, si puedo; y abandonar las costas del Perú. No os alejeis de mí! y si algun suceso estroordinario nos separase, ya lo sabeis, cruzad al norte sobre las costas de California

donde nos reuniremos para salir al Atlántico por el Norte.... No os asombreis! ¡confiad en mi!

—No me asombro, milord; pero estraño que prefirais ese camino extraordinarío, al del *Estrecho* que ya conocemos.

—Para venir era bueno; para volver es el peor. La costa toda está ahora en alarma: todos los galeones están volando á sus nidos: y es mas que probable que los españoles tomen el *Estrecho* antes que nosotros, para esperarnos y anonadarnos.... Lo mejor es pues lo que os he dicho: lo tengo bien pensado: meteremos la mano de paso en los tesoros que el español tiene en sus ricas colonias de Asia; y le mandarémos noticias nuestras despues que lleguemos á Inglaterra. ¿Me habeis comprendido, Henderson?

—Todo.

—Bien: al pié de la letra todo! dijo Drake con un ademan, de autoridad.

—Como me lo mandais, milord!

—Id ahora á vuestra nave, y poneos inmediatamente á la vela.

Mientras que Drake montaba al *Pelícano*, se dirijió Henderson á la *Isabel* con toda la presteza de sus remos.

Un momento despues estaban ya en marcha los dos buques del Hereje. La *Isabel*, como si quisiera juguetearse con las olas del mar, recostaba sobre ellas su graciosa arboladura hasta tocarlas casi con sus vergas.

El torrente de espuma que marcaba su huella sobre el Oceano pasaba con fúria á dos dedos de su borda de babor, mientras que los bravos marinos que la tripulaban, sentados en grupos por la otra borda, esperaban los sucesos con aquella flema grave que encubre el ardor de las pasiones del hombre de mar.

Inmóvil como una estátua, y apoyando su cuerpo en el codo izquierdo, miraba Henderson el Galeon en que estaba doña Maria. Un nuevo cañonazo se hizo sentir en el horizonte, y fué respondido con otro disparado á bordo del *Pelícano*. Como una hora despues aparecieron las blancas velas de un buquecillo. Drake no se habia engañado: era el *Pasha*. La escuadrilla española, improvisada por Sarmiento, se distinguia persiguiéndolo á la distancia.

Es imposible pintar la vigorosa animacion que la fisonomia de Henderson cobró con esta perspectiva: se enderezó como un álamo y con una voz llena de orgullo mandó izar en lo alto de la entena de popa los rojos colores de Inglaterra.

El viento habia decaido notablemente, y seguia apagándose de mas en mas como sucede ordinariamente al medio dia en el mar de los trópicos; y apenas habia tenido tiempo el *Pasha* de ponerse á navegar en la direccion que le indicaban las señales del *Pelícano*, cuando una calma completa se habia establecido ya en la atmósfera del Oceano. Las velas de los buques se balanceaban á lo largo de los palos como laxas y fatigadas de la tarea, al paso que gruesas olas, sin direccion, ondulaban debajo de los cascos meciéndolos sin cesar con el movimiento de la ebriedad. El primer viento que levantara allí la mano de Dios iba á decidir de la suerte de todos. Las dos escuadrillas se mecian inmóviles é impotentes, como á cuatro ó cinco millas de distancia una de otra; y el Galeon, poco antes despojado, se balanceaba tambien á la vista de ambas.

Esta calma duró todo el resto del dia, hasta que vino la noche, y tomándolos á todos en esta situacion, los envolvió con el denso manto de sus tinieblas.

« Un viento fresco del leste (dice la historia) se levan-
« tó cerca ya del amanecer. Los ingleses se aprovecharon
« de él para alejarse; porque no estaba en los intereses
« de Drake arriesgar un combate siendo su fuerza tan

« inferior. Agrégase á esto que halagados los Españoles
« con un triunfo que les habia parecido facilísimo ha-
« bian incurrido en la imprevision inesplicable de no
« embarcar los víveres suficientes para hacer la perse-
« cucion del Pirata. [1] »

1. Drake's Circumnavi. pág. 67.

CAPITULO XI.

ENTRA EL DIABLO Á INTERVENIR EN EL ASUNTO.

Sarmiento habia velado toda la noche sobre el puente de su caravela. No podia perdonarse la fatal imprevision en que habia incurrido embarcándose sin los víveres necesarios: y como era cosa que ya no podía remediar se desesperaba al ver que tenia por delante á los Herejes sin poder consagrarse á su persecucion y esterminio. Conocia tambien que era grave la imprudencia con que habia aplazado el dia de la retirada, seducido por la es-peranza de un encuentro, ó por lo mortificante que le era volver al Callao sin ninguno de los resultados que sus compatriotas se habian prometido de su espedicion, El temor de que las calmas se prolongasen ó se repitie-

sen lo llenaba de fatales presentimientos, amenazando sus buques con el hambre que es el peor de los desastres en que puede caer el navegante.

Mil veces en aquella noche, se le pasó por la mente, así como vaga tentacion, la idea de arrojarse al mar por despecho; pero le contenia la vista de tantos bravos como se habian embarcado entusiasmados con la confianza que les inspiraba su renombre.

Cuando sintió la brisa del levante que sopló al amanecer, no pudo menos que dirigir al cielo una mirada de gratitud: no se le ocultaba que esa brisa soplaba tambien para Drake favoreciendo su escape; pero preferia á todo la posibilidad de navegar hácia las costas.

Desde que apuntó la primer luz del dia, Sarmiento pudo ver las velas del Pirata muy distante yá y en rumbo directo hácia el Norte. Como si esto le sorprendiese, las observó con mucha atencion clavando en ellas un ojo desconfiado y reflexivo. Una idea súbita pareció atravesar de pronto por su mente, y su fisonomia se animó tambien como si recibiera el reflejo de un rayo de luz.—«No pen-
« seis que me engañais, nó, pirata insolente (se dijo á
« si mismo con el ademan de la amenaza).... ¿Finjis
« iros por el Norte, eh?.... Ya os comprendo: en cuan-

« to os veais fuera de mi vista virareis al Sur. Pero, Dios « mediante, yo sabré atajaros el paso! Sino sois pájaro ó « brujo, será preciso que tarde ó temprano caigais por « el *Estrecho* y allí os daré yo noticias mias, maldito « aventurero! » Su rostro y sus ademanes cobraron con estas palabras aquella animacion, aquel apuro que se nota en los hombres de génio vivo cuando conciben de pronto un medio de lograr fines largo tiempo contrariados.

Sarmiento habia reparado desde el dia anterior al galeon español que tenia á la vista, y como los dos buques del herege habian venido de la misma direccion, habia conjeturado con mucho acierto que ese galeon era necesariamente una de la muchas víctimas que dejaba en aquellos mares la audacia de Drake. Esto no obstante, miró aquella aparicion como un favor del cielo porque trasbordando á él parte de su gente é incorporándolo á su escuadrilla podia aliviar muchísimo el consumo de sus víveres.

Como el galeon se habia apercibido tambien del pendon de España que flameaba en las galeras de Sarmiento, hizo todo esfuerzo por reunírseles: y un rato de recíproca marcha bastó para que Sarmiento supiese los detalles

del apresamiento del ***San Juan de Orton***, y los demas cruceros de Drake, por boca de don Felipe.

Mientras que Sarmiento ponia en juego toda su habilidad para abreviar el camino que distaba del Callao, el Virey habia tenido la feliz ocurrencia de enviar en su busca dos naves cargadas de abundantes víveres[1] con las que tuvo la dicha de encontrarse cuando mas preocupado estaba por la inminencia del hambre. Fácil es conjeturar el júbilo que este encuentro causó en la gente de su escuadrilla: alentados todos, le instaban porque volviera sobre las huellas del Hereje; pero él se resistió á ello, no tan solo por las grandes dificultades que ofrecia su persecucion despues de tantos dias de alejamiento. cuanto porque Sarmiento estaba convencido de que Drake buscaba ya la embocadura del ***Estrecho*** para salir al Atlántico. Su plan era, pues, esperarlo en ese paso preciso y anonadarlo de un modo infalible obteniendo el rescate de todo el botin que el Pirata hubiera hecho en las costas y mares del Perú.

Con esta idea, Sarmiento ardia por llegar al Callao y obtener el beneplácito del virey para ejecutar su gran plan.

1. Drakc's circumnavig. páj. 67.

Este general de la marina española era un hombre de muy amable compañia y de jenio muy festivo.

Desde que su ánimo perdió las preocupaciones amargas en que lo tuvo la falta de víveres, empezó á obsequiar con esmero á sus huéspedes y compañeros: todos los dias los reunia en su mesa; y allí eran Drake y sus herejes los que hacian, por supuesto, el gasto de la conversacion. Don Felipe, que, como sabemos, era taciturno, casi nunca seguia la tertulia de la sobre-mesa; y mientras él no se levantaba don Antonio conservaba una actitud modesta y humilde.

Mas cuando el viejo le quitaba el estorbo de su presencia, el mozo cobraba brios y emprendia ardorosas narraciones de su cautiverio, pintando individualmente á cada uno de los personajes de la escuadra de Drake.

—Miren ustedes: decia un dia don Antonio despues que don Felipe habia dejado la mesa; yo puedo hablar de todo esto con propiedad y con franqueza porque no tengo *cola de paja* como otros. En mi vida he visto monstruos de la laya: unos á otros se asaltan y se amenazan como una verdadera banda de salteadores. Cuando se reparten el botin se atropellan, se muerden, se puñalean por las mejores partes. El jefe es un demo-

nio encarnado, y roba á sus compañeros con el mayor descaro: eso sí, que cuando alguno corcobea lo cuelga al instante del pescuezo entre las vergas como lo hizo con el Teniente Daute.[1]

—Qué sucedió con ese Daute? le preguntaron algunos de los circunstantes.

—Una cosa horrible, atroz! respondió don Antonio; y cuidado que lo sé por uno de ellos mismos: es verdad que el que me lo contó aunque es herege, daria un ojo por ver á Drake conversando con las roldanas de su buque: porque este malvado es tan feroz que todos á bordo tiemblan de solo oirle la voz, y andan allí como mugeres á quienes hubieran puesto por castigo bajo del gobierno de un demente. Pues bien! este facineroso tiene por favorito ó un bandolero peor que él: es un tal Henderson; fíjense ustedes bien en el nombre; un tal Henderson; un mozalvete que manda la *Isabel*, rúbio como Judas, porque como ustedes saben el misal dice: *rubicundum erat Judas*. Este mozalvete que no deja jamás el puñal, y que es bárbaro como un tigre, es hijo bastardo del famoso Leicester que como ustedes saben es el ....

Don Antonio se interrumpió al ver á don Felipe que ba-

1. Doughty.

jándose de la cubierta entraba en la cámara y tomaba allí un asiento retirado.

Los demas, que no comprendian bien los motivos que influian en la interrupcion del narrador, le dijeron:

—Vamos! continúe usted!

Don Antonio trató de escusarse con palabras evasivas; pero vivamente instado, dijo:

—Segun me han dicho los herejes, este Leicester lo puede todo con la que ellas llaman su reina. Devorado por las alarmas que le habia empezado á inspirar su rival el conde de Essex, hizo una tentativa para envenenarlo. Daute que era íntimo amigo de este, supo el crímen y habló del asunto con indignacion; por lo cual se entendió Leicester con Drake y lograron seducir á Daute con las esperanzas de las riquezas que les prometia este crucero, dándole el mando de la *Isabel*. Cuando estuvieron lejos en el mar, vino un dia Drake á la *Isabel*, y puso de capitan á su cómplice Henderson rebajando de piloto á Daute; á los tres dias lo prendió Henderson á pretesto de complot; y entre los dos cómplices le formaron causa y lo ahorcaron. Vais á ver aquí lo que son estos bandidos; porque os voy á referir un rasgo característico de la vida que llevan mezclando á todos sus nefandos crí-

menes el de la impiedad y sacrilegio. Cuando Drake vió ahorcado á Daute se paró sobre la meseta de la cámara y dirigió un sermon á su gente invistiéndose y ungiéndose á sí mismo de ministro del Altísimo. Lloró sobre el cadáver de su víctima y peroró mas de una hora invocando á cada paso el nombre de Dios y el de nuestro señor Jesu-Cristo, como si él fuese cristiano y no se le estuviese viendo allí mismo el rabo con que Dios ha estigmatizado á todos estos creyentes y secuaces del diablo.... Pero volviendo á ese Henderson os diré que es el bandido mas insolente que ustedes pueden figurarse. Él mismo, por su propia mano, cortó una oreja y un brazo, la lengua y una pierna del cadáver de Daute, y clavó estos asquerosos despojos por la borda de su buque para escarmiento de las gentes. El mismo Drake respeta y adula las feroces propensiones de este mozo; y yo mismo, yo mismo, señores, he presenciado una cosa de que no puedo acordarme sin que las lágrimas de la indignacion llenen mis ojos, dijo don Antonio poniendo trémula la voz, y cubriéndose la vista con las manos: he visto á ese cachorro de ferinas razas... Ah! señores! ah! señores!.... qué momento aquel!.... lo he visto levantar su bárbaro puñal para atrevesar el pecho del señor don Felipe, de

este respetable anciano que teneis delante, y que hubo de sucumbir á la vista de su muger y de su hija por salvar los preciosos documentos del tesoro que le habian sido encargados! Les juro á ustedes que....

—Usted está equivocado, Romea, le dijo don Felipe interrumpiéndole: ese mozo de quien usted habla no me amenazó con puñal ninguno en la ocasion esa que usted refiere....

—Sí, señor: con una daga!.... yo admiro la virtud cristiana con que usted, mi digno señor, no solo perdona sino que atenúa el crímen. Pero yo estoy resuelto á promulgar en todo el ámbito de la tierra el nombre de Henderson como el prototipo del diablo, de la ferocidad y de la herejía; para que en el *orbe romano*, ó español que es lo mismo, le quede votado un odio eterno y universal, y reciba algun dia en una hoguera el castigo de sus crímenes. ¿Qué español me negará el juramento de este voto? dijo don Antonio tomando una copa llena de jerez, y dirijiéndose á sus oyentes con un ardor estraordinario.

—Ninguno!!! le respondieron todos alzando tambien sus copas.

—Juremos, amigos, por la cruz de estas espadas, odio

eterno al malvado Henderson, cómplice principal de los crímenes de Drake.

—¡Odio á Henderson! dijeron todos y bebieron sendos tragos de buen vino de Jerez.

—Juremos vengar en él hasta la saciedad, la insolencia y la ferocidad con que ha tratado á uno de los próceres del vireinato!

—Juremos! repitieron volviendo á beber.

Don Felipe estaba profundamente sorprendido de aquel brio y de aquella independencia que don Antonio habia desplegado por primera vez en su presencia.

La bulla de los brindis y los juramentos le habia impedido hablar, pero aprovechándose del primer momento de sosiego, dijo:

—Todo eso, Romea, no le autoriza á usted para falsificar los hechos: yo no he sido amenazado con puñal, se lo repito á usted: usted ha visto mal, y quizá ha sido causa de eso el terror del momento.

—Es el terror del momento lo que ha impedido conocer á usted, señor, el riesgo á que estuvo usted espuesto por salvar los preciosos documentos de que era depositario. Verdad es que con eso ha hecho usted un servicio eminente al Rey nuestro Señor....

—¿Se salvaron los documentos? preguntaron Sarmiento y los demas.

—¡Toma si se salvaron! respondió don Antonio. Se salvaron por la estoica virtud de este anciano, imperturble bajo la daga del asesino, virtuoso allí por el valor, como virtuoso lo veis ahora para perdonar y atenuar los crímenes de que fué víctima. Ni el puñal de Henderson, ni las mil seducciones que puso en juego Drake fueron bastantes para arrancarle ese sagrado depósito que tanto interesaba al tesoro del Rey conservar en secreto. Despues de la amenaza inútil, vino, señores, la seduccion..... ¡nada! el depósito se salvó como lo sabreis cuando lleguemos á tierra!

Don Felipe estaba trémulo de rábia al ver la impavidez con que don Antonio estaba sosteniendo la conversacion sobre un tema tan vidrioso para él; pues es sabido que él habia entregado al fin á Drake todos sus libros y documentos. Todos ellos le eran inútiles por cierto, despues del asalto y del saqueo del *San Juan*, pero como los que oian á don Antonio, concebian necesariamente ideas muy distintas de esos papeles y de su triunfo en salvarlos era inminente el riesgo en que le ponia de que en vez de salvador de ellos, fuese á resultar negociador de la par-

te de su fortuna que habia estado comprometida, con las demas circunstancias de sus conexiones con Drake durante su cautiverio.

Él, empero, no sabia como descifrar las impertinencias de don Antonio: no podia suponer que sus asertos fueran hijos del malicioso plan de perderlo comprometiéndolo en una posicion insostenible, y lo atribuia á la ignorancia y al bajo deseo de adularlo, que don Antonio le habia manisfestado siempre, en conformidad con la costumbre de todos los que en aquel siglo venerable aspiraban á ser yernos de algun viejo rico y concienzudo. Esta creencia, sin embargo no disminuia la impaciencia que los asertos de don Antonio sublevaban en su ánimo; y lo que mas le preocupaba era que su dependiente se diera por tan instruido de las *seducciones* de que él habia sido blanco. Mas, como no era posible hacer callar á don Antonio delante de oficiales y de gentes que le escuchaban con anhelo y avidez cuanto era relativo á Drake y á sus secuaces, y como el narrador habia sabido interesar el patriotismo de sus oyentes, y no cesaba de ensalzarse á él mismo, don Felipe comprendió que lo mejor era dejarlo; por lo cual se levantó y fué á pasearse de nuevo sobre la cubierta de la nave.

Don Antonio continuó hablando del tiempo de su cautiverio en el buque de Henderson, materialmente como si lo hubiese pasado en el infierno.

—Es cosa admirable, señores; decia á los circunstantes, volviendo á tomar el tono caloroso, con que hablaba antes de que hubiese aparecido allí don Felipe: es cosa admirable lo que sucede con estos herejes! Para mi no hay la menor duda de que hereje y brujo son cosas que se dan la mano. Ese Henderson, señores, es en su figura natural el ente mas horrible que pueda imajinarse; pero tiene la virtud de mostrarse con mil y un rostro si se le antoja. De dia cuando tiene á quien seducir, por ejemplo, y bastante ha hecho por seducir á la linda hija del señor don Felipe (dijo bajando la voz) de dia, digo, suele aparecer como un jóven precioso; pero entonces, es preciso repararle los ojos, se descubre en ellos un reflejo infernal, una luz interna como la del gato y el tigre; y los pies, aunque calzados con esmero, revelan por la agudez misma de sus formas que no son pies de gente, sino las corbas uñas del Diablo disimuladas con la posible perfeccion. De noche jamás duerme: porque es la hora en que evoca los espíritus infernales de quienes depende; él tiene que consagrar toda la no-

che al servicio del Diablo. . . . Yo hablo á ustedes, señores, de lo que he visto con estos mismos ojos; y ahora mismo, al recordarlo, me encrispo todo, todo de horror! Cuando la gente se ha recojido, y las tinieblas de la noche toman todo el solemne prestijio que les dá el silencio universal, se oyen los pasos del hereje retumbando sobre el buque con una cadencia indefinida y lúgubre: cualquiera diria al oirlos, que son golpes ó martillazos dados por un brujo ó por una ánima en pena sobre el ataud de un condenado. . . . . . Un poco despues, el renegado empieza á rujir allí solo sobre su buque; y como si le acometieran las convulsiones que el réprobo debe tener cuando columbra el infierno desde su lecho de muerte, se pega con ferocidad sobre la frente, levanta las manos al aire como si invocara las tinieblas, se tuerce los brazos, oculta su cara entre las manos, y vá como un loco á dejarse caer al fin sobre algun banco, donde se queda desfallecido y con su vago mirar fijo en las tablas del piso. Sus ojos empiezan á enrojecerse entonces hasta que se ponen como dos brasas de fuego en la oscuridad: silbos y aletéos estraños y horrorosos empiezan á oirse por las vergas del buque, y el endiablado se pone á temblar de pies á cabeza como si tiritase de frio: mien-

tras tanto el ruido del aire se aumenta y se acerca, como si fuese el de una bandada de pajarracos que se batiese sobre los palos luchando ferozmente unos con otros.... Ah!....que espectáculo tan horrible, señores! vosotros que sois fieles católicos, comprendereis mis amarguras al frente de semejante escena!.... ¡Noche horrible aquella cuyo recuerdo jamás saldrá de mi alma!....Hacia ya muchos minutos que yo no dormia aterrado por este ruido infernal que bajaba hasta el vil camarote en que esos perros me habian echado; creia al principio que aquello era alguna borrasca que se habia desatado sobre el mar.

—Y no era otra cosa, señor Romea, le dijo con viveza el general Sarmiento que lo habia escuchado con un grande interés, hasta entonces.

—¿No era otra cosa? ¡Señor General!.........

—Por cierto!....si no era una tormenta, fué alguna pesadilla que usted tuvo; dijo el General tomando un trago de vino en su copa.

Don Antonio le fijó la vista y dijo meneando la cabeza:—Dice bien el Reverendo padre Andrés! es una fatalidad; pero ello es cierto—que la sabiduria es madre de la incredulidad: V. E., señor General, ha nacido católico

como nosotros, y no crée en el Diablo ni en los endemoniados por que no crée sino en lo que alcanza su razon!........*Vanitas vanitatum!* como se lée en el misal........Yo no me atrevo, señores, à esplicar ni á querer comprender los misterios del infierno: cuento lo que he visto con estos mismos ojos!

—Seguid! seguid! le dijeron los demas; y el General pareció duplicar su atencion para escucharle.

—Pues bien!....creyendo yo que se hubiera desencadenado alguna borrasca bajé muy quedo de mi cama, y atravesé por entre las hamacas de los herejes que roncaban como béstias feroces; subí una escalerilla que daba á un agujero de la cubierta, y me quedé espantado al ver lo que os he referido:—Henderson temblaba como un azogado; sus ojos eran dos brasas que humeaban.

—Estaria fumando en su pipa! le dijo el General interrumpiéndole de nuevo.

Don Antonio fingió que no oia, y continuó diciendo—Un relámpago azufrado bañó el buque en este momento, y pude ver que un enorme buho se habia desprendido de entre el enjambre que coronaba los palos y se cernia sobre la cabeza del hereje bañándolo con una lluvia inmunda: el hereje se fué poco á poco empinando; sus

piernas se convirtieron en patas de chibato, y sus brazos tomaron la forma de los del mono: sus cabellos fueron enderezándose gradualmente hasta que se pusieron verticales como si fuesen de hierro, y separándose á uno y otro lado de las sienes en dos porciones, se retorcieron y tomaron la consistencia del cuerno; y una horrible cola empezó á desenvolverse por un lado y otro lado dando sendos chicotazos sobre las tablas de la cubierta. Una vez que estuvo trasformado así, empezó á dar brincos hasta las vergas; las velas todas se desataron, y todas aquellas horribles figuras de buhos y de lechuzas, de lagartos y de murciélagos, de langostas y de vámpiros, empezaron á marinear la goleta como si fuesen su tripulacion ordinaria, al zumbar de los volidos y de los silvos. . . . (1).

Don Antonio tenia estupefactos á todos sus oyentes.

1. Esta narracion se halla perfectamente fundada en las creencias y en las ideas de aquel siglo: la hacen muchos escritores como Sandoval y otros; y entre ellos la prohija el mismo Centenera diciendo:

"¿Que diremos de aquel gran marinero
"Gallego, que en tres dias vino á España
"De las Indias trayendo mal tempero,
"Huracanes, tormenta muy estraña?
"Ni gente de la mar ni pasajeros
"Paraban; mas andaba gran compaña
"De Diablos que las velas marineaban
"Y la nave con fuerza se llevaban.

Muchos de ellos que habian empezado á oírle con grande incredulidad habian ido entregándose gradualmente al prestigio sobrenatural de los sucesos que narraba, y le escuchaban con sumo interés.

—Pero ¡ ah, señores ! continuó diciendo con una voz hueca y gutural: me faltaba ver lo peor todavia !.... Cuando cesaron aquellos brincos que parecian la fiesta preparatoria del sabático concilio, el horrible Henderson se sentó en el suelo en medio de una rueda de aquellos espíritus feroces; y un silencio sepulcral reinó en ellos: se levantaron entonces dos enormes langostas, y parándose sobre sus patas prendieron sus dientes á las orejas de Henderson, que se puso á rechinar como un cochino maniatado, mientras que ellos le gritaban—«¿ perdiste yá el alma de la muchacha ? ¿ Desempeñastes bien la comision de nuestro Padre ? ¿ La habeis endemoniado ?—

"*Larga escota!*····el piloto les decia,
"Y ellos cavan el trinquete y la mesana;—
"Y si les dice—*alza!*····con porfia
"Amainan los traidores con gran gana.
"Y viendo que al contrario se hacia,
"Al contrario mandó······y así fué sana
"Su nave por los Diablos marineada."

(*La Argentina*, *canto X.*)

No todavia !» le respondia él; y cuando la ronda oyó aquella respuesta, se alzó furiosa y cayó á golpes y picotazos sobre el réprobo que estaba exánime y tendido sobre la cubierta. Levántate miserable ! le dijo el mas grande de los buhos, y ven á darme cuenta de los dones con que te adorné !...... ¿ Para que te di esos ojos de topacio con que brillas delante de las mugeres ?—Para perderlas, amo mio !—Para que te dí esas sortijas de cabellos rubios y lustrosos como la seda joyante ?—Para perderlas ¡ padre mio!—¿ Para que te di en fin ese rostro y esas formas que yo llevaba cuando era el ángel de la luz ?—Para perderlas ¡ Rey mio ! —Ven, imbécil, á darme cuenta de lo que has hecho !—Nada, señor ! nada, señor !» decia el réprobo revolcándose, mientras que toda la ronda saltaba, brincaba y corria sobre él. Un silbo agudo atravesó el bullicio, y todos los demonios se quedaron clavados como si fuesen de piedra. Ví entonces que el que habia silbado era el buho á quien Henderson habia llamado su padre y que parado en una verga aleteaba con un ruido espantable: todos los otros pajarracos volaron de la cubierta al verlo, y asentaron á su alrededor por las cuerdas y las otras vergas.

—Quiero ser aun mas benigno contigo, hijo indigno de mi grande Magestad! le dijo el buho à Henderson, que conservaba todavía su figura de chibato: te voy á prorogar el plazo: pero mira que es la última próroga que te doy, y que concluida ella te arrastro de nuevo á los abismos de donde te he sacado! El horrible chibato se puso á temblar—¿ Cuántos dias quieres para hacer de ella la *Novia del Hereje*? le preguntó el buho. Tres!—Y son los últimos! le dijo el buho al mismo tiempo que una luz repentina cayó sobre el chibato, y que una llama vaporosa como la del aguardiente, se apoderó de todo su cuerpo. Cuando yo miraba todo aquello con el terror que debe sentir el alma del condenado á las puertas del infierno, recibí, no sé de quien, una fuerte patada en la frente que me hizo rodar sin sentido hasta el fondo del barco.

El general Sarmiento no quitaba sus ojos investigadores de la cara de don Antonio: parecia que lo quisiese fascinar; y de cuando en cuando hacia un gesto casi imperceptible de menosprecio.

—Pero bien! le dijeron algunos de los oyentes á don Antonio: ¿cual era el alma á quien el hereje debia perder?

Al mismo tiempo que don Antonio les respondia:

—Ah, señores! eso no lo sé yo, el general decia señalando á don Antonio con un tinte ligero de ironía—La suya, señores! la suya! ¿cuál otra? y se reia con burla.

—V. E., señor General, le respondió don Antonio, se burlará de mí cuanto quiera; pero lo que yo he referido es la verdad por desgracia mia!

—Y de otros! le respondió Sarmiento empinando el último trago de vino que habia en su copa, y levantándose para salirse. Uno de los marinos que quedaba sentado tomó entonces la palabra y dijo:

—Pero usted, señor Romea, no nos ha dicho como acabó su aventura.

—Ya se los he dicho á ustedes: fuí rodando sin sentidos hasta el fondo del buque: y nada mas.

—¿ Y despues ?

—Despues permanecí así hasta el otro dia: cuando volví en mí tenia la cabeza dolorida y embargada......

El general Sarmiento, al ver que don Antonio iba á continuar su historia, se paró en el primer escalon de la salida y se quedó escuchando.

—Muy dolorida! repitió don Antonio sin ver que Sarmiento lo escuchaba: traté de salir á fuera: era un

poco despues de la aurora y apenas saqué la cabeza me quedé frió: el señor Henderson con toda su máscara de belleza estaba sobre cubierta; pero yo que lo habia visto al natural en la noche antes descubria en sus ojos y en su semblante los diabólicos rasgos del chibato: estaba parado delante de..............................

doña María: (agregó el hipócrita bajando mucho la voz,) y ella con la candorosa inocencia que Dios le ha dado, parecia gozar de las urbanas palabras y cortéses ademanes con que el demonio la seducia. Arrebatado por el interes que me inspira la hija de mi protector, del que es todo para mí aun antes de mi padre, quise lanzarme á revelarle su peligro; pero se volvió el hereje al mismo tiempo, me clavó sus ojos, que eran ya tales como en la noche anterior, y herido de nuevo, no sé por quien, volví á rodar hasta el fondo del buque.

—Luego, la *Novia del Hereje*, de quien habia hablado el buho, era ella?....dijeron algunos.

—Al menos, parece que á ella se referian en esa feroz evocacion; pero por fortuna llegó á salvarnos el ínclito Sarmiento antes de que el sacrificio estuviese consumado! y abundan en la tierra del Perú los Santos varones que borrarán la pestífera huella que hayan podido dejar

en nosotros los espíritus del infierno. Yo mismo, señores os juro que contaré con la salvacion de mi alma hasta que una severa penitencia no me haya restablecido al camino del cielo por la comuniou con el cuerpo de nuestro Señor Jesu-Cristo contenido en la hostia que el Sacerdote consagra en el altar.

El general meneó la cabeza, comprimió los lábios, y subió á la cubierta.

Halló en ella á don Felipe, que se paseaba taciturno; y acercándosele, le dijo con soltura:

—Usted conoce bien, señor Perez, á ese mozo que sigue á usted como dependiente?

—Mucho, señor General.... será el marido de mi hija.

—De su hija de usted? le preguntó Sarmiento con asombro.

—Sí, señor: de mi hija.

—Pues, señor: ahora comprendo menos su conducta; yo le iba á decir á usted que me habia parecido un tonto ó un pícaro: dos entidades muy peligrosas para tenerlas cerca.... Pero si usted lo ha destinado para marido de su bella hija, debo haberme engañado, señor Perez! agregó el General, y se alejó fumando con delicia en su larga pipa de ambar, una gruesa carga *de tabaco turco*.

CAPÍTULO XII.

EL PADRE, EL NOVIO Y LA CRIADA.

Las palabras francas del General Sarmiento no dejaron de producir una viva sensacion en el ánimo del anciano, no obstante la aparente frialdad con que él la disimuló.

Aquel presentimiento espontáneo con que el corazon del hombre sagaz sabe señalar á un ingrato ó á un enemigo aun antes que la razon pueda fundarse en el menor indicio, habia comenzado á inquietar el alma de don Felipe. Él sentia, sin poder decir *como* ni *por qué*, que un secreto recíproco vagaba entre los dos ánimos, trayendo aquella situacion desabrida que sirve de gérmen á las grandes enemistades; y no obstante el esfuerzo del juicio con que rechazaba esta cavilosidad de su suspica-

cia, era singular la porfía con que ella volvia á inquietar su mente. Llevaba su generosidad el viejo hasta suponerse á sí mismo como la única causa de este estado; él pensaba, que como el arreglo que haba hecho con Drake para reembolsarse de sus fondos, lo reducia á una posicion falsa y alarmante, nacia de ella, y no de su parásito, la desconfianza y el desabrimiento que él se imajinaba.

Las palabras que el General Sarmiento le habia arrojado como de paso, le hirieron en lo vivo de su sensibilidad; pues fueron una especie de sancion estraña dada á sus dudas. El lo disimuló sin embargo, por aquella firmeza innata propia de una alma bien puesta,que repugna la confidencia de los primeros temores del corazon, como un acto de debilidad ó de imprudencia.

—Es preciso sondear con mucho tino este misterio: se repetia el viejo sagaz mientras que continuaba paseándose sobre la cubierta.

Los oyentes de don Antonio se habian ido dispersando poco á poco y saliéndose al aire, como es costumbre entre los navegantes despues de comer. Don Antonio salió al fin como los demas; y tan luego como don Felipe le vió, lo llamó á sí.

—Me parece, Romea, le dijo, que no tardaremos mucho tiempo en llegar al Callao.

—Precisamente hoy mismo he hablado de eso con el piloto del buque; y su opinion es que mañana á mas tardar echaremos la ancla en el puerto; y usted, mi venerado señor, tendrá el gusto de ver terminadas las crueles vicisitudes de este malhadado viaje.

—Hombre: quien sabe!.... *¡Bien venido seas mal si vienes solo!* decía Epitecto, el mas práctico de los moralistas antiguos. Ya usted vé que volvemos diciendo *hemos sido robados!* á los que nos habian encomendado la guarda de sus caudales: y por mas notoria que sea nuestra inculpabilidad, el despecho y la desesperacion de los arruinados ha de buscar sobre quien caer con razon ó sin razon.

—Algo he cavilado sobre eso mismo, mi buen señor.... no por mí que soy un pigmeo sin méritos y sin responsabilidades; sino por usted, señor, que cuando me acuerdo de esos malvados salteadores, la indignacion mas profunda y la rábia y la furia se apoderan de mi alma y me hacen hablar como un demente.... Yo que he conocido á usted, señor, dueño de una modesta fortuna, saber como sé que le ha sido robada, que está usted arrui-

nado, y que toda la desgracia de este viage vá á pesar sobre usted....

—Tanto como eso, nó, Romea! ¿Por ventura tengo yo la culpa de lo acaecido?...... A nuestra salida nadie sospechaba siquiera que hubiera piratas de este lado del mar. En eso no tiene usted razon.

—Yo lo decia, señor, porque como usted se opuso tanto á que el *situado* bajase por el ***Rio de la Plata***, como querian algunos interesados......

Don Felipe no pudo menos de dirijir una aguda mirada sobre su presunto yerno, como si hubiera querido penetrar con ella en el fondo de su alma, para saber si esas palabras importaban la insinuacion insidiosa de un antecedente acusador.

—Es singular! respondió: me habia olvidado de esa circunstancia que usted me recuerda: y que fué apenas una ligera discusion. Yo me opuse á esa innovacion, es cierto! y me opuse porque esa es una corruptela de las leyes del Vireynato que hace tiempo empieza á ocupar las cabezas de algunos especuladores sin probidad, para quienes el lucro legítimo ó ilegítimo es la razon suprema de todas las cosas. Me opuse: si, señor!.... porque usted sabe muy bien que al Rio de la Plata

no vá flota alguna de Cádiz. ¿A qué iba allí, pues, ese *situado?*

—Quién sabe, señor!...... ¿qué sé yo de estas graves cosas de gobierno?

—Pues yo las sé y se las diré á usted!......iba á invertirse en alguna de las especulaciones fraudulentas que se empiezan á realizar con el estrangero en aquellas costas; y que si el Gobierno no ataja vigorosamente serán la causa de la demolicion de nuestras leyes.

—Señor: lo que usted dice es para mí, por solo ser dicho por usted, la verdad digna de fé: yo tengo y tendré siempre sus mismas opiniones, mi señor: asi es que no he pretendido negar ni remotamente las sábias razones que fundan la opinion de usted....Si he mencionado ese recuerdo, ha sido porque como los que querian eso, decian que era solo por una escepcion motivada en el temor de los piratas....

—Qué escepcion, ni qué escepcion, señor!....Las escepciones, los pretestos con que se incurre en ellas son el principio de muerte de las Leyes antiguas y sólidas de los Reinos....Todo eso no era mas que un pretesto para una grande especulacion de tejidos de algodon. Usted sabe muy bien que todo lo que se temia respecto de pi-

ratas era que alguna banda como la que el año pasado atravesó á pie el Istmo, hubiese construido y amarrado de este lado algun otro lanchon como aquel; y para eso salimos en el *San Juan*, que era mas que suficiente para conjurar ese peligro. Pero ¿quién soñó en encontrar buques de alta mar? ¿quièn habló de una escuadra? ¿quién imajinó siquiera que hubiese sucedido lo que pareció siempre un imposible?

—Magallanes ya lo habia hecho.....

—Pero habia sido para todos un milagro cuya repeticion nadie habia tentado. Y Magallanes lo habia hecho, porque, siendo súbdito de nuestro Rey y señor, nada tenia que temer despues de vencidos los riesgos del camino.... Otra cosa era venir como enemigo á emboscarse en un mar de esta naturaleza como ese audaz hereje lo ha hecho! Esto nadie lo pudo, hasta ahora, imajinar.... A propósito de esto: dígame usted, señor Romea, ¿como ha podido usted saber lo que aseguraba de sobremesa acerca de las sèducciones que Drake habia practicado conmigo para sonsacarme los papeles y documentos del *situado?*

—Habré tenido la desgracia de enfadar á usted con esto?.... Me arrenpetiria, señor, toda mi vida.

—No, señor! no es eso.... pero como es una cosa á la que yo mismo estoy ajeno, quisiera al menos poder desengañar á usted y no ser objeto de alabanzas infundadas é injustas.

—Oh! señor: eso es otra cosa! la conducta de usted es digna de toda alabanza. Esa firmeza! Señor! para arrostrar la saña de los bandidos, y para vencerlos á fuerza de superioridad: es cosa que yo jamás crei ver, mi querido señor!

—No nos estraviemos, señor Romea! tenga usted la bondad de decirme como ha podido usted saber que he sido objeto de seducciones, y no estrañe usted mi curiosidad, pues que habiendo ido yo en un buque y usted en otro, me confunde que usted se crea tan bien informado á mi respecto.

—Ah! no señor! usted está trascordado:.... ¿no recuerda usted que fué delante de mi?

—Delante de usted?

Delante de mi fué que el salteador Drake le ofreció á usted documentos de tal naturaleza que le facilitasen á usted la cobranza de su dinero sobre las arcas del Rey.... ¿No se acuerda usted, señor?

—¿Sabe usted, que lo habia olvidado?.... dijo don

Felipe poniéndose pálido de cólera, pero disimulándolo admirablemente con la suavidad de la voz.

—Pues bien: fué por eso que usted siguió al Hereje, mi buen señor, y que volvió despues á sacar todos los libros y los papeles del situado.

—Pues si usted me ha hecho la ofensa, Romea, de creerme capaz de usar de semejantes documentos para buscar la indemnizacion de mis pérdidas, me da usted el derecho de suponer que al recordar usted todo eso con tanta fijeza es porque no desdeñaria usted, si yo se lo ofreciese, el carácter de sócio mio en esa jestion.

— Yo no puedo decir á usted otra cosa, mi buen señor, sino que mi veneracion y amor por la persona de usted, es ilimitada. Usted, señor, me ha prometido la mano de su hija, y como usted no ignora que apenas empiezo mi carrera (aunque bien sostenido y con un seguro porvenir), yo he creido siempre que al darme usted esa situacion en su familia pensaba usted hacerlo de modo que quedase decentemente asegurada la independensia de la mia.

—Si eso importa una exijencia, Romea, quedo enterado de ella; pero, ahora, digame usted, francamente, la queja que usted tenga de mí; ó de alguno de los mios.

—Oh! Señor! no tengo ninguna.

—¿Le ha ofendido á usted mi hija?

—Usted, mi buen señor, me ha prometido que será mi mujer; y no obstante los inconvenientes que preveo, en ello cifro mi porvenir.

—¿Qué inconvenientes son esos, Romea, de que me habla usted ahora por la primera vez?

—El que mas me preocupaba es como se lo acabo de indicar á usted, que soy un empleado pobre todavía.

—Pero está usted yá en carrera; y tiene usted favor, como usted mismo me lo decia.

—Es verdad, señor, pero antes de diez años es dificil que llegue á tener lo bastante para ser independiente; y diez años de pupilaje!.... ya lo ve usted, mi señor: es una perspectiva....

—¿De cual pupilaje habla usted, Romea?

—De aquel en que necesariamente cae un hombre pobre y humilde, como yó, dijo don Antonio haciéndose el inocente, cuando entra en una casa rica como marido de la hija única de ella.

—Usted conoce demasiado bien mi casa y á mi hija, para que me sea permitido tener por sincera semejante observacion. Usted sabe que mi hija es modesta y hu-

milde por educacion, y que jamás le hemos permitido lujo ni distracciones: es una criatura obediente, sumisa, y que no es capaz de exijír á usted, cosa ninguna sino un rincon en el hogar. Usted sabe bien que para eso la he educado.

—Es verdad, señor, que en eso ha cifrado usted su esmero. Pero usted sabe que la corrupcion moderna es grande, y que las niñas no siempre son para los demás lo que aparentan ser para sus padres.. .y un marido, señor.... es bueno que cuente para todo caso con independencia de posicion.

—Bien, Romea ! dijo don Felipe disimulando siempre su profunda indignacion. Me voy á recoger.... pase usted buenas noches !

—Así las pase usted, mi señor ! le respondió Romea inclinándose con humildad. Mientras que el anciano bajaba á su camarote no podia menos que decirse á sí mismo—«Preciso es que haya aquí algun misterio. O este mozo me cree arruinado por el salteo que he sufrido, ó tiene en su poder parte de mis secretos...... ¡ Quiera Dios que sea lo primero!....Pero no hay duda, es un intrigante que forja algun plan de ingratitud: yo le tenia por humilde y bondadoso ! ! !.... ¡ Prudencia y cal-

ma !....El Padre Andres me ha precipitado....Este mozo no es lo que él me ha dicho, y yo he sido muy imprudente en haberlo aceptado por yerno antes de tomarme tiempo para conocerlo bien.»

Y al pensarlo, el sagaz anciano echaba sobre su semblante la capa impenetrable de austeridad que le era habitual. Bajó á la cámara y tomando á solas á su mujer le preguntó sin preámbulos:

—¿ Qué desagrado ha ocurrido entre Romea y ustedes durante el tiempo de nuestro cautiverio ?

—Ninguno ! le respondió Doña Mencia sorprendida de semejante pregunta; ¿ y por qué me lo preguntas ? agregó.

—Cuando yo pregunto algo, dijo don Felipe, es por que quiero saber, y no por que quiera contestar. ¿ Sabes tú si han tenido algun desagrado con la María ?

—Te puedo asegurar que ninguno. Ni se han hablado siquiera; pues bien sabes que nuestra hija no habla jamás con hombres.

—Sin embargo, algo ha sucedido...Llámame á Juana y déjame solo con ella.

Juana vino en efecto: y haciéndola entrar don Felipe á su cuartejo, le preguntó de un modo imperioso y breve:

— ¿Qué disgusto ha tenido don Antonio con la Maria ?

—Ninguno, señor, dijo Juana, pero se puso tan pálida y tan turbada con este ataque repentino, que, dominada por la mirada fija y penetrante que don Felipe le clavaba empezó á temblar.

—Bribona ! le dijo este con un enfado reprimido ¿te has figurado que tú puedes engañarme ?

—Señor !. . . .por Dios !. . . .le juro á su merced. . . . dijo Juana juntando las manos.

—Silencio, demonio ! Baja la voz te digo ! le dijo don Felipe poniéndole la palma de la mano sobre la boca: ó te hago azotar sobre cubierta, perra alc. . . .

Juana se hincó de rodillas y sofocando sus sollozos, le decía: no, mi amo, por Dios !

—Nada ! dime que le ha hecho la Maria á don Antonio? repitió el viejo con voz sofocada y alzando el dedo con un terrible aire de amenaza.

La muchacha se arrojó á sus piés; pero el anciano la alejó de un punta pié.

—Te digo que hables, perra mula, si no quieres tener que arrepentirte !

—Si, amo mio, por Dios ! ya voy á decírselo todo á su

merced;....pero créame, señor, que estoy inocente lo mismo que la niña....

—Habla despacio, *anabolena*! volvió á decir el viejo, tapándole la boca á la muchacha, ó te deshago!....

—Sí, señor....voy á hablar despacio; decia ella temblando y recogiendo toda la voz: muy despacio, señor... vea su merced....Un dia subió la niña al aire á...... no me acuerdo á qué........don Antonio se le acercó, y la niña queria volverse á bajar........y don Antonio la agarró del brazo, y la hacia estar con él por fuerza....

Don Felipe apretó los dientes y los puños, y dió una vuelta rápida por el cuartejo: y como si no tuviera por donde salir volvió á pararse delante de Juana.

—Sigue! le dijo con una voz impregnada de rabia comprimida.

—Perdon, señor!....yo no estaba, pero la niña me lo ha contado......

—Sigue, te digo!

—Sí, señor: voy á seguir:....la niña se queria bajar....créamelo su merced....pero don Antonio no la dejaba, y al fin....perdon, señor...le dió un beso y...

Don Felipe se dirijió con fúria hácia atrás, rasgó con sus manos el cortinado de la cama.

—La niña se puso furiosa, señor, y le dijo que solo por fuerza la harian casar con él. . . . y así se lo dice siempre, mi querido amo, haciéndole muchos desprecios. . . . Esto es lo que yo sé, señor! . . . . no sé nada mas. . . . se lo juro á su merced!

Don Felipe se habia dominado ya, y volviéndose á la muchacha le dijo: Mientes! . . . . tú sabes algo mas!

—Nada mas, mi amo, se lo juro á su merced, decia Juana bañada en lágrimas. . . . nada mas sino que don Antonio, por venganza le acumula una mentira, señor, á la pobre niña. Pero, señor ¡ por Dios! créame su merced que es una mentira infame!

—Cual es esa mentira? dijo el viejo con imperio.

—Que la niña. . . . Ah, señor! . . . . . es una mentira infame!

—Dila pronto ¡ demonio! que te rompo los dientes si me precipitas.

—Sí, señor. . . . . ya se la voy decir á su merced. . . . es que la niña ha tenido amores con el oficial inglés que nos tenia prisioneras. . . . . . Pero señor! . . . . don Felipe se agarró la frente con las dos manos y se quedó inmóvil por un rato. Alzando despues la cabeza:

—¡ Vete! le dijo á Juana; ¡ cuidado con que hables una

palabra de todo esto, ni contigo misma, por que si lo haces, te hago quemar en medio de una plaza.

Juana salió temblando y bañada en lágrimas.

Ella sabia que habia dado un paso decisivo: ó habia puesto del lado de su señorita la buena causa, ó habia arrojado la primera chispa de un incendio cuya voracidad no podia graduar en aquel momento.

CAPÍTULO XIII.

¡ITALIAM!. . . ITALIAM. . . .!

D. Felipe Perez y Gonzalvo era un hombre prudente: la falta de lealtad y de delicadeza que ya él habia columbrado en el carácter de Romea, el cinismo con que este parecía resuelto á esplotar su posicion, las fatídicas palabras del General Sarmiento, y sus propios presentimientos, le hacian sospechar alguna inícua intriga contra su quietud doméstica ó sus bienes. Tenia seriamente comprometida su palabra en el casamiento de Romea con su hija, y era hombre de sacrificar no solo una hija sino veinte al desempeño de una obligacion como esta, que en aquellos tiempos era altamente sagrada. El arreglo con que Drake le habia favorecido, lo tenia tambien cada dia mas inquieto: ó renunciaba á él, resignándose á perder

tan gran parte de su fortuna como la que estaba comprometida en el apresamiento del *San Juan*, ó persistia en dar los pasos convenidos para reembolsarse arrastrando los terribles peligros con que una intriga de este género podia envolver su suerte. La impavidez con que don Antonio le habia dejado presumir que se hallaba iniciado en mucho de esto; las revelaciones de Juana, la incertidumbre de lo que Romea hubiera podido descubrir en el buque de Henderson; todo en fin contribuia á sumirlo en las mas vagas tribulaciones; y al fin de muchas refleccio-nes concluia por convenir en que lo mejor era guardar el mas estricto silencio y ver venir los sucesos para esquivar los peligros.

Las revelaciones de Juana lo tenian en una indignacion febril.... ¿Era cierto que su hija se hubiese prestado à las ternezas del herege?..... Contra semejante crímen que venia á agravar tanto su propia situacion en el arreglo con Drake, apenas creia don Felipe que fuera bastante pena las hogueras de la inquisicion! ¡su hija recibiendo los galanteos de un salteador, de un pirata desconocido, de un herege incorregible!.... Pero no....la conducta que don Antonio tenia con él era un dato que hacía presumir á don Felipe que todo esto era una bár-

bara calumnia para asegurar mejor los planes de intimidacion con que Romea queria explotar el matrimonio proyectado; y no bien el viejo se habia fijado en esta idea, cuando venian á conturbarlo ciertas circunstancias que él habia notado ya en el carácter de la muchacha: inclinaciones tiernas por ejemplo, blandura de alma para ceder al halago del cariño, benevolencia hácia los otros, y falta de concentracion en los afectos, falta de fiereza y de orgullo para repeler; y todo esto hacía pensar al viejo en la probabilidad de que don Antonio no careciese de motivos fundados para increpar coqueteria y desvarios á la conducta de su hija; tanto mas cuanto que su ausencia habia alejado sus poderosos respetos.

Pero ¿qué hacer? ¿cómo sondar todo el misterio?

Si don Anto nio fuese un hombre leal y puro, que no hiciese presentir siniestras y ulteriores intenciones, nada mas fácil: bastaria entrar con franqueza en la averiguacion de los hechos. Pero cuando se mostraba tan pronto para aprovecharlos en el interes de su egoismo, era imposible, sin una grave imprudencia; poner fé en su buen proceder y ayudarlo á obtener una verdad que podia convertir, con su mal deseo, en fundamentos de acusacion y de especulacion.

Don Felipe concluia, pues, de todo—que lo mejor era observar, esperar, y escudarse con trabajos anónimos y reservados contra un peligro que se anunciaba asi por traicion y deslealtad.

Don Felipe Perez y Gonzalvo era un hombre avezado en las intrigas á que dan lugar las deslealtades, las pasiones y las rivalidades de la corte. Se habia alzado en el favor del Rey por la gran pericia con que habia intervenido en el inícuo enredo con que Antonio Perez, el famoso privado de Felipe II que habiendo hecho matar á Escovedo, vino á caer del poder, descubierto en sus amores con la princesa de Eboli, querida del Rey. Don Felipe Perez y Gonzalvo habia tenido una parte muy activa, como instrumento subalterno, en este episodio tan célebre de la Historia de España; y debido á su estraordinaria astucia, era, que habiendo caido víctima del puñal ó de la inquisicion todos los que habian poseido los secretos del Rey ó de Antonio Perez en este drama tenebroso, que aun hoy dia agita á los eruditos,[1] él, nuestro viejo, no solo se habia salvado, sino que habia resultado rico, y favorecido con el empleo mas lucrativo que habia en Indias, despues del de Virey.

1. *Antonio Perez y Felipe Segundo*, por Mignet, t. III.

Cierto es que al principio le habia precedido y rodeado una atmósfera indefinida de mala reputacion: el orígen de su fortuna inspiraba dudas y jestos á los que tenian que humillarse ante ella. Pero todo habia cedido con el andar del tiempo á los prestijios de su elevada posicion, al renombre de su caudal, y á una austeridad de costumbres extraordinaria: el velo impenetrable de gravedad que cubria siempre sus facciones; la competencia de sus juicios sobre las mas árduas materias, el tino de sus consejos y la modestia de tren que reunia á todas estas prendas, habian concluido por borrar hasta cierto punto los orígenes de su historia captándole el respeto general, en apariencia al menos.

No obstante todo esto, nuestro anciano conocia bien á su Rey. El sabia que Felipe II tenia bien presente su diestrísima astucia de que le habia dado pruebas en servicio suyo, y que eso mismo era un motivo para que no le apartase ni por un instante su ojo perspicaz. Sabia tambien que su envío al Perú con aquel empleo, era un honroso destierro para alejarlo de la vista y tentaciones de la corte; y porque comprendia que dentro de todo esto se hallaba envuelto en un peligro permanente para él, era que habia resuelto conjurarlo

condenándose por toda su vida á la reserva, á la austeridad, al silencio y la prudencia.

Segun todas las probabilidades, al dia siguiente debian echar la ancla en el puerto del Callao, y comenzar con su bajada á tierra las complicaciones de intereses y de pasiones que hubiera originado su encuentro con los herejes y el consiguiente despojo de los caudales que él conducia. Los sucesos iban pues á urgir, y mil cavilaciones de un género raro agitaban la mente del anciano durante aquella noche de espectativa: se revolvia en su lecho con una inquietud febril: sus párpados estaban secos y ardientes sin querer prestarse á la blanda compresion con que en otras veces se les insinuaba el sueño, y su ojo centelleaba vivo y fogoso en medio de las tinieblas que le rodeaban.

Todas las reminiscencias de su vida pasada parecian haberse citado á comparecer en su mente para este insomnio; y cosas en que ni habia soñado cuando se habia entendido con Drake, le asaltaban ahora rápidas y ligadas con esta intriga haciéndole temer que sirviesen de datos para perderlo; y como don Felipe conocia la cruel suspicácia de Felipe Segundo, y sabia que este déspota astuto y desconfiado estaba al cabo de muchos de esos

antecedentes, se quedaba frio por momentos cuando la propia imaginacion escitada por el desvelo le mostraba todos esos recuerdos vivamente ligados con las presentes ocurrencias.

Sus antiguas relaciones con Antonio Perez, y un vínculo lejano de parentesco con este valido, al que se atribuyó su primera aparicion en los negocios de la corte, (muy negado despues por él) se juntaban tambien para inquietarlo. Antonio Perez, su primer protector habia huido de España salvándose milagrosamente de la horca y de la saña furibunda con que el Rey le comenzó á perseguir por el asesinato de Escovedo, desde que descubrió la infidelidad en que la princesa de Eboli habia incurrido seducida por las gracias y prestigiosos talentos de aquel tan libertino favorito. Felipe no habia cesado de perseguirlo, y mil tentativas habia hecho para robarlo de Francia, y tambien de Inglaterra donde al fin habia tenido que asilarse el fugitivo como al único lugar seguro para su persona.

Pero Antonio Perez era un hombre inquieto, sin creencias y sin principios, y el papel espectable que habia hecho en los grandes negocios del mundo, le procuraba elevadísimas conexiones en todas las cortes por don-

de pasaba. En Inglaterra se habia ligado intimamente con Lord Leviester, y despues con Lord Essex; y era fama entre españoles que las audaces tentativas que los piratas ingleses realizaban sobre las costas y las colonias de España eran sugeridas y fomentadas por las relaciones de este tránsfuga eminente. El hecho es que el Conde de Essex trabó con él una amistad muy estrecha; y Essex, como es sabido, era el patronato declarado de las empresas de los corsarios célebres del tiempo—los Hawkins, los Drake, los Cavendish y los Raleigh. Este poderoso valido de la Reina de Inglaterra, concibió tal amistad por Antonio Perez que lo llevaba de compañero en todas sus partidas de placer y tenia en mucho la esperiencia y el discernimiento del antiguo ministro de Felipe II, cuya viva imaginacion, vigoroso espíritu y apasionados consejos le agradaban en estremo.[1]

Todas estas complicaciones del acaso, por decirlo asi, venian á aumentar los temores y el cavilar de don Felipe que no ignoraba cuan bien impuesto de todo ello estaba el Rey, y cuan peligroso era para él que la calumnia ó la sospecha cayera sobre un terreno, como este, en el que los pasados casos de su vida podian aparecer en una re-

1 Th. m. Birch—*Memoirs of the reign of queen Mlizabeth.*

lacion alucinante y falaz con lo que acababa de acontecer.

Llegó un momento en que fueron tan amargos los sentimientos de su fantasía que como movido de un terror espontáneo, juntó las palmas de las manos y las dirigió hácia el cielo esclamando: «Seria preciso, Dios mio, no creer en vuestra infinita clemencia para temer que el enlace falaz de tan casuales circunstancias se realizase! Yo os he ofendido mucho, Dios poderoso, Dios clemente, Dios bueno! Soy un pecador de enormes faltas: el recuerdo de mis crímenes me aterra, Señor!... Pero yo he creido, Dios poderoso, en vuestro perdon; y para obtenerlo me habeis visto consagrado al arrepentimiento y á la austeridad! ¿Cómo seria posible que hubieseis querido sorprenderme, señor, en el seno de la confianza y cuando menos lo esperaba?....No, Dios mio! no, Dios mio!»....esclamó y dejó caer la cabeza sobre sus manos quedándose en un profundo y abatido silencio.

En esto percibióse un movimiento estraño de pasos y el ruido de algunas palabras pronunciadas con animacion á media voz sobre cubierta; y casi al mismo tiempo se sintió una persona que se acercaba á la puerta de la cá-

mara en que ademas de don Felipe y su familia, dormian algunos otros y que alzando un poco la voz en medio de la oscuridad dijo con el acento del gozo: «*Italiam primus conclamat Achates.*»

Tengan la bondad nuestras bellísimas lectoras (y tambien las que no lo sean) de perdonarnos la falta de urbanidad que hay siempre en hablar delante de gente una lengua que no es de todos entendida. Pero en el tiempo aquel á que pertenece nuestra historia era obligacion general el saber latin, y todos, lo supiesen ó no, fingian al menos que lo entendian y lo hablaban.

No obstante esto algunos debian ir en aquella cámara que no sabian tal idioma, ó que por la sorpresa se olvidaron de la petulancia con que debian ocultar esta ignorancia; pues cuatro ó cinco voces salieron á un tiempo de lo oscuro preguntando sorprendidos:

—Qué? qué?

—Qué? qué?

—........*Videmus,*

Italiam, Italiam primus conclamat Achates;....les volvia á repetir la misma voz desde la puerta.

—¿Qué demonios está usted diciendo, hombre? dijo impaciente uno de los de adentro. ¿Hay algun peligro?

—Váyase usted al diablo con su peligro!....Señor General! señor General! dijo el de la puerta.

—Ya he oido, piloto! respondió el General: *Italiam læto socii clamore salutant!*

—Bueno, bueno, mi general! tenemos una madrugada de oro.

—¿Y la brisa?

—Parece que quiere venir como mandada por los santos del cielo, Exelentísimo Señor!

—Pues, piloto: digamosles entonces «*Ferte viam vento facilem, et spirate secundi!*

—Bravo, mi general!

—Se puede saber de qué diablos están ustedes hablando? dijo con enfado uno de los pasageros.

—Que tenemos la tierra á la vista, amigo! le gritó el piloto y se retiró.

—Gracias á Dios ! repitieron muchas voces entonces, al mismo tiempo que el general atravesaba ya la cámara y subia á la cubierta de la caravela envuelto en una capa de cueros de cabra.

—Hermosisima madrugada ! dijo al respirar el aire de la aurora. ¡ Que tiempo hace que se avistó la tierra ?

—«*Jamque rubescebat stellis Aurora fugatis:*»

«*Quum procul oscuros colles humilemque videmus.*

«*Italiam!*....le respondió el piloto con un aire completo de buen humor.[1]

El general levantó su brazo derecho, y abriendo la palma de la mano buscó de donde venia la brisa. Vamos á tener una bellísima mañana para entrar, dijo. ¡ Ah, si hubiéramos traido algunos de los piratas !

—Otro dia será otro dia, General ! le respondió el piloto: y Dios sabe mas que nosotros ! Nos hemos librado del hambre, y eso basta para dar gracias al cielo.

El general se quedó callado.

Los pasageros y demas oficiales de la nave, alborotados con el anuncio de estar la tierra á la vista, empezaban á salir gozosos unos tras de otros á la cubierta; y no pasó mucho tiempo sin que las señoras y Juana saliesen tambien á disfrutar de una vista de que hacia tanto tiempo que carecian, y que tanto se ligaba á las grandes preocupaciones que cada una llevaba en su propio espíritu.

Las costas del Callao se divisaban en efecto á lo lejos

1. En el siglo XVI era un rasgo característico de la marina servirse de la erudicion latina para espresar las peripecias de la navegacion; y por eso hemos creido propio consignarlo aqui: como un ejemplo de esta verdad puede recordarse el «Montevideo,» y mil otros que seria inútil consignar para probar cosa tan sabida de los estudiosos

como una faja oscura tirada sobre el mar allá en el horizonte. De trecho en trecho se veian algunos picos de forma vaga é irregular alzarse sobre la línea baja y densa con que se marcaba toda la costa.

Pasado el primer momento de la novedad, se fueron aburriendo poco à poco de contemplar aquella vaga indicacion de costa los mismos que habian acudido presurosos al principio. Don Felipe Perez y Gonzalvo era el único entre todos que no habia salido de su camarote.

El hecho es que los mirones fueron desertando poco á poco de la borda, como lo hemos indicado, hasta que nadie quedó allí sino doña Maria que recostada en ella, é inmóvil parecia absorta en la contemplacion de aquella faja azulada que le cerraba el horizonte. Largo tiempo hacia que estaba como clavada en aquel lugar, cuando apareciendo don Antonio la vió y vino con paso cauteloso y leve á apoyar sus codos cerca de la niña que le rozó el brazo con ellos.

Doña Maria miró con prontitud y cuando vió que era don Antonio quien se le habia puesto al lado no pudo contener el ¡ ay ! que le arrancó su sorpresa.

—No se alarme usted, Mariquita!....Soy yo que vengo à conversar un poco con usted de cosas de nuestro

interés; dijo don Antonio con un tono entre amable y burlesco.

—¿Conmigo, señor?....

—Con usted! ¿por qué nó?....¿No ha de ser usted....? No se vaya usted! le dijo don Antonio casi con imperio y tomándola del brazo al ver el ademan de retirada que ella hizo cuando le oyó estas palabras.... Es preciso que conversemos.

—Mire usted, señor Romea, que si usted no me suelta voy á gritar! le dijo la niña con una mirada llena de cólera.

—Seria usted muy imprudente! créamelo usted, pues me veria forzado á perderla á usted ¿se ha olvidado usted de todo lo que yo he visto? de todo lo que yo sé?.... ¿No reflexiona usted que dentro de pocas horas podré hablar de todo con el Padre Andres, su confesor de usted, y hacerla conocer en toda Lima por la *Novia del Hereje?*

—Dios mio!....Es usted un infame!

Pero antes de que la jóven pudiese proseguir, Juana rápida y cuidadosa como un ángel de la guarda se le acercó diciéndole con un tono suplicante:

—Señorita, por Dios, no meta bulla su merced!....

¡ Oiga su merced con amistad al menos al señor Romea... mire usted que yo se lo ruego !....y desapareció rápida como habia aparecido, dejando á su amita en la mas confusa ambigüedad.

—Ya usted vé, le dijo Romea reponiéndola en su anterior posicion cerca de la borda: ya usted vé como es indispensable que usted me escuche.......Y esta vez, señorita, me acerco á usted seguro de que no será el flujo de reir lo que me hará dejar su amable sociedad.

—Ni será tampoco el de llorar, le respondió la jóven tomando una actitud firme y resuelta, que hasta entonces nadie le habia conocido, y que parecia haber sido un recurso reservado dentro de aquel notable corazon para los momentos de prueba.

—Tanto mejor, Mariquita......pues de ese modo podremos uno y otro usar de nuestra fria razon para apreciar nuestros respectivos intereses.

—Yo no tengo ningun interés comun con usted, señor, dijo doña Maria con entereza.

—Oh! usted se engaña; permítame usted recordarle las mil razones que tenemos para considerarnos estrechamente ligados: en primer lugar su *taità* de usted me ha

dado su palabra, y se halla *comprometido* á casarla á usted conmigo....

Doña Maria fijó una mirada de indignacion sobre Romea: pero sus ojos estaban húmedos y centellantes como si el llanto estuviese en ellos para reventar. Romea continuó diciendo sin turbarse:—y su taita de usted es hombre que consentirá primero en hacer arder toda su casa antes que en faltar á una palabra de ese género. Siendo usted mi esposa, no sé como puede usted decir que nada de comun hay entre nosotros....

—No se quejará usted de que me falta paciencia para escucharle.

—Permítame usted continuar, Mariquita!....En segundo lugar...... usted lo sabe.... yo soy testigo de los desvarios que ha tenido con el Hereje, con el mismo que puso sus manos polutas y abominables sobre el rostro de su venerable padre....

La niña se tomó las manos y apretándoselas contra el pecho miró con ánsia á todos lados y acabó por fijar sus ojos llenos de lágrimas en el cielo.

—Es en vano implorar al cielo, señorita! le dijo don Antonio. ¿Cree usted, agregó, que en él pueda haber proteccion para la hija que entrega su amor y las cari-

cias de su mano á un herege, á un salteador cebado en el robo y en la matanza?.... ¡No, señorita!

Doña Maria se habia dominado; ya se habia secado los ojos, y habia vuelto á fijarlos con soberbia en don Antonio.

—En tercer lugar...decia este, no se lo diré á usted, porque es mejor que lo reserve para otro tiempo.

—Concluya usted, señor.... ¿que es lo que usted quiere por fin? ¿Cual es el cambio que usted me pide para no perderme, hombre generoso?

—Nada: Mariquita!.... Pero siendo inevitable el que usted sea mi muger en breve, lo que pido humildemente á usted en recompensa del oivido á que daré las gravísimas faltas que usted ha cometido, es que urja usted á su padre para que acelere nuestro enlace diciéndole que lo exige el bien y la quietud de la casa.

—¿Y porqué no lo hace usted, puesto que hasta ahora ni usted ni él han tratado de eso conmigo?

—Porque me conviene reservarle mi deseo; y á fé que pendiendo de mi silencio la suerte de usted es exigir muy poco no pedir nada mas por guardarlo; pues que me limito á una forma que en nada variará el resultado final de las cosas....Mire usted, Mariquita: despues que

esté usted casada conmigo ha de comprender usted cuan dichosos pueden ser los cónyuges que unen sus intereses con la bastante razon para conciliar sus recíprocas pasiones.

—No sé, ni quiero saber lo que usted quiere decirme.... Pero una vez por todas quiero decirle á usted bien claro que antes moriré mil veces que casarme con usted! ¡Y tenga usted entendido que aunque mi padre y todos los confesores del Perú quisieran obligarme, no me he de casar!

Y la jóven resuelta y ligera como una ave que se escapa de la mano de su aprehensor, sacudió su brazo y con un paso animado se dirijió á la puerta de la cámara y bajó antes de que don Antonio hubiera podido pensar siquiera en retenerla.

La miró por un momento, como aturdido, y al verla desaparecer se quedó pensativo.

—Y sin embargo, dijo despues de un rato, es preciso que don Felipe sea urgido por otro para que yo pueda imponerle la ley, y emanciparme de su tiranía!.... Tal vez que yo haya andado demasiado ligero y poco diestro en hablarle antes de que el terror y las influencias la hayan oprimido y doblegado!....Mejor hubiera sido co-

menzar por instruir de todo al padre Andres y recibir sus direcciones!.. Pero ya no hay remedio: lo hecho, hecho; y tratemos ahora de sacar la ventaja que se pueda.

CAPÍTULO XIV.

DOS TEÓLOGOS Y UN BURRO.

El favorable vaticinio que habia hecho el piloto de la caravela capitana comenzaba á realizarse completamente á medida que avanzaba el dia. Una hermosísima brisa del sud-oeste, que segun él venia de la mano de los santos, se afirmaba de mas en mas sobre las costas; y la escuadrilla del Brigadier Sarmiento corria á velas desplegadas hácia ellas.

La faja vaga y oscura con que la tierra se habia diseñado en el principio se aclaraba por momentos subdividiéndose en grandes cuerpos de montañas elegantes, que parecian tender una mirada magestuosa sobre las llanuras movedizas de la mar, desde el vasto pedestal

que les servia de trono allá en el interior remoto de la tierra americana.

El gigantesco pico de *La Viuda* con su corona de nieves diamantinas derramadas por su cuello, figurando la canosa cabellera de la vieja montaña, comenzó á mostrarse cada vez mas pintoresco al ojo de los navegantes; y muy poco despues entraron á completar el lejano panorama otros colosos no menos altos y soberbios—los *Huaylillas*, el *Toldo* y el *Altunchagua*, sobre cuyas alturas solo han impreso su planta Dios, y el condor, rey de los desiertos americanos.

A medida que las naves, luciendo sus velas esplendentes bajo los rayos del purísimo sol que brillaba en aquel dia, se acercaban á la costa como un festivo grupo de palomas, la tierra cobraba mas prestigios y mas detalles para los que venian en ellas.

Cada uno se esmeraba en señalar los nuevos accidentes que descubria, y todos paseaban sus miradas anhelosas sobre la costa, como si quisiesen devorar el espacio y el tiempo para tomar posesion anticipada de las mil satisfacciones que allí les aguardaban.

Unas cuantas horas mas de camino bastaron para que la línea uniforme que habia presentado la costa comen-

zase á abrirse. Se desprendieron las islas del ***Fronton*** y *San Lorenzo*, que cierran la bahía, y entre ellas y la punta de tierra que se prolonga al mar, apareció el canal estrecho y profundo que dá entrada al fondeadero.

Al desfilar por él las naves pudieron distinguir el bullicioso y agitado amontonamiento de gentes que habia en las riberas. La variedad infinita de los colores de los trages, vivos los unos y oscuros los otros; los rebozos y tocados de las mugeres, las capas encarnadas de los hombres y el plumage de las gorras y de los sombreros, desordenadamente mezclados en tan ingente multitud, animaban de un modo vigorosísimo aquella escena de suyo estraordinaria.

Mil carruages vistosos y de diversas formas atestaban los espacios, y apiñados en sus techos, de pié en los caballos, ó agrupados en las alturas del terreno, habia centenares de espectadores que miraban con anhelo las naves veloces que entraban haciendo flamear con gallardía el poderoso pendon de España.

Veíanse entre el concurso miles de *cholas* impávidas y coquetas con sus doce *pollerines* ó basquiñas de balleta, lucia al descubierto sus torneadas pantorrillas bien calzadas con medias de patente y zapatillas de razo blanco;

con su ancho sombrero en la cabeza y un enorme cigarro comprimido con negligencia entre los labios. Y entreverados con ellas y con los zambos y con los negros y con los ricos y con los empleados, andaban aumentando la bulla, muchísimos frailes de todas las órdenes conocidas; con sus cabezas tonsuradas y descubiertas, los unos á pié y los otros cabalgando en mulas ó en burros, hablaban y reian con aquella familiaridad sanchesca y peculiar con que los monjes del Perú se rozan con la plebe.

Por mas vigoroso que sea el esfuerzo de imaginacion que quiera hacerse, será siempre imposible obtener una representacion exacta de lo animado y alborotado de aquella escena que se ofrecia en la ribera del Callao mientras el Brigadier don Pedro de Sarmiento, amainando las velas de sus naos tomaba la marcha prudente con que se embocan los puertos.

El de Toledo habia convocado á su tienda á los principales oficiales de su campo, mientras que el resto de su ejército andaba disperso y divertido entre la muchedumbre.

—Aguanta, ñor Perico! le gritaba un fraile jóven y rollizo, desde el anca de un burro, á un zambo taima-

do como de sesenta años, que con su ancho sombrero sobre los ojos y metidas sus manos debajo del poncho, miraba entrar los buques como los demás.

—Héé ñorrr! le volvia á decir ¿qué no me oye?

—Hola, padre! no habia visto á su reverencia: le dijo el zambo, sacando á medias su mano y tocándose el sombrero levemente.

—Preparó ya el cáñamo? Mire que tiene que ser de lo bueno, por que un hereje no se aguanta con cualquier maula!

—De buena gana lo tendria ya torcido, padre, si vuesa reverencia me lo hubiese pedido por su precio.

—Como es eso de precio, bellaco? ¿Pues que es usted capaz de recibir dinero por la cuerda de que vamos á colgar al hereje?

—Toma! observó una chola deslenguada que estaba allí cerca: con que lo recibió por torcer la que sirvió para colgar á su hermano!

—Y dices bien, Peta!....Aquel que colgó el Alcalde de la Hermandad por el negocio de los negros?

—Por eso que tu marido ha tenido mejor fortuna! dijo el zambo hablando con la chola. Van tres que de-

güella por afeitar, y nadie ha querido preguntar lo que habian hecho con él la noche antes.

—Báh!.... ¿quien no lo sabe? dijo otro por detrás: le habian ganado al juego y no le quisieron dar desquite de apunte.

—Pero como es hermano del ***Maricon Juanito***, y van á medias en el negocio de la barberia, nunca encuentra el Fiscal causa sino para sobreseer....¡Ya usted me entiende, pues!

—Y tan es eso (dijo el zambo viejo) que á ningun barbero sino á él se le deja *levantar toldo* en los baños de Chorrillos.

—Vamos! ¡paz, chuchumecos! gritó el fraile sacudiendo un terrible garrotazo en los carrillos de su burro con lo que le hizo saltar mas adelante. ¡Alegre vendrá el hereje!

—¿Y qué es seguro que lo traigan? dijo uno por allí.

—Pues digo!....la cuenta es clara: tres naves sacó el Brigadier Sarmiento; tres y dos que le llevaron bastimentos hacen cinco, y vienen seis....con que ya lo ves ¡bestia! si es seguro.

—Y diga su reverencia: ¿Es cierto lo que me acaba de decir Panchurro?

—Y como puedo saberlo, pollino, si no empiezas á decir lo que te ha dicho?

—Eso nó!....pues los que tienen corona bien podrian saber adivinar!

—Mayores milagros hacen! dijo por allí una chola.

—Y no mientes! dijo el fraile: pero eso depende de que hay potencia de *uncion* y potencia de *asimilacion* ó sobre natural, según lo ha dicho nuestro incomparable Scotto —*Doctor Subtilis;* así pues—nosotros podemos aquello para que somos ungidos; pero nada mas.

—Cáspita, si podeis!....Cansando estoy yo de veros curar endemoniados!

—*Distingo*: dijo el fraile: si son endemoniados *contra proprium consensum, concedo, per cuantum animus patientis et sentientis corroborat facultatem conjurantis; et si non*, es decir: si son endemoniados *consensu proprio, nego; quia tunc requireretur supernaturalis et creativa aut assimilans substantia, et potentia quæ in natura dei solum est*: v. g. *adivinatio: ac per hoc probatum est,* que yo no puedo adivinar lo que te dijo *Panchurro.*

—Pues bien acaba de probar Vuesa Paternidad que sabe cosas mas grandes que esa!....Pero en fin—lo que acaba de decirme *Panchurro* es que el señor Virey habia

dado órden de que los herejes que trae el Brigadier Sarmiento sean colgados por el rabo, puesto que dicen que la soga no obra en el pescuezo de ellos.

—No lo dudo que haya esa órden, dijo el fraile tomando un aire suficiente y dogmático; porque me consta la profunda sabiduria del señor Virey; y lo voy á demostrar en toda forma:—En el fiel cristiano *mortis et vitæ principium residet conjunctissime atque in capite et in corde;* es así que la soga aprieta el *medium, et intercipit utriusque relationes; igitur in collo destruit principium vitæ.... Nunc per disparitatis argumentum.*

—La horca mata atacando el *medium in quo residet* el principio vital del hombre: Es asi que el principio vital y característico del hereje, es el rabo; luego se le debe ahorcar por el rabo: *quod erat ad comprobandum!*

—*Magistraliter et resolutive contrarium teneo!* dijo con mucho garbo y mucho ardor un corpulento Domínico, que atravesó la multitud arremangándose el hábito, y accionando marcialmente con sus brazos, cual si aceptara un desafio.

—*Et ego affirmo!* respondió el del burro con igual pujanza.

—*Demonstrabitur: Hæréticus corpus est pestilens et contaminatum:* es asi que *omne corpus pestilens et contaminatum consumptum debet esse*, para que no deje su peste sobre la tierra: *Ergo hæreticus* debe ser quemado y consumido (*ignitum atque consumptum*) y nó ahorcado: *furcatum non. Et demonstratum argumentum supersedeo:* dijo el fraile con un ademan de grande satisfaccion.

—Viva! viva! viva! gritó la multitud, agrupándose al rededor de los dos campeones que seguian manoteando y gritando en sosten cada uno de su argumento.

—*Nego minorem!!!* gritaba como un frenético el uno.

—*Probo minorem!!!* le contestaba inmediatamente el otro con mas furia.

—*Argumentum ad hominen non valet!* decia aquel manoteando y colorado como un tomate.

—*Et paritas non est probatio sed hominis inductio tantum!* le contestaba el otro haciendo rechinar los dientes, y con todos los rasgos de la cólera en su semblante.

El del burro afirmaba sus solidísimas razones á garrotazos sobre la cabeza de la pobre bestia; y el domínico no la trataba mejor pues la tenia enceguecida con los mantazos y manotadas con que le infundia por los hocicos el poderoso espíritu de su lógica.

—Cállese, Padre, por Dios!....Vuesa Paternidad está diciendo barbaridades de á libra!

—El bárbaro es él!

—No me insulte!....

—Qué! no me insulte....¡Pan pan, vino vino! y al que le venga el sayo que lo aguante! le decia el otro jadeando: sí, señor! el gran Cartésio es quien lo ha dicho.

—Que Cartésio, ni qué Cartésio! ¡Cartésio no era teólogo!

—Sí era teólogo!

—No era teólogo!

—*Seráficus Doctor* lo cita con respeto!

—Ha! ha! ha! ha!....Santo Tomás no lo pudo citar porque vivió dos siglos antes!

—*Seráficus Doctor* no es Santo Tomás!

—Sí es!

—No es!.... Santo Tomas es *angelicus doctor!....* *Seraficus doctor* es san Buenaventura!

—Bueno!.... me equivoqué! Pero san Buenaventura tampoco lo pudo citar porque fué contemporáneo de Santo Tomas!

—Pruébemelo aquí!

—Venga Vuesa Paternidad conmigo.... y en la Bi-

blioteca del convento se lo mostraré negro sobre blanco y le pondré las peras á cuarto!

—Vuesa paternidad es un *molinista* que confunde la *gracia con la sustancia divina; ergo* la biblioteca de su convento no me prueba nada!!!

—Bravo! Bravo! gritaban los frailes oyentes, y la multitud con ellos.

Y como los dos padres continuaban en este altercado no dejándose tiempo ni uno ni otro para respirar, se habia agrupado al rededor de ellos un inmenso concurso que escuchaba á los dos teólogos con un deleite lleno de respeto y de seriedad. Uno y otro de los combatientes tenia su fuerte partido que alternativamente demostraba sus simpatías por el sordo rumor con que aprobaba.

—Qué gusto es ver luchar así á dos grandes sábios, como estos! decia uno de los asistentes á otro espectador que tenia cerca.

—Oh!.... es una maravilla! le respondió este. ¡Figúrese usted que el uno es *catedrático de prima* en San Francisco, y el otro *Lector de física* en Santo Domingo!.... y hacia un gesto de recomendacion.

—Si! eh?.... No en vano lo hacen tan lindo!

Y los dos padres, roncos ya como dos trompetas vie-

jas de un regimiento paraguayo, seguian manoteando y gritando como si lidiaran por la vida.

Sabe Dios cuando hubieran acabado aquella terrible *mercolina!* Pero el padre domínico, que estaba cada vez mas arrebatado, manoteaba como un energúmeno sobre la cabeza misma del burro; este habia intentado recular al principio, pero como al mismo tiempo le descargaba tantos garrotazos el de la anca, la pobre bestia se encontraba en un formidable aprieto, y acosada al fin, embistió á mordizcones con el atleta del frente.

El cuitado padre, al verse tan traidoramente acometido, descargó un furibundo revés con sus dos brazos sobre el hocico del burro. Pero como este persistia con saña en morderlo tuvo que darse vuelta á prisa y disparar para salvarse.

Aquí fué el inmenso bullicio de la multitud: *hic Troya!*

—Viva el franciscano !!! viva el franciscano ! gritaban los unos corriendo tras del borrico que perseguia á mordiscones al domínico.

—Muera el borrico !!! gritaban otros, que despechados de la derrota de su campeon, alzaron tan enormes piedras para arrojar sobre la bestia, que el pobre padre que

la cabalgaba tuvo que tirarse al suelo de miedo que le acertasen algun peñascazo, abandonando al furor de sus contrarios el infeliz borrico á quien debia tan rápida como esclarecida victoria.... ¡Triste ejemplo de la ingratitud de los príncipes para con los que los salvan!

Cuando el borrico se vió sin los respetos del palo de su amo, y que tanto le tocaban las piedras de venganza que le dirigian los partidarios del domínico como las que en defensa suya arrojaban los amigos del franciscano, se alzó sobre sus manos y dando elevadas coces con sus patas atravesó el concurso difundiendo el terror y el espanto de la derrota, y dejando bien puesto el nombre de la órden que él servia; á brincos y patadas ganó el campo, y fué á pastar tranquilamente por los alrededores de la Recoleta, que eran su pago, llevando una leccion bien cara de lo que costaba entonces adquirir la ciencia doctoral.

El hecho es que el franciscano se quedó á pié sumido en el bullicio y separado de su antagonista por mil remolinos de gentes que corrian y gritaban materialmente sin saber porqué.

—¿Qué ha habido? ¿qué ha habido? preguntaban los mas.

jas de un regimiento paraguayo, seguian manoteando y gritando como si lidiaran por la vida.

Sabe Dios cuando hubieran acabado aquella terrible *mercolina!* Pero el padre dominico, que estaba cada vez mas arrebatado, manoteaba como un energúmeno sobre la cabeza misma del burro; este habia intentado recular al principio, pero como al mismo tiempo le descargaba tantos garrotazos el de la anca, la pobre bestia se encontraba en un formidable aprieto, y acosada al fin, embistió á mordizcones con el atleta del frente.

El cuitado padre, al verse tan traidoramente acometido, descargó un furibundo revés con sus dos brazos sobre el hocico del burro. Pero como este persistia con saña en morderlo tuvo que darse vuelta á prisa y disparar para salvarse.

Aqui fué el inmenso bullicio de la multitud: *hic Troya!*

—Viva el franciscano !!! viva el franciscano ! gritaban los unos corriendo tras del borrico que perseguia á mordiscones al dominico.

—Muera el borrico !!! gritaban otros, que despechados de la derrota de su campeon, alzaron tan enormes piedras para arrojar sobre la bestia, que el pobre padre que

la cabalgaba tuvo que tirarse al suelo de miedo que le acertasen algun peñascazo, abandonando al furor de sus contrarios el infeliz borrico á quien debia tan rápida como esclarecida victoria.... ¡ Triste ejemplo de la ingratitud de los príncipes para con los que los salvan !

Cuando el borrico se vió sin los respetos del palo de su amo, y que tanto le tocaban las piedras de venganza que le dirigian los partidarios del domínico como las que en defensa suya arrojaban los amigos del franciscano, se alzó sobre sus manos y dando elevadas coces con sus patas atravesó el concurso difundiendo el terror y el espanto de la derrota, y dejando bien puesto el nombre de la órden que él servia; á brincos y patadas ganó el campo, y fué á pastar tranquilamente por los alrededores de la Recoleta, que eran su pago, llevando una leccion bien cara de lo que costaba entonces adquirir la ciencia doctoral.

El hecho es que el franciscano se quedó á pié sumido en el bullicio y separado de su antagonista por mil remolinos de gentes que corrian y gritaban materialmente sin saber porqué.

—¿ Qué ha habido ? ¿ qué ha habido ? preguntaban los mas.

Y sin saber como, todo el mundo decía y aseguraba que habia ya en tierra quien habia visto á Drake en los buques de Sarmiento dentro de una jaula de hierro; y que aquel bullicio habia sido causado por la controversia de los teólogos que el Virey habia llamado á consultar sobre si se habia de dar al hereje muerte de garrote ó muerte de hoguera.

Nadie puede concebir el júbilo que irradió en el concurso aquella entusiasmante noticia luego que el bullicio se calmó. Ella se hizo tan general, y fué repetida con tales circunstancias y accidentes de verdad, que sin ninguna dificultad se hizo creida de todos, y entró con su inmenso alborozo en la tienda misma del Virey.

—Señores: les decia este á los que se agolpaban á su puerta: les protesto á ustedes que yo no sé nada todavia. Pero dominado él tambien por el gozo y las circunstancias de la noticia, agregaba: no lo tengo por estraño porque todo es de esperarlo de Dios, de nuestra buena causa y de la pericia y bravura de nuestro Sarmiento.

Derepente, y sin que el Virey hubiese dado órdenes para ello retumbó el estampido de los cañones en señal

del público regocijo, y el ruido de los tambores y de las trompas y de los clarines resonó por aquel campo provocando los rasgos del contento en todos los semblantes; y al mismo tiempo el Brigadier Sarmiento que echaba el ancla junto á la orilla se devanaba los sesos por comprender de qué causa podia provenir tanto gusto y tanto alboroto.[1]

Un cardumen de lanchas y botecillos que habian salido al camino de las caravelas, volvian ya con ellas como los polluelos que siguen á la gallina, y apenas se corrió al fondo las cadenas de las anclas, se prendieron á los costados y se cubrió de gente la cubierta.

Todos buscaban y preguntaban por la jaula del Hereje; y el pobre Brigadier se veia reducido á la situación mas desabrida teniendo que repetir á cada instante y á todos, conocidos y desconocidos, que no traia tal hereje, ni mas noticia que dar de él, que haber apresado el *San Juan* con cien otros galeones no menos cargados de riquezas, sin que se hubiese podido evitarlo, ó rescatarlas. Y como no cesaba de venir gente á bordo, el Brigadier tenia que repetir y repetir esta mortificante relacion;

1. «And the capture of Drake was already confidently anticipated.» Drake's Circumnav. p. 66.

con lo que al fin vinó á ponerse aburrido y exasperado.

Nada es comparable con la frialdad y el descontento que en el ánimo de la multitud produjeron los primeros curiosos que regresaron de las naves de Sarmiento. La reaccion de las masas es terrible en estos casos, como se sabe: el chasco de perder el espectáculo y de saciar sus pasiones ocasionó tal despecho en el ánimo de todos, que empezó á propagarse la idea de que todo aquello habia sido efecto de traicion y venta: dos causas con que los pueblos de raza española esplican todo lo que les contraria, y que segun se vé no eran tan desacertadas aquí.

Se alzaron algunos gritos de amargo reproche contra la impericia del Gefe de la Escuadrilla, y continuó acreditándose mas y mas la idea de que en el Perú habia enemigos ocultos á cuyo favor se realizaban todos aquellos contrastes.

Asi que el Brigadier pudo poner algun órden en sus barcos se apresuró á bajar á tierra para hablar con el señor Virey sobre su proyecto de interceptar inmediatamente el paso del ***Estrecho*** que él miraba como el ***jaque-mate*** para el Pirata.

El Brigadier Sarmiento era un hombre de figura muy elegante y caballeresca; y como presumia de buen

mozo se vistió esmeradísimamente para bajar á tierra, con su mas rica blusa de terciopelo punzó, y su gracioso sombrero lleno de plumas hermosas que flotaban hácia atrás. Pisó la orilla con un aire tan franco y tan jovial que los que le recibieron no pudieron dejar de saludarle diciéndole *¡viva el General Sarmiento!*—grito que fué contestado por detrás con silbos y otros ruidos burlescos que hirieron muy en lo vivo la sensibilidad y el amor propio del pobre Brigadier. Despues de él bajaron don Felipe y su familia rodeados ya de amigos: fueron recibidos con mil parabienes por haber sido salvados, pero en estas mismas felicitaciones se dejaba comprender la tibieza que produce siempre la existencia de una catástrofe como la del saqueo; situacion que don Felipe mismo sostenia con el aire confuso é incierto que sin poderlo él remediar se habia apoderado de su fisonomía. El que bajó radiante de satisfaccion y de gozo fué don Antonio Romea: un gran círculo de oyentes le seguia; á cada momento se paraba con algun nuevo amigo á quien tenia que abrazar y de tal modo habia sabido aprovechar los minutos, desde que se puso en contacto con los primeros visitantes de tierra, que él era quien habia originado los primeros rumores de traiciones

ocultas, inferencias que como veremos despues fundaba en su propio testimonio. Habia logrado que lo tuviesen por el mimado de la jornada, y como sus propias pasiones y ocultos intereses lo ponian del lado de las prevenciones de la multitud, sus narraciones corrieron de boca en boca al momento; su nombre era el texto de lo auténtico, y todos lo repetian con encómios y respeto. Rodeado así de gente llegó á la puerta del Virey: pero no pudiendo entrar, por cuanto este estaba ya encerrado con el Brigadier Sarmiento y don Felipe, se quedó aguardando allí parado, radiante de alegria, y haciéndose oir de un inmenso círculo que se renovaba á cada instante.

—Querido Gomez!!! esclamó Romea interrumpiendo una frase animada, y corriendo hácia aquel su amigo con quien lo vimos por primera vez, y que lo recibió ahora entre sus brazos.

—Aquí tienen ustedes, señores, un testigo ocular de lo que les decia: en esta tierra hay traidores ocultos, que están en relacion con los herejes......

—Diablos! dijo Gomez sobresaltado. ¿Cómo voy yo á atestiguar eso?

—Ya lo verás como!....diciendo la verdad!....¿Te acuerdas de la tarde anterior á mi partida?

—Sí!

—¿Qué hicimos?

—Anduvimos paseando juntos por el puente.

—¿Qué nos sucedió?

—¿Qué nos sucedió?....dijo Gomez reflexionando.

—Sí: ¿qué nos sucedió?

—¿No me acuerdo....me parece que nada....

—Piénsalo bien!....¿A quien encontramos?

—A quién encontramos? repitió para sí mismo Gomez....Encontramos á tanta gente que no sé á quien te refieres.

—Es preciso que te acuerdes....Tu me ibas hablando de mi casamiento con doña Maria, cuando....

—Ah! ya estoy! cuando pasó junto á nosotros una *tapada*.

—Ahí está!....Ahora lo verán ustedes señores, y dirán si tengo razon ó nó para afirmar que en el Perú hay traidores ocultos, por mas estravagante que esto les parezca ahora á ustedes....¿Qué nos dijo la tapada?

—Te chafó amargamente sobre tu noviasco.

—Sí! mas lo grave es lo que me dijo relativamente al viage.

—Hombre!!! dijo Gomez golpeándose la frente como

si le hubiera caido de pronto una idea gruesa, ¿sabes que tienes razon?. . . .Sí, señores! la cosa es grave y digna de atencion. Habiéndole dicho nosotros *¡adios perla!* tomó pié de eso para burlarse de mi querido Romea y de su matrimonio con doña Maria Perez y Gonzalvo, acabando por decirme á mí: «Señor Gomez, aconséjele usted á su amigo que no salga con perlas al mar, porque los herejes son muy diestros para pescarlas, y *las buscan con frenesí!*

—*Es posible!* esclamaron los oyentes, al mismo tiempo que don Antonio gesticulaba con grande satisfaccion.

—Pues yo, señores, miré este incidente como una cuchufleta vulgar, á términos que solo ahora lo recuerdo con la gravedad que tiene.

—Pero es particular, señores, que ustedes nada hubieran dicho en aquel tiempo de una cosa como esta! observó uno.

—¿Pero no ve usted, contestó Romea, que la miramos como una chanza vacia de sentido? Ahora les parece á ustedes otra cosa, porque los sucesos han venido á darle un sentido que ni remotamente le pudimos sospechar entonces. De todos modos eso prueba que habia en Lima quien sabia lo que nos esperaba en el mar. . . .¡Con

qué, digan ustedes ahora si hay ó no hay en el Perú traidores secretos!

En este momento salió del alojamiento del Virey un edecan y acercándose á Romea le dijo:

—El Exmo. señor Virey felicita á usted por su escape y vuelta; le dispensa á usted de la presentacion, por que se halla en este momento muy ocupado con cosas de urgencia, y por tanto queda usted libre para retirarse!

—Ruego á usted, le contestó Romea, que presente á S. E. mi mas humilde acatamiento! Yo agradezco vivamente sus bondades y cuidaré de implorar el honor de ser admitido á su presencia en momentos mas oportunos.

Mil amigos nuevos y viejos vinieron solícitos á ofrecer á don Antonio sus carruages para conducirlo á Lima; y cuando restituido á su antiguo alojamiento sacudia el polvo que habian recogido las rojas colgaduras de damasco que cubrian su lecho, se vió asaltado de un millon de reflexiones. Todas aquellas dudas que habia desechado acerca de doña María en la noche próxima á su partida, agitado por las sugestiones de la tapada, se reprodugeron en su espíritu al rever aquellos objetos bajo el reflejo que les daba su rencor y el deseo de la venganza.

CAPÍTULO XV.

EL LEON Y EL ZORRO.

El Virey que era hombre de mucha perspicacia y experiencia comprendió al momento lo aventajado del plan que Sarmiento proponia. Uno y otro tomaron de don Felipe los informes mas circunstanciados acerca de la gente que tripulaba los buques de Drake, de su fuerza y de los medios de guerra que poseia; así es que con un perfecto conocimiento de todo combinaron la espedicion al *Estrecho* de tal modo que el Hereje no podia escapar de ser capturado.

Como era hombre de verdadera capacidad, el Brigadier Sarmiento no se habia circunscripto en sus concepciones á estériles arbitrios para salir de las necesidades presentes, sino que habia procurado abarcarlas tambien

y resolverlas para el porvenir. Su reciente crucero le habia sujerido el convencimento de que solo en la colonizacion del *Estrecho* era posible conseguir la clausura eficaz y definitiva del Pacífico, para garantir contra las depredaciones de los Piratas las costas del Perú.

El Virey lo veia bien: no conociéndose otra entrada al Pacífico mas que el *Estrecho*, angostura que estando colonizada por los españoles no podía ser salvada sino con su permiso, el plan de Sarmiento era el único medio con que podia cortarse la continuacion de males cuya série acababa de abrir Drake. Pero el Virey carecia de medios para colonizar el punto, y tuvo que limitarse á autorizar al Brigadier Sarmiento para que luego que lograse anonadar á Drake se marchase á España inmediatamente en busca de la comision y de los recursos necesarios para llevar á cabo todo el proyecto.

Como Drake habia sabido abrirse el camino de los génios, ignorado siempre para los espíritus subalternos, el Brigadier se cansó de esperarlo al paso, y se decidió á dirigirse á España de donde trajo en efecto recursos para poblar el *Estrecho de Magallanes*, empresa que tan mal le salió á él como á las infelices gentes que allí quiso establecer.

Pero, volvamos al momento en que todo esto estaba todavía en gérmen, tratándose en la tienda de don Francisco de Toledo.

—Exmo. señor: dijo Sarmiento á este cuando hubieron concluido de coordinar los medios de llevar adelante su plan: quiero tomarme una libertad con V. E.: y es la de recomendarle á este respetable anciano de cuyas desgracias y situacion queda impuesto V. E.: me temo que le ataquen con pleitos y disgustos de todo género; y como le he cobrado grande estima por su prudencia y sensatez, no puedo prescindir de recomendarlo fuertemente en mi ausencia.

Don Felipe se inclinó con suma gratitud, y el Virey tomándole á este la mano le dijo á Sarmiento:

—El señor Felipe Perez y yo somos viejos conocidos y amigos: no necesita serme recomendado, Brigadier: pero no obstante, esa recomendacion será un doble motivo de favor y afecto para mí.

—Gracias! gracias! señor: repetia el viejo con gravedad.

El Brigadier se acercó al Virey y con una diestra discusion logró alejarlo como para hablar algo en reserva.

—Este pobre viejo, dijo, vá á casar su hija con un pi-

caron hipócrita, que segun entiendo tiene una alma sórdida y detestable. Se llama Antonio Romea: es todo un bellaco, en mi concepto, indigno de tener tal suegro.....

—Jú!....hizo con las narices el Virey....no sabe usted que pájaro ha sido este á quien usted llama pobre viejo!

—Es posible!

—Si, señor:

—Pues señor Virey—yo nada puedo decir de él que no sea para el mas alto elogio de su juicio, de su firmeza y de su rectitud.

—No lo estraño, porque la edad le ha hecho dejar de ser lo que era; y por eso es que usted vé la buena relacion que tengo con él. Pero sepa usted que tiene historia!

—Bien! si ha dejado de ser lo que era, quiere decir que ya no hay reproche que hacerle, porque de los arrepentidos se sirve Dios, Exmo. señor. Y por fin: sea lo que fuere, lo que yo ruego á V. E. es que recuerde el nombre de mi otro recomendado—*Antonio Romea*—señor Virey: hombre que V. E. ha de tener ocasion de conocer.

—Lo conozco, Brigadier: y me asombra tanto mas la desfavorable apariencia con que usted me habla de él, cuanto que ha sido hasta ahora un mozo sumiso, contraido, irreprensible, exacto como un reloj para todos sus deberes ordinarios: el primero en estar sentado en su oficina, y el último en salir, y de un respeto egemplar para sus superiores. Por todos esos méritos es que don Felipe Perez lo casa con su hija.

—Yo apuesto, señor Virey, á que las horas que no pasa adulando à sus gefes, como resulta de lo que V. E. me dice, las pasa con los frailes en los conventos.

—No digo que tanto, pero en efecto, es muy religioso y muy bien recibido por los superiores de los conventos;. . . .y yo no veo nada de malo en eso.

—Pues permítame V. E. que con esta franca palabra, un poco brutal si se quiere, que tengo á fé de marinero, le asegure á V. E. que en él, todo eso prueba bellaqueria; y que se lo recomiendo á V. E. para el caso, dijo Sarmiento con aire suelto, y volviendo á reunirse con don Felipe que se habia mantenido distante, durante esta confidencia del Virey y del general.

Los tres se despidieron con las fórmulas ordinarias del respeto y de la cortesanía; yéndose don Felipe á su

espaciosa morada de Lima, donde un número de visitas le esperaba, y volviéndose el general á sus naves para continuar sus intenciones.

Dos dias despues mientras que el General Sarmiento, saliendo otra vez del puerto del Callao, volaba hácia el Estrecho con sus tres caravelas bien provistas ya de todos los recursos necesarios, don Antonio Romea se acercaba al convento de San Francisco.

No bien puso sus pies en el átrio en que se levanta la frente del templo, cuando ya inclinó respetuosamente su cabeza sacándose el sombrero que la cubria y se dirijió con el paso cauteloso de un esclavo que pisa las habitaciones de su amo á la portería donde tres ó cuatro frailes estaban á la sazon parados conversando con indolencia con algunas mugeres y pobres chiquillos que esperaban algo por allí. Don Antonio se dirijió á ellos, é inclinándose delante de cada uno, les tomó á su vez el grueso cordon con que ajustaban sus hábitos al cuerpo y se los besó humildemente, pasando, agachado siempre, de la portería para adentro.

Enfilado el largo y silencioso claustro, fué á arrodillarse delante de un crucifijo colosal que parecia estar allí para esparcir por aquellas bóvedas el santo y místi-

co terror con que el catolicismo ha sabido usar contra el pecado, del símbolo de la muerte del Redentor. Don Antonio permaneció postrado por largo tiempo, se golpeó el pecho, besó repetidas veces el suelo; hasta que levantándose con la mayor humildad y teniendo en las manos un largo rosario se dirigió á una celda en cuya puerta habia un brasero con fuego y una caldera de agua caliente encima. Junto al brasero estaba un negrillo como de once años vestido con mucho aseo cebando un mate perfumado. Don Antonio se acercó al negrillo con la amabilidad con que habria saludado á la hermanita menor de su querida, y le preguntó con voz baja é insinuante, si el Reverendo Padre Guardian podia recibirlo; levantó el negrito una leve cortina que interceptaba la vista á lo interior y volvió momentos despues á decir *al caballero* que entrase.

La celda que habitaba el Padre Andres en el Convento de San Francisco era una habitacion modesta compuesta de dos aposentos. Una ó dos docenas de sillas de jacarandá laboriosamente talladas, circuian las paredes: algunos estantes de viejos libros infolio, compañeros de Farinacio *Materia Criminali*, habia tambien, y en sus bordes superiores se mostraban en filas las ricas

naranjas de Lima, las *lúcumas*, las hermosas *chirimoyas*, y los peros *huaquinos* de Chile; por lo cual, y algunas cajitas de dulce y esquisitos quesos de *chancu* encimadas en los rincones, se venia en cuenta de que el grave guardian era un refinado gastrónomo á su vez. En el rincon de junto á la entrada habia una tinaja de agua tapada con una fuente y un vaso.

El Reverendo Padre estaba satisfactoriamente sentado en una gran silla de brazos, asiento de *baqueta*, leyendo delante de una mesa de jacarandá un abultado proceso.

—Cómo lo pasas, hijo? dijo Su Paternidad á don Antonio con un aire grave y protector.

—Empiezo á estar mas aliviado, señor: mil gracias! le contestó Romea con una modestia estrema y dulcísona.

—Me alegro, me alegro. . . .Siéntate, hijo! siéntate! dijo el fraile señalando al mozo un asiento de baqueta.

Don Antonio se sentó con su sombrero entre las piernas.

—Ya habrás visto de cuanto alivio es para los grandes males del alma la comunion de nuestro espíritu con la infinita bondad de nuestro Señor por medio del sacra-

mento de la confesion. Porque el hombre mundano es como el lino que aun en la inaccion se contamina con el pecado y la inmundicia.

—Es eso tan cierto, doctísimo Padre, que solo ahora, despues de las dos veces que he recibido á vuestros pies la gracia del perdon, siento algun consuelo, alguna voluntad vivificante en mi espíritu; y aun no estoy satisfecho!

—De todos modos, hijo; debeis consolaros con lo que os he dicho: vos no teneis enemigos, ni perseguis á nadie; el que acusa por los intereses de la relijion y del reino, es como la ley, impersonal: no hace daño por sí propio, no tiene responsabilidad ninguna; cumple un deber y nada mas. Por mas poderoso que sea don Felipe Perez, no lo será bastante para burlarse de la fé que nos debe; y su hija será purificada antes de que la recibais... Creo que os puedo responder de esto como ya os lo he dicho....Verdad es que algun obstáculo hemos de tener en ese pobre hombre del Arzobispo Morgrovejó que tanto influjo sigue cobrando siempre sobre el ánimo del Virey. Pero yo no soy menos que ellos, y vuestras revelaciones me servirán para abrir causa, y obteniendo los indicios correspondientes tengo ya una libre juris-

diccion que nadie me puede estorbar. . . .Ese pobre Arzobispo se ha entregado con candor á un falso espíritu de caridad y de mansedumbre que él supone ser genuino de la Santa Iglesia Católica Romana, incurriendo en el mas triste, en el mas trascendental de los errores: *falsa charitas pecatus est abominabilis*, dice uno de nuestros cánones; y califica de falsa aquella caridad como la del Arzobispo que tiende al perdon y á la insinuacion tolerante y que prescinde del castigo ejemplar y aterrante de los estravíos: porque por aquel medio se fomenta el mal, se contemporiza con el error; y está visto, señor, que la heregía no se estingue si no se estirpa. Esta funesta division que empieza á introducirse en nuestro clero, y que combate el Cánon terminante de los Concilios con pretestos aparentemente tomados de los Evangelios, es el gran mal que amenaza á la Iglesia. Viene de aquí la guerra que muchos de los príncipes mismos de ella hacen al *Santo Oficio*, que es su columna, trabando, á pretésto de caridad y de cristianismo, sus grandes actos de justicia y de castigo. Si el clero católico romano rodease la Inquisicion, si no la hostilizasen como la hostilizan los prelados, el mundo estaria hoy salvado y la heregia estirpada!. . . . . . Pero no, señor! dijo el

fraile descargando un puñetazo sobre la mesa: les ha entrado por hablar de persuacion, de predicaciones, de propagandas y adoctrinamientos como únicos medios de accion, y lo que vamos à conseguir así es que nadie corte la maleza que brota fervorosa debajo de nuestras mismas plantas!

—Eso es profundamente cierto, sapientísimo Guardian.

—Pues no ha de ser, señor! si todos los dias los estoy viendo!

—Vuesa Paternidad es un gran sábio! eso es verdad! y así es que no quepo en mí de dolor al ver á esa niña con quien debo unirme, manchada con el pestífero aliento de la heregia, y á su padre, que tan venerable devoto me habia parecido, contaminado en tratos heréticos con la basura hedionda del mundo.

—No desfallezcas, que todo eso lo hemos de arreglar y castigar!.... Tu crees que el don Felipe Perez no persistirá en la negativa de su pecado?

—Creo que nó, señor!.... Yo mismo he oido al Herege que benévolamente le ofreció documentarlo.... Mi señor Perez....

—Delante de mí, hijo, no hay mas señor que Dios y

el Rey!.... y tratándose de un presunto contaminado, no puedo prescindir de observártelo!

—Perdon, Padre! dijo don Antonio levantándose de la silla.

—Continúa.

—Pues decia á Vuesa Paternidad que yo mismo ví á don Felipe salir gozoso en busca de la oferta del herege: despues controvertian sobre si debia ser devolucion ó nó, y el asqueroso Henderson cuya negra historia conoce ya Vuesa Paternidad por mi relacion de ayer, interponiéndose entre Drake y don Felipe cortó la discusion cediendo á este toda su parte de botin que á él le tocara.

—Pero me digiste ayer que sobre esto último te quedaba una premisa que consultar con tu conciencia, ¿lo has hecho?

—Si, Padre! lo he hecho, y puedo jurar que es cierto; no obstante qué no lo he presenciado.

—Eso basta para la causa, que es lo esencial. Dime ahora, en qué modo vino ese hecho á tu conocimiento puesto que tú no lo presenciaste.

—En el barco en que estuvimos prisioneros hay un subalterno que queria de un modo especial al malhadado Daute de quien ya he hablado á S. P.; y este que ódia á

Drake y á Henderson con delirio, me lo ha referido; para todo caso yo tomé cuidado de obtener que me hiciera ratificar esta parte de su relacion en diferentes veces con todos los que la habian presenciado, y todos fueron contestes en confirmarla.

—Pues basta y sobra por los cánones para que procedamos. Despues de eso hay la circunstancia agravante de la *tapada*; esta es necesariamente de la casa de Perez, pues como tu me lo dices, sabia tu casamiento con Maria, y sabia el poco ó ningun afecto que esta te profesaba como te lo probó tu primera conversacion con ella, *ergo* estaba en autos!.... Y esta parte es cosa muy séria! es cosa que ha de ir lejos, por mi vida!....

—Esa infernal costumbre!....

—Calla la boca: qué sabes tú de lo que hablas?

Don Antonio se quedó medio muerto y balbució un *yo, señor!*.... perdon, Padre!.... soy un ignorante!

—Eso ya se vé, hijo; por eso debes tener prudencia en tus palabras; y debes pensar que si esa tapada te agravió otras sirven con ese mismo disfraz á la fé; y pueden con él ponernos en el sendero de la averiguacion de la verdad!

—Es cierto, Reverendo Guardian!.... no me olvida-

ré jamás de las grandes lecciones con que me favoreceis.

—Mañana mismo llamaré imperativamente á don Felipe para que venga á vaciar á mis piés toda la verdad que sepa. Oh! yo os aseguro que no ha de cundir la heregia en el Perú mientras tenga yo en mis manos el cetro de las justicias de la Iglesia; y en cuanto á ese anillo que me asegurais recibió Maria de su herege seductor, parecerá, si lo tiene, ó me dirá lo que ha hecho de él; dijo el fraile frunciendo las cejas con el ceño de la ira.... No he de dejar yo impunes iniquidades de ese tamaño! Y sobre todo, he de hacer guardar la fé que se me ha prometido.

—Yo me atrevo á implorar vuestra clemencia...

—Bien sabeis que en el fondo de todo esto no se trata de intereses mios!.... Yo puedo ser clemente, hijo, con lo que respecta á mi persona; debo ser mas que clemente pues debo ser humilde. Pero no puedo serlo con lo que toca á la Iglesia. Cuando yo, convencido de vuestra devocion y sumision al dogma santo de nuestra madre la Iglesia] Católica Romana, tomé sobre mi procuraros el parentesco y los derechos filiales de la familia de Perez, vos ofrecisteis una dádiva volunta-

ria para las necesidades y gobierno del Santo Oficio. Agregad á eso la posibilidad de que la falta de Perez ó de su hija sean de tal naturaleza que. . . .

Don Antonio miró aterrado al Padre como si anhelase por comprenderlo. . . .

—De tal naturaleza, continuó el fraile, que exijan las penas temporales que recaen sobre bienes ó haciendas: suponed que él ó su hija persistan en la abominacion sin enmienda, ¿cómo puedo ser yo clemente con lo que es de mi Dios y de su Iglesia, y que debe ser empleado en mayor honra y gloria suya?

—Es incuestionable! respondió don Antonio, pálido de terror y lleno de confusion en las ideas. . . . Pero. . . . Vuesa Paternidad tendrá presente que mi porvenir todo se cifra en el enlace. . . .

—Lo tendré presente, hijo; y tanto mas, cuanto mas ejemplar y abnegante sea vuestra ulterior conducta. . . . Pero pensad bien en que ante todo son los derechos absolutos que la Iglesia tiene sobre sus fieles! dijo el fraile con un aire aterrante de poder y de orgullo. Vuestro porvenir, hijo, agregó, está en el cielo y no en la tierra, como el de todos los hijos del hombre; de todos modos, no pasará el dia de mañana sin que yo dé prin-

cipio á las investigaciones: principiaré por llamar á Perez como os he dicho. Retiraos, pues, por que tengo que hacer; pero id con ánimo tranquilo; no he de olvidarme de lo que mereceis....

Don Antonio se levantó con la sonrisa de la humillacion en los lábios y despues de haber besado con grande respeto la mano del Padre, se retiró. Cruel debia de ser la preocupacion de su ánimo, pues caminaba mordiéndose las uñas y sin levantar del suelo su vista vaga y cavilosa.

CAPÍTULO XVI.

LADO POSITIVO DE LOS NEGOCIOS HUMANOS.

Don Felipe Perez y Gonzalvo se quedó aterrado de la entrevista á que lo citaba el reverendo Padre Andres. En ella supo toda la gravedad de las imputaciones de que era objeto: y como su presunto yerno habia hecho la delacion en descargo de su conciencia: el anciano se veia vencido; no podia ni darse por ofendido contra el hipócrita malvado que le atacaba, ni desagraviarse siquiera arrojándolo de su casa y negándole la relacion proyectada de parentesco. Hombre prudente, avezado en todas las humillaciones y disimulos de que son escuela los Gobiernos despóticos ó las fanáticas oligarquias, don Felipe sintió el golpe y se resignó en prevencion de lo peor: frio y egoista por temperamento, endurecido su corazon

tambien por las doctrinas dominantes de la época que tanto apocaban, ante la voluntad ó el interés del padre, los afectos y los derechos de la familia, concibió esperanzas de que el precio de su derrota pudiera reducirse al sacrificio de su hija; cosa que él estaba dispuesto á que se consumara por el empeño en que tenia su palabra.

Siempre que así pudiese él contar con la anulacion de las imputaciones relativas á sus connivencias con los hereges, habria quedado satisfecho. Pero comprendia que cualquiera que fuese el sacrificio con que lo obtuviera por de pronto, la seguridad y la quietud de su vida quedaba dependiente de un hilo, y entregada al antojo de Romea.

La naturaleza de la acusacion que este le habia imputado era tan grave que muy bien podia provocar la pena de horca; y cuando don Felipe recordaba el interés que el rey podia tener en hacer pesar sobre él una causa justa con que asegurarse de la eterna reserva en cosas pasadas, el pobre anciano temblaba de terror.

El padre Andres le habia exigido que se propiciase la justicia de la Iglesia mediante un formal compromiso de presentar á su hija en una pública penitencia y expiacion

para casarla inmediatamente despues con don Romea bajo una cláusula dotal de bastante importancia: sin contar con una multa cuyo valor ascendente debía modificarse si habia falta de cumplimiento en el desempeño de algunas de estas exigencias; por que segun él decia, era preciso indemnizar al perjudicado y desagraviar así la justicia.

Por mas grande que fué la doblez y la destreza de que el pobre viejo hizo uso para ablandar al despótico Guardian, este se mostró inflexible; y despertándose entonces en aquel los instintos de firmeza y de voluntad que eran naturales á su carácter, resistió todo lo que tendia á imponerle penas por sus actos, persistiendo en que mas bien queria morir que dejar un precedente que necesariamente debia resultarle funesto al fin, pues que la justicia del rey podia apoderarse de lo perdonado por la justicia de la Iglesia, si él consentia en rescatarse así confesando implícitamente un pecado y un crímen que negaba haber cometido.

El Padre Andres se irritó en estremo al descubrir aquella audaz intencion de resistirle que se revelaba en su negativa á estas exigencias; y como el anciano, aunque implorando arrodillado la clemencia de la Iglesia, per-

sistia en su defensa, el fraile se exasperó al fin y lo arrojó de su presencia fulminando sobre él las mas severas amenazas.

Este se levantó de los piés del franciscano, y salió al instante con el aire grave y tranquilo que parecia estereotipado en su figura.

Como si llevase una resolucion madura y bien tomada se dirijió con un andar quieto y sostenido al palacio Episcopal: y solo cuando estuvo á sus puertas habló con los familiares del Arzobispo de modo que dejaba compuender el apuro que lo movia por verlo y hablarlo; lo que en muy breve tiempo consiguió.

No hay descripcion capaz de hacer comprender con exactitud todo lo que ofrecia de profundamente venerable y santo la figura y la fisonomia del Ilustrísimo Alfonso de Morgrovejo, Arzobispo de Lima. Era un hombre como de setenta años de edad; unas cuantas madejas de cabellos blancos y sedosos pendian á uno y otro lado de su cabeza, cuyo centro calvo y lustroso como una esfera de porcelana estaba cubierto por el solideo morado correspondiente á su dignidad. Su mirada apacible é insinuante tenia un sello especial de amor fraternal y de simpatía al mismo tiempo que un fuego indefinible de

inteligencia, concentrada en la vasta bóveda de su frente.

El Arzobispo sentado en un artístico sillon de terciopelo, ocupaba cuando entró don Felipe un salon ricamente tapizado. Estantes hermosos y corpulentos repletos de libros cuidados con esmero, ocultaban la mayor parte de las paredes; y como su Ilustrísima acostumbraba dictar desde su sillon todos sus trabajos, porque era demasiado débil de pecho para escribir, dos mesas, con tres escribientes en cada una, ocupaban el centro de la pieza.

Nuestro anciano se dirigió al Arzobispo con un porte lleno de respeto, é inclinándose le tomó la mano y le besó el anillo pastoral.

—Me dicen que venis afligido, ¡hijo mio! le dijo el prelado con voz llena de uncion.

—Si, Ilustrísimo señor! le respondió don Felipe, me hallo en un caso grave, amenazado por un riesgo de consideracion, no sé si justa ó injustamente, y conociendo la sabiduria y la prudencia de su Ilustrísima he creido que mi mejor recurso era venir á echarme á sus piés é implorar sus consejos.

—Mis consejos, hijo, si valen algo son fruto de una ra-

zon que siento en mí, pero que no juzgo mia sino en cuanto me sugiere las palabras con que la pongo al servicio de mis hermanos en Dios, mis consejos son pues vuestros, hijo mio, como de cualquiera que los busque, y no teneis necesidad de implorarlos teniendo el derecho de exigírmelos para que así sirva yo al Señor que sustenta mi razon sobre la tierra. Habla!

—Señor!. . . .si pudiera hacerlo sin testigos!. . . . . .

El Arzobispo se dirigió con blandura á sus amanuenses, y casi con el tono del ruego les insinuó que le dejasen solo.

—Hablad: y si vuestro mal es grave guardad toda esperanza en la clemencia del cielo que es infinita en favor nuestro.

—Señor! pesa sobre mí una imputacion insidiosa y grave sobre la que acabo de ser terriblemente amenazado por el Reverendo padre Andres. . . .

—Santo Dios!. . . .dijo el Arzobispo levantando los ojos y las manos al cielo: siempre la Inquisicion para hacer aborrecible, y pesar sobre nuestra Iglesia!. . . .La Inquisicion, hijo mio, no solo es agena á nuestra jurisdiccion, sino que tambien establece su derecho á sometérnos á ella; y temo que no pueda hacer nada en vues-

tro favor. Mi conviccion es, hijo mio, que el pecado y el diablo ceden solo á la predicacion y la propaganda mansa y tranquila de la doctrina de nuestro Salvador; que la persecucion emperra y enceguece tanto al pecador como al Juez, y que en vez de edificar, que es nuestro deber, destruimos con ella. Pero esta doctrina subleva en contra suya el celo de los exaltados que es siempre la masa de las comunidades y de las sectas, y la reniegan porque ponen toda su fé en la eficacia del castigo y de la extirpacion. El *Santo Oficio* ha levantado esta bandera, y como, ella es muy poderosa por cuanto halaga las prevenciones de la pasion y del rencor me temo que la pasará dominante por muchas generaciones, que sabran comprender cada vez menos que la extirpacion es un nivel que rebaja los espíritus preparando siempre nuevas y mas bajas reacciones de los mismos errores estirpados. Con semejante método el cristianismo marcha al materialismo, á la idolatria, á la barbarie y á la degradacion del pensamiento. Perseguir es no dejar pensar, y no dejar pensar es impedir adorar á Dios.... ¡Esta es la doctrina que puede mas que los prelados!....¿Os imputan algun error de dogma?

—No, señor!. . . .me imputan contratos de un género pecaminoso con los herejes que me saquearon. . . .

—Y nada relativo al dogma?

—Nada!

—Pues bien, hijo mio: hablad, dijo el Arzobispo con interès; si es causa civil de la que se trata, quizás pueda serviros ayudándome el señor Virey.

Don Felipe refirió entonces al Arzobispo todo su trance, confesándole francamente que estaba dispuesto en último caso á ceder á las exigencias del padre Andres, pero que antes de resignarse á cosa tan dura deseaba ver si podia lograrse que fueran modificadas.

—Yo creo que lograreis, le dijo el Arzobispo, valiéndoos del mismo que os ha querido perder. Desde luego os digo que si hay una acusacion de ese género contra vuestra hija, es inútil pensar en salvarla de la espiacion que el Santo Oficio trate de imponerle; veo por lo que me decis que recibiéndola con humildad y resignacion, el mal puede minorarse. Vuestra hija debe casarse con Romea; si nó, os vais á perder pues que llevando la acusacion adelante por despecho abrirá una causa infernal de cuyas apariencias condenatorias no os podriais salvar, segun lo veo por lo que vos mismo me decis. Culpable

vos y culpable vuestra hija que es vuestro único heredero, bien veis que no podriamos salvaros del secuestro de vuestra hacienda. Yo os aconsejo pues, que inmediatamente veais y persuadais á Romea, que os reconcilies con él, y trateis de asegurarlo en vuestro amor y en la virtud, para que forme una misma cosa con vos y sea el marido de vuestra hija. Ved pronto! tentad este camino que yo voy ahora mismo á instruir de todo al Virey y ver si puedo combinar con él un medio de estorbar tan bárbara iniquidad. Pensad en que casado Romea con vuestra hija, entra á tener vuestros mismos intereses, y cesa en él toda razon para dañaros. Anda, hijo, y ejecuta lo que te he dicho.

Don Felipe se levantó en efecto de mas en mas cabizbajo y humillado y fué á golpear la puerta de Romea. Asi que este lo vió se quedó pálido de vergüenza, y le saludó huyendo de encontrar sus miradas, como si la voz de la conciencia lo redujera ante su víctima al indigno papel del traidor. Don Felipe entró y se sentó sin hablar una palabra. Romea se quedó parado guardando tambien un profundo silencio.

—He aquí la situacion á que usted me ha reducido, Romea!....

—Señor!......su hija de usted me habia despechado, y solo Dios sabe lo que he sufrido antes de resolverme á descargar mi conciencia....

—Ha ido usted demasiado lejos!....Se ha hecho usted instrumento de intereses agenos, persiguiendo una ilusion.

—Empiezo á comprenderlo!

—Acusándome usted á mí como lo ha hecho sobre datos calumniosos que no tienen mas base que el dicho de los mismos herejes, me ha puesto usted bajo la accion de un secuestro: privado yo de mis bienes, mi hija queda en la miseria y no puede llevarle á usted el dote convenido.

—Qué dote, señor?....Usted se resistia á dármelo cuando todo pudo quedar arreglado entre nosotros; y usted tiene la culpa de haberme precipitado! dijo don Antonio con una profunda tristeza en la voz y en su semblante.

Don Felipe guardó silencio por un rato.

—Bien, Romea: dijo por fin, ¿se contentaria usted con un dote de veinte mil escudos?

Don Antonio pensó sériamente por un rato y dijo al cabo:

—¿Y las multas de propiciacion, quién las abonaria, señor?

—¿Cree usted que bastará para ellas otro tanto?

—Haré cuanto pueda al menos, por que basten.

—En tal caso vaya usted al momento á arreglarlo, y yo las pagaré;. . . .con tal que María quede exonerada, agregó el anciano como si quisiese poner restricciones, de la contriccion y penitencia pública que quiere fulminar sobre ella el Reverendo Padre Andres.

—Lo solicitaré, señor!. . . . . .Pero ¿pensais que vuestra hija accederá?

—Accederá: dijo el viejo con imperio.

—Voy entonces á ponerme á la obra, dijo don Antonio.

Don Felipe se levantó callado y se salió. . . .Pero al llegar á la puerta del aposento en que estaban, detuvo el paso como si lo hubiere preocupado una reflexion repentina, y volviendo hácia atrás:

—Oiga usted, Romea; dijo sin querer mirar á don Antonio; lo que usted ha hecho me prueba que es usted un hombre de poca perspicacia y demasiado atolondrado para ceder á la primera inspiracion de sus pasiones ó de sus intereses. . . . . .

—Señor!....dijo don Antonio con el tono altivo del reproche.

—No! no crea usted que ignoro el vuelco que han dado las cosas; pero está en los intereses de usted oirme con paciencia. Dígame usted con toda franqueza ¿usted ha ofrecido al *Santo Oficio* parte del dote que yo debo darle á usted?

Don Antonio hizo un ademan de indignacion; quiso hablar y vaciló al ver el ojo penetrante é inmóvil que el viejo tenia clavado en él.

—Sea usted franco, Romea! le dijo este......Si usted ha ofrecido una primicia sobre ese fondo, reduzca usted el dote á la mitad, y deje usted al Reverendo Padre que en ese concepto señale él á su arbitrio la multa espiatoria asegurándole que cumpliré lo que él me ordene.

—¿Y qué ganaria yo en eso, señor?

—Mucho!......porque evitaria usted que fuese disminuida en mas mi hacienda. De otro modo......

—Comprendo, señor, comprendo! dijo don Antonio sacudiendo la cabeza.

—Bien!—dijo don Felipe y se retiró.

———

CAPÍTULO XVII.

LA JUSTICIA DEL HOMBRE Y LA JUSTICIA DEL CIELO.

Tan profunda fué la cavilacion que se apoderó de don Antonio, que ni reparó siquiera en que don Felipe se habia ausentado.

La causa fueron quizá las agitaciones que destrozaban su espíritu, claramente reveladas en lo estático y concentrado de su mirar y en el modo febril con que se mordia las uñas.

¡Maldicion....¡Infierno!....esclamó despues de un rato como si no pudiese contener mas tiempo la esplosion de su alma.

Pero no bien hubo arrojado esta blasfemia, cuando volviendo aterrado en sí, echó una mirada al derredor del cuarto para ver si habia tenido algun testigo. Tran-

quilizado un tanto al verse solo, cruzó los brazos con abatimiento, y dijo hablando consigo mismo:

¿Qué hacer ahora, Dios mio?....Dios, Dios: repitió con el gesto de una amarga ironia....¿No es á él á quien me harán servir sus ministros obligándome á consumar mi sacrificio? ¿No es en su nombre que seré castigado si retrocedo en el camino á que ellos me han lanzado? ¿No es el brazo de su tremendo poder el que pesa ya sobre mi lengua y sobre mi destino?....¿Qué soy yo, qué puedo hacer ya para detener su fuerza esterminadora? ....¡Maldicion! ¡infierno! repetia como un desesperado abriendo los brazos y lanzándose á tranco sobre las paredes de su cuarto.

Fatigado con estos ímpetus de valor, se quedó de nuevo en una profunda meditacion. Parecia que algo quisiese combinar en su mente. Pero sacudiendo despues de un rato tristemente su cabeza—¡ Es imposible ! dijo: ¡ es imposible !.... El padre Andres ha encontrado ya su camino: la fortuna que por tanto tiempo ha codiciado está en sus manos y no necesita de mi para que le ayude á trasquilar esas ovejas de su rebaño ! Misero de mi ! mi propia imprevision me ha perdido. Ante el supremo interés de su autoridad omnipotente ¿ cómo puedo yo ha-

cer oir la débil voz de mi conveniencia?.... Ah, Dios mio! Dios poderoso! Verdad es que denunciando vuestros enemigos procuraba tambien mi ventaja personal; verdad es, Dios misericordioso, que he sido desleal á los lazos de gratitud y de la amistad que me unian á los denunciados; pero ¿era yo libre, Señor, para absolverlos? ¿No era vuestra ley, no era vuestra doctrina, no son los ministros de vuestro altar, no son las órdenes de vuestra Iglesia, las que me imponian el deber de hablar á los encargados de defenderla contra la mala yerba? ¿Podia yo cerrar mi labio á la voz de mi conciencia arrodillado ante el supremo tribunal de Dios y haciendo acto de confesion?.... ¿Por qué arrebatarme entónces las esperanzas de mi vida? ¿Por qué desheredarme de los bienes que debia poseer? Ablandad, Señor, mi corazon! dijo don Antonio anegado en lágrimas: y dirigiéndose como un demente á una imágen, que puesta en una mesa, tenia dos velas de cera ardiendo por delante, la levantó en sus manos, la colmó de besos, se arrodilló estrechándola contra su pecho, y esclamó—¡Santo bendito! Divino Antonio! protector de mis dias! patron de mis intereses! interceded por mí en este conflicto!.... ¿Qué porvenir va á ser el de este vuestro humildísimo devoto

si despues de todo esto queda sin fortuna y sin posicion?...... ¡Maldicion! infierno! Esbirro del santo oficio para siempre! esclamó tapándose los ojos.... ¡No! jamás: un convento: un convento es mucho mejor, agregó con un aire resuelto y reflexivo. En un convento podré al menos ascender: llegaré al mando y la venganza será terr.... ¡Perdon, Santo Bendito! perdon! agregó como si se arrepintiese de este desahogo de su rábia. Estoy delirando! No! Es preciso que tiente el último esfuerzo! voy á arrojarme á sus pies; voy á pedirle piedad: voy á implorar su compasion!.... Y tomando don Antonio desatinadamente su sombrero y su capa, salió á la calle dejando abiertas sus habitaciones, y se dirigió al convento de San Francisco en busca del Padre Andres.

Iba el cuitado con la firme resolucion de echarse á los pies del Padre Andres y de rogarle que no pusiese al colmo su sacrificio. Pero á medida que se acercaba al convento se le aclaraban las ideas: la inclemencia fria y severa que formaba el fondo del carácter del fraile se retrataba en el alma decaida del pretendiente egerciendo todo aquel despotismo que la hacia irresistible, y el amargo desconsuelo que este pensar le infundía iba destruyendo en su ánimo á medida que se acercaba al con-

vento, todas las esperanzas con que habia salido. Preveia que la profunda humildad con que siempre habia él acatado al Padre Guardian, y el hábito del predominio esclusivo que este fundaba en esta y demas circunstancias de su trato habitual, le privaban de todo peso personal, de todo medio para apoyar su súplica y hacer de su descontento un instrumento de influencia para con el fraile. Desde que este, como su propia razon se lo pronosticaba á don Antonio, parapetase sus negativas en la necesidad de defender la fé, de asegurar el engrandecimiento y opulencia de la iglesia, don Antonio tenia que reducirse al silencio: ninguna razon personal ó caritativa podia emplear contra este argumento que á la vez formaba el pretesto de su inícua conducta para con don Felipe, sin ofender al dogma dominante; y era ademas seguro que si la mas leve indicacion se le escapaba sobre la deslealtad con que el fraile se habia conducido para con él, se espondria á tal castigo que quedaria igual á sus víctimas.

—Qué hacer, Dios mio ! esclamó todo confuso al verse á las puertas del convento, sumido en esta cruel perplejidad.

Vana seria la tentativa de pintar con palabras huma-

nas su aire de abatimiento y de baja humildad: sin tener idea fija todavia, iba á arrodillarse delante del crucifijo colosal que ya conocen nuestros lectores; mas no fué poca su sorpresa al ver vacío su lugar. Permaneció indeciso por un instante buscando en derredor suyo la sacra imájen, hasta que convencido de su ausencia se dirijió con un ademan de desesperacion hácia la celda del padre Andres.

Poco antes de que don Antonio hubiera entrado al larguísimo cláustro de la portería, habia pasado por él, en demanda tambien de la celda del Guardian un personaje digno de ser conocido de nuestros lectores: era este un cierto don Marcelin Estaca y Ferracarruja á quien todos tenian por doctor *in utroque*; pero que, á pesar de que él se dejaba menudear el título con grande satisfaccion, nunca habia sido mas que bachiller en derecho civil. Pasó nuestro hombre con un aire tan grave y tan sabio que parecia estaciado con su importancia personal y con el éco de sus lentos trancos, que repercurtiendo en las silenciosas paredes del cláustro remedaban los golpes con que el tambor rinde homenaje á las majestades de la tierra. Don Marcelin era pues su propio tambor y se batia marcha á sí mis-

mo con el mas profundo respeto de su propia persona.

Nuestro carísimo bachiller sabia andar con una admirable competencia científica, pues si alzaba uno de sus piés, cuidaba bien de que su punta se encorbase al suelo con donaire, de que el talon cayese con el aplomo de una sentencia, y de contornear los movimientos de sus brazos y de su cuello, teniendo el otro pié fijo en tierra para que su cabeza no perdiera la majistral reenclinacion con que la llevaba (como si llevara una custodia) sobre sus hombros.

Si bien no lucia don Marcelino la prosáica casaca ni el baston tradicional que empuñan los doctos majistrados en nuestros dias, una rica toga de raso negro muy bordada de realce lo vestia hasta los talones, y resplandecia en su pecho una grande cruz de raso rojo que el sapientísimo bachiller usaba como insignia del elevadísimo carácter de Fiscal de la Inquisicion de Lima que investia; en cuyo empleo se habia adquirido la mas conspícua reputacion de defensor inflexible de los derechos de la iglesia, en lo cual (decian las malas lenguas) se hermanaba su propio interés y la satisfaccion de las pasiones de círculo y de fanatismo á que reducia siempre todas sus miras.

Una golilla de una bretaña dura y poco fina, muy almidonada y tiesa como un palo, servia de nido á sus carrillos magrujos y biliosos, que algo mas chupados parecian á causa del esmero con que el sublime bachiller se alzaba un enorme tupé ó hopo (á manera de cresta) sobre su frente: mania de que nadie sino él participaba ya en aquella época.

Como el lucimiento de esta cresta era para nuestro hombre el rasgo característico de su eminencia, gustaba de andar descubierto, ó de ponerse cuando mas, un leve bonete de cuatro picos adornado con madejas de seda verde y seda roja.

Para colmo de solemnidad en la figura, el doctísimo Fiscal era tuerto, de modo que su adusta mirada cobraba un valor indefinido con los turbios movimientos de la sanguinosa y gruesa nube que cubria todo el globo de su buen ojo.

Su frente era estrecha y angulosa: su ojo chico y sin viveza; y tan visible era la infatuacion de ciencia y de valia que lo rellenaba, que fruncia sus lábios y adormecia clásicamente sus ojos, sin duda para impedir (que por estas averturas de su cuerpo al menos) se desparramasen algunas de sus partículas inapreciables.

Todo esto, unido al tono enfático y ridículo de sus maneras, hacian de este personage un *domine Lucas* de aldea, de aquellos en quienes se estereotipa, como en un molde, una pedanteria estrecha y terca con las mas cómica infatuacion de saber y de importancia.

Entre sus rasgos morales se distinguia el de una inclinacion innata á forjar conspiraciones y armar intrigas, bien cubierta bajo el velo hipócrita de gravedad y de sério reposo, con que se presentaba á los estraños.

Y como era fanático y estaba repleto de preocupaciones personales, no le faltaba su circulillo de adeptos que intrigaba de su cuenta y por su inspiracion.

Llevaba en su mano derecha, bien plegados y tomados á guisa de cetro, un par de guantes de seda blancos, con los que tocó y empujó la puerta del guardian, entrando y diciendo con intimidad:

—*Adsum Reverendisime.* Y como al dirijir las miradas hácia el padre, el bachiller lo viese inclinado sobre un enorme pergamino, de menudísimos tipos, se chupó los lábios y los carrillos, y levantando la mano, con los dedos en forma de círculo, dijo: luz del siglo es Vuesa Reverencia: infatigable al manoseo de la ciencia: ni las escabrosidades del Pindo, ni los ayunos de los vates de

Minerva, ni la tremenda esgrima de la espada de la justicia, fatigan sus membrudas facultades.

—*Heu Marceline!* le respondió el guardian con tono de chanza y de amistad: y separando un poco su libro hácia el medio de la mesa, continuó diciéndole: ***Carssime inter amicos! ¿ Unde agis te?***

—De Foro ! . . . .esto es de la Audiencia; y de veras, Padre Guardian, que sumamente exacerbado vengo ! dijo el bachiller sentándose al lado del fraile. . . .¿ Ha visto Vuesa Reverencia cosa mas absurda ?. . . .Los compañeros. . . .y aun el señor regente tambien, por espíritu de envidia, segun supongo, ó por nimiedad, que es lo mas probable, quisieron zaherirme sobre lo que se les antojó llamar innovacion del bordado de mi toga, cuando la idea como nacida de mi consorte que es texto en la materia, ha merecido, señor, la mas alta aprobacion de todo el colegio de abogados, por que realzaba la figura y el empleo en que el rey nuestro Señor. . . .

—Va ! va ! va ! fruslerías ! . . . .*Nugæ Marceline! nugæ!* le dijo el fraile interrumpiéndole con desembarazo.

—*Nugæ!* sí: *nugæ*, señor Guardian ! Bien lo conozco: son fruslerías y sé que no sienta á mi docta persona

enlodar las ruedas del carro de mi ingenio haciéndolas trillar tan pobrísimo terreno! Pero, señor! cuando yo hago ó cuando yo digo una cosa, tan bien pensada, tan bien concebida, y tan fija es la idea que me he tomado el trabajo de elaborar, que los demas deberian abstenerse de venir así no mas á la lijera á juzgar....

—Pero ¿quien no lo sabe eso, doctor Estaca?

—Y por eso es que jamás incurro en un error ni he tenido que retroceder en vez alguna de opinion que yo haya formado. Vos lo sabeis! pues con marcha paralela hicimos ambos nuestro camino.

—Y tanto lo sé, caro amigo, que ahora mismo estudiando el punto que se os consultó de oficio, sobre el tremendo indicio (el fraile puso aquí los ojos feroces, estiró la boca, ahuecó la voz y levantó el dedo índice), que pesa sobre Felipe Perez y su hija, estoy viendo letra á letra y concepto por concepto la enumeracion de las opiniones dominantes y recibidas con que habeis evacuado la vista reservada que se os confirió del caso.

El bachiller tosió con garbo y apretó los labios.

—Hay un punto sin embargo en que os hubiera deseado mas esplícito: agregó el fraile........

—Cuando se escribe, señor guardian, no siempre con-

viene serlo; y es por eso que deliberadamente (no penseis en otra cosa) toqué por encima solo ciertas circunstancias.

—Sabeis de la que os hablo......

—Hay varias; porque al meditarlas, reflexioné que debia reservarme en daros esplicaciones de palabra: una de ellas es esa que me vais á esponer.

—Vos conoceis los hechos: definido una vez (dijo el fraile con un tono elevado y arrogante) lo que es heregia; enumerados todos los crímenes que se encierran dentro de esta infame clasificacion (que es de lo que actualmente me ocupaba registrando á Farinacio y al Cardenal de Luca, que aquí veis,) nuestro proceder viene á ser muy claro y espedito. Porque, señor, si el crímen de herejía se reduce al establecimiento y defensa de una proposicion lógica, tal que contradiga la letra ó el espíritu de los concilios y de los Cánones, es preciso convenir en que no podemos causar ni condenar á Perez ni á su hija. Desde que no podemos probarles haber sentado proposicion de ninguna clase, tenemos que absolverlos; y en caso tal lo que mas conviene á los intereses temporales de nuestra Santa Madre Iglesia Católica Romana, es—que desvistiendo la túnica de jueces del pue-

blo de Israel con que ella nos honró, la sirvamos como hijos suyos, como hermanos mayores de los fieles, y con los frágiles medios de nuestra propia y virtual humanidad; es decir, llevando á cabo la union matrimonial de la denunciada con el denunciante, mediante la primicia expiatoria ya arreglada. Mas, si por heregía se entiende tambien la contaminacion espiritual; el coito sacrílego de las voluntades, la inmersion simpática en que cae el alma del católico por su trato ó por su amor con la del hereje, desaparece la duda y la condena de la *contaminada* es entonces de toda regla....

Inchado el bachiller como si fuese un pavo, hacia un rato que á medida que el Guardian hablaba, él tocaba fuertemente sobre la mesa con el índice de la derecha, como el hombre que muestra con calor la ratificacion de sus opiniones.

—.... Y entonces (seguia diciendo el fraile) la entidad de Juez anula la entidad de hombre: la voz del deber sofoca la voz de la caridad y del cariño; el interes de la justicia divina no admite atenuaciones de órden humano; y la integridad de la sentencia destierra toda tentacion de afecto ó de lealtad terrenal: es de ley la confiscacion total de los bienes

del hereje, y.... pues justicia sea hecha aplicándose toda la ley !

Y mientras el Guardian decia todo esto, el bachiller dada y daba sobre la mesa con un entusiasmo y una satisfaccion creciente y repetia:

—Hoc ! hoc ! hoc ! hoc !....Ese es el punto, Padre Guardian.

—Y si ese es el punto, el pacto del hombre cede al derecho del cielo ! Y si ese es el punto, la diligencia del procurador no obliga la fé del amo; y se deduce, por consecuencia, que tanto como Juez de Israel, cuanto como hermano caritativo del hombre es de mi deber separar á Romea del terreno de la causa en cuanto á matrimonio: y dejar á la justicia del cielo en toda la anchura de su camino.

El bachiller tosió, se acomodó en su silla, y dijo despacio:

—Razonais bien, señor Guardian; pero, como no habeis dado todavia con el fundamento verdaderamente céntrico de la cuestion, permitidme que os la esponga y lo demuestre bajo su mas neto y precisísimo aspecto. Los autores mas acreditados en la materia (de los cuales Farinacio es para mí el predilecto por cuanto jamás

se olvida del punto cardinal, que es la persecucion y el castigo del hereje y del delincuente) dicen: ***his convenit distinctio inter hœresim formalem et materialem*: *nan*** (y fíjese bien Vuesa Paternidad en esa circunstancia que es esencialísima) ***si proposito fidei contraria ab homin christiano pertinaciter errante scribatur aut amplectitur!*** (***aut amplectitur***) señor Guardian, (dijo el bachiller apurando el tono) ***formalis erit***: ahora bien (y aquí entra nuestro caso) las leyes humanas y divinas hacen á la esposa una mitad virtual del esposo; y como la denuncia recae sobre el compromiso de matrimonio ó en términos técnicos—el coito sacrílego de las voluntades de la llamada Maria Perez con el hereje incorrejible (***pirata fascinorosus insuper***) llamado Henderson, resulta probado por la mas severa y estricta lójica, que la denuncia recae sobre un caso ***de herejía formal***, por que el error de la mitad matrimonial dominante contamina, abraza, somete, refunde, asume, aniquila, la sustancia á la naturaleza de la otra mitad; y así, es preciso que el cánon se aplique con toda integridad de su texto; y que se dé razon entera, señor, á los principios que nos rijen, y de los que nunca jamás me he separado. Tanto es así, que no es este un caso nuevo.

para mí, no, señor; allá por los años de 42 ya dije yo (y por cierto que se convirtió en práctica inconcusa del tribunal de Valencia) ya dije yo....

—Vuestro argumento es incontestable, querido doctor; pero su alcance no me satisface, dijo el Guardian interrumpiéndole.

—¿No os satisface?....¿que entendeis decir con eso? Cuando yo os digo, yo, que ese raciocinio es la piedra de toque del asunto....

—Ese argumento será eficacísimo doctor, para abrir causa y condenar á la muchacha; pero no es para abrírsela al padre, ni para secuestrarle y confiscarle sus bienes, porque como bien sabeis (y lo estaba leyendo aquí en las adiciones de Farias al Covarrubias) la heregia del padre no autoriza el secuestro de los bienes propios del hijo, ni la del hijo autoriza el de los del padre: la parte pues mas sustancial de nuestro golpe vá á fallarnos por vuestro camino.

Mientras el guardian enunciaba sus objeciones, el doctor le miraba como con lástima, balanceando su cabeza.

—*Veo reverendísime* que no teneis una idea exacta del caso.

—Creo que la tengo....lo que es menester, al menos

es descargar el peso de la acusacion sobre el padre, para que fluya en el acto el secuestro y la consiguiente condena.

—No ! la sencillez aparente de las cosas es falaz en sumo grado, si no se cuida de preveer á tiempo las complicaciones que pueden sobrevenir. Vos sabeis bien que el arzobispo y el virey se preparan á protejer á Perez; y como la acusacion de este procede tan solo de convenios y tratos de ilícitos comercios con el hereje, no bien fulmineis vuestro primer auto os suscitarán juicio de incompetencia, y como os faltará la prueba de herejia contra el reo, contribuireis á probar, cuando mas, el cargo de *alta traicion* por cuyo solo hecho habreis provocado la confiscacion á favor del fisco y no á favor de la Iglesia.

—Decis bien ! dijo el guardian muy pensativo.

—Toma si digo bien ! y debeis notar que desde que la cosa tome este aspecto, tendreis que litigar, de estandarte á estandarte, de potencia á potencia, de magestad á magestad; viniendo á ser muy duduso que nos nutra el resultado. Mas, considerad la cosa ahora por el lado en que yo os la ponia; y vereis evaporarse las complicaciones. Establecido y justificado contra la hija el cargo

de *heregía formal*, por el incontestable raciocinio que yo os tengo formulado, la traeis á ella, que es la culpable de esa heregia, á la prision de la Iglesia: esa hija es única y forzosa heredera del padre; prolongando su causa sin declararla culpable, no puede ser preferida en testamento, y en muriendo el padre ella es su heredera *ab intestato*; esperad pues á que la muerte del padre la ponga en ese caso; y con su condigno castigo habreis confiscado legítimamente los bienes que ella hubiere heredado.

—Ah! ah!...... Mas se me ocurre una objecion: dijo el fraile.

—No hay objecion posible!

—Y si la muchacha por efecto de la fortuna y del terror ó de la desesperacion, muere ántes que el padre?

—¿Muere ántes que el padre?........ Me sorprendeis, querido Guardian!........ ¿De cuando acá ha empezado á temerse que se sepa lo que pasa en las prisiones del santo oficio? ¡Treinta años hace que lo sirvo, y nunca osó nadie sobre la tierra fiscalizar el uso que él hizo de su poder y de sus cosas! Para contrastar los accidentes de la naturaleza tuvo siempre su propia voluntad; y desde que nosotros decidamos que la acusada no muera, no puede morir hasta el dia en que el tribunal lo

decreto. ¿Faltará quien lleve su nombre, y sea con él sentenciada?.... Por lo que hace á la tortura, dadla aparente, subsidiaria y preventiva: buscad el efecto moral del espectáculo y no os empeñeis en obtener una confesion: que no se necesita eso tampoco, pues está probada su inmersion espiritual y sacrílega con la voluntad de un herege incorregible y confeso.

—Perfecto! Perfecto!.... Ahora si que puedo decirme dueño del asunto: dijo el fraile levantándose entonado y poniéndose á pasear por la celda.

—Voy á haceros ver otra de las grandes ventajas que producirá este plan artística y acuciosamente combinado por mi ingenio: es este: los protectores de Perez, al ver que nos ocupamos de la hija, prescindiendo del padre, suspenderán su alarma y sus medidas: reconocerán que dado el tenor de la acusacion que pesa sobre la reo, carecen de competencia para trabar nuestros procedimientos; juzgarán prudente tomarse el tiempo de observarnos; y ya os lo he repetido muchas veces: el tiempo solo puede hacer mucho de la nada; puede ser mudado el Virey en el intérvalo, y pueden por fin venir un millon de coincidencias que abrevien y concentren nuestros caminos.

—Vamos ahora al otro punto! dijo el Guardian suspendiendo sus paseos y dirijiéndose al Bachiller; hay en él grandes complicaciones necesariamente que han de salir á luz, y qué sabe Dios de cuanto interes pueden ser para nosotros—miembros del Santo Oficio.

—Quereis hablar probablemente de las indagaciones dirigidas á aclarar quiénes son en Lima los que estan en inteligencia con el herege, ese *satanicus nauta murum* de que habla la Escritura?

—Eso mismo: bien veis que si ese es un fondo oscuro al presente, es inmenso y puede llegar á ofrecer grandes perspectivas mas adelante.

—Cierto, cierto!.... Pues señor: dijo el Fiscal despues de un rato de refleccion: mi consejo es que prendais con la hija de Perez á la zamba que le hace siempre compañía.

—Habia empezado á fijarme en esa idea; dijo el padre algo turbado.

—No hay mas: ese es el principio! Vos sabeis, Reverendísimo, que el punto capital de esa indagacion es descubrir la *tapada* á que la denuncia de Romea y la declaracion de Gomez se refieren. Ellos mismos dicen que no era la Maria Perez, por cuanto andaba allí mismo con

su madre y ellos la vieron. Mas no andaba la zamba; y como esa tapada sabia cosas de la casa que solo entrando en ella pudo saber; como sabia cosas que no podia saber sino por confidencia de la Maria misma, ó de otros á quienes ella lo hubiera dicho; y como es inevitable que la zamba esté al cabo de quienes son los que tienen conversaciones y confianzas con la niña, es indubitable (yo nunca digo *indudable*, padre Guardian, porque esa es una corruptela contra el purismo de nuestras etimologias latinas) es indubitable, repito, que prendiendo á la zamba Juana, y dándole tortura *de cerca* (dijo el Bachiller haciendo el ademan de torcer un torno) entraremos necesariamente en un camino magnífico de revelaciones, que sabe Dios hasta donde nos lleva en la causa misma de la Maria para complicar al padre.

—Como ya os he dicho, esa idea era la mía.... y solo una contrariedad.... una sospecha vaga.... un temor remoto.... una cosa que mi misma razon me dice que es una locura, una ridícula cavilacion, es la que detenia mi brazo; dijo el fraile profundamente impresionado.

—No creais que se me oculta esa contrariedad; dijo el Bachiller con petulancia: y vais á ver.

—Sí, se os oculta, porque es una cosa que no podeis saber; es un secreto de mi alma, que no sabeis hasta donde me hace desgraciado, y cuanta influencia tiene en la severa venganza con que me abandono al castigo de los acusados: gozo castigando porque.... no me hagais caso Bachiller! este recuerdo me trastorna! (agregó el fraile sentándose bastante conmovido).... Decias que vuestro proyecto tenia una contrariedad....

—Insignificante! y es: que descubierto todo el misterio y las intrigas de los malvados que se hayan ligado al Satanás de los mares, todo eso constituiria crímen de alta traicion, ó *lesœ majestatis*, y no de heregía. Es de temerse, pues, que los *civiles* nos carguen con su competencia. Pero como esos criminales habrian sido los fautores y causantes del crímen de herejía que nosotros perseguimos; y como nuestra causa habria servido para la averiguacion de lo concerniente á la otra, quedariamos siempre en el mejor terreno, y cualquier recurso de fuerza que nos intentaran lo podriamos sostener con esclusivas ventajas. El golpe, pues, consiste en apoderarnos en toda la continencia posible de la causa; prendiendo simultáneamente á la zamba, hacemos que cualquiera revelacion *lesœ Majestatis* que resulte, ocupe el

lugar de un incidente, de una emergencia de la causa principal; y este es, como os he dicho, el golpe maestro.

El Padre Andres oia como distraido é indeciso.

—Cualquier escrúpulo que tengais contra este dictámen debe ceder á las grandes y positivas ventajas que le acompañan.

Siguió reflexionando el Padre, al rato se levantó y dijo resuelto:

—Estoy de acuerdo: esto es indigno de mí! Por una cavilacion fantástica, por una verdadera vision, no debo esponer ni truncar un plan tan vasto y tan seguro como el vuestro!.....Ea ! manos á la obra, amigo! manos á la obra! repetia el Padre Guardian, y se paseaba con animacion á lo largo de su celda refregándose las manos. Alguien que estaba del lado de afuera golpeó levemente la puerta en este instante. El guardian fué á abrirla con abandono. Pero no bien se encontró en ella con la figura humilde y encorbada de don Antonio (que semejaba á la de un mendigo pidiendo el pan de la caridad) cuando le acometió un violento ataque de despecho. La conciencia le decia bien claro al Reverendo Padre que su proceder para con el mozo era de un egoismo inicuo y

desleal; y le era importunisima su presencia, porque ella sola lo acusaba. Al caerle así de improviso en un momento en que tanto lo preocupaba el éxito de su intriga, no tuvo tiempo de reflеccionar ni de dominarse.

—Y bien! qué quiere usted? le dijo con enfado y con insolencia.

Don Antonio vaciló, se quedó cortado; y atónito con tan cruel recibimiento dejó caer su sombrero de las manos, las juntó en ademan de súplica, y dijo arrodillándose—¡ Clemencia, poderoso señor: clemencia! no me pierda Vuesa Paternidad!

—Mal haya el importuno! esclamó entonces el fraile, y con un violento golpe volvió á cerrar la puerta de su celda.

El infeliz que era así arrojado, se quedó allí como perdido. Inmóvil por un momento en la vil actitud de súplica que habia tomado, no podia concebir ni lo que le pasaba ni lo que debia hacer. Se levantó derepente desatentado, dejando su sombrero á la puerta del fraile, y con todas las señales de la demencia volvió para atrás de prisa sin saber adonde iba ni lo que habia de hacer. Encontró al paso una puerta trasversal abierta, y se metió por ella en un corredor estrecho y sombrío que lo

llevó á la sacristía; pasó de la sacristia á la Iglesia, y fué á tirarse, con la frente en tierra, contra la tarima de un altar.

Era como la una de la tarde, hora en que la ciudad entera dormia la siesta: todas las puertas esteriores de la iglesia estaban cerradas: su completa soledad infundia aquel miedo reverente que siempre produce el silencio sepulcral de las bóvedas sagradas. La oscuridad del interior hacia jugar los caprichos fantásticos de la sombra sobre las cien imágenes que asomaban sus escuálidos semblantes en los nichos de las paredes y en los altares; y cuando el éco solitario repitió el golpe que produjo don Antonio al dejarse caer en la tarima, el infeliz se figuró que oia un clamor vago de reprobacion lanzado desde cada nicho; levantó azorado sus ojos y le pareció que un gesto convulsivo animaba el rostro de las figuras rígidas y cadavéricas que le rodeaban. No teniendo fuerzas para sobreponerse á la horrible tension en que estaba su espíritu, cedieron los frájiles resortes de su alma, y cayó en la inanimacion del desmayo.

Entretanto, despues de haber cerrado su puerta, como hemos visto, se volvia el Padre Andres hácia el Bachiller, y cruzando los brazos le decia:

—¿Y qué hacer con un impertinente de esta clase?

—Y habeis de saber, señor Guardian, que no lo tengo por tonto, dijo el Bachiller despues de un rato de silencio.

—Nada menos que eso! repuso el fraile con un gesto muy significativo; tiene prendas especialísimas y sobresalientes para el servicio de la santa fé, si quisiese consagrarse á ello: es pertinaz, paciente, disimulado, taciturno, profundamente ambicioso, dotado de modales humildes y respetuosos, introducido é insinuante; es un hombre, en fin, predestinado á las grandes luchas y á la defensa de la fé, si llegase alguna vez á abrir su alma á las inspiraciones de la gracia divina, para fortificarse en la voluntad del sacrificio y de la penitencia que constituye la regla, la fuerza indestructible, y la santidad de nuestro estado. Os aseguro que no tengo uno solo entre los jóvenes de la Orden que me dé remotamente siquiera, las esperanzas que fundaria yo en él, si entrase en ella.

—Tan cierto es que teneis razon, que yo (que nunca me engaño en la idea que formo de los hombres) pensé de él eso mismo apenas le conocí. Por consiguiente, debeis consagrar vuestros esfuerzos á ganarlo para la vocacion á que lo ha destinado el cielo; quitadle las aspira-

ciones mundanales que lo agitan, y traedlo al gremio de los grandes objetos que ligan la tierra al cielo. La ocasion es oportuna: vuestra mano pesa sobre su espalda; apretad mas hasta quebrarle el albedrio mundanal, y traedlo al camino de su destino. Fácil os será conseguirlo.

—Pues sabed que lo he de tentar, querido doctor: creo que el tiempo le hará mirar en eso una inmensa compensacion á las contrariedades de su actual fragilidad, y que me será grato, dijo el fraile; y se puso á pasearse por la celda pensativo y silencioso.

—¿Qué nos resta por convenir? dijo, parándose despues enfrente del Bachiller.

—Nada; sino el momento de empezar.

—Ahora mismo!

—Pues que vayan á prenderla! dijo el Fiscal.

Tomó entónces el fraile una campanilla de plata que tenia sobre la mesa y dió un fuerte repiqueteo: acudió á pocos instantes un fraile macilento y sombrío, y se paró delante del Guardian sin levantar sus ojos del suelo y con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Id, hermano Ramiro, al Aguacil Mayor del Santo Oficio, y ordenadle en nuestro nombre que con los fa-

miliares los esbirros, y la litera de costumbre precedida de nuestro estandarte, que os entrego, (el Guardian tomó aqui el estandarte del rincon en que lo tenia y se lo entregó al hermano Ramiro), allane en el nombre del Rey y el nuestro, la casa de Felipe Perez y Gonzalvo, prenda á la llamada Maria, hija suya, y á la llamada Juana, su sirvienta, conduciéndolas en seguida á la cárcel del Santo Oficio, donde quedarán á disposicion de sus jueces.

El hermano Ramiro tomó el estandarte y salió con la misma seriedad con que habia escuchado el mandato de su Guardian.

—Vaquemos ahora, querido doctor, á las árduas preocupaciones de nuestro espíritu. ¿Qué decis de las hazañas del de Austria?[1] No le sois favorable: ya lo sé: pero ya veis como sigue adelante en el camino de los triunfos y de la gloria: la rendicion de Tunez es un grande hecho, digno del vencedor de Lepanto.

—Jamás os lo he negado!.... Lo que sí os sostengo y os sostendré es que los servicios que hace con su espada, los borra con la liviandad de sus inclinaciones; y por

1. Don Juan de Austria.

eso os he sostenido, y os sostendré siempre, que es la piedra del escándalo y será la ruina del reino. ¡ Ya lo vereis ! ¿ No es una obra de abominaciou, entre otras muchas, el decidido amparo que se complace en dar á ese gitanuelo desconocido y despreciable que se ha metido á escritor de puro desamparado y rotoso ?

—¿ Cuál ?

—Ese...... no me acuerdo...... Abrantes ó Cebrantes.... una cosa así; agregó el Bachiller con el mas alto desprecio: un picaron, audaz, que sin autorizacion la menor se entretiene en escribir comedias y novelas, que tienen por solo objeto escarnecer lo mas respetable que en hombres y tradiciones tiene el Reino. Y se lo sufren, porque diz-que su madre fué hermana de la nodriza de don Juan ! Vuesa Paternidad sabe sin duda que este príncipe fué criado en las sierras, entre patanes, y en una condicion humilde hasta que fué púber. Pues á ese menguadillo, que él proteje se le ha puesto en la cabeza operar una revolucion en la República de las letras, inventar un nuevo modo de escribir; y hacer trajedias y comedias sobre su disparatado padron, en donde se hallan violadas, de cabo á rabo, las mas conspícuas reglas del arte dramático, de la retórica, y hasta de la gramática! ¿Ha-

bráse visto cosa igual, señor? dijo el Bachiller descargando un puñetazo sobre la mesa. Pues yo (continuó diciendo) tambien soy voto en la materia! y allá en mis primeros años escribí una comedia, que, (no obstante las imperfecciones de una obra de niñez) estaba áticamente saturada, y contenia la crítica de aquellos lechuguinos insustanciales, pica-flores de los estrados, que mortifican é incomodan la importancia con que debe mirarse un jóven de prendas sérias y reposadas, como era yo entonces. Trabajé tambien una trajedia; pero era una trajedia séria, en donde estaban realzados los *caballerescos* sentimientos de los bellos tiempos de la Grecia,[1] y se titulaba *Estampágoras*, porque era la estampa, el tipo, el prisma, de la virtud antigua. No digo yo, que fuese perfecta la versificacion: pero el lenguaje era tan digno y majestuoso que algunas horas he pasado estasiado conmigo mismo repitiendo mi propia obra, y tal ora la influencia de ese lenguaje elevado y noble sobre mi alma, que sin poderlo remediar ahuecaba instintivamente mi voz, y le daba el tono mas solemne de la declamacion. Y no solo en la práctica, sino en la teoria tambien me

1. No estrañen nuestros lectores el anacronismo que hay en ligar los tiempos de la caballeria con los de la Grecia antigua. Nosotros no respondemos de la ciencia filológica del Bachiller.

ejercité con bastante competencia, sí, señor; y escribí un tratado *De Dramate el passionálibus suis affectis*. que hizo eco, y aun hoy mismo me satisface tanto ese opúsculo por la exactitud y la lójica de las observaciones que allí puse, que no conozco otro ninguno que halla acertado á tocar los mismos puntos. Diga V. P. que la edad y la inclinacion á las cosas sérias y graves de la vida que constituyó siempre el fondo de mi caracter, me hicieron comprender á tiempo que debia dejar esas frioleras á los injénios sin ciencia y sin bagaje. Pero de todos modos: es intolerable, señor, que un aventurero así, como ese mozalvete de que hablaba, se atreva á insurreccionarse contra las reglas y los hombres de peso que las justificamos con nuestro apoyo y nuestras obras.... ¿Cuál es su competencia?

—¿Y por qué no lo queman á ese pícaro? dijo el fraile con calma.

—Harto ganaria el mundo con ello, porque la desmoralizacion y la liviandad que esos vagos de la República Literaria introducen en ella, es causa de que no se ocupen las familias de los asuntos graves de la fé. A eso debe atribuir V. P. que sean contados los que

han concluido de leer mis famosos escritos ***Refutationes contra barbarissiman doctrinam iniquitissimi Calvini***; que tanta impresion hicieron sobre el protervísimo heresiarca, que en siete noches no pudo tomar el sueño por el esceso de su rabia, y murió á los ocho dias de haberme leido: cosa que el mundo ingrato ignora ó desconoce, atribuyendo ese suceso á causas secundarias; pero él forma para mi uno de mis títulos á la mas preclara gloria, sí, señor; y asi es que me tengo, de fé, por el gran controversista del Reino; dijo el Bachiller, levantándose con una noble altivez y calándose su bonete doctoral, como si pensára en retirarse.

—Y lo sois! y lo sois, Doctor! le repetia el Guardian paseándose por el cuarto. *¿A bís?* le dijo.

—*A beo carísime!* el recuerdo de estas cosas me pone fuera de mi! y como si se escapára, dijo: Dios os guarde!

—Y os acompañe! le respondió el fraile abriéndole la puerta.... ¿Qué es eso? dijo al reparar en el sombrero de don Antonio, con un jesto de impaciencia.

—Un sombrero de caballero: contestó el Fiscal alzán-

dolo del suelo. Si es el de Romea, guardádselo, Padre Guardian, y ahorrad para adelante el trabajo de necesitarlo y de buscarlo.

El fraile lo tomó callado, y se entró á la celda volviendo á cerrar la puerta.

CAPITULO XVIII.

DE LA CASA Á LA CARCEL.

Entretanto toda la ciudad de Lima no hacia ya otra cosa que comentar la crónica de los amores del Herege con la Maria Perez, refiriéndola y trasmitiéndola de familia en familia y de círculo en círculo, con los colores del escándalo y con las mil reticencias de la calumnia. Las tertulias de conversacion nocturna, nunca habian contado con tanta concurrencia como la que empezó á verse afluir, curiosa y avizorada, desde que aparecieron los rumores del caso. Cada asistente procuraba entrar con alguna circunstancia nueva inventada por él ó por los que se la habian referido; y una vez echado el espíritu de las familias en este camino de alboroto, el mérito consistia en quién arrojaba á la circulacion una mons-

truosidad mas increible, á cuyo lado eran pobre prosa los buhos y los demónios de don Antonio. La parte femenina, sobre todo, estaba en una estraña fermentacion. No bien dejaban sus lechos las señoras, cuando iban reuniéndose por las casas del barrio para tomar el hilo de las conversaciones, y de las noticias que habian dejado pendiente al acostarse.

Doña Maria habia sido una de las *muchachas* mas festejadas y mas solicitadas de Lima;—su preciosa figura, sus ojos atractivos y tiernos, el aire simpático y cariñoso que se desprendia de toda su persona, el recato (poco comun allí) de su educacion y de sus hábitos, y la inmensa fortuna que la fama atribuia á su viejo padre, eran razones que habian susurrado al oido de los elegantes y solteros de Lima la esperanza y la intencion de merecerla. El noviasco de don Antonio habia desanimado á muy pocos; porque ademas de que esa era cosa poco sabida de cierto antes del viage en que nuestros lectores comenzaron á conocer á nuestros personages, era generalmente presentida la poquísima inclinacion que la novia tenia por el novio; los pretendientes se proponian esplotar el tiempo en todos los casos posibles, y persistir en cazar la ocasion de ador-

narse con un mérito especial á los ojos de la bella pretendida.

Mas, cuando se supieron sus ternuras con el Herege, con el estrangero, con el ingles; cuando se supo que ella lo habia hecho su dueño y lo amaba con delirio, las pasiones de partido y de nacionalismo se alzaron furiosas; cada uno las sentia como si se tratara de cosa propia, porque, en efecto, el amor propio de cada uno, como pretendiente, como español y como católico, se hallaba interiormente ofendido con lo que todos llamaban las criminales liviandades de la Maria Perez. En medio de este bullicio y de esta escitacion de las malas pasiones de la multitud, era de todo punto imposible el traer las cosas y las ideas á su estricta verdad. Aquello que era mas calumnioso y mas infame, era lo mejor aceptado de todos. Cada uno escondia en lo oscuro de su alma los reclamos que su conciencia misma elevaba en obsequio de la justicia ofendida: «repitiendo lo que todos dicen (se decia cada uno á si mismo) ni inventamos ni calumniamos: la reponsabilidad es de otros.»

¡Pobre niña! ella entretanto no podia dejar de amar. La atmósfera de prevenciones antipáticas que por todas partes la repelia (indefinidamente presentida por su alma

altiva) la echaban mas y mas, por reaccion, en el amor de su Henderson ausente; y asi habia acabado por glorificarse en su propio pecho con los sufrimientos y con los martirios que ese amor le prometia. Resignada, y silenciosa como una estátua, estaba preparada á todo lo que le pudiese venir. No tenia ninguna esperanza; pero tenia la voluntad de los casos estremos, la de no ceder á la injusticia ni á la tiranía.

Los dias que habian pasado desde su llegada habian sido dias de duras y amargas pruebas para don Felipe y su familia: los rumores de la persecucion, por un lado, y el temor, por otro, de comprometerse ó de contaminarse con su trato á los ojos de la Inquisicion, le habian alejado todas sus relaciones:—y hasta sus mismos parientes le habian vuelto la espalda: el sol salia y se ponia dejándolo siempre pendiente de la amenaza terrible que pendia sobre su casa. Grupos de curiosos, que le inspiraban muy mal agüero, cruzaban sin cesar por su calle como en espectativa de algun espectáculo siniestro.

Toda la familia estaba en una profunda consternacion. La fria austeridad de don Felipe para con su hija habia llegado á su colmo: todos veian, por el fiero silencio y por la tenaz concentracion de espíritu en que pasaba sus

dias, que un enojo profundo y tempestuoso estaba acumulado en su pecho, y así es que nadie se atrevia á romper la lúgubre taciturnidad que reinaba en la casa.

No obstante la resignacion con que doña María parecia esperar los sucesos, el desgreño de su fisonomia, la hinchazon de sus párpados, y la marchitez de sus mejillas revelaban bien las crueles horas de insómnio y de dolor en que vivia. Ella cumplia como siempre con los deberes habituales que eran comunes á los hijos de las familias españolas de aquella época: luego que dejaba la cama iba al aposento de sus padres á pedirles su bendicion; por temprano que fuese encontraba ya á don Felipe vestido, como si hubiese velado, paseándose por el cuarto engestado y silencioso, con los brazos tomados por detrás; al paso que su madre, sentada en su cama y cabizbaja, parecia haber pasado la noche llorando. La pobre niña esperaba un rato la bendicion que habia pedido y como no obtuviese ni una mirada siquiera, se volvia á su aposento con paso respetuoso y resignado. Juana la esperaba al paso, y apenas la veia, se cubria la cara con las manos ahogada en sollozos; porque les estaba prohibido juntarse y hablarse.

En la casa de don Felipe, como en las de todas las

otras colonias, era de costumbre invariable que antes de almorzar se reuniese la familia á rezar alguna *novena*, en la que el padre arrodillado sobre una silla, y dirigiendo su rostro á una imágen alumbrada con velas de cera, *hacia coro*, es decir, dirigia el rezo. Por la noche se rezaba el *Rosario* del mismo modo ante la imágen de la virgen Maria; acto que no solo era de devocion en aquel tiempo, sinó de ardiente patriotismo, en razon de que á esta virgen se atribuia la célebre batalla de Lepanto, que muy poco hacia, habia ganado don Juan de Austria contra los turcos. No solo se continuaron estos rezos despues de la vuelta de la familia, sino que era evidente que cada uno de los concurrentes ponia mayor fervor en ellos como si los dirigiese al cielo combinados con alguna súplica suprema reservada en lo hondo de su pecho. Doña Maria habia recibido órden de no asistir á estas reuniones periódicas de devocion doméstica y de practicarlas sola y en su cuarto.

Esta casa, que siempre habia sido moralmente triste y sombría, á causa de la concentracion y de la severidad taciturna y dominante del *amo* de ella, estaba ahora tétrica, y como envuelta en una atmósfera de terror y de mutismo.

El tono de su mesa á la hora de comer no habia variado; porque en ella era de regla estricta el mas profundo silencio: y tal era la nimia circunspeccion que debia observarse en el acto de la comida, que ninguno era osado á hablar ó á levantar sus ojos; salvo el padre que era allí una especie de juez supremo para vijilar y reprimir la menor infraccion de aquel silencio y compostura obligatorias. Antes de servirse el primer plato, se persignaban todos; don Felipe con voz sonora y tono austero, rezaba solo la primer mitad del ***Padre Nuestro***, y su familia repetia en coro humilde la otra mitad: despues se rezaba del mismo modo el ***Ave-Maria***, y acababan por repetir todos juntos el ***bendito***, á media voz y como si cada uno lo hiciese para sí solo. Empezaba entonces la reparticion del primer plato hecha gerárquicamente por el padre: lo primero y lo mejor para él; y asi en seguida.

Nadie podia repudiar un plato, por que semejante acto tenia un carácter religioso, y era mirado como una ingratitud contra el favor que Dios le habia dispensado de poderlo recibir: era menester aceptarlo, probarlo al menos, y dejarlo llevar por las negras esclavas que andaban de rodillas haciendo el servicio de la mesa.

Por estravagante ó incomprensibles que semejantes costumbres parezcan al lector de nuestros dias, le podemos asegurar que ellas han sido observadas con toda su estrictez desde la época de que hablamos hasta los primeros años de nuestro siglo; y no solo en las familias de los burgeses, sino en todos los grados de la sociedad española, desde la casa del rey hasta la del menos visible entre los empleados de sus colonias.

En obsequio de la verdad histórica y de la justicia que debemos al tiempo en que escribimos, tenemos que decir:—que aquel, que de esta rigidez de formas que la autoridad paterna tenia entonces, deduzca la existencia de mayores y envidiables virtudes hoy olvidadas, ó la de una moralidad intachable en las recíprocas relaciones de los miembros de la familia, ó mayores hábitos de órden y de sensatez, se llevaria gran chasco. Porque el organismo de la casa reposaba todo sobre el despotismo y la arbitrariedad del padre. El eje de la sociedad doméstica no era el amor, que es el único elemento moralizante de la domesticidad; sus formas carecian de la ternura, que no es sino la espresion educatriz y genuina de ese amor; y todos los resortes por fin se concentraban en el del *miedo*. El albedrio se criaba sofocado, contra-

riado, estraviado. La falta de libertad legítima y de atmósfera moral viciaba en su raiz el estado de familia; y por eso era que bajo este despotismo esclusivo de la autoridad paterna, (como bajo todos los otros despotismos el vicio y la desmoralizacion se habian abierto mil sendas anchas y oscuras por donde buscar la saciedad.

Apelamos á la historia para ratificar nuestras observaciones. Cualquiera que se tome el trabajo de inquirir el estado doméstico de aquellos paises y aquellas épocas donde han aparecido grandes y bárbaros tiranos, donde la sociedad se ha visto sumida en mayor corrupcion, hallará que el primero de sus rasgos es el despotismo paterno introducido en las relaciones de la casa. Ninguna nacion del mundo presenta una série de tiranos mas atroces ni mas continuados que Roma; y en ninguna parte del mundo tampoco el padre de familia tuvo un poder mas arbitrario concentrado en sus manos por la ley y por los hábitos: solo en el pueblo en que Bruto pudo degollar dos hijos en nombre de una revolucion, era posible un Tiberio para hacer clavar el puñal asesino en el seno de su madre, ó un Calígula para mandar envenenar á su hermano.

Despues de Roma, la España: allí donde Felipe II

ahorcó á su propio hijo en nombre de su propia autoridad, era solo donde el fanatismo de las persecuciones fratricidas podian soplar con la furia del huracan.

Aunque se rechace nuestra tésis, el hecho es que la inmoralidad oculta y subterránea lo minaba todo á los principios del tiempo colonial, todo, desde la corte de Felipe II hasta la humilde choza del colono americano: era incontenible porque no era en el fondo mas que la reaccion espontánea del individualismo contra el mal principio en que la sociedad estaba montada: el despotismo. Era por esto que la familia no tenia sino dos estados, estremos ambos: la tirantez del miedo, ó la relajacion de todo respeto legitimo, la renuncia de todo principio de órden: dependiendo una ú otra cosa de los accidentes del carácter de su gefe, de su muerte, de sus enfermedades ó de algunos otros motivos personales. Volvamos á nuestro asunto.

Al mismo tiempo que el padre Andres daba sus órdenes para prender á doña Maria y á Juana, don Felipe Perez y Gonzalvo tamaba asiento en la cabecera de su mesa, y su hija y su mujer tambien agachadas y macilentas. La puerta de la calle habia quedado cerrada con cerrojos; porque en aquel tiempo nadie se ponia á comer

sin cerrar bien sus puertas; y, de veras, que no sabemos por qué, pues apenas puede concebirse un estado de sociedad mas consolidado ni mas quieto que aquel.

Hechos los rezos de costumbre, y repartido el primer plato:

—¿Te confesaste? le dijo don Felipe á su hija, con voz áspera y hostil. Doña Maria levantó su vista sorprendida, y viendo que á ella era á quien su padre se dirijia, se puso trémula, balbuceó, y como se le llenáran espontáneamente de lágrimas sus ojos, respondió ahogada de sollozos:

—No quiso .... admitirme .... el señor....Guardian! y se tapó los ojos con un pañuelo abandonándose al llanto.

Don Felipe le fijó aun mas su mirada airada, y al cabo de unos segundos dijo entre dientes—¡Hipócrita perversa! y tomó su primer cucharada de sopa: todo esto despues de haber hecho su oracion al Ser Supremo.

Viendo que su hija no se ponia á comer, se dirijió otra vez á ella y le dijo—¿Quieres que te baje la soberbia?

La niña se enjugó los ojos con respeto, y se puso á figurar que tomaba unas cucharadas de sopa, que iban llenas á los lábios y volvian llenas al plato.

Se habia servido ya otro plato, y doña Maria con un pedazo de pan en la mano *seguia haciendo semblante*[1] de comer, cuando un ruido sordo y estraño, que á medida que se acercaba, asumia el tono lúgubre de un responso, empezó á venir como de la calle. Don Felipe suspendió el movimiento de su cubierto, y fijos los ojos en su plato pareció absorto y anheloso. Tres golpes secos y acompasados, dados con el llamador de la puerta de calle, resonaron un momento despues por toda la casa. Don Felipe dejó caer de sus manos el cubierto sin poder dominar la convulsion nerviosa que lo puso trémulo, y todos temblaron con él, menos su hija, que sin hacer el menor movimiento continuó agachada é inconmovible. La causa de este ruido era la procesion del *Santo Oficio* que venia á prender á las infelices criaturas acusadas de contaminacion y de herejía.

La litera en que se conducian á los reos, era una especie de silla de manos, grande, tapada por todos lados y sin mas luz interior que la que podian darle dos agujerillos circulares al frente. Dos varas horizontales y largas la apretaban por sus dos costados, estendiendo sus

1. Esta diccion, que temo se me moteje, ha sido española antes que francesa, y es intachable bajo el punto de vista gramatical filolójico.

estremos paralelos hácia adelante y hácia atrás; porque el modo de levantarla y hacerla andar, era suspender estas varas en dos borricos, uno puesto adelante y otro puesto atrás mirando hácia adelante; con el paso de estos animales marchaba la litera inquisitorial.

Una cosa que no desdeñarán saber nuestros lectores, es que el servicio trasero de la litera lo hacia por lo jeneral el borrico aquel á quien el teólogo franciscano debió su esclarecido triunfo en el puerto del Callao; y que por cierto estaba en aquel dia tan poco dispuesto á cargar la litera que (despues de mil artimañas de que hizo uso para esconderse) vino mohino y haciéndose el rengo, á que le pusieran su cruz á cuestas; tan regalonazo y *rechoncho* estaba el picaron!

Mientras acomodaban la dicha litera, la procesion que debia acompañarla se reunia en el centro del vastísimo patio de la espléndida cárcel que la Inquisicion se habia levantado en Lima, para dar debido cumplimiento á la ley de Indias.

Un familiar de la Inquisicion abria la marcha llevando en alto una gran cruz de plata toda cincelada. Detras de él iba una línea de tres personas; la del medio era el *Alguacil Mayor* del Santo Oficio, llevando en alto tam-

bien el estandarte de la Fé, que por el modo tieso con que se tenia en el aire parecía ser de carton forrado de paño negro por un lado y de tafetan verde por el otro; en el medio de cada una de estas caras estaba bordada una cruz roja. El alguacil llevaba, como hemos dicho, un familiar á cada lado vestidos de hábito negro talar con cuellos y estolas verdes, que con dos faroles de velas tambien verdes alumbraban el estandarte.

Se seguian dos esbirros: el uno llevaba un palo alto, á manera de percha, de la que iba pendiente una vestidura ó saco de tela negra y ordinaria, sobre el que se veian pintadas llamaradas infernales y condenados y otras mil figuras grotezcas de demonios qne se llamaba el *sambenito*, por corruptela de las palabras latinas *saccum benedictum*.[1] El otro esbirro llevaba una especie de tablero ó bandeja, cubierta con un paño punzó sobre la que iban dos grandes tijeras: otros dos esbirros armados con alabardas seguian mas atrás, y cerraban por fin la procesion dos filas paralelas de frailes domínicos encabezados por el controversista del Callao, que era á quien esto tocaba por gerarquia. La procesion salió rezando en alto salmos y otros oficios del Breviario; y la litera siguió por

1. Covarrubias, Molina, Gimenez, etc. etc.

detrás, por que mientras iba vacia, no tomaba el centro de las dos filas de frailes que era su puesto.

Al oir los golpes que esta procesion dió en la puerta de don Felipe, nadie de los que estaban en el comedor osó moverse para abrirla; quedaron todos pendientes de la voz del amo, hasta que apercibido este de ello, se recobró con un esfuerzo y haciendo un ademan de urjencia dijo: *pronto! pronto!* en lo que fué obedecido por una jóven negrita de las que servian la mesa.

Los cerrojos se descorrieron; y al entrar la procesion al ancho patio de la casa, el alguacil rezaba así en su *Breviario*, con una voz lúgubre y bronca:

—«Beatus ille qui non abiit in concilio hereticorum et in via peccatorum non stetit, et in cathedra pestilentæ non sedit, quia omnia quæcunque faciet prosperabuntur.

Y todos los demás le respondian en coro con el mismo tono sepulcral:

«Non sic impii; sed tamquam pulvis quem projicit « ventus a facie terræ.»

El alguacil:—«Ideo non resurjent impii injudicio; « necque peccatores in concilio justorum.

Coro:—«Quoniam nevit Dominus vian justorum; et iter impiorum peribit.»

Y con rezos de esta clase fueron entrando dirijidos al comedor por la misma criadita que les habia abierto la puerta. Un inmenso concurso de curiosos se habia ido reuniendo al tránsito de la procesion é iba silencioso y consternado detrás de ella.

Los que estaban en el comedor se pusieron todos de pié cuando el Alguacil, con su terrible estandarte, se presentó á la puerta. Dirijiéndose él á doña Maria le puso la mano sobre el hombro, y le dijo:—

—¿Eres María Perez, hija de nuestro hermano en Cristo Felipe Perez y Gonzalvo?

La niña respondió que sí con una voz segura y moderada.

—Pues estais presa, hermana, por causa de herejía, y por órden del Santo Oficio.

La pobre madre de la víctima cayó al suelo desmayada y sin sentidos: y allí quedó sin que nadie diese un paso para socorrerla. Don Felipe apoyó una de sus manos sobre la mesa, mas la única señal de emocion que dió la niña, fué dejar caer de sus manos el pedazo de pan que maquinalmente tenia en ellas; el Alguacil, viendo que ella no lo alzaba, lo tomó del suelo y volvió á dárselo; ella lo recibió y lo puso sobre la mesa.

—Apuntad: dijo el Alguacil á uno de los familiares, que ha dejado caer al vil polvo la *gracia de Dios* sin levantarla y sin quererla besar.

Un profundo silencio reinaba en el comedor y en todo el resto del concurso que se agolpaba á la puerta: el esbirro que llevaba el *Sambenito* lo descolgó, y aproximándose á la preciosa criatura la vistió con él, porque ella se dejaba hacer con una resignacion modestísima y firme al mismo tiempo.

¡ Ya està ensambenitada! ¡ ya está ensambenitada! repitió todo el concurso con un rumor sordo y dilatado.

—Felipe Perez y Gonzalvo ! dijo el Alguacil.

Don Felipe no pudo tenerse en pié y cayó descoyuntado sobre su silla; pero se puso en pié un segundo despues.

—¿ Teneis en vuestra casa á la muchacha que llamais Juana Perez, criada al lado de vuestra hija ?

Vuelto en sí don Felipe (probablemente porque vió que el llamado tenia poco que ver con él) respondió que sí.

—Entregadla á los enviados del Santo Oficio.

Dos esbirros acompañaron á don Felipe, y salieron á buscar á la pobre Juana. Nadie la habia visto ni fué po-

sible encontrarla por mucho tiempo: pues la infeliz llena de terror y presintiendo su desgracia, se habia ocultado debajo de la cama de uno de los criados mas oscuros de la casa. Allí la hallaron al fin, y la trajeron arrastrándola casi hasta el comedor donde el Alguacil la recibió. Ordenó este entonces que la procesion se pusiese en marcha conduciendo á las dos presas.

Doña Maria iba á obedecer, pero como si un impulso irresistible del corazon la hubiese arrastrado, se lanzó hácia su madre, tendida todavia en el suelo, y despues de haberle estrechado las manos contra su pecho se las besó por repetidas veces con ardor y exaltacion; vino despues á arrodillarse delante de su padre, le abrazó las rodillas y como si con esto solo hubiera quedado satisfecha, se enderezó con la sublime y modesta soberbia del martirio y se entregó á los dos esbirros que ya venian á forzarla á marchar. Atravesó el patio en medio de ellos al son de los lúgubres rezos del *Breviario*, sin que un momento hubiese levantado su vista del suelo. Llegadas á la litera las metieron á ambas en ella, y la procesion se puso en marcha hácia la cárcel del Santo Oficio llevando á la litera en el centro de las dos filas de frailes rezantes que iban á cada costado de la calle; y por detrás de ella, pe-

gados casi á su puerta, iban cerrando la marcha los dos esbirros con alabardas de que antes ya hablamos.

Un rato hacia que la litera iba en marcha como hemos dicho, suspendida por detras en los lomos del bellaco borrico que conocemos. Este bribonazo parece que habia reconocido á su antagonista antes de que su antagonista lo reconociese á él, pues iba escondiendo su cara en la culata de la litera, agachándose y rengueando por maña manifiesta. Pero quiso su desgracia que el gran controversista de la Orden de Predicadores fijase por pura casualidad sus ojos en el pícaro animal, y que empezase á preocuparse de su semejanza con el bestial agresor á quien tanto odio conservaba.

La imaginaciou mística del padre se fué exaltando poco á poco con la duda de si aquel era ó no era el criminal, y con los rencorosos recuerdos que esto le sugeria, al mismo tiempo que el hipócrita borrico parecia ocupado de poner en juego todas sus mañas para no ser reconocido. Aquel se habia ido distrayendo gradualmente de los rezos del *Breviario*, y con una voz estentórea repetia en latin estos textos del Apocalipsis, que traduciremos al español:

—«Y ví la bestia que subia por la tierra. ¿Y quién

hay semejante á la bestia? ¿Y quién podrá lidiar con ella?»

Y aquí, el borrico y el Padre se miraban de reojo.

—«Y le fué dada boca (decia el Padre) con que proferir blasfemias y decir altanerias contra la palabra de Dios.»

«Y cayó del cielo grande pedrizco sobre los hombres.»

Y otra vez los dos campeones se echaron una mirada furtiva: la del Domínico era de ódio: la del borrico de ansiosa y humilde alarma. Probablemente con el rarísimo instinto con que al Criador habia dotado á esta bestia (que no era por cierto la del Apocalipsis) iba ella reconociendo aquella voz que le heria tan mal su tímpano.

Exaltado de mas en mas el domínico—*crux! crux!* dijo, y se santiguó.

—*Vade retro Satanás!* y lanzaba miradas de fuego al borrico, en cuya fisonomia se veia crecer la angustia.

—*Intellige clamorem meum Domine!* seguia diciendo el fraile.

La distraccion que suponian estos testos estraviados,

habia llamado fuertemente la atencion de los otros frailes que marchaban cerca de nuestro controversista, é iban ya alarmados todos con aquella estravagancia suponiéndole alguna vision del espíritu revelador de las que le acometian ccn alguna frecuencia.

—*Necque habitabit juxtu te malignus; necque permanebit ante oculos tuos!* decia el padre mirando al borrico en un verdadero estado de furor. Y no pudiendo contenerse al fin — *Anathema! anathema!* esclamó y se lanzó sobre el cuitado animal dándole golpes y gritando:—*¡Hic est Satanas! ¡hic est Satanas!*

El alboroto fué inmenso con aquella inesperada interrupcion del silencio y de la gravedad fúnebre en que marchaba la procesion.

El borrico, como sabemos, tenia un carácter poco sufrido, y como se viera acosado de maldiciones y de gritos, asustado quizás tambien, por el repentino alboroto que se habia levantado, lanzó al aire dos enormes patadas, seguidas de otras y otras para ver si lograba desatarse de la litera y fugar á sus territorios. Creemos que fué en sus primeras coces en las que logró agarrar por el vientre á su enemigo y arrojarlo medio muerto á cinco ó seis varas de distancia.

Fácil es congeturar el incendio y la confusion que todo esto produjo. Cayeron sobre el borrico los hombres armados que allí habia; y los unos con sus alabardas, los otros con hachas, y los otros con puñales, le daban y gritaban llevando á su colmo el desórden que reinaba en aquella injente multitud.

Aprovechándose del instante de mayor exaltacion de la multitud, dos hombres con máscara de seda negra se echaron sobre la puerta de la litera, y á golpes de puñal destrozaron la cerradura fuerte y complicada que la aseguraba. Uno de ellos, de figura fina, y delgado como una caña, se lanzó al interior con un noble brio mientras que el otro armado tambien de su puñal se mantenia teniendo la puerta y vijilando lo esterior.

—Sígueme! vengo á salvarte! dijo el jóven desconocido, con un tono resentido y seco, y tomó entre sus manos á doña Maria.

—Henderson! Henderson mio! esclamó ésta con una pasion delirante, y se estrechó al pecho de su salvador.

Este permaneció inmóvil un instante. Pero, quitándose la máscara dijo con amargura:

—No soy Henderson: no soy tu ingles: soy Manuel,

soy americano y espongo mi vida y mi alma en recompensa de lo bien que me guardaste tu fé.

—Manuel! esclamó aterrada doña Maria y soltando al jóven. ¡Manuel!.... No te sigo! dijo con resolucion heróica y se tiró al fondo de la litera.

—Ven, desdichada, que no tengo tiempo ya!

—No te sigo! quiero que me dejes.

—Vienen! nos ven! dijo ansioso el de afuera tirando á Manuel por una pierna.

—Vete! vete! repitió doña Maria empujándolo hácia fuera con vigor; y como la litera estaba toda ladeada ya, Manuel no pudo tenerse y fué á caer fuera de la caja en la calle.

—Adios, primo mio! os admiraré y os querré siempre como á un ánjel.

El infeliz borrico yacia hecho pedazos y bañado en sangre en el medio de la calle. La jente empezaba ya á reconocerse y á rodear la litera: á la vista de los dos enmascarados hubo algunos gritos y quien estendiera la mano tambien para agarrarlos, pero ellos impusieron miedo con su puñal, se enredaron, lijeros como unos gatos, entre el concurso, y probablemente se arrancaron las máscaras, puesto que nadie los pudo descubir ni capturar.

La causa de doña María se habia empeorado de una manera funesta. Los frailes que acompañaban la procesion daban fé, como testigos presenciales del hecho, que Satanás bajo la figura de borrico se habia ingerido en el convoy y asegurádose de la conduccion de la litera para apoyar á tiempo la tentativa de una legion de herejes enmascarados ó espíritus del infierno que debian arrebatar á las dos criminales. Mas de diez testigos intachables daban fé de este último hecho.

La fortuna habia consistido en que el Reverendo Padre Lector de Santo Domingo habia descubierto á tiempo la *transustanciacion formal* de Satanás en el borrico; y abandonando el rezo del memento, lo habia exorcisado obligándolo á descubrirse y reventar.

¡Pobre borrico!....Bien ha dicho Salustio (hubiera dicho su alma si hubiese sabido latin) que hay mayor peligro en caer bajo la tirania y el fanatismo de la multitud que en arrostrar el odio de los Césares!

El padre triunfador de Satanás fué recojido y llevado en un catre á su convento. Nada fué igual á la satisfaccion de su alma cuando fué instruido por la voz pública (que hay mentecatos que llaman *vox dei!*) del sentido y la importancia de su victoria. Su superior y todas las

autoridades civiles y militares le felicitaron de oficio; los que creyeron, por que creyeron; y los que no creyeron por obedecer á la exijencia de la situacion.

Entretanto: cuando el alboroto se fué calmando, y se vió que las víctimas no se habian escapado, se trató de restablecer como se pudo el órden de la marcha. Fué traido el estandarte de una de las casas vecinas donde lo habian recojido, pues el Alguacil, como todos los demás, habia disparado arrojándolo; y así el resto. Se trajo otro burro, se arregló como se pudo la litera y tomando otra vez el hilo de los lúgubres rezos de estilo, marchó la procesion sin novedad hasta la cárcel del Santo Oficio, sobre cuyas puertas de hierro podia haberse escrito lo que el Dante vió en las del Infierno:

Lasciate ogni speranza, voi che'intrate.

Un momento despues doña María y Juana estaban encerradas en dos calabozos separados, húmedos, estrechos y sombríos.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE DEL TOMO I.

			Pájinas
Prefacio		. . . .	I
Carta-Prólogo		. . . .	III
Capítulo	I	—Lima en el año de 1578	1
«	II	—Trájico fin de la Historia del Rey don Sebastian y de su caballo blanco . .	25
«	III	—¡ Ha salido !..... God damn ! ! ! . .	52
«	IV	—Peligro que en aquel siglo corrian los que salian al mar con oro y perlas .	64
«	V	—El amor no está tan lejos del terror y del odio como algunos se lo figuran . .	77
«	VI	—El lobo viejo	93
«	VII	—Desde los tiempos de Homero y de Virgilio es costumbre entre los poétas servirse de las tormentas para enredar los pleitos de amor	109
«	VIII	—Ir por lana y salir trasquilado	129
«	IX	—	155
«	X	—Este desenlace como muchos otros, solo sirvió para complicar mas los sucesos de la vida	175
«	XI	—Entra el diablo á intervenir en el asunto	186

			Pájinas
Capítulo	XII	—El Padre, el novio y la crîada	209
«	XIII	—Italiam !.... Italiam !....	224
«	XIV	—Dos téologos y un burro	243
«	XV	—El leon y el zorro	264
«	XVI	—Lado positivo de los negocios humanos	280
«	XVII	—La justicia del hombre y la justicia del cielo	292
«	XVIII	—De la casa á la cárcel.	325